LEA YPI

Libre

El desafío de crecer en el fin de la historia

Traducción de Cecilia Ceriani

ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Índice

Portada
Primera parte
1. Stalin
2. El otro Ypi
3. La breve biografía de 471
4. El Tío Enver nos ha dejado para siempre
5. Las latas de Coca-Cola
6. La camarada Mamuazel
7. Huelen a protector solar
8. Brigadista
9. Ahmet se licenció
10. El fin de la historia
Segunda parte
11. Los calcetines grises
12. Una carta de Atenas
13. Todo el mundo quiere irse
14. Juegos competitivos
15. Yo siempre llevaba un cuchillo
16. Todo forma parte de la sociedad civil
17. El Cocodrilo
18. Reformas estructurales
19. No llores
20. Como el resto de Europa
21. 1997
22. Los filósofos no han hecho más que interpretar el mundo...
Epílogo
Agradecimientos
Notas
Créditos

En memoria de mi abuela
Leman Ypi (Nini), 1918-2006

Los hombres no hacen su historia libremente. Pero, aun así, la hacen.

ROSA LUXEMBURGO

Primera parte

1. STALIN

Nunca me pregunté lo que significaba la libertad hasta el día en que abracé a Stalin. De cerca era mucho más alto de lo que yo esperaba. La profesora Nora nos había dicho que a los imperialistas y a los revisionistas les gustaba destacar que Stalin era un hombre bajito. Según ella, no era tan bajo como Luis XIV, cuya estatura, por extraño que parezca, jamás se mencionaba. En cualquier caso, añadió con tono serio, hacer hincapié en las apariencias y no en lo que realmente importaba era un típico error imperialista. Stalin era un gigante y sus actos eran mucho más relevantes que su físico.

Lo que lo convertía en alguien verdaderamente especial, continuó explicando Nora, era que sonreía con los ojos. ¿Os lo podéis creer? ¿Sonreír con los ojos? Eso se debía a que el simpático bigote que adornaba su rostro le tapaba los labios, por lo tanto, si solo te fijabas en la boca, era imposible saber si Stalin estaba sonriendo o haciendo cualquier otro gesto. Pero bastaba con mirarlo a los ojos, aquellos ojos castaños, penetrantes e inteligentes, para darse cuenta. Stalin estaba sonriendo. Hay gente incapaz de mirarte a los ojos. Está claro que tienen algo que ocultar. Stalin te miraba de frente y, si le apetecía, o si te portabas bien, te sonreía con los ojos. Siempre llevaba un abrigo sencillo y unos discretos zapatos marrones, y le gustaba meter la mano derecha por debajo de la solapa izquierda de su abrigo, como si se sujetase el corazón. La mano izquierda solía llevarla en el bolsillo.

–¿En el bolsillo? –le preguntamos–. ¿No es de mala educación caminar con las manos en los bolsillos? Los mayores siempre nos dicen que saquemos las manos de los bolsillos.

–Bueno, sí –contestó Nora–. Pero en la Unión Soviética hace frío. Y además –añadió–, Napoleón también llevaba siempre una mano en el bolsillo. Nadie dijo nunca que fuese un maleducado por ello.

–No era en el bolsillo –dije tímidamente–. La llevaba en el chaleco. En su época era una señal de buenos modales.

La profesora Nora no me hizo ningún caso y se dispuso a contestar otra pregunta.

–Y además era bajito –la interrumpí.

–¿Cómo lo sabes?

–Me lo dijo mi abuela.

–¿Qué te dijo?

–Me dijo que Napoleón era bajito, pero que, cuando el maestro de Marx, Hangel o Hegel, no me acuerdo, lo vio pasar a caballo, dijo que

era como ver cabalgar al espíritu del mundo.

–Hangel –corrigió ella–. Hangel tenía razón. Napoleón cambió Europa. Él propagó las instituciones políticas de la Ilustración. Fue uno de los grandes. Pero no tan grande como Stalin. Si el maestro de Marx, Hangel, hubiese visto pasar a Stalin, no a caballo, por supuesto, sino quizá sobre un tanque, también habría afirmado haber visto el espíritu del mundo. Stalin fue una fuente vital de inspiración para mucha más gente, para millones de nuestros hermanos y hermanas en África y en Asia, no solo en Europa.

–¿Stalin amaba a los niños? –preguntamos.

–Por supuesto.

–¿Incluso más que Lenin?

–Más o menos igual, pero sus enemigos siempre intentaron ocultarlo. Hicieron que Stalin pareciese peor que Lenin porque Stalin era más fuerte y mucho mucho más peligroso para ellos. Lenin cambió Rusia, pero Stalin cambió el mundo. Por eso nunca se divulgó debidamente que Stalin amaba a los niños tanto como Lenin.

–¿Stalin quería a los niños tanto como el Tío Enver?

La profesora Nora dudó.

–¿Los quería más?

–Ya sabéis la respuesta –dijo con una tierna sonrisa.

Es posible que Stalin amara a los niños. Es probable que los niños amaran a Stalin. Lo que es seguro, segurísimo, es que yo nunca lo amé tanto como en aquella húmeda tarde de diciembre cuando fui corriendo desde el puerto hasta el pequeño jardín junto al Palacio de la Cultura, sudando, temblando y con el corazón latiéndome con tal fuerza que creía que se me saldría por la boca. Había corrido casi dos kilómetros con todas mis fuerzas cuando por fin divisé el jardincito. En el momento en que Stalin apareció en el horizonte supe que estaría a salvo. Allí estaba, de pie, tan solemne como siempre, con su abrigo sencillo, sus discretos zapatos de bronce y la mano derecha metida dentro del abrigo, como sujetándose el corazón. Me detuve, miré a mi alrededor para asegurarme de que nadie me seguía y me acerqué. Pegué la mejilla derecha contra el muslo de Stalin y con gran esfuerzo rodeé con mis brazos la parte posterior de sus rodillas para quedar así oculta a todos. Intenté recobrar el aliento, cerré los ojos y empecé a contar. Uno. Dos. Tres. Cuando llegué a treinta y siete dejé de oír el ladrido de los perros. El ruido atronador de las pisadas sobre el asfalto se había vuelto un eco distante. Solo resonaban de vez en cuando las consignas de los manifestantes: «Libertad, democracia, libertad, democracia».

Cuando estuve segura de encontrarme a salvo, solté a Stalin. Me

senté en el suelo y lo observé detenidamente. Sobre sus zapatos se secaban las últimas gotas de lluvia y la pintura del abrigo comenzaba a desvaírse. Stalin era tal y como la profesora Nora lo había descrito: un gigante de bronce con unos pies y unas manos mucho más grandes de lo que me había imaginado. Estiré el cuello y eché la cabeza hacia atrás para comprobar si el bigote le cubría de verdad el labio superior y si sonreía con los ojos. Pero no había ninguna sonrisa. No había ojos, labios, ni siquiera el bigote. Los *hooligans* habían robado la cabeza de Stalin.

Me tapé la boca para ahogar un grito. Stalin, el gigante de bronce con su simpático bigote que se alzaba en el jardín del Palacio de la Cultura desde mucho antes de que yo naciera, ¿decapitado? Stalin, ¿del que Hangel podría haber afirmado que había visto el espíritu del mundo sobre un tanque? ¿Por qué? ¿Qué querían? ¿Por qué gritaban «Libertad, democracia, libertad, democracia»? ¿Qué significaba eso?

Nunca me había parado a pensar en la libertad. No hacía falta. Teníamos muchísima libertad. Me sentía tan libre que a veces percibía mi libertad como una carga y, en alguna que otra ocasión, como aquel día, como una amenaza.

Yo no me había propuesto acabar en una manifestación. Apenas sabía lo que era. Solo unas horas antes me encontraba junto a la puerta del colegio, bajo la lluvia, dudando qué camino tomar para volver a casa, si ir por el de la izquierda, el de la derecha o ir todo recto. Era libre de decidir. Cada camino planteaba unas características diferentes, así que tenía que sopesar tanto las causas como las consecuencias, reflexionar sobre sus repercusiones y tomar una decisión de la que sabía que podría llegar a arrepentirme.

Sin duda, aquel día me arrepentía de haberla tomado. Había elegido libremente el camino de vuelta a casa y me había equivocado. Acababa de terminar mi turno de limpieza en el colegio tras finalizar las clases. Formábamos grupos de cuatro personas que nos turnábamos para limpiar el aula, pero los chicos solían escaquearse y solo nos quedábamos las chicas. Yo estaba en el mismo turno que mi amiga Elona. En un día normal, después de limpiar, Elona y yo salíamos del colegio, nos deteníamos en la esquina junto a la anciana que se sentaba en la acera y vendía pipas de girasol, y le preguntábamos: «¿Podemos probarlas? ¿Son saladas o sin sal? ¿Están tostadas o sin tostar?». La mujer abría uno a uno los tres sacos que llevaba, el de las tostadas y saladas, el de las tostadas sin sal, el de las sin tostar y sin sal, y nosotras probábamos un par de pipas de cada uno. Cuando disponíamos de algunas monedas había mucho donde elegir.

Después girábamos a la izquierda para ir a casa de Elona, pelando las cáscaras de las pipas de girasol hasta llegar a su puerta y luego lidiando un poco para lograr abrirla con las llaves oxidadas que Elona

llevaba colgadas debajo del uniforme escolar, en un collar que había sido de su madre. Una vez dentro teníamos que elegir a qué jugar. En diciembre era fácil. En esa época del año empezaban los preparativos para el concurso nacional de la canción, así que nos inventábamos nuestras propias canciones y jugábamos a que salíamos en la televisión nacional. Yo escribía las letras y Elona las cantaba. A veces yo la acompañaba con la percusión golpeando con una cuchara grande de madera las cacerolas de metal que había en la cocina. Pero, últimamente, Elona había perdido el interés por el concurso de la canción. Le apetecía más jugar a novias y bebés. En lugar de aporrear cacerolas en la cocina quería que fuéramos a la habitación de sus padres, que nos pusiéramos las horquillas de pelo de su madre, que nos probáramos su viejo vestido de novia o que nos maquilláramos y jugáramos a las muñecas hasta que fuese la hora de comer. Llegado ese momento, yo debía decidir si seguir jugando, como quería Elona, o convencerla de freír unos huevos o, si no había huevos, elegir entre comer pan con aceite o, quizá, pan solo. Pero esas eran decisiones nimias.

El verdadero dilema surgió tras una discusión que Elona y yo tuvimos aquel día después de limpiar el aula. Ella insistió en que debíamos barrer y también fregar el suelo; si no, nunca nos darían la insignia de las mejores limpiadoras del mes, algo que a su madre le encantaba. Le contesté que nosotras acostumbrábamos a barrer el suelo los días impares y que lo barríamos y fregábamos los pares y que, como era un día impar, podíamos irnos a casa temprano y que eso no iba a impedir que recibiéramos la insignia a la mejor limpieza. Me respondió que no era lo que la profesora esperaba de nosotras y me recordó la vez que el colegio citó a mis padres porque yo había descuidado la limpieza. Le dije que estaba equivocada; que la verdadera razón había sido que durante la inspección de los lunes por la mañana habían descubierto que yo llevaba las uñas muy largas. Elona respondió que daba igual, que en cualquier caso la forma correcta de limpiar el aula era barrerla y después fregar el suelo, y que si nos daban la insignia a final de mes sin haber limpiado como era debido sentiría que habíamos hecho trampa. Además sentenció, dando por acabada la discusión, que así era como limpiaba ella en su casa porque así solía hacerlo su madre. Le dije que no podía usar a su madre cada vez que quisiera salirse con la suya. Me marché enfadada y, parada bajo la lluvia junto a la puerta del colegio, me pregunté si Elona tenía derecho a pretender que todo el mundo fuera amable con ella incluso cuando no tenía razón. Me pregunté si tendría que haber fingido que me gustaba barrer y fregar el suelo del mismo modo que fingía que me gustaba jugar a novias y bebés.

Nunca se lo había dicho, pero yo odiaba ese juego. Odiaba entrar en

la habitación de su madre y probarme su traje de novia. Me resultaba inquietante ponerme la ropa de una muerta o tocar el maquillaje que había usado apenas unos meses antes, como si fuésemos ella. Pero era todo muy reciente y Elona siempre había deseado tener una hermanita que después jugase con mi hermano pequeño. En lugar de eso, su madre murió, a la hermanita, que todavía era un bebé, la enviaron a un orfanato y lo único que le quedó a Elona fue el vestido de novia. Yo no quería herirla negándome a ponérmelo ni decirle que me repugnaban sus horquillas de pelo. Por supuesto que yo era libre de decir lo que pensaba del juego de novias y bebés, al igual que había sido libre de dejarla sola fregando el aula; nadie me lo impedía. Pero decidí que era mejor decirle la verdad a Elona, aunque le doliese, que mentirle indefinidamente solo para tenerla contenta.

Si no giraba a la izquierda para ir a la casa de Elona, podía girar a la derecha. Ese era el camino más corto a casa, a través de dos callejones estrechos que iban a dar a la calle principal justo enfrente de una fábrica de galletas. En ese punto surgía otro dilema diferente. Un grupo considerable de niños se reunía todos los días después de la escuela en el momento crítico en que la furgoneta de distribución estaba a punto de llegar. Si elegía ese camino, iba a tener que unirme a lo que llamábamos la «operación galletas». Consistía en colocarme en fila con los demás niños contra los muros de la fábrica mientras esperábamos ansiosamente la llegada de la furgoneta, vigilando las puertas, escuchando atentos cualquier ruido que pudiese interrumpir el tráfico, como el de algún ciclista o algún carro tirado por caballos. En un momento dado, la puerta de la fábrica se abría y aparecían dos transportistas cargando cajas de galletas, como dos Atlas gemelos cargando la Tierra. Se producía un pequeño alboroto y todos nos abalanzábamos a la vez gritando: «¡No sea egoísta, no sea egoísta, galletas, galletas, no sea egoísta!». Entonces la fila ordenada se dividía espontáneamente en una vanguardia de niños con uniformes negros que agitaban los brazos intentando agarrar las rodillas de los transportistas y una retaguardia que se lanzaba hacia la puerta de la fábrica para obstruir la salida. Los trabajadores retorcían las caderas intentando liberarse del asedio infantil al tiempo que se mantenían muy tiesos de cintura para arriba para sujetar con firmeza las cajas de galletas. Siempre se caía algún paquete y eso desataba una pelea, entonces del interior de la fábrica salía un encargado con galletas suficientes para contentar a todos y lograr que se dispersase la concentración.

Yo era libre de girar a la derecha o de seguir caminando en línea recta y, si giraba a la derecha, ya sabía que eso era lo que iba a pasar. Resultaba del todo ingenuo e ilógico, y posiblemente injusto, pedirle a una niña de once años –que lo único que hacía era regresar a casa sin

ninguna pretensión de darse un capricho– que siguiera adelante sin detenerse e hiciera caso omiso del delicioso aroma a galletas que salía de las ventanas abiertas de la fábrica. También era ilógico esperar que hiciera caso omiso a las miradas inquisitivas y de extrañeza de los demás niños al verla pasar de largo, aparentemente indiferente a la llegada de la furgoneta. Sin embargo, eso era exactamente lo que me habían pedido mis padres la noche anterior a aquel desdichado día de diciembre de 1990, algo que, en parte, hizo que mi decisión de tomar un camino de vuelta a casa y no otro fuese determinante sobre la cuestión de la libertad.

Hasta cierto punto había sido culpa mía. No debería haber vuelto a casa con aquellas galletas como trofeo. Pero también fue culpa de la nueva encargada de la fábrica. Como la acababan de contratar, no estaba familiarizada con las costumbres de su nuevo trabajo y había creído que la presencia de los niños ese día se debía a un acontecimiento concreto. En lugar de darnos una galletita a cada uno, como todos los encargados anteriores, había empezado a repartir paquetes enteros. Alarmados ante aquel cambio y por las implicaciones que pudiese tener para la «operación galletas» del día siguiente, en lugar de comernos las galletitas allí mismo, todos habíamos guardado los paquetes en nuestras mochilas escolares y habíamos salido corriendo.

Confieso que nunca imaginé que mis padres iban a armar tanto revuelo cuando les mostré las galletas y les expliqué dónde las había obtenido. Sin duda, lo que menos esperaba era que la primera pregunta fuese: «¿Te ha visto alguien?». Por supuesto que me había visto alguien, sobre todo la persona que repartía los paquetes. No, no recordaba su cara exactamente. Sí, era de mediana edad. Ni alta ni baja, más bien de estatura media. Pelo rizado, oscuro. Con una sonrisa grande y cordial. Entonces mi padre palideció. Se levantó del sillón y se llevó las manos a la cabeza. Mi madre se marchó del salón y le hizo una señal para que la siguiera a la cocina. Mi abuela empezó a acariciarme el pelo en silencio y mi hermanito, al que yo le había dado una de las galletitas, dejó de masticar y se echó a llorar en un rincón por la tensión.

Me hicieron prometer que nunca más volvería a detenerme en el patio de la fábrica ni a formar una fila contra el muro, y tuve que declarar que entendía la importancia de no interrumpir la tarea de los trabajadores y que, si todos se comportasen como yo, las galletas tardarían muy poco en desaparecer para siempre de las tiendas. «RE-CI-PRO-CI-DAD», recalcó mi padre. El socialismo se basa en la reciprocidad.

Cuando hice la promesa, yo sabía que sería difícil de cumplir. O quizá no, ¿quién sabe? Pero al menos tenía que ponerlo todo de mi parte para intentarlo. No podía culpar a nadie por haber tomado el

camino recto en lugar de haber doblado a la derecha, o por no haber vuelto a recoger a Elona cuando acabó el turno de limpieza para jugar a novias y bebés, o por haber decidido evitar el camino de las galletas aquel día. Todas fueron decisiones mías. Había puesto todo de mi parte y, aun así, había acabado en el lugar equivocado en el momento equivocado, lo que dio como resultado que toda esa libertad se tornase en un auténtico terror a que los perros volvieran y me devorasen o a ser aplastada en una estampida.

Tampoco podía haber imaginado que me toparía con una manifestación ni que Stalin me serviría de refugio. Y, si no hubiera visto recientemente por televisión las imágenes de las protestas en otros lugares, ni siquiera sabría que aquel raro espectáculo, que consistía en unas personas gritando consignas y en unos policías con perros, se llamaba «manifestación». Unos meses antes, en julio de 1990, decenas de albaneses habían trepado los muros de algunas embajadas extranjeras en busca de refugio. Me quedé perpleja al enterarme de que alguien pudiese querer encerrarse en una embajada extranjera. Hablamos de eso en el colegio y Elona dijo que, una vez, una familia entera de seis miembros, dos hermanos y cuatro hermanas, habían logrado colarse en la embajada italiana en Tirana disfrazados de turistas extranjeros. Vivieron allí durante cinco años –cinco años enteros– en solo dos habitaciones. Después otro turista, esta vez uno de verdad, llamado Javier Pérez de Cuéllar, visitó nuestro país y habló con los que treparon el muro de la embajada y luego se reunió con el Partido para comunicarle el deseo de aquella gente de vivir en Italia.

La historia que contó Elona me había intrigado y le pregunté a mi padre qué quería decir todo aquello. «Son *uligans*», me respondió, «como dicen en la tele.» Me aclaró que *hooligan* era una palabra para la que no teníamos traducción en albanés. No la necesitábamos. En su mayoría, los *hooligans* eran jóvenes violentos que iban a los partidos de fútbol, bebían en exceso y armaban lío, se peleaban con los seguidores del equipo contrario y quemaban banderas sin ningún motivo. Vivían principalmente en la Europa Occidental, aunque también había algunos en el Este, pero como nosotros no éramos de la Europa Occidental ni de la del Este, en Albania no habían existido hasta hacía poco.

Reflexioné sobre los *hooligans* mientras intentaba encontrarle algún sentido a lo que acababa de vivir. Estaba claro que si eras un *hooligan* no era descabellado trepar los muros de las embajadas, gritarle a la policía, alterar el orden público o decapitar estatuas. Estaba claro que eso mismo era lo que hacían los *hooligans* de Occidente. Quizá se habían colado en nuestro país para armar lío. Pero las personas que habían trepado los muros de la embajada unos meses antes no eran extranjeras, eso sin duda. ¿Qué tenían los distintos *hooligans* en

común?

Yo recordaba vagamente algo del año anterior que se llamó la «protesta del Muro de Berlín». Habíamos hablado de eso en el colegio y la profesora Nora nos explicó que era debido a la lucha entre el imperialismo y el revisionismo, y a que cada uno sostenía un espejo frente al otro, pero que ambos espejos estaban rotos. Nada de eso nos afectaba. Con frecuencia, nuestros enemigos intentaban derribar nuestro gobierno y con la misma frecuencia fracasaban. A finales de la década de 1940 nos separamos de Yugoslavia cuando esta rompió con Stalin. En la década de 1960, cuando Jruschov deshonró el legado de Stalin y nos acusó de un «desviacionismo nacionalista de izquierdas», rompimos las relaciones diplomáticas con la Unión Soviética. A finales de la década de 1970 abandonamos nuestra alianza con China cuando esta decidió enriquecerse y traicionar la Revolución Cultural. Daba igual. Nos rodeaban enemigos poderosos, pero sabíamos que estábamos en el lado correcto de la historia. Cada vez que nuestros enemigos nos amenazaban, el Partido, apoyado por el pueblo, salía fortalecido. A lo largo de los siglos nos habíamos enfrentado a grandes imperios y le habíamos demostrado al mundo cómo una pequeña nación en el extremo de los Balcanes podía sacar fuerzas para resistir. En aquel momento liderábamos la lucha para lograr la transición más difícil: la de la libertad socialista a la comunista; la de un Estado revolucionario regido por leyes justas a una sociedad sin clases, donde el Estado en sí mismo se iría debilitando.

Por supuesto que la libertad tenía un coste, dijo la profesora Nora. Siempre habíamos defendido la libertad solos. Ahora todos los demás estaban pagando el precio. Ellos estaban sumidos en el caos. Nosotros nos manteníamos firmes. Seguiríamos dando el ejemplo. No teníamos dinero ni armas, pero seguíamos resistiendo a los cantos de sirena del Este revisionista y del Occidente imperialista, y así nuestra existencia daba esperanza a todas las demás naciones pequeñas cuya dignidad continuaba siendo pisoteada. El honor de pertenecer a una sociedad justa solo podía equipararse a la gratitud que se sentía por estar a resguardo de los horrores que asolaban a otras partes del mundo, donde los niños se morían de hambre, se congelaban de frío o eran forzados a trabajar.

–¿Veis esta mano? –dijo la profesora Nora al final de su discurso mientras levantaba la mano derecha con una expresión enérgica en el rostro–. Esta mano será siempre fuerte. Esta mano siempre luchará. ¿Sabéis por qué? Porque ha estrechado la mano del camarada Enver. No me la lavé durante días cuando terminó el congreso. Pero, incluso después de lavarla, la fuerza seguía ahí. Y nunca me abandonará, nunca hasta que me muera.

Pensé en la mano de la profesora Nora y en las palabras que nos

había dicho apenas unos meses antes. Seguía sentada en el suelo delante de la estatua de bronce de Stalin, reponiéndome e intentando armarme de valor para levantarme y retomar el camino de regreso a casa. Quería recordar cada una de sus palabras, evocar su orgullo y su firmeza cuando nos decía que iba a defender la libertad porque había estrechado la mano del Tío Enver. Quería ser como ella. Yo también tengo que defender mi libertad, pensé. Tengo que lograr sobreponerme a mis miedos. Yo nunca había estrechado la mano del Tío Enver. Nunca lo había conocido. Pero quizá las piernas de Stalin fuesen más que suficientes para darme fuerzas.

Me puse de pie. Intenté pensar como mi profesora. Teníamos el socialismo. El socialismo nos daba libertad. Los manifestantes estaban equivocados. Nadie reclamaba libertad. Ya eran todos libres, como yo, por el simple hecho de ejercer esa libertad o de defenderla o de tomar decisiones de las que tendrían que hacerse cargo, como, por ejemplo, qué camino tomar para volver a casa, si girar a la izquierda, a la derecha o seguir recto. Quizá también, como yo, habían ido a dar cerca del puerto por error y habían acabado en el lugar equivocado en el momento equivocado. Quizá cuando vieron a la policía y a los perros simplemente se asustaron mucho y lo mismo podría decirse de la policía y de los perros, que ellos también se asustaron mucho, sobre todo al ver a tanta gente corriendo. Quizá lo único que hacían ambos bandos era perseguirse mutuamente, sin saber quién perseguía a quién y por eso la gente había empezado a gritar «Libertad, democracia», por puro miedo e incertidumbre, para expresar que eso era lo que no querían perder, en vez de ser lo que pedían.

Y quizá la cabeza de Stalin no tuviese nada que ver con todo aquello. Quizá la tormenta y la lluvia la hubiesen roto durante la noche y alguien la había recogido para repararla y pronto la restituirían a su sitio como nueva, con sus ojos sonrientes, su mirada penetrante y su simpático y poblado bigote que le cubría el labio superior, tal y como me habían dicho que era, tal y como había sido siempre.

Abracé a Stalin por última vez, me di la vuelta, miré el horizonte para calcular la distancia hasta mi casa, respiré hondo y eché a correr.

2. EL OTRO YPI

–Mais te voilà enfin! On t'attend depuis deux heures! Nous nous sommes inquiétés! Ta mère est déjà de retour! Papa est allé te chercher à l'école! Ton frère pleure![1] –me chilló una figura alta y delgada vestida completamente de negro.

Nini había estado esperándome en la cima de la colina durante más de una hora, preguntándole a todo el que pasaba por allí si me había visto mientras se frotaba nerviosa las manos en el delantal y entornaba cada vez más los ojos intentando divisar mi mochila de cuero rojo.

Me di cuenta de que mi abuela estaba enfadada. Tenía una forma extraña de reñirte: te hacía sentir responsable recordándote las consecuencias de tus acciones para los demás y enumerando todos los planes que tenían otras personas y que se habían visto frustrados por la actitud egoísta de dar prioridad a tus caprichos. Mientras proseguía con su monólogo en francés, mi padre apareció al pie de la ladera. Subió la calle jadeando, sosteniendo su inhalador para el asma en una mano como si fuese un cóctel molotov. No cesaba de mirar por encima del hombro como si temiese que lo estuvieran siguiendo. Me escondí detrás de mi abuela.

–Se fue del colegio después de limpiar –dijo mi padre apresurando el paso hasta llegar donde estaba mi abuela–. Recorrí todo el camino de vuelta a casa intentando seguir sus pasos, pero no la vi por ningún lado. –Estaba visiblemente agitado. Hizo una pausa y se llevó el inhalador a la boca–. Creo que ha habido una manifestación –susurró haciendo un gesto de que se lo contaría dentro de la casa.

–La niña ya está aquí –contestó Nini.

Mi padre soltó un suspiro de alivio y luego, al verme, se puso serio.

–Vete a tu cuarto –me ordenó.

–No era una manifestación. Eran *uligans* –murmuré mientras cruzaba el patio preguntándome por qué mi padre había usado aquella palabra: «manifestación».

Una vez dentro me encontré a mi madre atareada en la limpieza a fondo de la casa. En aquel momento estaba bajando del altillo un montón de cosas que nadie había visto en años: un saco lleno de ovillos de lana, una escalera oxidada y unos libros viejos de cuando mi abuelo iba a la universidad. Me di cuenta de que estaba alterada. Mi madre tenía tendencia a manifestar su frustración buscándose una nueva tarea doméstica: cuanto mayor era su frustración, más ambiciosa era la magnitud de sus proyectos. Cuando se enfadaba con

alguien no decía nada, pero se ponía a aporrear ollas y sartenes, maldecía los cubiertos que se le caían al suelo y metía las fuentes en los armarios de mala manera. Cuando se enfadaba con ella misma le daba por cambiar los muebles de lugar, arrastraba las mesas por toda la sala, apilaba las sillas y enrollaba la pesada alfombra del salón para poder fregar el suelo.

–He visto a unos *uligans* –le dije deseosa de compartir mi aventura con alguien.

–El suelo está mojado –contestó con tono amenazador mientras me daba dos golpecitos con la fregona en el tobillo para indicarme que tendría que haberme quitado los zapatos antes de entrar.

–O quizá no eran *hooligans* –continué diciendo mientras me desataba los cordones de los zapatos–. Quizá eran manifestantes.

Paró en seco y me miró desconcertada.

–Aquí la única *hooligan* eres tú –dijo levantando la fregona del suelo y agitándola en dirección a mi habitación–. En este país no tenemos manifestantes.

A mi madre nunca le había interesado la política. Solo mi padre y mi abuela la seguían de cerca en el pasado. Habían mostrado gran interés por la Revolución sandinista y por la guerra de las Malvinas, y se habían entusiasmado con el inicio de las negociaciones para acabar con el *apartheid* en Sudáfrica. Mi padre decía que, si él hubiese sido norteamericano y lo hubiesen llamado a filas para ir a la guerra de Vietnam, se habría negado. Solía repetir que teníamos suerte de que nuestro país apoyara al Vietcong. Le gustaba burlarse de las cosas más trágicas y sus bromas sobre la política antiimperialista eran famosas entre mis amigas. Cuando las invitaba a dormir y poníamos colchones en el suelo de mi habitación, mi padre solía asomar la cabeza por la puerta antes de irse a la cama y decía: «¡Que durmáis bien, campamento palestino!».

Algo parecía haber cambiado tras los recientes acontecimientos en el Este, o en lo que nosotros llamábamos «el bloque revisionista». Yo no sabía decir qué era. Recordaba vagamente haber oído hablar de Solidaridad en la televisión italiana y, como parecía tratarse de protestas obreras y nosotros vivíamos en un Estado obrero, se me ocurrió que sería interesante escribir sobre eso en el boletín de «información política» que teníamos que preparar para el colegio.

–No me parece tan interesante –me dijo mi padre cuando le pregunté al respecto–. Tengo algo mejor para tu boletín. La cooperativa que hay en el pueblo donde trabajo superó el objetivo de producción de trigo fijado en el actual plan quinquenal. No lograron producir suficiente maíz, pero lo compensaron con el trigo. Anoche salió en las noticias.

Cada vez que surgía el tema de las protestas, mi familia era reacia a

contestar cualquier pregunta. Te decían que estaban cansados o parecían enfadarse y apagaban la televisión o bajaban tanto el volumen que resultaba imposible oír las noticias. Nadie parecía compartir mi curiosidad. Estaba claro que no podía contar con ellos para que me explicaran nada. Era mejor esperar a la clase de Educación Moral y preguntarle a la profesora Nora. Ella siempre te daba respuestas claras y contundentes. Te explicaba la política con el mismo entusiasmo que solo veía en mis padres cuando aparecían anuncios de jabones y cremas en la televisión yugoslava. Cada vez que mi padre veía un anuncio en TV Skopje, sobre todo si se trataba de un anuncio de higiene personal, enseguida gritaba: «Reklama! Reklama!». Entonces mi madre y mi abuela dejaban todo lo que estaban haciendo en la cocina y corrían al salón para ver la última toma de una mujer bonita con una sonrisa encantadora que te enseñaba a lavarte las manos. Si se demoraban y cuando llegaban ya habían terminado los anuncios, mi padre alegaba a modo de excusa: «¡No es culpa mía, os he llamado y habéis tardado en venir!», lo cual desataba una discusión basada en que si ellas tardaban en acudir era porque él jamás ayudaba en casa. Pronto la discusión se convertía en un intercambio de insultos y los insultos podían degenerar en pelea, casi siempre con la pantalla de la tele de fondo, en la que unos jugadores de baloncesto yugoslavos no paraban de encestar canastas hasta que empezaba la nueva tanda de anuncios y se restablecía la paz. En mi familia siempre se discutía por todo. Por todo, excepto por la política.

Encontré a mi hermano Lani llorando en mi habitación. Cuando me vio se secó las lágrimas y me preguntó si había traído galletitas.

–Hoy no –le contesté–. No he pasado por allí.

Por un momento pareció que se echaría a llorar de nuevo.

–Tengo que quedarme en mi cuarto –le dije–. Para reflexionar. ¿Quieres que te cuente un cuento? Es sobre un hombre a caballo que parecía el espíritu del mundo, pero al que después le cortaron la cabeza.

–No quiero que me lo cuentes –respondió y las lágrimas volvieron a rodarle por las mejillas–. Me da miedo. Me da miedo la gente sin cabeza. Quiero galletitas.

–¿Quieres que juguemos a los maestros? –me ofrecí sintiéndome un poco culpable.

Lani asintió con la cabeza. A los dos nos gustaba jugar a los maestros. Él se sentaba a mi mesa como si fuese un maestro y dibujaba garabatos en una libreta mientras yo hacía los deberes. Lo que más le gustaba eran mis tareas de Historia. Yo memorizaba los acontecimientos y los repetía en voz alta, escenificando los diálogos entre los principales personajes históricos y a veces representándolos con la ayuda de mis muñecas.

Aquel día, los personajes y acontecimientos históricos eran muy conocidos. En el colegio estábamos estudiando la ocupación de Albania por parte de los fascistas italianos durante la Segunda Guerra Mundial, centrándonos en la complicidad del primer ministro de aquel entonces, el décimo en ocupar el cargo. Ese hombre, ese colaboracionista albanés, como lo llamaba la profesora Nora, fue el responsable de entregarle a Italia nuestra soberanía tras la huida del rey Zog. El régimen de Zog, y todo lo que sobrevino después de él, supuso el fin de las aspiraciones albanesas de convertirse en una sociedad plenamente libre. En 1912, tras siglos de servidumbre bajo el Imperio otomano y décadas de lucha contra las grandes potencias que pretendían dividir el país, los patriotas de todas las regiones se habían unido, superando sus diferencias étnicas y religiosas, para luchar por la independencia. Pero después, según nos explicó la profesora Nora, Zog eliminó a sus adversarios, acaparó todo el poder y se autoproclamó rey de Albania, hasta que el país fue ocupado por los fascistas con la ayuda de los colaboracionistas albaneses. El 7 de abril de 1939, fecha oficial de la invasión de Albania por parte de Italia, muchos soldados y ciudadanos de a pie combatieron valientemente contra los buques de guerra italianos, se enfrentaron a los proyectiles de artillería con unas pocas armas propias y resistieron en las líneas de defensa hasta su último aliento. Sin embargo, otros albaneses –los beyes, los terratenientes y las élites comerciales, los mismos que antes habían servido al rey explotador y sanguinario– se apresuraron a recibir con los brazos abiertos a las fuerzas de ocupación, deseosos de hacerse con un puesto en la nueva Administración colonial. Algunos, entre ellos el ex primer ministro del país, incluso agradecieron a las autoridades italianas el haber liberado al país del pesado yugo del rey Zog. Pocos meses después, a ese mismo ex primer ministro lo mató una bomba lanzada desde un avión. El tema de mis deberes de Historia de ese día era la vida de aquel traidor que colaboró con el rey y su muerte como un canalla fascista.

El tema del fascismo despertaba un gran entusiasmo en el colegio. Se producían unas discusiones muy animadas y los niños estallaban de orgullo. Se nos pedía que lleváramos ejemplos de familiares que habían luchado en la guerra o que habían apoyado a la resistencia. El abuelo de Elona, por ejemplo, se había unido con solo quince años a las filas de los partisanos en las montañas para pelear contra los invasores italianos. Tras la liberación de Albania en 1944 se trasladó a Yugoslavia para ayudar allí a la resistencia. A menudo iba al colegio a hablarnos de su época de partisano y de cómo Albania y Yugoslavia fueron los únicos países que habían ganado la guerra sin la ayuda de las fuerzas aliadas. Otros niños también mencionaban a sus abuelos, tíos abuelos o tías abuelas que habían apoyado a los antifascistas con

comida y refugio. Algunos llevaban a clase ropa y objetos personales que habían pertenecido a parientes jóvenes que habían sacrificado su vida por el movimiento: una camisa, un pañuelo bordado a mano o una carta enviada a la familia apenas unas horas antes de ser ejecutados.

«¿Tenemos algún pariente que haya participado en la guerra antifascista?», les pregunté a mis padres. Lo pensaron mucho, rebuscaron entre las fotos de la familia, lo consultaron con otros parientes y acabaron encontrando a Baba Mustafá: un tío abuelo del primo segundo de la mujer de mi tío. Baba Mustafá guardaba las llaves de una mezquita local, donde una tarde escondió a un grupo de partisanos después de que atacasen una guarnición nazi, cuando los italianos habían abandonado el país y habían sido sustituidos por los alemanes. Llena de entusiasmo, relaté el episodio en clase. «¿Cuál dijiste que era tu parentesco con él?», preguntó Elona. «¿Qué estaba haciendo en la mezquita? ¿Por qué tenía las llaves?», me espetó mi otra amiga, Marsida. «¿Qué pasó después con los partisanos?», quiso saber una tercera, Besa. Intenté responder a sus preguntas lo mejor que pude, pero la verdad es que mis padres no me habían proporcionado detalles suficientes para satisfacer la curiosidad de mis amigas. La discusión se tornó confusa y después incómoda. Tras algunos comentarios, mi relación con Baba Mustafá y su contribución a la resistencia antifascista empezaron a parecer, primero, insignificantes y, luego, exageradas. Al final resultaba difícil disimular la sensación de que hasta la profesora Nora había concluido, para sus adentros, que aquel pariente mío no era más que un producto de mi imaginación.

Todos los Cinco de Mayo, día en que se conmemora a los héroes de guerra, varias delegaciones de funcionarios del Partido visitaban nuestro barrio para reiterar sus condolencias a las familias de los mártires y recordarles que la sangre de sus seres queridos no había sido derramada en vano. Yo me sentaba junto a la ventana de la cocina y observaba con amarga envidia cómo mis amigos, vestidos con sus mejores galas, les indicaban el camino a sus casas mientras portaban grandes ramos de rosas rojas frescas, agitaban banderas y entonaban canciones de la resistencia. Sus padres se ponían en fila para estrechar la mano de los representantes del Partido, se hacían fotos oficiales y unos días más tarde les llegaban unos álbumes que después exponían en el colegio. Yo no tenía nada que aportar.

Y no bastaba con que mi familia no tuviese ningún mártir socialista a quien honrar. Resultaba que, casualmente, el colaboracionista albanés, el primer ministro de aquel entonces, el décimo en ocupar el cargo, el traidor nacional, el enemigo de clase, el merecido blanco de todo el odio y desprecio durante las discusiones escolares, tenía el

mismo apellido que yo y el mismo nombre que mi padre: Xhaferr Ypi. Todos los años, cada vez que salía en los libros de texto, yo tenía que armarme de paciencia y aclarar que, aunque tuviésemos el mismo apellido, no éramos parientes. Tenía que explicar que mi padre se llamaba así por mi abuelo, quien por casualidad tenía el mismo nombre y apellido que nuestro ex primer ministro. Todos los años se repetía aquella conversación que ya me resultaba odiosa.

Contuve el aliento mientras leía los deberes que me habían mandado para Historia, después pensé durante un momento y me puse de pie furiosa.

–Ven conmigo –le ordené a Lani–. Es sobre el otro Ypi de nuevo.

Mi hermano me siguió dócilmente chupando el bolígrafo con el que había estado dibujando. Cerré de un portazo y me dirigí a la cocina.

–¡Mañana no pienso ir al colegio! –anuncié.

Nadie me hizo caso. Mi padre, mi madre y mi abuela estaban sentados en el borde de tres sillas plegables, colocadas muy juntas, en el mismo lado de una pequeña mesa de roble y de espaldas a la entrada. Tenían los codos apoyados en la mesa y las cabezas inclinadas hacia delante, sostenidas entre las palmas de las manos, tan alejadas de su centro de gravedad que parecían a punto de desprendérseles. Los tres estaban concentrados en un misterioso ritual colectivo, vinculado a un enigmático objeto que sus cuerpos me impedían ver.

Esperé a escuchar la reacción a mi veredicto. Lo único que oí fue un sonido amortiguado. Me puse de puntillas y me asomé por encima de ellos. En el centro de la mesa vi la radio de la familia.

–¡Mañana no pienso ir al colegio!

Levanté la voz y entré unos pasos más en la cocina con el libro de Historia en las manos, abierto por donde estaba la foto del primer ministro. Lani dio una patada en el suelo y me miró con complicidad. Mi padre se giró bruscamente con una expresión de culpabilidad en el rostro, como si hubiese sido pillado en un acto subversivo. Mi madre apagó la radio. Antes de que el sonido desapareciera, llegué a oír las últimas dos palabras: «pluralismo político».

–¿Quién te ha dado permiso para salir de la habitación? –La pregunta de mi padre sonó como una amenaza.

–Es sobre él, de nuevo –le dije haciendo caso omiso a su reproche y todavía en voz muy alta, aunque empezaba a temblarme un poco–. Es sobre Ypi, el colaboracionista. Mañana no pienso ir al colegio. No voy a perder el tiempo explicando que nosotros no tenemos nada que ver con ese hombre. Ya se lo he dicho a todo el mundo. Lo he repetido una y mil veces. Pero volverán a preguntármelo, lo harán como si nunca se lo hubiera dicho, como si no lo supieran. Volverán a preguntármelo, siempre lo hacen, y ya me he quedado sin explicaciones.

Ya había recitado aquel monólogo antes, cada vez que el fascismo

salía a relucir en las clases de Historia, de Literatura o de Educación Moral. Mi familia siempre se había opuesto a que yo faltase al colegio. Sabía que aquella vez también lo harían. Nunca había podido hacerles entender a mis padres lo que era sentirme atosigada por mis amigos. Nunca había podido hacerles entender a mis amigos lo que era vivir en una familia en la que el pasado parecía irrelevante y lo único que importaba era debatir el presente y planificar el futuro. Yo misma no podía entender la permanente sensación que tenía por aquel entonces y que solo soy capaz de explicar ahora con el paso del tiempo. La sensación de que la vida que vivía dentro y fuera de las paredes de mi casa no era en realidad una, sino dos vidas, que a veces se complementaban y se respaldaban mutuamente, pero que, por lo general, chocaban contra una realidad que yo no llegaba a comprender del todo.

Mis padres se miraron entre ellos. Nini los miró y después se volvió hacia mí y me dijo con un tono de voz que pretendía ser firme y tranquilizador al mismo tiempo:

–Claro que vas a ir. Tú no has hecho nada malo.

–Nosotros no hemos hecho nada malo –la corrigió mi madre. Estiró el brazo y apoyó la mano en la radio para indicarme que quería seguir escuchándola y que mi presencia en la cocina pronto dejaría de ser bienvenida.

–No se trata de mí –insistí–. No se trata de nosotros. Se trata del colaboracionista. Si tuviésemos a alguien cuyo heroísmo pudiésemos celebrar, yo podría mencionarlo en clase y los demás no estarían tan obsesionados con preguntarme por mi relación con ese otro Ypi. Pero no tenemos a nadie, a nadie en la familia, ni siquiera entre los parientes lejanos, a nadie que alguna vez haya intentado defender nuestra libertad. A nadie le ha preocupado nunca la libertad en esta casa.

–Eso no es cierto –dijo mi padre–. Te tenemos a ti. A ti te preocupa la libertad. Eres una luchadora por la libertad.

El diálogo se estaba desarrollando igual que infinidad de veces antes: mi abuela argumentaba que era absurdo faltar al colegio solo por culpa de un apellido, mi padre intentaba desviar la atención con algún chiste y mi madre evidenciaba sus ansias de volver a lo que fuera que yo había interrumpido de forma inoportuna.

Pero en esa ocasión sucedió algo inesperado. Mi madre apartó la mano de la radio, se levantó de la silla y se volvió hacia mí.

–Diles que Ypi no hizo nada malo –dijo.

Nini frunció el ceño y miró a mi padre perpleja. Papá sacó el inhalador para el asma e intentó evitar su mirada girándose hacia mi madre con gesto de preocupación. Mi madre se mantuvo firme, con los ojos llenos de ira. Tenía el aspecto de alguien que ya sabía que sus

actos iban a causar problemas. No hizo caso del silencioso reproche de mi padre y continuó donde lo había dejado:

–Ypi no hizo nada malo. ¿Era un fascista? No lo sé. Quizá. ¿Defendió la libertad? Depende. Para ser libre tienes que estar vivo. Quizá intentaba salvar vidas. ¿Qué posibilidades tenía Albania de vencer a Italia? Ya dependía de ella en todos los aspectos. ¿Qué sentido tenía un derramamiento de sangre? Los fascistas ya habían tomado el país. Los fascistas controlaban los mercados. Fue Zog quien les otorgó participación en todas las grandes empresas estatales. Los productos italianos llegaron mucho antes que las armas italianas. Los fascistas construyeron nuestras carreteras. Los arquitectos de Mussolini proyectaron nuestros edificios gubernamentales mucho antes de que vinieran sus funcionarios y los ocuparan. Eso que ellos llaman «la invasión fascista»...

Mi madre hizo una pausa y se le dibujó una mueca sarcástica en los labios tras pronunciar la palabra *invasión*.

–Este no es el momento –la interrumpió Nini. Se volvió hacia mí–. Lo importante es que tú no has hecho nada malo. No tienes nada que temer.

–¿Quiénes son ellos? –pregunté a mi madre, cuyas palabras me habían desconcertado y, a la vez, despertado una gran curiosidad.

No entendía todo lo que había dicho, pero me sorprendió la duración de su intervención. Era muy raro en ella que se entretuviese en dar largas explicaciones. Era la primera vez que escuchaba opinar a mi madre sobre política e historia. Ni siquiera pensaba que tuviera opinión alguna sobre esos temas.

–Dicen que Zog era un tirano y un fascista –continuó mi madre, sin hacer caso a mi pregunta ni a la advertencia de Nini–. Si ya estás sometido a un tirano, ¿qué sentido tiene luchar contra otro? ¿Qué sentido tiene morir defendiendo la independencia de un país que ya ha sido ocupado en todos los aspectos menos en el nombre? Los verdaderos enemigos del pueblo... No me tires de la manga... –Se calló y se volvió con gesto agresivo hacia mi padre, que se hallaba muy cerca de ella y había comenzado a respirar con dificultad–. Ellos dicen que era un traidor, pero...

–¿Quiénes son ellos? –volví a preguntar cada vez más confundida.

–Ellos, ellos son... Tu madre se refiere a los revisionistas –se apresuró a explicar mi padre en su nombre. Luego dudó y, sin saber qué más decir, cambió de tema–. Te dije que reflexionaras en tu habitación. ¿Por qué has salido?

–Ya he reflexionado. No quiero ir al colegio.

Mi madre soltó un bufido de sorna. Abandonó la mesa y empezó a aporrear ollas y sartenes, y a arrojar los cubiertos al fregadero.

La mañana siguiente, Nini no me despertó para ir al colegio como de

costumbre. No me dijo por qué. Noté que algo había cambiado, que lo que había pasado el día anterior había transformado mi forma de ver a mi familia y de pensar en mis padres. Es difícil saber si lo que ocurrió tenía algo que ver con mi encuentro con Stalin, con el programa de radio o con aquel primer ministro cuyas hazañas, muerte y presencia en mi vida yo trataba de ignorar en vano. Me extrañaba que mi padre y mi abuela bajaran tanto la voz cuando hablaban de la manifestación. ¿Por qué mi padre ya no los llamaba *hooligans*? También me extrañaba que mi madre hubiese intentado justificar los actos de un político fascista. ¿Cómo podía ella simpatizar con un opresor del pueblo?

En los días siguientes, las manifestaciones se multiplicaron. La televisión estatal también empezó a llamarlas por su nombre. Las iniciaron los estudiantes universitarios en la capital y después se extendieron al resto del país. Corría el rumor de que los trabajadores estaban organizándose para abandonar sus puestos en las fábricas y unirse a los jóvenes en las calles. Lo que comenzó como una oleada de malestar por las condiciones económicas, con los estudiantes quejándose por la poca comida, la falta de calefacción en las residencias estudiantiles y los constantes cortes de luz en las aulas, pronto se convirtió en otra cosa, en la demanda de un cambio cuya naturaleza exacta no estaba clara ni siquiera para los que lo exigían. Destacados académicos, entre ellos antiguos miembros del Partido, concedieron entrevistas insólitas a *Voice of America* para explicar que sería un error reducir las reivindicaciones estudiantiles a cuestiones económicas. Según dijeron, el movimiento reclamaba el fin del sistema unipartidista y el establecimiento de un pluralismo político. Querían una democracia y una libertad reales.

Yo había crecido creyendo que mi familia compartía mi entusiasmo por el Partido, el deseo de servir a la patria, el desprecio por nuestros enemigos y la pena de no tener entre nuestro parentesco unos héroes de guerra a quienes recordar. Aquella vez me pareció que algo había cambiado. Mis preguntas sobre política, el país, las protestas y todo lo que estaba sucediendo solo hallaron respuestas cortas y evasivas. Quería saber por qué la gente reclamaba libertad si ya éramos uno de los países más libres sobre la tierra, según nos decía siempre la profesora Nora. Cuando mencioné su nombre, mis padres alzaron los ojos al cielo. Empecé a sospechar que no tenían la mejor disposición para responderme y que ya no podía confiar en ellos. No solo mis preguntas sobre el país quedaron sin respuesta, sino que, además, empecé a preguntarme en qué clase de familia me había tocado nacer. Dudaba de ellos y, al hacerlo, empecé a dudar de quién era yo.

Ahora soy consciente de algo que por aquel entonces no llegué a comprender del todo: los patrones que habían conformado mi infancia, las leyes invisibles que habían estructurado mi vida y mi percepción

de las personas cuyas opiniones me habían ayudado a entender el mundo y darle sentido, todo eso cambió para siempre en diciembre de 1990. Sería exagerado decir que el día que abracé a Stalin fue el día que me convertí en adulta, el día que me di cuenta de que era yo quien debía conferirle sentido a mi propia vida. Pero no sería tan descabellado decir que fue el día que perdí mi inocencia infantil. Que fue la primera vez que me planteé la posibilidad de que la libertad y la democracia no formaran parte de la realidad en la que vivíamos, sino que fueran una misteriosa condición futura sobre la que yo sabía muy poco.

Mi abuela siempre decía que cuando nos resulta difícil ver con claridad el futuro hay que pensar qué podemos aprender del pasado. Empecé a reflexionar sobre la historia de mi vida, mi nacimiento y cómo eran las cosas antes de llegar yo a este mundo. Intenté verificar algunos detalles que podrían ser erróneos, puesto que era demasiado joven para recordarlos con exactitud. Era una historia que había oído infinidad de veces; el relato de una realidad inamovible en la que poco a poco había ido encontrando mi papel, aunque resultase complicado. Pero ahora iba a ser diferente. Esta vez no habría aspectos preestablecidos, todo tendría que rehacerse de cero. La historia de mi vida no era el relato de los acontecimientos que habían ocurrido en un determinado período, sino la historia de una búsqueda de las preguntas adecuadas, de las preguntas que nunca se me había ocurrido hacer.

3. LA BREVE BIOGRAFÍA DE 471

Provengo de una familia a la que mi profesora Nora llamaba «de intelectuales». «Hay demasiados hijos de intelectuales en esta clase», decía en el colegio, con un leve gesto de desaprobación en el rostro. «Un intelectual», me tranquilizó mi padre, «es simplemente alguien que tiene una educación universitaria. Pero no te preocupes. Al fin y al cabo, todos somos trabajadores. Todos vivimos en un Estado obrero.»

Aunque mis dos padres eran oficialmente «intelectuales» porque ambos habían ido a la universidad, ninguno había estudiado lo que le hubiera gustado. La historia de mi padre era la más confusa de las dos. Tenía un talento natural para las ciencias y, mientras cursó secundaria, ganó las olimpíadas de Matemáticas, de Física, de Química y de Biología. Quería seguir estudiando Matemáticas, pero el Partido le dijo que debía integrarse en la verdadera clase obrera a causa de su «biografía». Mi familia mencionaba esa palabra a menudo, aunque yo nunca entendía qué querían decir. La utilizaban para situaciones tan diversas que me era imposible comprender su significado en ninguno de los contextos. Si le preguntabas a mis padres cómo se conocieron y por qué se casaron, te contestaban: «La biografía». Si mi madre estaba preparando algún informe para el trabajo, siempre le recordaban: «No olvides añadir unas líneas sobre tu biografía». Si yo hacía un amigo nuevo en el colegio, mis padres se preguntaban: «¿Sabemos algo de su biografía?».

Las biografías eran minuciosamente clasificadas en buenas y malas, mejores o peores, limpias o turbias, relevantes o irrelevantes, transparentes u oscuras, dignas de confianza o sospechosas, las que era bueno recordar y las que era mejor olvidar. La biografía constituía la respuesta universal a cualquier tipo de preguntas, el principio sin el cual todo conocimiento se reducía a una mera opinión. Hay palabras sobre cuyo significado es absurdo indagar, bien porque son tan básicas que se explican por sí solas y explican todo lo que esté relacionado con ellas, o bien porque puede resultar embarazoso evidenciar tu ignorancia preguntando por el sentido de algo que es tan obvio para todos. La palabra *biografía* era una de ellas. Una vez que se pronunciaba, no había más remedio que aceptarla.

Mi padre era hijo único. Su nombre legal era Xhaferr, como el colaboracionista albanés, pero todo el mundo lo llamaba Zafo, lo que lo salvaba de tener que dar explicaciones cada vez que se presentaba. A Zafo lo crió su madre en solitario. En 1946, cuando mi padre tenía

tres años, mi abuelo Asllan, al que nunca conocí, se marchó para ir a la universidad en algún lugar; eso era parte de su biografía. Asllan regresó quince años después, la familia hizo una fiesta para recibirlo y Nini se pintó los labios. Mi padre nunca había visto a su madre con los labios pintados y dijo que no la reconocía, que parecía un payaso y que ya no quería que viviera con ellos. A continuación tuvo una gran pelea con su padre; Nini se quitó la pintura de los labios y nunca volvió a maquillarse. Los dos hombres siguieron discutiendo a lo largo de los años. Mi padre se negaba a reconocer la autoridad de Asllan y mi abuelo decía que su hijo tenía una fuerza de voluntad «de mantequilla» y que se limitaba a vivir como «un cerdo satisfecho». A Nini le gustaba citar la frase completa que decía su marido: «Es preferible ser un ser humano insatisfecho que un cerdo satisfecho». Pero mi padre nunca parecía estar precisamente satisfecho. Más bien solía sufrir ataques de ansiedad, que generalmente eran consecuencia del agravamiento de su asma y que él hacía todo lo posible por disimular.

Zafo había contraído asma de niño, en la época en que el Partido los obligó a Nini y a él a mudarse de su casa a un granero lleno de moho. Eso también era parte de su biografía. Mi abuelo no estaba allí cuando eso sucedió, pero parece ser que después diría que mucha gente tenía asma y que mi padre no debía quejarse tanto. También decía que mi padre debía agradecer todos los días que tuviéramos un gobierno socialista. Que, si viviéramos en Occidente, mi padre habría acabado siendo un vagabundo y cantando canciones de *bobdylan* debajo de un puente para sacarse algún dinero. Esa parte también me resultaba un poco misteriosa, no solo porque nadie me explicó jamás qué era eso de *bobdylan*, sino además porque mi padre no tenía ningún oído para la música y nunca había tocado ningún instrumento. Sin embargo, había dos cosas que lo obsesionaban y que intentó enseñarme: cómo bailar «como el pequeño Ali» y lo que él llamaba «la magia de las fórmulas de Vieta» para resolver los problemas de álgebra. Lo primero consistía en una serie de movimientos de boxeo, pero el entrenamiento solía detenerse cuando me parecía que ya los tenía dominados, justo cuando mi padre se quedaba sin aliento. Lo segundo podía durar días, a veces incluso semanas, y el entusiasmo de mi padre por las fórmulas de Vieta crecía de forma proporcional a mi frustración.

La parte más confusa de la biografía de mi padre no era que le hubiesen dicho que no podía ir a la universidad, sino que hubiera acabado yendo a pesar de todo. Pocos días antes del comienzo del año académico se presentó a examen frente a un panel de catedráticos, y mi abuela les dijo a los integrantes de la mesa que mi padre se

suicidaría si ellos no le permitían estudiar en la universidad. A continuación, los profesores le hicieron unas pocas preguntas y lo mandaron a casa con una carta en la que se indicaba a los funcionarios competentes que lo autorizaban a continuar con los estudios superiores. No podía estudiar Matemáticas, porque entonces podría convertirse en profesor y no debía permitírsele dar clases en razón de su biografía. Lo enviaron a estudiar Ingeniería Forestal y aquello debió de parecerle bien, porque nunca intentó suicidarse. Todo lo contrario, viajaba diariamente a Tirana desde Kavajë, la pequeña ciudad donde vivían antes de que yo naciera, junto con muchas otras familias cuyas biografías eran similares a las suya.

Si las matemáticas eran una de las mayores pasiones de mi padre, no había nada en el mundo que mi madre odiase más. Aquello tampoco tuvo un final feliz, porque no solo se vio obligada a estudiar Matemáticas en la universidad, sino que además tuvo que enseñárselas a alumnos de secundaria. El hecho de que a mi madre se le pudiese confiar el papel de profesora, mientras que a mi padre no, daba a entender que su biografía era mejor que la de él, aunque solo un poco, porque si hubiera sido mucho mejor no se habrían casado. A mi madre le encantaban Schiller y Goethe, iba a los conciertos a escuchar música de Mozart y de Beethoven, y había aprendido a tocar la guitarra con los soviéticos que habían visitado la Casa de los Pioneros antes de que rompiéramos nuestra alianza con ellos, justo después del 20.º Congreso de su Partido. A mi madre la habían autorizado a estudiar Literatura, pero sus padres la convencieron de que cambiara de carrera porque tenían problemas económicos y con un título de ciencias podría conseguir una beca.

Mi madre era la tercera de siete hijos: cinco niñas y dos niños. Su madre, Nona Fozi, trabajaba en una fábrica de productos químicos y su padre, a quien llamábamos Baçi, limpiaba alcantarillas. En las pocas fotos que tenemos de mi madre cuando era niña aparece extremadamente delgada, con un aspecto frágil y bolsas bajo los ojos, como si fuese anémica. Ella nunca hablaba de su infancia, pero debió de ser muy desgraciada, porque, una vez que mi padre le propuso ver un documental histórico sobre la Gran Hambruna en Bengala, le respondió: «Zafo, sé perfectamente lo que es el hambre, no necesito verlo en la televisión». A mi madre no le gustaba la televisión. El único programa con el que hacía una excepción era *Dinastía*, en el canal yugoslavo, pero no porque le interesara la trama, sino porque le gustaba ver la decoración de las casas. «¡Qué bonito!», decía con la voz cargada de deseo. «Es muy muy bonito.»

La familia de mi madre vivía y compartía sus ingresos con dos abuelas y un primo hermano de su padre, que se llamaba Hysen y que vivía con ellos desde que se había quedado huérfano a los trece años.

Mi madre quería muchísimo a Hysen. Cuando ella nació y la llevaron de la maternidad a su casa durante la guerra, Hysen se negó a llamarla por su nombre, Vjollca, porque decía que era preciosa como una muñeca. Y de la palabra *doll*, muñeca, surgió el apodo Doli, que es como todos la llaman. Hysen había estudiado en un internado en Viena y le enseñó a mi madre a bailar el vals y a recitar el *Erlkönig*[2] de Goethe en alemán. A veces mi madre recorría la casa declamando: «Wer reitet so spät durch Nacht und Wind? Es ist der Vater mit seinem Kind»,[3] alzando la voz al recitar la pregunta y susurrando la respuesta.

Siempre pensé que el poema hablaba de la historia de un niño que no podía dormirse, hasta que una noche de invierno mi madre me lo recitó completo mientras una tormenta azotaba nuestras ventanas y asábamos castañas en la chimenea. Después me lo tradujo y todavía me recorre un escalofrío por la espalda cuando recuerdo los últimos dos versos: «Con el niño logra llegar a casa con pesar y esfuerzo, pero el niño en sus brazos yace muerto».

Mi madre y Hysen también compartían la pasión de hacer coches, barcos, trenes y aviones con recortes de papel, para luego enviarlos a múltiples viajes imaginarios. Hysen padecía una especie de enfermedad mental y le daban ataques frecuentes tras los cuales caía en un profundo letargo, casi como un coma. Al despertar solo hablaba alemán, luego una mezcla de alemán y albanés, y cuando ya se encontraba lo bastante bien para levantarse de la cama, se ponía a dibujar mapas de nuestra ciudad, Durrës, junto con mi madre. Marcaban con círculos determinadas zonas a las afueras, destacaban algunos edificios y caminos, y después hacían barcos de papel que, según él, transportaban el oro de la familia. Todos los barcos llevaban el nombre de Teuta, la antigua reina iliria que había enviado a un ejército de piratas a luchar contra los romanos, aunque cada uno tenía un número diferente: *Teuta I*, *Teuta II*, *Teuta III*. Mi madre decía que Hysen se preparaba para cuando llegara lo que llamaba «la época de *pazi*». Prometía que, cuando llegase la época de «pazi», mi madre y sus hermanos se mudarían a vivir a un castillo, pasearían por las tierras que poseían, montarían caballos de carreras y se vestirían como príncipes y princesas. Cuando Hysen le contaba el cuento de todo lo que harían cuando llegase la «pazi», lograba que mi madre se olvidase de que llevaba un día entero sin comer.

Hysen también enseñó a mi madre a jugar al ajedrez y su familia la animó a que se inscribiera en el club de la ciudad porque así podía obtener chándales gratis y asistir a torneos. A los veintidós años se convirtió en campeona nacional de ajedrez y defendió el título durante algunos años. Recuerdo el sonido rítmico de sus tacones mientras

recorría la gran sala del Palacio de los Deportes, donde entrenaba a los equipos juveniles, yendo de una fila de mesas a la siguiente, acompañada tan solo por el tictac de los grandes relojes de ajedrez de madera dispuestos entre los jugadores. Solía observar cada partida durante unos minutos sin decir ni una palabra y, si un niño estaba a punto de cometer un error, ella levantaba el dedo índice y daba un golpecito o dos sobre el caballo o el alfil amenazador y luego se dirigía a inspeccionar la siguiente mesa. «Es un deporte para el cerebro», me decía para alentarme a jugar y se tomaba como una ofensa personal que yo aprovechase cuando estaba distraída con los demás niños para escaparme a otra sala a ver partidos de ping-pong. «La belleza del ajedrez», me repetía una y otra vez, «radica en que no tiene nada que ver con tu biografía. Todo depende de ti.»

Cuando mi madre caía enferma solía describir los síntomas que tenía con la misma precisión monótona y desapasionada con la que explicaba las reglas básicas para mover las piezas de ajedrez sobre el tablero. Relataba simplemente lo que le sucedía, nunca lo que sentía debido a ello. Rara vez se quejaba; jamás la vi llorar. Irradiaba una seguridad total y una autoridad absoluta; del tipo que poseen esas personas que logran convencer a los demás de que iría contra sus propios intereses cuestionar su jerarquía sobre ellos. Siempre dominaba la situación. Siempre, excepto una vez: cuando yo nací. La mañana del día en que debía ingresar en el hospital se encerró en el cuarto de baño, empeñada en peinarse como alguien que acababa de ver en la televisión y que se había convertido en la primera mujer que ostentaba el cargo de primera ministra del Reino Unido. Dado que mi madre apenas se pasaba un cepillo por el pelo y menos aún se hacía un peinado de peluquería, aquello fue una clara señal, si no de pánico, de un estado de ansiedad inusitado.

El 8 de septiembre de 1979, *Zëri i Popullit*, el órgano oficial del Partido, informaba del ataque a Mozambique por parte del gobierno racista de Abel Muzorewa, primer ministro de Rodesia; criticaba las nuevas pruebas nucleares de Estados Unidos; señalaba el reciente caso de corrupción entre los agentes de policía de Houston como un claro ejemplo de la degradación del capitalismo y denunciaba casos de explotación infantil en algunas plantas textiles de Madrid. Un largo editorial acusaba a *Voice of America* y a *Novosti* de ser armas de agresión ideológica en manos de las dos mayores superpotencias del mundo. La página de información internacional incluía un mensaje de solidaridad con las huelgas que estaban teniendo lugar en ese momento en el mundo: la de estibadores en el puerto de Róterdam, la de mecánicos en British Leyland y las de maestros en Perú, Costa Rica y Colombia. Yo nací a las diez de la mañana.

Mis padres habían tardado algunos años en concebirme; más o

menos desde que se firmaron los Acuerdos de Helsinki en agosto de 1975, como le gustaba apuntar a mi padre. Cuando nací dijeron que tenía solo un treinta por ciento de posibilidades de sobrevivir. Mis padres no se atrevieron a ponerme un nombre, pero festejaron que el hospital me asignara un número de ingreso: el 471. Los bebés muertos eran los únicos que no recibían ningún número y, como yo todavía no había fallecido, había una vida que celebrar.

«Llevábamos décadas de sufrimiento», me diría después mi abuela. «Cuando tú naciste surgió la esperanza. La esperanza es algo por lo que hay que luchar. Pero se llega a un punto en que se convierte en ilusión; eso puede ser muy peligroso. Todo se reduce a cómo se interpreten los hechos.» El 471 bastó para dar a mi familia esperanzas, aunque solo las justas.

A mi madre y a mí nos separaron en el mismo instante en que nací; ella permaneció en el ala de maternidad hasta que se recuperó de la intervención y a mí me enviaron a un hospital diferente, donde continué viva, conectada a diferentes máquinas, pero sin mostrar ningún signo de mejoría, hasta que mi abuela decidió pedir permiso para llevarme a casa. Cuando abandoné la incubadora con cinco meses y pesando algo menos de tres kilos, que era el tamaño de un recién nacido, las probabilidades de que viviera habían aumentado a un cincuenta por ciento. «Más o menos igual que las que tenían los diplomáticos estadounidenses en Teherán», bromearía después mi padre, «pero si Nini no hubiera insistido, te habrían tenido mucho más tiempo de rehén.» El hecho de que aceptaran la solicitud de mi abuela fue una buena señal para nuestra biografía.

Durante mis primeros meses de vida, mi familia vivía en una habitación que le alquilaban a un antiguo cooperativista y la transformaron en una unidad de cuidados intensivos. Mi padre acarreaba leña del jardín para mantener la chimenea siempre encendida, mi madre se quedaba despierta hasta altas horas cosiendo ropita para mí y mi abuela esterilizaba todo lo que veía: cubiertos, tijeras, vajilla y cacharros de cocina, incluso cosas intrascendentes como martillos y alicates. Las visitas estaban prohibidas a menos que ingresaran a la habitación con mascarilla, pero como estas eran difíciles de encontrar pronto desaparecieron las visitas.

Cuando cumplí un año, la doctora Elvira, que iba regularmente a controlar mi estado de salud, afirmó: «En cualquier otra familia, la niña no habría sobrevivido. ¡Enhorabuena! Pueden dejar de llamarla 471. Miren esas mejillas regordetas. Sería mejor llamarla Pimientito Relleno».

Durante mi infancia debieron de darme unos refuerzos inmunológicos increíbles porque exceptuando esos primeros meses de vida casi no me he vuelto a enfermar. De niña me puse mala tan pocas

veces que llegué a idealizar la enfermedad, a pensar que la convalecencia era una especie de premio que se les otorgaba a unos pocos elegidos y me preguntaba qué retos habría que superar para ser merecedora de una fiebre alta, una tos de pecho o incluso un simple dolor de garganta. Cada vez que alguna enfermedad asolaba a los niños de mi clase, yo les preguntaba a los que habían faltado al colegio si me dejaban abrazarlos unas cuantas veces con la esperanza de contagiarme. En las contadas ocasiones en las que logré contraer alguna enfermedad me quedaba en casa tomando infusiones de hoja de laurel y le pedía a mi abuela que me contara la historia de cómo 471 logró sobrevivir y convertirse en el Pimientito Relleno. «¿Cómo es mi biografía?», preguntaba yo. «Fuiste un bebé prematuro», era siempre su primera frase. «Llegaste antes de que estuviésemos preparados. Aparte de eso, hasta el momento tu biografía no podría ser mejor.»

Solo cuando Elona perdió a su madre en circunstancias muy parecidas a aquellas a las que habíamos sobrevivido mi madre y yo me di cuenta de que las cosas también podrían haber sido diferentes para nosotras. Empecé a ver mi vida como un milagroso cuento de aventuras. Pero Nini jamás quiso considerarlo un milagro; siempre rechazó la posibilidad de que las cosas pudieran haber salido de otro modo. Solía relatar los primeros meses de mi existencia con una atribución tan exacta de causas y efectos que aquello parecía más el análisis de una teoría científica o una reconstrucción de las leyes de la naturaleza que la descripción de unos acontecimientos que podrían haber tomado un curso diferente. El éxito siempre se debió a que las personas adecuadas tomaron las decisiones adecuadas, a que decidieron luchar por una esperanza que parecía justificada y a que interpretaron los hechos de tal forma que supieron distinguir la esperanza de la ilusión.

Al fin y al cabo, decía mi abuela, siempre somos dueños de nuestro destino. La «biografía» era crucial para conocer los límites de tu mundo, pero una vez que los conocías eras libre de elegir y debías hacerte responsable de tus decisiones. Unas veces ganarías y otras perderías. Debías evitar los halagos tras las victorias y aprender a aceptar las derrotas. Al igual que sucedía con los movimientos de ajedrez que explicaba mi madre, el juego dependía totalmente de ti, siempre y cuando dominaras las reglas.

4. EL TÍO ENVER NOS HA DEJADO PARA SIEMPRE

–Ha pasado algo horrible –dijo Flora, nuestra maestra de preescolar, mientras organizaba a todos los niños de cinco y seis años para que nos sentáramos en las sillas de madera de diferentes colores dispuestas en un semicírculo.

Era el 11 de abril de 1985.

–El Tío Enver se ha... se ha... ido... para siempre. –Pronunció esas palabras como si ella misma estuviera exhalando su último aliento, como si esa fuera la última frase que fuera a pronunciar en su vida.

A continuación, también ella se dejó caer en una de las sillitas y se llevó una mano al corazón como si le doliera mientras negaba con la cabeza. Después respiró hondo: inspira, espira, inspira, espira. Se produjo un largo silencio.

Luego Flora se puso de pie con gesto decidido y se frotó los ojos. Durante esos pocos minutos de silencio se había convertido en una persona diferente.

–Niños –dijo con tono solemne–. Escuchadme atentamente. Es muy importante que entendáis lo que os voy a decir. El Tío Enver ha fallecido. Pero su obra sigue viva. El Partido sigue vivo. Todos nosotros continuaremos su obra y seguiremos su ejemplo.

Aquel día hablamos mucho de la muerte. Mi amiga Marsida, cuyo padre era zapatero, pero cuyo abuelo había sido el imán de la mezquita local antes de que se aboliera la religión, dijo que en los viejos tiempos la gente creía que, cuando nos moríamos, no nos moríamos del todo. Por supuesto, contestamos los demás, por supuesto que no nos morimos del todo. Porque nuestra obra sigue viva, como la del Tío Enver.

Pero Marsida protestó que no era eso lo que quería decir. No quería decir que nuestra obra seguía viva después de nuestra muerte. Quiso decir que, cuando las personas mueren, hay una parte de ellas que continúa viviendo y que se va a otro lugar, dependiendo de cómo se hayan portado durante su vida. No podía acordarse de cómo se llamaba ese lugar. Su abuelo se lo había explicado.

Nos dejó a todos boquiabiertos. ¿A otro lugar?

–¿Cómo se va ir alguien a ningún lugar si está muerto? –dije yo–. Cuando estás muerto no te puedes mover. Te meten directamente en un ataúd.

–¿Habéis visto a un muerto de verdad? –preguntó Marsida.

Yo le dije que no, pero que había visto ataúdes. Y que había visto

adónde iban, a un lugar muy hondo bajo la tierra, y que los bajaban al agujero con la ayuda de cuerdas. Los vi un domingo cuando visitamos la tumba de mi abuelo en el cementerio. Incluso había visto tumbas de niños. Yo había rayado el mármol de una con un trozo de cristal que encontré en el suelo y mi abuela me regañó. En la lápida había una foto en blanco y negro de una niña pequeña sonriente que llevaba un gran lazo que se parecía un poco al mío. Se había muerto al caer de un árbol. Nini me dijo que para eso existían los cementerios, para que supiéramos dónde estaban los muertos y pudiéramos visitar sus tumbas y hablar con ellos sobre cómo continuamos su obra.

Marsida dijo que ella también había visto ataúdes, muchas veces. Que no solo había visto los ataúdes para adultos, que eran de color negro, sino que una vez también vio uno pequeño, que era rojo y pesaba mucho menos que los otros, porque solo se necesitaba un hombre para llevarlo.

Después otra amiga, Besa, que era un poco mayor, se unió a la conversación. Dijo que había visto a un muerto de verdad. Era su tío. Lo había espiado por el ojo de la cerradura de la habitación donde lo tenían a la espera de que lo lavaran y acicalaran antes de meterlo en su ataúd. El féretro estaba allí mismo, abierto, listo, justo a su lado. El muerto yacía rígido en el sofá. Estaba blanco como la tiza y tenía sangre en la cabeza, porque acababa de caerse de un poste de la electricidad mientras trabajaba.

–Mi tía se quejaba de que nadie le hubiese cerrado los ojos cuando le pasó eso –nos contó–. Es imposible que una parte de él pudiera irse a ningún lugar.

–Claro –dije yo asintiendo con la cabeza–. Mi abuela me contó que, cuando las personas mueren y las enterramos, se las comen los insectos, después se funden con la tierra y se convierten en abono, que es necesario para que crezcan otras cosas, como las flores, las plantas o lo que sea. No pueden ir a ningún lugar –insistí.

–Además los muertos apestan –añadió Besa–. Cuando mi tío murió, oí que mi tía decía que había que organizar el funeral rápidamente porque, si no lo enterrábamos enseguida, empezaría a apestar.

–¡Qué asco! –exclamé–. Una vez, un salami que teníamos en la nevera empezó a apestar después de que hubo un corte de luz. La peste era tal que mi padre se puso a correr por toda la casa con una pinza de la ropa en la nariz y con la boca abierta, sin poder respirar y gritando: «¡Socorro! ¡Socorro!».

Todos se rieron. La maestra Flora nos oyó y nos castigó de pie en un rincón para que reflexionáramos, dijo, sobre cómo podíamos estar riéndonos en un día tan triste para nuestra nación. Cuando volví a casa y le conté a mi abuela que el Tío Enver había muerto y que me habían castigado de pie en un rincón por culpa del salami podrido de nuestra

nevera no pude contener las lágrimas que me caían por las mejillas. No sé si lloraba de vergüenza porque me habían regañado en un día tan inapropiado, si lloraba de tristeza por la pérdida del Tío Enver o si lloraba por la mezcla de ambas cosas o tal vez por otro motivo que no tenía nada que ver.

Esa primera conversación sobre la muerte y sobre lo que ocurre después volvió a repetirse en el colegio varios años más tarde. La profesora Nora nos dijo que antiguamente la gente se reunía en unos edificios muy grandes llamados «iglesias» y «mezquitas» para cantar canciones y recitar poemas dedicados a alguien o algo que ellos llamaban Dios y que teníamos que tener mucho cuidado de no confundirlo con los dioses de la mitología griega como Zeus, Hera o Poseidón. Nadie sabía qué aspecto tenía aquel Dios único y sobre esto había todo tipo de interpretaciones diferentes. Algunos, como los católicos y los cristianos ortodoxos, creían que Dios tuvo un hijo que también era medio humano. Otros, los musulmanes, creían que Dios estaba en todas partes, tanto en las partículas más pequeñas de la materia como en el universo entero. Y había otros más, los judíos, que pensaban que Dios les daría un rey que los salvaría cuando llegase el final de los días. Además todos tenían profetas diferentes. En el pasado, esos grupos religiosos habían luchado encarnizadamente entre sí y habían matado y mutilado a gente inocente para imponer cuál de los profetas era el auténtico. Pero no en nuestro país. En nuestro país, los católicos, los cristianos ortodoxos, los musulmanes y los judíos siempre se habían respetado unos a otros, porque les importaba más la nación que sus diferencias sobre el aspecto de Dios. Entonces llegó el Partido, más gente empezó a leer y a escribir y, cuánto más aprendían sobre el funcionamiento del mundo, más cuenta se daban de que la religión era una ilusión, algo que los ricos y poderosos utilizaban para dar falsas esperanzas a los pobres prometiéndoles felicidad y justicia en otra vida.

Preguntamos si había otra vida después de la muerte.

–No la hay –contestó la profesora Nora con su convicción característica. Nos explicó que todo aquello no era más que una forma de conseguir que las personas dejaran de luchar por sus derechos durante la única vida que tenían, así los ricos podían beneficiarse.

A los capitalistas, que no creían realmente en Dios, les interesaba mantener las religiones porque así era más fácil explotar a los trabajadores y culpar a un ser mágico en lugar de responsabilizarse ellos mismos por las desgracias que causaban. Pero, una vez que la gente aprendió a leer y a escribir y el Partido estaba allí para guiarlos, dejaron de confiar en Dios. Y también dejaron de creer en muchas otras supersticiones como el mal de ojo o que había que llevar siempre encima un ajo para alejar la mala suerte, que eran distintas

expresiones de lo mismo: que las personas no eran libres de hacer lo que consideraban correcto, sino que estaban controladas por fuerzas sobrenaturales. Por suerte, con la ayuda del Partido, pudimos por fin comprender que Dios no era más que una invención para atemorizarnos y hacernos depender de quienes pretendían tener el poder de interpretar la palabra de Dios o de explicar sus reglas.

–Pero fue difícil deshacerse de Dios por completo –dijo la profesora Nora–. Algunas personas, algunos reaccionarios, siguieron creyendo en Él. Cuando el Partido adquirió la fuerza suficiente para enfrentarse a ellos se inició una red de voluntariado para transformar todos los lugares de culto en espacios para la formación y el desarrollo de los jóvenes. Las iglesias se convirtieron en centros deportivos y las mezquitas, en salas de congresos. Por eso no solo Dios no existe –dijo la profesora Nora a modo de conclusión–, sino que tampoco existen ya las iglesias ni las mezquitas. Las destruimos todas. –Elevó un poco la voz–: No debemos regresar jamás a esas costumbres retrógradas. No existe ningún Dios en ningún sitio. No existe Dios ni la vida después de la muerte ni la inmortalidad del alma. Cuando nos morimos, nos morimos. Lo único que vive eternamente es nuestra obra, los proyectos que hemos creado, los ideales que legamos a los demás para que los continúen en nuestro nombre.

A veces me acordaba de las palabras de la profesora Nora mientras volvía caminando del colegio y, al pasar por delante del edificio que albergaba la sede del Partido, levantaba la mirada hacia una de las ventanas. Mis ojos siempre se dirigían allí instintivamente porque era lo que había visto hacer a mi madre cada vez que pasábamos delante de ese edificio. Yo solo repetía su gesto. Por algún motivo, yo asociaba la sede del Partido con Dios y con la idea del más allá. Todo comenzó una vez que volvíamos a casa tras nuestro acostumbrado paseo de los domingos y yo iba en bicicleta detrás de mis padres cuando oí que mi madre le susurraba a mi padre:

–No, no es la ventana con el tiesto, es la otra. Él gritó: «¡Allahu-akbar!». –Y volvió a repetir–: «¡Allahu-akbar!».

–¿Quién es él? –pregunté sin dejar de pedalear–. ¿Qué quiere decir «allahu-aka»?

–Nada –respondió mi padre tras girarse bruscamente para mirarme–. No quiere decir nada.

–Acabáis de decir «allahu-aka» –insistí al tiempo que frenaba la bici delante de él.

–Es de muy mala educación escuchar las conversaciones de los mayores –dijo mi padre visiblemente irritado–. «Allahu-akbar» es lo que solía decir la gente que creía en Dios, como reconocimiento y celebración de Su grandeza.

–¿Es como decir «Viva el Partido»? –pregunté.

–Dios no es lo mismo que el Partido –me explicó mi padre–. «Allahu-akbar» es lo que repetía la gente de fe musulmana durante sus plegarias. Tú conoces los diferentes credos religiosos porque la profesora Nora te los explicó en la clase de Educación Moral –me dijo–. Alá quiere decir «Dios» en árabe.

–¿Conocemos a alguien que haya sido musulmán en los viejos tiempos?

–Nosotros somos musulmanes –contestó mi madre mientras sacaba un pañuelo del bolso para limpiar el barro que acababa de ver en mis zapatos.

–Éramos musulmanes –la corrigió mi padre–. La mayoría de la población albanesa era musulmana.

Les pregunté si los musulmanes creían en la vida después de la muerte. Mi madre asintió con la cabeza, todavía agachada y restregando la punta de mis zapatos.

–Entonces eran igual de tontos que la demás gente que creía en otro Dios –les dije al tiempo que me zafaba de mi madre para subirme a la bicicleta y salir pedaleando a toda velocidad.

Cada vez que pasaba delante de la sede del Partido al volver del colegio me acordaba del hombre que había gritado «¡Allahu-akbar!» desde una de las ventanas del quinto piso. Me parecía extraño que todos aquellos fanáticos religiosos no estuvieran de acuerdo sobre cómo era Dios exactamente y, sin embargo, todos coincidieran en que una parte de nosotros sobreviviría después de la muerte. Si había algo que pudiera convencernos a los niños de la irracionalidad de la religión, de la ridícula naturaleza de creer en la existencia de Dios, era la idea de que podía haber una vida después de la que ya teníamos. En el colegio nos enseñaban a pensar en el desarrollo y en la decadencia en términos evolutivos. Estudiábamos la naturaleza a través de la mirada de Darwin y la historia a través de la de Marx. Diferenciábamos entre el mito y la ciencia, el juicio y el prejuicio, la duda razonable y la superstición dogmática. Nos enseñaban a creer que las ideas y aspiraciones legítimas perviven como resultado de nuestros esfuerzos colectivos, pero que la vida de los individuos siempre llega a su fin, como la vida de los insectos, los pájaros y los demás animales. Creer que las personas merecen un destino diferente en comparación con el resto de la naturaleza era ser esclavo del mito y del dogma en detrimento de la ciencia y la razón. Lo único importante eran la ciencia y la razón. Solo con su ayuda podíamos conocer la naturaleza y el mundo. Y cuanto más supiéramos, más podríamos explicar y dominar aquello que al principio nos parecía misterioso.

–¿No lo entiendes? –recuerdo decirle a Nini en medio de las lágrimas el día que murió Enver Hoxha–. El Tío Enver ya no está vivo. Su obra vivirá para siempre. Pero nunca podré hacer realidad mi deseo

de conocerlo.

Mi abuela me insistía en que comiera. No dejaba de alabar el *byrek*[4] que había hecho.

–Lo he probado y está delicioso –decía.

Yo me preguntaba cómo mi abuela era capaz de comer en un día así. ¿Cómo podía siquiera pensar en la comida? Yo no tenía hambre. Estaba demasiado triste. El Tío Enver se había ido para siempre. Todos sus libros, que yo adoraba, se quedarían sin su autógrafo. Ni siquiera teníamos una foto suya en nuestro salón. Lo iba a echar muchísimo de menos.

–Voy a recortar una foto del libro que escribió para sus camaradas pioneros y la voy a enmarcar –anuncié–. La pondré en mi mesilla de noche.

Nini dejó de insistir en que comiera.

–Tienes razón –me dijo–. Yo tampoco tengo hambre, solo he probado un mordisco. –Sin embargo, no estaba dispuesta a dejarme recortar la foto–. En esta casa no se destrozan los libros.

El funeral tuvo lugar un par de días después. Tras un largo período de sol comenzó a llover muy débilmente. Mi familia y yo no apartábamos los ojos de la pantalla del televisor, que mostraba a miles de personas agolpadas a ambos lados del bulevar principal de Tirana para ver el cortejo fúnebre: soldados llorando, ancianas que gemían y se llevaban las manos a la cara con gestos desesperados, estudiantes universitarios que observaban el desfile con rostros inexpresivos. Las imágenes estaban acompañadas de una marcha sinfónica. El periodista hablaba poco y muy despacio, como un desdichado Sísifo al que le hubieran encomendado hacer comentarios mientras empujaba la roca colina arriba. «Hasta la naturaleza llora la pérdida de uno de los mayores revolucionarios de nuestro tiempo», decía. Se hizo una larga pausa. Solo se oían las notas de la marcha fúnebre. «Cada vez que el camarada Enver subía a la tribuna el Primero de Mayo, el tiempo cambiaba y el sol asomaba por detrás de las nubes. Hoy hasta los cielos lloran. La lluvia se mezcla con las lágrimas del pueblo.»

Mi familia miraba en silencio.

«El país llora la pérdida de su hijo más ilustre, el padre fundador de la nación albanesa moderna, el inteligente estratega que organizó la resistencia contra el fascismo italiano, el brillante general que derrotó a los nazis, el pensador revolucionario que supo alejarse tanto del oportunismo como del sectarismo, el orgulloso estadista que se resistió a los intentos revisionistas yugoslavos de anexionarse nuestro amado país, el político que nunca sucumbió a las conspiraciones imperialistas angloamericanas y que nunca se rindió a la presión revisionista

soviética y china.» La cámara enfocó el féretro, cubierto por una enorme bandera de Albania; después, los rostros afligidos de los miembros del Politburó y, a continuación, al nuevo secretario general del Partido, que estaba a punto de pronunciar un discurso. Continuaba la música. Tras otra pausa, el comentarista recobró las fuerzas y volvió a hablar: «El camarada Enver trabajó tanto para la nación como para la solidaridad proletaria internacional. Sabía que la única forma de salir adelante era a través de la autodeterminación nacional junto a una lucha implacable contra los enemigos internos y externos del socialismo. Ahora el camarada Enver nos ha dejado y hemos de continuar la lucha sin él. Echaremos de menos su brillante liderazgo, sus sabias palabras, su pasión revolucionaria, su afable sonrisa. Lo echaremos de menos. El dolor es enorme. Debemos aprender a convertirlo en fortaleza. Lo haremos mañana. Hoy el dolor es, simplemente, demasiado grande».

–¡Ya lo sé! –exclamó de repente mi madre rompiendo el silencio–. Estaba todo el tiempo dándole vueltas a la cabeza preguntándome qué era. Es la *Tercera sinfonía* de Beethoven. La marcha fúnebre. Es Beethoven.

–No, no lo es –respondió mi padre de inmediato, como si hiciera rato que estaba esperando que ella hiciese ese comentario–. Es de un compositor albanés. No recuerdo el nombre, pero ya lo he oído antes, no es nuevo –añadió con el entusiasmo que solo manifestaba cada vez que surgía la oportunidad de contradecir a mi madre.

–Zafo, no tienes ni idea –dijo ella–. Careces de oído para la música. ¿Cuándo fue la última vez que fuiste a un concierto de clásica? La única música que escuchas es la del programa deportivo de la radio. Eso que se oye de fondo pertenece al segundo movimiento de la *Tercera sinfonía* de Beethoven, la *Heroica*. Se llama «Marcha fúnebre».

Mi padre estaba a punto de volver a llevarle la contraria cuando mi abuela intervino para confirmar que mi madre tenía razón.

–Es de la sinfonía que Beethoven empezó a componer en honor de Napoleón. Yo también la he reconocido. A Asllan le gustaba mucho. –Cualquier referencia a mi abuelo siempre zanjaba las discusiones familiares.

–¿Me llevaréis a ver su tumba para que pueda presentarle mis respetos? –pregunté con lágrimas en los ojos, paralizada frente a las imágenes que desfilaban por la pantalla y preguntándome por qué, en lugar de estar llorando, mi familia discutía sobre música.

–Este domingo –respondió mi abuela con la cabeza en otra cosa.

–¿Este domingo? ¿Dejarán entrar a los visitantes tan pronto?

–No, a la tumba del Tío Enver no –se corrigió Nini–. Creí que te referías a la tumba de tu abuelo.

–Durante las próximas semanas, todos los gremios rendirán un

homenaje ante la tumba del camarada Enver –dijo mi padre–. Cuando le toque al mío, te llevo.

Estuve esperando con impaciencia esa visita durante algunas semanas. Una tarde, mi padre regresó del trabajo y anunció que había ido a Tirana a visitar la tumba del Tío Enver.

–¿Ya has ido? –pregunté con una mezcla de desilusión y de rabia–. Dijiste que me llevarías contigo. Has roto tu promesa.

–Lo intenté –me respondió a modo de disculpa–. Tuvimos que salir muy temprano por la mañana, en el primer tren, y cuando vine a casa a despertarte estabas muy dormida y no me hiciste caso. Nini también intentó despertarte, pero tú solo refunfuñaste y te diste la vuelta. Se hacía tarde y tenía que irme. No te preocupes, Pimientito Relleno, estoy seguro de que habrá otra oportunidad.

Yo estaba inconsolable. Lloraba y repetía que estaba claro que mis padres no amaban al Tío Enver tanto como yo y que hasta era probable que no lo quisieran nada. Era mentira que hubieran intentado despertarme aquella mañana, porque, si la noche anterior me hubiesen dicho que íbamos a ir a visitar su tumba, yo no hubiera podido dormir y hubiese saltado de la cama a la primera. Lo cierto era que no les importaba; no les importaba ir a visitar la tumba del Tío Enver ni tampoco tener una foto suya en el salón. Yo les había pedido millones de veces una foto enmarcada del Tío Enver y ellos nunca me la habían traído. Todas mis amigas tenían fotos en sus estanterías; mi amiga Besa incluso tenía una foto grande de ella sentada sobre el regazo del Tío Enver durante el último congreso, cuando le entregó un ramo de rosas rojas y le recitó una poesía para el Partido. Yo nunca había estado en ningún congreso y en casa no teníamos nada.

Mis padres intentaron consolarme. Dijeron que ellos amaban el Partido y al Tío Enver tanto como yo. La única razón de que no tuviéramos su foto en nuestro salón era que estábamos esperando a que la ampliasen. Mi madre añadió que necesitábamos un marco realmente bonito y que tenía que ser hecho a medida. Los marcos de madera comunes que vendían en las tiendas no eran dignos del Tío Enver.

–Estamos trabajando en ello –recalcó mi padre–. Iba a ser una sorpresa para tu cumpleaños.

–No lo vais a hacer para mi cumpleaños –dije mientras negaba con la cabeza en señal de incredulidad. Me sequé las lágrimas–. Lo sé. Lo olvidaréis y ya está. Vosotros no queréis al Tío Enver. Está claro que no lo echáis de menos, porque, si lo hicierais, ya tendríais una foto pequeña de él y aparte compraríais una grande.

Mis padres parecieron preocuparse y se miraron.

–Te contaré un secreto –dijo Nini–. Yo conocí al Tío Enver. Fue hace muchos muchos años, cuando tu abuelo y yo éramos jóvenes. Ellos dos

eran amigos. ¿Cómo no voy a quererlo si era nuestro amigo? –Me prometió que un día me enseñaría las cartas que se habían enviado–. Pero, a cambio, tú tienes que prometerme una cosa: que nunca más volverás a decirnos, ni a nosotros ni a nadie, que no queremos ni echamos de menos al Tío Enver. *Tu vas me donner ta parole d'honneur*,[5] ¿sí?

5. LAS LATAS DE COCA-COLA

Mi familia consideraba que algunas reglas eran menos importantes que otras y que algunas promesas podían quedar obsoletas con el tiempo. En eso no se diferenciaban de otras personas, del resto de la sociedad o incluso del Estado. Parte del desafío de crecer fue descubrir qué reglas iban desapareciendo con el paso del tiempo, cuáles eran sustituidas por otras obligaciones más importantes y cuáles permanecían inflexibles.

Por ejemplo, ir a comprar alimentos. Siempre había cola. Siempre se formaba antes de que llegara el camión del reparto. Siempre se esperaba que tú también hicieras cola a menos que fueras amigo del tendero. Esa era la regla general. Pero también había excepciones. Podías ausentarte de la fila a condición de que encontraras un objeto apropiado que te suplantase durante tu ausencia. Podía ser una bolsa de compra vieja, una lata, un ladrillo o una piedra. Luego se sumó otra regla, que fue aprobada con entusiasmo y aplicada con prontitud; a saber: una vez que llegaban los suministros, el objeto que se había dejado para actuar como tu representante perdía de inmediato su función representativa. Daba igual que hubieses dejado una bolsa, una lata, un ladrillo o una piedra. La bolsa no era más que una bolsa y dejaba de ser tú.

Las colas se dividían entre aquellas en las que nunca pasaba nada y aquellas en las siempre sucedía algo. En el primer caso se podía delegar el orden de llegada marcándolo con objetos. En el segundo, las filas eran animadas, ruidosas y alborotadas; todo el mundo tenía que estar presente y nadie se estaba quieto en un continuo intento de divisar qué había en el mostrador y constatar cuánto quedaba de lo que acababa de llegar, mientras el tendero miraba a su alrededor buscando a algún amigo en la cola al que tuviera que dar prioridad.

Como parte de mi entrenamiento para navegar en el sistema de colas pregunté en una ocasión por qué teníamos que dejar una piedra en la cola del queso para poder ir a la del queroseno y dejar allí una lata si ninguna de las dos se movía. Entonces aprendí que las colas podían durar un día entero y a veces extenderse durante la noche, o varias noches, y que era indispensable permitir que las bolsas de la compra, los bidones de queroseno o alguna piedra de tamaño apropiado cumplieran una función representativa que, de otro modo, tendrían que asumir sus propietarios. Los objetos colocados en la cola se controlaban regularmente y los participantes se turnaban para

asegurarse de que las bolsas, latas o piedras que los representaban no fueran retiradas o sustituidas accidentalmente por objetos no autorizados. En los rarísimos casos en los que no se respetaba el sistema surgían peleas y las colas se volvían desagradables, violentas y largas. La gente discutía acaloradamente por piedras que eran parecidas, por bolsas de red que alguien había cambiado descaradamente por sacos, o por bidones de queroseno que en un momento dado habían duplicado su tamaño.

Comportarse de forma respetuosa en la cola o unir fuerzas para defender que se mantuviesen las normas podía suponer el principio de unas amistades duraderas. Un vecino que conociste en la cola o un amigo que hiciste mientras compartías tareas de supervisión pronto se convertía en alguien a quien recurrir en caso de todo tipo de adversidades: si una persona mayor de tu casa se ponía repentinamente enferma y necesitabas que alguien te cuidase los niños, si te quedabas sin azúcar justo cuando estabas preparando una tarta de cumpleaños o si te hacía falta intercambiar vales de comida con alguien cuando habías acumulado demasiadas existencias de ciertos artículos, pero te habías quedado sin otros. Dependíamos de los amigos y de los vecinos para todo. Cada vez que necesitábamos algo, simplemente llamábamos a sus puertas, sin importar la hora. Si no tenían lo que buscábamos o si no podían ayudarnos con lo que necesitásemos en ese momento, nos ofrecían alguna alternativa o nos recomendaban otra familia que pudiese asistirnos.

Este delicado equilibrio entre acatar las reglas y romperlas también se aplicaba a otros ámbitos. Se aplicaba si te presentabas a la clase de preescolar o al colegio con el uniforme arrugado o, peor aún, manchado; cuando el peluquero o tus padres te hacían un corte de pelo que podía tildarse de imperialista; si te dejabas las uñas más largas de lo considerado correcto o si te las pintabas de un color raro y con visos revisionistas como, por ejemplo, de morado oscuro. Más tarde descubriría que el mismo principio se aplicaba también a cuestiones más generales, como la de si había una igualdad real entre hombres y mujeres; si dentro del Partido tenían el mismo peso las opiniones de los miembros de menor o mayor rango; si las bromas y los chistes sobre el Partido o sobre el Estado podrían llegar a tener graves implicaciones; y, como en mi caso, si era conveniente hacer comentarios a cualquier persona sobre las fotos que había en el salón de tu casa.

El truco consistía siempre en saber qué norma era relevante y en qué momento y, a ser posible, si se volvía más laxa con el paso del tiempo; si alguna vez se tomaba tan en serio como uno creía o si era muy rigurosa en unos aspectos pero menos en otros y cómo podías hacer para distinguir tales matices antes de que fuera demasiado tarde.

Llegar a dominar ese límite sutil que existía entre acatar las reglas y romperlas representaba para nosotros, los niños, la verdadera prueba de haber crecido, de haber alcanzado la madurez y la integración social.

En mi caso, al final de una tarde de agosto de 1985 descubrí que la promesa que les había hecho a mis padres de no revelar nunca la indiferencia que mostraban ante todo recuerdo fotográfico de nuestro líder era de obligado cumplimiento, una promesa tan estricta que cualquier otra palidecía en su presencia. Lo descubrí tras pasar el día en el jardín de los Papas, casi todo el tiempo en lo alto de una higuera.

Los Papas eran nuestros vecinos más cercanos, una pareja de unos sesenta y pocos años cuyos hijos ya se habían marchado de casa cuando yo nací. Mi madre se había hecho amiga de la esposa, Donika, una vez que habían aunado fuerzas contra una mujer que quería ocupar el lugar que ellas tenían en la cola del queroseno. Al igual que mi madre, Donika tenía tendencia a desconfiar de la gente y la primera impresión que te daba era de hostilidad. Era baja y regordeta, solía discutir con los vecinos y tenía mala fama entre los niños, aunque conmigo era increíblemente amable. Donika estaba jubilada, pero había trabajado toda su vida en la oficina de correos. Se había pasado muchos años gritando «¡Aló, aló!» en teléfonos cuyas líneas estaban todo el tiempo averiadas y, como consecuencia, había desarrollado la tendencia a convertir todas las vocales en aes y a alargar el final de cada palabra, como si estuviera tocando un botón de alarma: ALAA, ALAA, ALAA; o si llamaba a mi madre, en lugar de Doli, decía: DALAA, DALAA, DALAA.

El marido de Donika, Mihal, era un funcionario local del Partido, muy respetado, y tenía un enorme bigote que se parecía un poco al de Stalin. Mihal había luchado en la guerra, había acabado con muchos enemigos y había obtenido una docena de medallas con las que yo estaba más encantada de jugar que, aparentemente, él de poseer. Me fascinó la historia que me contó una vez de un soldado nazi al que había matado, un joven rubio llamado Hans, al que Mihal le había ofrecido agua para que se lavara la sangre de la boca cuando estaba a punto de exhalar su último aliento. Hans la había rechazado sin dejar de farfullar «Heil Hitler». Le pedí a Mihal que me detallara cómo había matado a Hans, pero él prefirió hablarme de lo último que recordaba de él: su bigotito fino, un bigote que aún no le había crecido del todo, dijo. «Tampoco a mí me había crecido mucho el bigote», añadió, y me sorprendió que describiese a Hans casi con afecto, como si estuviese hablando de un amigo que había perdido hacía tiempo y con el que había compartido buenos momentos, en lugar de un enemigo mortal a quien arrebató la vida.

Los Papas nos prestaban dinero con frecuencia, cuidaban de mí

cuando mis padres y mi abuela salían, y tenían llaves de nuestra casa. Yo pasaba las largas tardes de verano en su jardín comiendo uvas de su viña y me quedaba a cenar con ellos; a veces Mihal hasta me dejaba dar un sorbito a su vaso de raki y ponerme su vieja gorra de partisano antes de abandonar la mesa de un salto. Desde su jardín, la vista del mar era espectacular y tenían una higuera gigantesca que daba unos higos deliciosos. Mihal me había dicho que desde la copa de la higuera se veía el atardecer y podías contar los barcos que entraban y salían del puerto. Pero yo siempre había sido reacia a trepar tan alto, porque no dejaba de acordarme de la tumba de la niña que estaba junto a la de mi abuelo, la que se había muerto al caer de un árbol.

Sin embargo, aquel día de finales de agosto de 1985 reuní el valor suficiente para subir a la higuera. No quería alcanzar la copa para ver la puesta de sol ni para contar los barcos que había en el puerto. Lo hice a modo de protesta. Mi familia y los Papas llevaban todo el verano sin hablarse. A finales de junio, mi madre y Donika habían discutido y la discusión se convirtió en una pelea que acabó por involucrar a todos los demás. Al final yo era el único miembro de la familia con quien los Papas seguían hablando.

El motivo de la pelea fue una lata de Coca-Cola. Un día de mediados de junio, mi madre le compró a otra profesora de su colegio una lata vacía por un precio equivalente a lo que podría costarte un cuadro de Skanderbeg, nuestro héroe nacional, en la tienda para turistas. Luego se pasó toda la tarde decidiendo con mi abuela dónde ponerla y, dado que estaba vacía, si adornarla con una rosa del jardín. Decidieron que, aunque la idea de la rosa era original, distraería la atención del valor estético de la lata, así que la colocaron, tal cual, sobre nuestro mejor tapete bordado.

Pocos días después, la lata desapareció. Y volvió a aparecer encima del televisor de los Papas.

Los Papas tenían acceso a nuestra casa, sabían lo del abrigo viejo de mi abuelo, en cuyo bolsillo guardábamos todo nuestro dinero, y nos ayudaron a conseguir el permiso del Partido para construir nuestra propia casa. Yo tenía la impresión de que, además, ellos sabían muchas cosas sobre nuestra biografía, pero nunca les pregunté cuáles, ya que no entendía bien qué significaba aquello de la biografía y no quería quedar en evidencia. Mihal, que seguía activo en los círculos locales del Partido, siempre ayudaba a mis padres en cuestiones administrativas y los defendía tanto en las reuniones del Partido como en las del consejo local.

La participación en el consejo local era obligatoria para todo el vecindario, pero ser miembro del Partido era algo selectivo y solo al alcance de los que tenían una buena biografía. A mis padres no se les permitía ser miembros, pero Mihal era un veterano y sus opiniones

sobre los méritos de los diferentes candidatos tenían mucho peso. Una vez casi bloqueó la entrada de otra vecina, Vera, porque en una de las reuniones del consejo había alegado que los de mi familia eran unos reaccionarios que se inventaban pretextos para no participar en la limpieza de los domingos. En teoría, la limpieza dominical era opcional, pero en la práctica era uno de esos casos donde la norma significaba lo contrario de lo que se proclamaba. Cuando mis padres llegaron al barrio les costó interpretarla de forma correcta. Pronto aprendieron.

Los Papas y mi familia pasaban mucho tiempo juntos: limpiaban la calle todos los domingos y colaboraban con los demás vecinos cuando había que organizar una boda o un funeral. Por lo general, las bodas se festejaban en los jardines de la gente, con cientos de invitados. Todo el mundo se movilizaba para ayudar a preparar el banquete, acarrear bancos y mesas de las escuelas locales y decorar el lugar donde se pondría la orquesta, que tocaría hasta altas horas de la noche. Nuestras dos familias siempre transportaban los bancos juntas y también se sentaban juntas durante las cenas y los festejos. Los niños se quedaban despiertos hasta el amanecer cantando y bailando y, cuando la fiesta llegaba a su apogeo, los invitados se arremolinaban alrededor de la novia agitando billetes de cien leks albaneses que lamían y luego le pegaban en la frente, como exigía la tradición. Mihal siempre me pegaba leks a mí también en la frente, porque decía que yo bailaba mejor y era más inteligente que la novia.

Al final del verano, Mihal y mi madre solían hacer raki juntos. Durante esos largos días en los que destilaban la uva fermentada, esperaban a que el alcohol goteara por el pitorro y comprobaban lo fuerte o débil que les había quedado el raki, los dos hablaban de los viejos tiempos. Una vez escuché a mi madre mencionar el puerto de Durrës durante la década de los treinta y decirle a Mihal que el barco más grande que había tenido su familia todavía se usaba para las exportaciones. No entendí bien aquello, así que después se lo pregunté a Mihal. Pero él me contestó que ellos habían estado hablando de *arka* y no de *varka* (de grúas y no de barcos) y enseguida me preguntó si quería bailar sobre la mesa, donde él estaba disfrutando de sus *meze*.[6]

Menciono esto para dejar claro que a mi madre jamás se le hubiera pasado por la cabeza acusar de robo a los Papas si no hubiera sido porque el objeto hurtado era una lata de Coca-Cola. En aquella época, esas latas eran extremadamente raras. Y más raro aún era entender su función. Constituían indicadores del estatus social: si alguien tenía una lata, la exponía en su salón, casi siempre encima de un tapete bordado, colocado sobre el televisor o la radio y, a menudo, junto a la foto de Enver Hoxha. Si no fuera por la lata de CocaCola, todas nuestras casas eran iguales: estaban pintadas del mismo color y tenían los mismos

muebles. La lata de CocaCola hacía que algo cambiara, y no solo en el aspecto visual. La envidia se interpuso entre nosotros. Empezaron a surgir las dudas. Se rompió la confianza.

–¡Mi lata! –exclamó mi madre cuando entró en casa de Donika a devolverle el rodillo que esta le había prestado y vio el objeto rojo sobre la televisión de los Papas–. ¿Qué hace aquí mi lata?

Donika entornó los ojos como si le costara ver el índice de mi madre que señalaba la lata o como si no pudiera creerse lo que estaba viendo.

–Es mía –respondió Donika orgullosa–. La compré hace poco.

–Yo la compré hace poco –repitió mi madre–, y mira adónde ha venido a parar.

–¿Me estás diciendo que he robado mi lata? –dijo Donika plantándole cara.

–Lo que estoy diciendo es que tu lata es en realidad mi lata –le replicó mi madre.

Ese día, las dos discutieron como nunca antes. Empezaron delante del televisor, pero acabaron en la calle, insultándose a gritos y agitando cada una el rodillo de amasar mientras todo el vecindario las miraba. Donika gritaba que mi madre no era más que una burguesa disfrazada con ropas de profesora y mi madre gritaba que Donika no era más que una campesina disfrazada de funcionaria de correos. Después de un rato, apareció una testigo: otra de las vecinas, que trabajaba en la fábrica de cigarrillos cercana y que confirmó que ella le había vendido la lata vacía a Donika un día después de haber comprado mi madre la suya.

En ese momento, mi madre se disculpó con ella formalmente. Donika y Mihal estaban tan ofendidos que no aceptaron sus disculpas. Nos dieron la espalda, entraron en su casa y nunca más volvieron a llamar a mis padres por las mañanas desde su ventana para invitarlos a tomar café. Cuando coincidían en la cola de la compra no se saludaban y, una vez, Donika incluso simuló no reconocer la magnífica piedra de gran tamaño que mi madre dejaba en representación suya cuando se ausentaba de la cola, a pesar de que provenía del jardín de los Papas. Nunca descubrimos quién robó nuestra lata de Coca-Cola, pero decidimos que no era conveniente comprar otra, por mucho que mejorase nuestro salón. Aproveché la oportunidad para pedir que colocáramos una foto del Tío Enver encima del televisor, solicitud que mis padres volvieron a ignorar.

Durante aquel verano, los Papas siguieron permitiéndome subir a los árboles de su jardín, pero ya no me invitaban a cenar. Si le pedía permiso a Mihal para jugar con sus medallas y con su gorra de partisano, me contestaba que en otro momento. «Es una cuestión de dignidad; han pisoteado nuestra dignidad», oí cómo le decía un día a Donika. Comencé a sospechar que, en realidad, los Papas no estaban

enfadados con mis padres debido a las latas de Coca-Cola, sino por otra cosa, algo más importante que mis padres nunca podrían sustituir o remediar. Yo tenía el corazón destrozado. Odiaba ver a Donika pasar junto a mi madre en silencio en la cola del queso y echaba de menos su voz aflautada y metálica llamando a mi madre desde la ventana: «Dalaaaa, Dalaaaa, Kaaafaaaa, Kafaaaaa». Mis padres también tenían el corazón destrozado, solo que ellos no sabían qué más decir para disculparse.

Al cabo de un par de semanas así, se me ocurrió que yo debía ocuparme del asunto. Decidí esconderme en el jardín de los Papas para que mis padres creyeran que me había perdido y tuvieran que salir a buscarme. Pensé que si los Papas veían cómo se movilizaba todo el barrio para encontrarme y el disgusto que tenían mis padres por haber perdido a su amada primogénita, quizá se uniesen a la búsqueda y, quizá, nuestras familias volvieran a estar unidas, igual que cuando compartían las tareas de limpieza o se sentaban a la misma mesa en las bodas.

La estrategia dio resultado. Después de horas de mirar por todas partes –excepto entre las ramas de la higuera, donde pensaban que jamás me subiría–, mi abuela estaba desesperada, mi padre recorría las calles temblando con el inhalador del asma en la mano, e incluso mi madre –que nunca lloraba– tenía los ojos llenos de lágrimas. Cuando los Papas la vieron, se olvidaron por completo de las latas de Coca-Cola. Donika abrazó a mi madre, que nunca dejaba que nadie lo hiciera, y le dijo que todo se solucionaría, que me encontrarían pronto. Fue en ese momento, al verlo todo desde la copa del árbol, cuando decidí que nuestras dos familias se habían reconciliado. Bajé de la higuera con cuidado, aunque con algunos cortes y rasguños en las rodillas y, cuando me presenté ante ellos con hilillos de sangre en las piernas y lágrimas rodando por mis mejillas y les revelé los detalles de mi plan, todos se emocionaron sobremanera. Les expliqué que había trepado a la higuera con el propósito de hacerles creer que me había perdido. Ya no soportaba más ver cómo mi familia y los Papas se ignoraban unos a otros en las colas. Les dije que quería volver a sentarme junto a ellos en las bodas, a jugar con la gorra de Mihal y a saltar desde su mesa al sofá. Entonces los Papas declararon: «No te preocupes, ya está todo perdonado y olvidado» e incluso mi abuela afirmó con la cabeza, justamente ella, que siempre resolvía las discusiones proclamando en francés «Pardonner oui, oublier jamais»: perdonar sí, pero olvidar nunca.

Aquella noche, mis padres invitaron otra vez a los Papas a comer *meze*. Bebieron raki y se rieron a carcajadas de lo tontos que habían sido al pelearse por unas latas de CocaCola. Mihal le pasó la lengua a un viejo billete de cien leks albaneses y me lo pegó en la frente. Me

dijo que yo había sido muy lista y muy valiente por subir hasta la copa de la higuera. Y también comentó que las latas de Coca-Cola se fabricaban en países imperialistas y que cabía la posibilidad de que las hubiesen introducido en Albania nuestros enemigos como elementos perturbadores para romper los lazos de confianza y solidaridad. Aquello lo dijo a tan altas horas de la noche que no estaba nada claro si hablaba en serio, pero recuerdo que todos se rieron, se sirvieron más raki, brindaron por el fin del imperialismo y se rieron un poco más.

Sin embargo, Donika sí que hablaba totalmente en serio cuando le ofreció a mi madre su propia lata de Coca-Cola. Dijo que podían turnarse para tenerla en casa: exponerla dos semanas encima de un televisor y las siguientes dos semanas encima del otro. Mi madre se negó y repitió una y otra vez que nosotros no merecíamos tanta amabilidad. Más bien todo lo contrario, dijo mi madre, si nosotros tuviéramos todavía nuestra propia lata de Coca-Cola, ella se la daría a Donika, para que Donika pudiera usar la suya para la sal y la de mi madre para la pimienta, igual que esos juegos de salero y pimentero que a veces aparecían en *Dinastía*. Donika contestó que no era necesario, que las latas de Coca-Cola se habían vuelto demasiado comunes y que en aquel momento lo más demandado eran las latas blancas y anaranjadas, aunque no podía recordar cómo se llamaban, era un nombre parecido a *fantasía* o a *fantástica*. A continuación alabó el tapete sobre el que había estado la lata y dijo que quedaba mucho mejor sin nada, que el tulipán que había bordado mi madre era tan bonito que sería una pena taparlo colocándole algo encima.

–Íbamos a poner una foto del Tío Enver encima de ese tapete –la interrumpí alegremente en medio de la algarabía–. Pero ellos no quieren tener nada que ver con el Tío Enver; siempre están prometiéndome que pondrán una foto ahí y nunca lo hacen. Creo que no les gusta el Tío Enver –dije mientras jugaba con el billete de cien leks albaneses que Mihal acababa de darme, envalentonada por sus comentarios sobre lo lista que yo había sido.

Mis palabras hicieron que el ambiente que reinaba en nuestro salón cambiase de golpe. Todo el mundo se quedó petrificado. Mi madre, que había estado riéndose con Donika y diciéndole cosas agradables sobre lo mucho que echaba de menos el *baklava* que ella hacía, se calló de repente y se quedó mirando fijamente a su amiga, como intentando leerle el pensamiento. Nini, que estaba en la pequeña antecocina preparando más comida, se asomó con un cuenco de pepinos que acababa de lavar. Le temblaban las manos. Mi padre, que se estaba sirviendo más aceitunas y queso de la fuente central, dejó caer el tenedor que tenía en la mano. Durante un breve instante solo se oyeron los mosquitos que revoloteaban alrededor de la lámpara del salón.

Mihal frunció el ceño. Después se volvió hacia mí con una expresión extremadamente seria, incluso severa, en el rostro.

–Ven aquí –me dijo rompiendo el silencio y haciéndome señas para que me sentara sobre sus rodillas–. Pensaba que eras una niña inteligente. Hace un rato te felicité por lo lista que habías demostrado ser el día de hoy. Lo que acabas de decir no lo dicen las niñas inteligentes. Ha sido algo muy estúpido, lo más estúpido que te he oído nunca. –Me puse colorada y sentí que me ardían las mejillas–. Tus padres aman al Tío Enver. Aman el Partido. No debes volver a decir esas estupideces a nadie. De lo contrario no mereces jugar con mis medallas.

Asentí con la cabeza. Estaba temblando y a punto de echarme a llorar. Mihal debió de percibir el temblor de mi cuerpo sobre su regazo y se arrepintió de haber empleado un tono tan duro. Entonces me habló con voz suave:

–Ya está, no te pongas a llorar –dijo–. No eres ningún bebé. Eres una niña muy valiente. Tú lucharás por tu país y por el Partido cuando crezcas. A veces tus padres se equivocan, como pasó con la lata de Coca-Cola, pero son personas buenas, muy trabajadoras y te están educando bien. Crecieron bajo el socialismo y aman el Partido y también al Tío Enver. ¿Me has entendido? No debes volver a repetir lo que acabas de decir.

Volví a asentir con la cabeza. El resto permanecía en silencio.

–Venga –dijo Mihal–. Brindemos otra vez. Por tu futuro y por que no haya más discusiones por una Coca-Cola. –Levantó su vaso, pero antes de beber se detuvo, como si se le hubiera ocurrido algo más, algo muy importante–. Debes prometerme que, si alguna vez vuelves a tener otras ideas tontas como esa sobre tu familia, vendrás a verme primero y me las dirás a mí. A mí y a nadie más, ni siquiera a la tía Donika. ¿Me has entendido?

6. LA CAMARADA MAMUAZEL

–¡Camarada Mamuazel, detente de inmediato, estás bajo arresto!

Flamur se paró delante de mí con los brazos y las piernas abiertos. En la mano izquierda sostenía un bastón que era como el triple de alto que él y en el puño cerrado de la mano derecha escondía algo pequeño que yo no podía ver.

–¡Dame tu chicle Juicy Fruit! –me ordenó.

–Déjame ver –contesté quitándome el lazo de seda rojo que me sujetaba el pelo y abriendo después mi bolsa escolar–. Déjame ver, pero creo que no tengo de los Juicy Fruit. Puede que lleve de los Wrigley Spearmint o de los Hubba Bubba.

–Sí que tienes –dijo él–. Vi que Marsida te daba uno ayer.

–No tengo de los Juicy Fruit –repetí–. Puedo darte de los Hubba Bubba. Son parecidos.

Saqué del bolsillo de mi vestido un papelito aplastado, lo que había sido una envoltura de colores, me lo llevé a la nariz y lo sostuve unos segundos para demostrarle lo fresco que estaba. El papelito olía mejor que el habitual aroma que solían coger con el tiempo, mezcla de goma de mascar y sudor; era casi como estar oliendo la cosa real. Flamur dejó caer el bastón que llevaba en la mano izquierda, abrió el puño derecho y me mostró su propia colección de envolturas mientras comprobaba cuáles tenía disponibles.

–Este está fresco de verdad –insistí.

Me quitó el papelito de la mano y lo olió.

–Es muy bueeeeno –dijo–. ¿Cuánto tiempo crees que tiene?

–No estoy segura –contesté–. Pero no más de tres meses. Tal vez cuatro. Depende de cuánta gente lo haya tenido antes y también...

–Bueno, claro, eso es obvio –me interrumpió con tono agresivo–. ¿Te crees que eres la única que sabe esas cosas solo porque hablas francés?

Yo había aprendido a no responder a esas provocaciones. Seguí mirándolo fijamente con una expresión de súplica en el rostro. Estaba a punto de echarme a llorar, pero si había algo que Flamur odiase más que a las niñas con lazos en el pelo era a las «lloricas». Yo sabía que, si lloraba, perdería toda mi colección de envolturas de chicles.

–Te dejo libre si me dices la contraseña –anunció Flamur mientras me arrancaba la envoltura del Hubba Bubba de la mano–. No te creas, Mamuazel, que no te he visto quitarte esa cinta del pelo.

–La contraseña es... –susurré–. La contraseña es «muerte al fascismo, libertad para el pueblo».

Ese es uno de mis primeros recuerdos. Es posible que recuerde la escena con tanta precisión porque solía desarrollarse más o menos igual casi a diario. Flamur era el segundo matón más peligroso del barrio. El más peligroso, Arian, que era unos años mayor que nosotros, rara vez aparecía por la calle cuando estábamos jugando. Si lo hacía, era para confiscarle a alguien la cuerda de saltar, para interrumpir un juego de rayuela y decir a los niños que se fueran a casa porque ya estaba oscureciendo o para ordenarnos que dejáramos de jugar a la pelota y lo hiciésemos a fascistas y partisanos. En cuanto todo el mundo obedecía, volvía a entrar en su casa. Y nosotros seguíamos haciendo lo que él nos había dicho. Nadie sabía qué podía pasar si no acatábamos sus órdenes. Nadie había intentado averiguarlo.

Flamur era otro tipo de matón. Siempre estaba en la calle, patrullando arriba y abajo, desde que salíamos del colegio hasta bien entrada la noche. Era el benjamín de una familia de cinco miembros y el único chico. Sus tres hermanas mayores seguían viviendo en la casa y trabajaban en la fábrica de cigarrillos que había en la zona. Todas tenían apellidos diferentes que empezaban por B: Bariu, Bilbili, Balli. Flamur era el único cuyo apellido no empezaba por B y tenía el mismo que su madre: Meku. Flamur decía que su padre estaba lejos, luchando contra los romanos y los otomanos. En una ocasión que Marsida cometió la temeridad de mencionar que hacía muchísimo tiempo que habíamos dejado de luchar contra esos imperios, Flamur sacó unas tijeras y le cortó la cola de caballo.

Cuando Flamur se quedaba solo se sentaba en los escalones de cualquier puerta de entrada y se ponía a aporrear cacerolas mientras entonaba unas melancólicas canciones de amor gitanas hasta que los demás niños comenzaban a salir de sus casas y se reunían en la zona de juegos comunal. Él decidía a qué juego jugábamos primero, quién empezaba, quiénes tenían que quedarse fuera durante una ronda porque los había pillado haciendo trampas y cuáles eran las excepciones que permitían la participación de algunos de los hermanos más pequeños, a los que también aterrorizaba poniéndose en la cabeza una vieja bolsa marrón con agujeros para los ojos para parecer un fantasma y agarrarlos por sorpresa. Solía vestir una camiseta amarilla y verde con la bandera de Brasil que le iba enorme, y recorría las calles acompañado de un grupo de perros callejeros a los que les había puesto nombres de futbolistas famosos de la selección brasileña: Sócrates, Zico, Rivelino y, su favorito, Pelé, que era medio ciego y tenía alguna clase de enfermedad de la piel. Flamur odiaba a los gatos y era muy probable que, si encontraba algún gatito callejero, lo tirara al montón de basura que se apilaba al final del camino y lo quemara. También odiaba a las niñas que llevaban lazos en el pelo. Fue él quien hizo que todos los demás me llamasen «camarada Mamuazel» y me

pidieran una contraseña.

Una vez, el Partido citó a una de las hermanas mayores de Flamur para que acudiese a las oficinas del consejo local porque le había dado a Flamur tal golpe en la espalda con una silla que la había hecho añicos. Cuando mi abuela se enteró se puso a gritar, casi fuera de sí, que la violencia contra los niños no difería en nada de la violencia de Estado.

A medida que crecía me daba cuenta de que había algo distinto en mí, pero no sabía qué era. Mi familia, a diferencia de la de Flamur, nunca me había pegado. Mi madre solía mantenerse al margen de esas cosas: te disciplinaba aplicando una autoridad invisible. Mi padre te disciplinaba enviándote durante unas horas a «reflexionar» a su habitación o, como yo la llamaba con la exageración propia de una niña, a la «cárcel», porque en el cuarto de mis padres no había juguetes. A veces me dejaban llevar un libro conmigo y, en aquellos momentos de furia herida, yo elegía alguna novela que tuviera a un huérfano de protagonista, como *Los miserables*, *Sin familia* o *David Copperfield*. Pero nunca dejé que los sufrimientos de los protagonistas me distrajeran de mi propia angustia ni que minimizaran la injusticia de la que me creía víctima. Aquellas historias alimentaban las fantasías más locas sobre mi familia y, tras perderme durante algunas horas en la vida de otros niños, surgían en mí muchas más preguntas sobre quién era yo realmente. Al igual que los personajes sobre los que leía, yo fantaseaba con un cambio de suerte, con la intervención inesperada de un bondadoso desconocido o con encontrar consuelo en el descubrimiento de un pariente lejano.

Desde la habitación de mis padres escribía largas cartas a Cocotte, una prima hermana de mi abuela, que vivía sola en la capital, Tirana, y que a veces pasaba el invierno con nosotros. Yo las llamaba «Cartas desde la cárcel». Las había numerado y algunas las tenía clasificadas según el tema. En las cartas me quejaba de la dureza de mis padres, de que me hablaban en francés cuando íbamos por la calle sin preocuparse de que mis amigos pudieran oírlos y de que siempre esperaban que yo aventajara a todos los demás en el colegio, incluso en Educación Física, para la que no tenía ninguna aptitud.

El nombre oficial de Cocotte era Shyqyri, pero ella lo odiaba. Decía que sonaba demasiado vulgar. En la familia de mi abuela todos tenían un nombre verdadero y un sobrenombre francés. Mi abuela y ella habían crecido juntas en Tesalónica. Eran *arnauts*, que era como llamaban los turcos otomanos a las minorías albanesas del imperio, pero entre ellas hablaban francés, como Nini hacía conmigo. Cuando Cocotte venía a visitarnos compartía habitación con nosotras. Mi abuela y ella charlaban hasta altas horas de la noche evocando a gentes y lugares remotos: un pachá en Estambul, *émigrés* de San

Petersburgo, pasaportes en Zagreb, mercados de comida en Skopje, combatientes en Madrid, barcos en Trieste, cuentas bancarias en Atenas, estaciones de esquí en los Alpes, perros en Belgrado, *rallies* en París y palcos en la ópera de Milán.

Durante aquellas heladas noches de invierno, nuestra pequeña habitación se convertía en un continente. Un continente de fronteras cambiantes, de héroes olvidados pertenecientes a ejércitos que ya no existían, de incendios funestos, bailes magníficos, disputas patrimoniales, bodas, muertes y nuevos nacimientos. Yo sentía la necesidad de entender, de relacionar mi infancia con la de Nini y Cocotte, de imaginar su mundo, de reordenar unos años que parecían atemporales, de recordar unos personajes que nunca había conocido o de dotar de significado a unos hechos que nunca había presenciado. Me sentía confusa y a veces asustada ante aquel caos de cosas que llegaban a mis oídos: adultos de los que habían perdido la pista, barcos que nunca zarparon, niños que no llegaron a vivir. Pero justo cuando creía que mis esfuerzos por entender estaban a punto de dar resultado, Nini y Cocotte dejaban de hablar en francés y de golpe pasaban a hacerlo en griego.

Las dos primas se querían muchísimo, pero no podían ser más distintas. Cuando viajaron a Albania por primera vez ya eran adultas. Nini fue a trabajar para el gobierno y Cocotte a buscar marido. A Cocotte no le gustaban los griegos, los turcos ni los judíos (aunque reconocía, al parecer a regañadientes, que estos últimos eran «las únicas personas inteligentes que quedaban en Tesalónica»). Después resultó que tampoco le gustaban los albaneses, o al menos sus padres continuaron rechazando a unos y a otros: a tal o cual por inculto, por no tener riqueza suficiente o por no ser de fiar políticamente. Y, en consecuencia, nunca se casó. Tenía un marido imaginario llamado Rexhep o, en francés, Rémy. «A diferencia de tu abuelo», solía decirme cuando estaba mi abuela delante, «Rémy nunca me causó ningún problema.»

Las semanas en las que Cocotte estaba de visita en casa eran las únicas ocasiones en las que yo hablaba en francés sin rechistar. Aparte de eso, lo odiaba. No era mi idioma. Mi abuela no era francesa. No entendía por qué me lo imponían, por qué me enseñaron a hablar antes en francés que en albanés. Odiaba cuando los niños, instigados por Flamur, se burlaban en la calle de mi forma de chapurrear el albanés o porque llamaba «des morceaux de pommes» a los trozos de manzana que estaba merendando. Los padres solían ser más comprensivos, pero incluso ellos se quedaban perplejos cuando mi abuela me llamaba a casa al caer la tarde y me oían contarle a mi abuela lo que había estado haciendo en un idioma que ellos no entendían.

–¿Por qué en francés? –oí que un día le preguntaba uno de ellos a mi abuela–. ¿Por qué no le hablas en ruso, en inglés o en griego? Hay tantas posibilidades.

–Porque no me gustan los griegos –contestó mi abuela–. Y no hablo ruso ni inglés –añadió, quizá para dar a entender su animadversión al imperialismo.

La vez que más odié el francés fue cuando tuve que comparecer frente a un tribunal educativo especial para demostrar que estaba lista para entrar en el colegio. Normalmente nadie tenía que hacer un examen para comenzar el colegio: la educación era obligatoria y empezaba a partir de los seis o siete años. Unas semanas antes del inicio del año académico se formaban grupos de tres o cuatro profesores que recorrían la ciudad, llamando a todas las puertas para asegurarse de que no quedaba ningún niño sin matricular. El Partido se enorgullecía de haber erradicado el analfabetismo en tiempo récord y a menudo pasaban por televisión reportajes que mostraban cómo las ancianas que vivían en las aldeas remotas del norte habían aprendido a leer y a escribir y sabían firmar los documentos con su nombre en lugar de estampar una simple cruz. Las semanas previas al inicio del año académico siempre despertaban un enorme entusiasmo: se formaban colas de niños felices en la tienda de los pioneros y los padres charlaban unos con otros en las aulas donde se vendían los libros de texto. El primer día, todo el mundo aparecía con su uniforme impecable y reluciente, presumiendo de sus nuevos cortes de pelo y llevando ramos de flores. Como decía nuestra profesora Nora: «En los países imperialistas solo se puede ver tal entusiasmo durante la época de rebajas». Ninguno sabíamos que era una «rebaja», pero nos pareció estúpido preguntarlo.

Cuando acabó el verano de 1985, yo estaba deseando empezar el colegio. Mi madre me había enseñado a leer y a escribir, en parte para mejorar mi albanés, que seguía siendo deficiente porque en casa todos me hablaban en francés, y en parte para que pudiera leer yo sola un viejo libro de cuentos infantiles rusos traducidos al albanés que antes había sido suyo. Mi sexto cumpleaños caía una semana después del comienzo oficial del curso y mis padres me compraron una mochila de cuero roja. Al principio me gustó, pero luego vi que a todos los demás niños les habían comprado unas carteras de colegio negras o marrones, casi todas para llevar en la mano. Había apenas unas pocas que se cargaban en la espalda. Esas carteras negras o marrones las vendían en la tienda de los pioneros justo antes de que empezaran las clases, al mismo tiempo que los uniformes negros, las bufandas rojas y toda la típica parafernalia: cuadernos, bolígrafos, lápices, reglas, compases,

transportadores de ángulos y equipos de gimnasia. Las mochilas rojas eran muy escasas. Solo aparecían en los almacenes durante un par de días y solían agotarse antes de llegar a las tiendas. La mía se convirtió en otra de las muchas cosas que tenía que explicar sobre mi persona: cosas como los vestidos bordados con bajos de encaje que llevaba el Primero de Mayo y en los paseos dominicales; los zapatos blancos de piel, hechos a medida por el padre de Marsida, que era zapatero, o mi abrigo de lana tejido a mano, diseñado a partir de un modelo que aparecía en las páginas arrancadas de una revista de moda infantil traída de contrabando desde algún lugar de Occidente.

Cuando me di cuenta de que la mochila roja abriría un nuevo frente de acoso empecé a no querer ir al colegio. Durante unos días tuve la suerte de mi lado. Ningún colegio de la ciudad estaba dispuesto a romper las reglas y admitirme antes de la edad estipulada. Mi familia insistió. Pensaban que yo tenía el nivel suficiente y que me aburriría en preescolar. Se les aconsejó que pidiesen una autorización especial al Departamento de Educación del Comité Central del Partido. Una tarde de finales de agosto, después de la reunión oficial del Comité, comparecimos ante un panel de funcionarios del Partido para exponer nuestro caso.

Mis padres llevaban varios días preparándose para esa reunión. Habían ensayado lo que iban a decir, habían imaginado las preguntas que podían plantearles y me hicieron repetir una y otra vez todas las poesías que sabía sobre el Partido y el Tío Enver, así como las nuevas canciones partisanas que me habían enseñado en preescolar. Recuerdo el momento en que nos íbamos aproximando, nerviosos, al edificio del Comité Central, mis padres abriendo paso y mi abuela cogiéndome de la mano mientras caminábamos unos metros más atrás. Yo llevaba un vestido de un rojo brillante y bajo el brazo derecho sujetaba con fuerza una carpeta marrón que contenía el libro con el que había aprendido a leer y otro con números y ejercicios de aritmética elemental. En determinado momento, a mitad de camino, mi madre se giró para comprobar que mi abuela y yo no fuésemos muy rezagadas y de repente soltó un grito, mezcla de aullido y chillido. «¡Blanco!», gritó. «¡Es blanco!», repetía con el horror reflejado en el rostro mientras señalaba el lazo que me sujetaba la cola de caballo. Mi padre no dijo nada, pero sin esperar a que le dieran nuevas instrucciones, se dio la vuelta y salió corriendo rumbo a casa. Un cuarto de hora después estaba de regreso, sin aliento, con una cinta roja en una mano y el inhalador para el asma en la otra. Le dijeron que no había tiempo para inhaladores. Subimos todos juntos las escaleras que conducían a la oficina del Departamento de Educación y recibí una regañina por ir silbando la canción partisana que había aprendido esa misma mañana.

Cuando comenzó la reunión, mi padre fue el primero en hablar. No

dijo que era ilógico que se me impidiera ir al colegio y perdiese todo un año solo porque mi cumpleaños cayese una semana después de la fecha de inscripción. Dijo que sabía que una sociedad comunista valoraba la educación por encima de todo y que el Partido contaría con el servicio leal de una entusiasta representante de la joven generación de revolucionarios, tan entusiasta que había expresado en múltiples ocasiones su deseo de empezar el colegio lo antes posible. Dijo que, por supuesto, él era consciente de que la decisión final correspondía al Partido y que lo que este decidiera sería lo más justo. No obstante, como padres, se habían atrevido a presuponer que mi entusiasmo merecía, al menos, ser escuchado.

Dijo todo aquello con los ojos clavados en el retrato del Tío Enver que colgaba de la pared, como si le estuviese hablando a nuestro líder en lugar de a las personas que estaban en la sala. Uno de los miembros del tribunal daba golpecitos con los dedos sobre la mesa, con la mirada perdida en el vacío; otro tomaba notas y de vez en cuando miraba de reojo el vestido de lino de mi madre; un tercero observaba a mi abuela con una expresión de haberla visto ya en alguna parte; y el cuarto miembro, una mujer de pelo corto que llevaba un austero traje gris marengo, tenía la mirada clavada en la bandera roja que había sobre la mesa y una media sonrisa misteriosa dibujada en el rostro.

Al final de todas las intervenciones, de la lectura, de los ejercicios de aritmética y del recital de poesía, los miembros del tribunal parecían escépticos. Suspiraban, alzaban la mirada al techo, arqueaban las cejas y se miraban unos a otros. El hombre que había estado dando golpecitos suaves en la mesa con solo tres dedos, empezó a golpetear más fuerte con las dos manos, haciendo un ruido como de lluvia. A nadie le pasó inadvertido. El hombre que había estado alternando la toma de notas con miradas de reojo al vestido de mi madre soltó el bolígrafo y empezó a mirarlo a él.

Mi abuela fue la que decidió romper el silencio. Con los ojos puestos en el tercer miembro del tribunal, al que también ella pareció reconocer por fin, dijo:

–El camarada Mehmet habla francés. Lea también sabe leer en francés. ¿Quizá quieran darle algo en francés para que lea?

–No podemos hacerle una prueba de eso –respondió la mujer que había estado sonriendo–. Aquí no tenemos libros infantiles. Y, sin duda, no tenemos ningún libro infantil *en français* –añadió en tono burlón.

–Quizá pueda leer un fragmento de una de las obras del camarada Enver –sugirió Nini–. Veo que en la estantería tienen una traducción de sus obras escogidas –añadió mientras el hombre llamado Mehmet asentía con la cabeza.

Me acercaron un libro, lo abrieron al azar y leí en voz alta unas

pocas líneas. Entonces me atasqué en una palabra, la única palabra que todavía recuerdo: «colectivización». Me costaba mucho pronunciarla.

–*Colevización* –dije–. *Colectivación* –me corregí–. *Coletivis*... –Y ya me fue imposible terminar la palabra. Me quedé totalmente bloqueada y se me llenaron los ojos de lágrimas.

En ese momento, el tribunal empezó a aplaudir de forma espontánea, todos al mismo tiempo.

–¡Eres una niña muy brillante! –exclamó el camarada Mehmet–. Eso es muy difícil de leer, incluso en albanés. Podrías enseñarles a tus amigos. Incluso podrías enseñarles a leer en francés. ¿Sabías que de joven el Tío Enver fue profesor de francés en un colegio? ¿Vas a ser como él?

Asentí con la cabeza.

–He leído todos los libros que el Tío Enver ha escrito para niños –dije lamiéndome las lágrimas y los mocos de los labios–. Sé lo que quiere decir *colectismo*, quiere decir que todos trabajamos mejor cuando compartimos las cosas, lo que pasa es que no sé pronunciarlo.

Esa tarde, el tribunal aprobó eliminar la restricción que limitaba la edad para comenzar el colegio y nos entregó una carta donde se explicaban las circunstancias excepcionales por las que se había tomado dicha decisión. Mis padres volvieron a casa eufóricos, charlando animadamente sobre la suerte que habíamos tenido de toparnos con el camarada Mehmet, al que mi abuela había dado clases de francés hacía muchos años en Kavajë, el pueblo donde había vivido mi familia antes de nacer yo. Intentaron comprar unas cervezas para celebrarlo, pero ya se habían acabado las existencias de esa semana en la tienda y optaron por el raki casero que nos quedaba e invitaron a los Papas a un *meze*. Todos brindaron, pero no por el Partido, sino por mi educación, y apuraron un vaso de raki tras otro, bromeando y riendo a carcajadas hasta bien pasada la medianoche.

Por mi parte sentía una mezcla de orgullo y de vergüenza: orgullo porque pronto empezaría el colegio y vergüenza porque todavía era incapaz de pronunciar la palabra *colectivización*. Había seguido intentándolo desde que abandonamos el edificio del Comité Central y continuaba diciéndola mal. Cuando Mihal me pidió que cantara una canción en francés, en lugar de hacerle caso, como todos esperaban, les confesé lo mucho que odiaba ese idioma. Lo odiaba, dije, desde el primer día que fui a la guardería infantil, cuando los demás niños me decían que no era como ellos porque solo hablaba en francés. Mi miedo, en aquel momento en que estaba a punto de empezar el colegio, era que me volviera a pasar lo mismo, que no pudiera hacer amigos porque sabía hablar francés. Además no entendía por qué teníamos que hablar un idioma que nadie más entendía, el idioma de

un país donde nunca habíamos estado ni vivía nadie que conociéramos.

–¿No has oído lo que dijo el camarada que estaba en el panel de educación? –me preguntó Nini intentando convencerme–. El Tío Enver también hablaba francés. Estudió muchos años en Francia. También lo enseñó a niños como tú. El francés es un idioma importante, es el idioma de los grandes escritores y filósofos de la Ilustración, y Francia es el país de la Revolución francesa, que propagó los ideales de libertad, igualdad y fraternidad sobre los que vas a estudiar en el colegio.

Negué con la cabeza a modo de protesta.

–Tú ya conoces la Revolución francesa. Viste *Cosette* en el teatro de marionetas y dijiste que te había encantado, ¿no te acuerdas? –insistió Nini.

Yo seguía pensando en el preescolar, pero su mención de *Cosette* hizo que me decidiera a confesarles todos los detalles que hasta entonces no me había atrevido a revelar: que los niños me levantaban la falda, me tiraban del lazo del pelo y me llamaban «camarada Mamuazel», que se burlaban de mi forma de andar y de las expresiones que usaba, todo por culpa de mi francés. Por segunda vez aquel día me eché a llorar.

–No tienes que hablar en francés si eso te hace daño –dijo Nini.

Nuestros vecinos apoyaron sus palabras asintiendo con la cabeza.

A partir de aquel día y exceptuando las semanas en las que Cocotte estaba de visita, el francés quedó oficialmente abolido. Mi abuela solo lo usaba para dirigirse a mí en tres ocasiones muy concretas: cuando me quedaba jugando hasta tarde con una amiga y quería avisarme discretamente de que era hora de parar; si estaba furiosa y necesitaba desahogarse, y para regañarme.

7. HUELEN A PROTECTOR SOLAR

Todavía hoy asocio todos nuestros esfuerzos por enterarnos de lo que pasaba en el mundo exterior al nombre de Dajti, la apartada cordillera que rodeaba nuestra capital y dominaba su paisaje como si la hubiese tomado como rehén. Dajti estaba físicamente alejada, aunque siempre la teníamos presente. Nunca fui hasta allí. Todavía no sé qué significaba «recibido desde Dajti»; es decir: quién recibía qué de quién y cómo. Supongo que lo que había allí era un satélite o un repetidor de televisión. Dajti estaba en todos los hogares, en todas las conversaciones y en la mente de todos. «Lo vi anoche a través de Dajti» significaba: «Estuve vivo. Violé la ley. Pude pensar». Durante cinco minutos. Durante una hora. Durante un día entero. Durante el tiempo que Dajti estuvo activo.

Cuando mi padre se irritaba con los programas de la televisión albanesa, decía: «Voy a ver si logro captar la señal de Dajti». Entonces se subía al tejado, giraba la antena aquí y allá, mientras yo me asomaba a la ventana, y me gritaba desde arriba:

–¿Cómo se ve ahora? ¿Mejor?

–Igual que antes –le contestaba yo.

–¿Y ahora? –volvía a gritar dos minutos más tarde.

–¡Se ha perdido la señal! ¡No se ve nada! Se veía mejor antes –le informaba yo a gritos.

Entonces lo oía despotricar y escuchaba ruidos metálicos que evidenciaban que seguía manipulando la antena. Cuanto más se impacientaba, menos probabilidades había de que recuperásemos la señal.

La situación mejoraba en verano, al menos en teoría. Cuando hacía buen tiempo contábamos con dos opciones: Dajti y Direkti. Direkti era una señal directa que se podía captar desde Italia gracias a nuestra proximidad con el Adriático. En mi imaginación, Dajti era el dios de las montañas y Direkti, el dios del mar. Pero Direkti era mucho más caprichoso que Dajti. Con Dajti uno sabía que, una vez que lograbas orientar la antena, tenías la señal asegurada hasta que daba comienzo el *telegiornale*, el telediario italiano. Direkti era engañoso. Cuando todo iba bien, podías incluso ver el *telegiornale* de principio a fin. Pero otros días, Direkti pasaba de ser «un espejo», como lo llamaba mi padre para expresar su satisfacción ante la nitidez de la imagen, a ser la nada absoluta, una pantalla gris plagada de temblorosas telarañas. Eso provocaba que, cuando había partidos de fútbol importantes en la

televisión, como los de la Juventus al final de la temporada de la Serie A, mi padre se enfrentase a un gran dilema: conectar con Dajti y confiar en que la señal fuese fiable, aunque no ideal, o arriesgarse y verlo en el «espejo» de Direkti. Por lo general se decidía por este último, pero la sola posibilidad de tener que asumir las consecuencias de una decisión potencialmente errónea lo ponía muy nervioso. En días así solía subir con tristeza al tejado, como alguien que tuviera que enfrentarse a un adversario de cuya superioridad era muy consciente. «Subo a ver la antena», decía con tono resignado y a veces hasta un poco desesperado. De la relación entre mi padre y la antena (sus dramas psicológicos, las dinámicas de atracción y repulsión que estos ocasionaban y el sutil equilibrio entre triunfo y derrota) dependían todas las informaciones vitales que mi familia recibía del extranjero, desde el intento de asesinato del papa Juan Pablo II hasta los rumores de ruptura de Al Bano y Romina Power tras el último festival de San Remo.

Si no era por Dajti y Direkti, había muy poco que ver en la televisión. Entre semana era una lucha conseguir ver el programa de cuentos para niños o los dibujos animados. El horario coincidía con el del baloncesto yugoslavo y el único acuerdo al que se podía llegar con mi padre era cambiar de canal cada cinco minutos. Los domingos había más oferta: el teatro de marionetas a las diez de la mañana; inmediatamente después, una película para niños y, a continuación, *La abeja Maya* en la televisión de Macedonia. Después de eso ya no te quedaba otra opción que aceptar lo que te deparase la suerte: un programa de canciones y bailes folclóricos de distintas regiones del país, un informe sobre las cooperativas que habían superado el objetivo del plan quinquenal, un campeonato de natación o la previsión meteorológica.

Las cosas mejoraron cuando empezaron a emitir *Lenguas extranjeras en casa* a las cinco de la tarde. Era un programa diario de la televisión y, por lo tanto, inmune al poder arbitrario que la antena ejercía en nuestras vidas. Además de las clases de inglés, las había de francés, italiano y también *Gimnasia en casa*. Este último nunca lo vi. Ya hacíamos un montón de ejercicios todas las mañanas antes de comenzar las clases, cuando toda la cohorte de profesores y alumnos nos reuníamos en el patio del colegio a hacer flexiones, rotaciones de brazos y estiramientos de cuádriceps que se remataban con el juramento de lealtad al Partido. Pero yo seguía todos los programas de idiomas con gran entusiasmo, en especial el de italiano. Me decía a mí misma lo mucho que iba a disfrutar de los dibujos animados del canal Rai Uno cuando lograra entenderlos.

Durante el recreo hablábamos muchísimo sobre *Lenguas extranjeras en casa*. Siempre había algo nuevo que aprender, no solo de otros

idiomas, sino también de otras culturas. Recuerdo una apasionada discusión sobre las compras en Inglaterra a partir de una escena en un supermercado: una madre leía en voz alta la lista de la compra y sus hijos tenían que encontrar los productos en las estanterías. Pasta, aquí. Pan, aquí. Dentífrico, aquí. Refrescos, aquí. Cerveza, aquí.

Y ahí descubrimos que no era necesario hacer cola. Que cualquiera podía elegir los alimentos que deseara. Que las estanterías rebosaban de productos, pero que los clientes compraban tantas cosas que apenas podían cargar con ellas. Que la gente no presentaba vales de comida y que parecía no haber un límite en lo que podían comprar y en qué cantidad. Nos preguntábamos por qué la gente hacía acopio de alimentos si podían ir a comprarlos siempre que quisieran.

Lo más intrigante de todo era que cada artículo tenía una etiqueta diferente. En lugar de exhibir un nombre genérico, como «dentífrico», «cerveza» o «pasta», parecían tener algo parecido a nombres o apellidos de personas: «pasta Barilla», «cerveza Heineken» o «dentífrico Colgate». Esto también parecía aplicarse a las tiendas. ¿Por qué una tienda no podía llamarse simplemente «Panadería», «Carnicería», «Tienda de ropa» o «Cafetería»?

–Imagínate –me decía Besa– que hubiera tiendas que se llamasen Carnes Ypi, Café Marsida o Panes Besa.

–Puede que sean los nombres de las personas que los hacen –aventuré–. Ya sabes, como nosotros tenemos los plásticos que produce la brigada Primero de Mayo.

Otras personas refutaron mi interpretación. La profesora Nora nos explicó que, fuera de Albania, la gente nunca sabía el nombre de los que hacían las cosas, el nombre de los trabajadores. Dijo que en Occidente solo conocían el nombre de las fábricas donde se hacían las cosas, de los dueños, de sus hijos y de los hijos de sus hijos. Como Dombey e Hijo.

El siguiente elemento que causó gran perplejidad fue la función de los carros de supermercado.

–El carro es para llevar a los niños –dije yo.

–Para llevar la comida –me corrigió Marsida.

–A los niños –insistí.

–Bueno, está claro que los usan para las dos cosas –dijo Besa–. ¿Habéis visto lo que los niños metían en el carro de la compra? –añadió con el tono de quien sabe distinguir los detalles relevantes de los triviales–. La madre solo se dio cuenta al final, cuando fue a pagar. Creo que eran unas latas de Coca-Cola.

–Sí –dijo Marsida–. A la madre no le importó y se las compró. Los niños dijeron que tenían sed. Puede que en esa tienda no dispusieran de agua. Al final va a resultar que no tienen de todo.

–Creo que es una bebida –dije casi en un susurro, como si estuviera

revelando un secreto–. Esas latas que a veces vemos en las estanterías de las casas son para contener bebidas.

Entonces Flamur, que estaba dándole de comer los huesos de unas sobras a su perro preferido, Pelé, nos interrumpió:

–Bla, bla, bla –se burló–. Por supuesto que la Coca-Cola es una bebida, todo el mundo lo sabe. Yo ya la probé. Una vez vi a un niño turista tirar una en la papelera y la recogí. Estaba por la mitad, así que me la bebí. Es un poco como la gaseosa de naranja sanguina que venden en la playa, solo que para los turistas.

Todas lo miramos con desconfianza.

–Entonces el niño me vio. Me fulminó con la mirada –continuó contando Flamur. Alzó un poco la voz, igual que hacía cuando empezaba a relatar las peleas de su padre contra los otomanos–. Estaba furioso. Muy furioso –repitió Flamur–. Pero no me pegó. En vez de eso, se puso a llorar y yo le devolví la lata, se la devolví de inmediato. Él se puso a llorar más fuerte, le dio una patada a la lata, le saltó encima y la destrozó. Yo la dejé ahí tirada. No servía para nada, ni siquiera se hubiera sostenido en pie sobre un estante.

Dudamos de que aquello hubiera sucedido de verdad. La profesora Nora nos había dicho que la mayoría de los niños turistas que visitaban Albania eran de clase burguesa. Tenían fama de desagradables, tan desagradables que la maldad de Flamur e incluso la de Arian palidecía a su lado. ¿Quién sabía lo que eran capaces de hacerle a una lata?

–¿Creéis que Flamur le quitó de verdad una lata a un niño turista? –preguntó Marsida nada más irse Flamur.

–Es difícil saberlo –contestó Besa–. Sí que es cierto que pasa un montón de tiempo revolviendo en la basura en busca de restos de comida para sus perros. No la robó. El niño la había tirado en la papelera.

–Yo no creo que esa historia sea verdad –dije–. Yo nunca he conocido a un niño turista.

En el colegio nos habían dicho que no interactuáramos con gente que no se parecía a nosotros. Nos habían aconsejado que cambiásemos de acera si nos cruzábamos con algún turista y que jamás, bajo ninguna circunstancia, aceptásemos nada de lo que nos ofrecieran, en especial chicles. «Sobre todo tened cuidado con los turistas que llevan chicles», nos repetía la profesora Nora.

A veces veíamos desde lejos a los niños turistas que visitaban nuestras playas en verano. Los veíamos cerca del Adriatik, el hotel para extranjeros. En la arena había una larga zanja que separaba la playa a la que podíamos ir los lugareños de la de los extranjeros, pero en el agua no había zanja alguna. Cuando veíamos a alguno de esos niños, mis primos y yo nos acercábamos nadando a la playa de los

turistas y dábamos volteretas y saltos en el agua para llamar su atención. A veces cantábamos una canción inglesa que conocíamos, «Baa Baa Black Sheep»: «Ban ban backship, eni eni you». Ellos nos miraban con una expresión entre sorprendida y asustada, y entonces mis primos me pedían que los saludara en francés. Al principio me negaba. No me negaba porque la profesora Nora nos hubiese dicho que no hablásemos con los turistas (me parecía que la restricción no se aplicaba a la orilla del mar, donde no se podían intercambiar chicles), sino porque todavía odiaba hablar en francés. Pensaba que si era tan fantástico hablar francés no debían burlarse de mí por ello. No debían pedirme que lo hablara solo cuando había turistas delante.

–No quiero saludarlos en francés –dije con firmeza–. No los conocemos. No van a contestar. Además ¿cómo sabéis que hablan francés? Pueden hablar cualquier otra cosa.

Pero mis primos me llamaron «gallina» y «cobardica» y para demostrarles que yo no era ninguna cobardica dije sin mucha convicción:

–*Ça va?* –Los niños siguieron mirándonos. Cambié de idioma–: *Ciao!* –Ellos levantaron la mirada al cielo. Decidí añadir la única frase que sabía en alemán–: *Woher kommen Sie?* –«¿De dónde venís?» Aunque más bien tendría que haberles preguntado «¿Adónde vais?», porque en ese momento se dieron la vuelta y se marcharon.

–¿Ves?, los has asustado –me dijeron mis primos–. Tendrías que haber sonreído.

–Por favor, volved –murmuré casi para mis adentros al ver cómo los niños desaparecían detrás de unas enormes toallas multicolor.

Odié verlos desaparecer. Los odié por no responderme. Pero lo que más odié fue haber cedido a la presión de mis primos.

Los niños turistas tenían unos juguetes tan brillantes y raros y tan diferentes a los nuestros que a veces nos preguntábamos si de verdad eran juguetes. Chapoteaban subidos a unas colchonetas flotantes con formas de personajes que jamás habíamos visto, tenían unos cubos y palas de playa con formas extrañas y cosas de plástico exóticas que no sabíamos cómo se llamaban. Olían distinto, un olor envolvente, casi adictivo, que te hacía querer seguirlos, ir hasta ellos y abrazarlos para poder olerlo un poco más. Siempre nos dábamos cuenta cuando había niños turistas cerca porque la playa olía raro, a una mezcla de flores y mantequilla.

Le pregunté a mi abuela qué era aquello. Ella me explicó que los niños olían a protector solar, un líquido blanco y espeso que servía para proteger a la gente del sol.

–Nosotros no tenemos –me dijo–. Usamos aceite de oliva. Es más sano.

Desde ese día tuve un nombre para aquel olor.

–Huelen a protector solar –les dije a mis primos una vez que estábamos en la playa.

–Ahora mismo lo huelo –respondió uno de ellos–. Noto olor a protector solar. Se han ido por allí. Vamos. Sigámoslos.

Los seguíamos hasta que desaparecían con sus padres en un autobús turístico o en un restaurante al que no se nos permitía entrar. Solo dejaban tras de sí una serie de interrogantes. ¿Qué leerían? ¿Les gustarían *Alicia en el país de las maravillas*, *Jim Botón y Lucas el maquinista* o *Las aventuras de Cebollino*? ¿Tendrían que recoger ellos también flores de manzanilla para ayudar a las fábricas a preparar hierbas medicinales? ¿Harían concursos para ver quién sabía más nombres de dioses griegos? ¿O más escenarios de antiguas batallas romanas? ¿Les inspiraría Espartaco? ¿Competirían en las olimpíadas de Matemáticas? ¿Querrían conquistar el espacio? ¿Les gustaría el *baklava*?

Los niños extranjeros despertaban nuestra curiosidad, a veces envidia y, a menudo, también pena. A mí me daban lástima especialmente el Primero de Junio, el Día de los Niños, cuando mis padres me compraban regalos, íbamos a comer helados a la playa y al parque de atracciones. Ese día también me regalaban una suscripción anual a varias revistas infantiles. A través de ellas yo me enteraba de lo que hacían los demás niños del mundo. La revista *Estrellitas* era para niños entre seis y ocho años, y el Día de los Niños aparecía una viñeta que se llamaba «Nuestro Primero de Junio y el de ellos». En un lado se veía a un capitalista gordo, con un gran sombrero de copa, que le compraba un helado a su hijo gordo mientras, sentados en el suelo junto a la puerta de la heladería, había dos niños harapientos. Debajo de estos últimos, una leyenda decía: «Para nosotros nunca hay un Primero de Junio». Al otro lado de la viñeta había banderas socialistas, niños felices de la mano de sus padres, que llevaban flores y regalos y hacían cola para comprar un helado delante de una tienda. «Nos encanta el Primero de Junio», rezaba la leyenda. La cola era muy corta.

A finales de la década de 1980 también empezaron a regalarme *El Horizonte*, una revista para adolescentes. Yo todavía era pequeña para leerla, pero a mi padre le encantaba porque tenía una sección de problemas de matemáticas y de física, y una columna de curiosidades científicas y astronómicas. A veces había que recordarle que la compraba para mí para que me la dejase ver. En *El Horizonte* solían aparecen muchos niños occidentales; nunca daban tantos detalles como para satisfacer todas las preguntas en torno a su vida, pero sí los suficientes como para hacerme una idea de lo distintos que eran. A diferencia de mi mundo, el suyo estaba dividido entre ricos y pobres, burgueses y proletarios, agraciados y desgraciados, libres y sometidos.

Había niños privilegiados que, al igual que sus padres burgueses, tenían todo lo que querían, pero nunca lo compartían con los menos afortunados, cuyas penurias ignoraban. También había niños pobres y oprimidos que tenían que dormir a la intemperie y cuyos padres no podían pagar las cuentas a fin de mes, que debían mendigar comida en los restaurantes y en las estaciones de tren, que no podían asistir a la escuela de manera regular porque los obligaban a trabajar, que extraían diamantes de las minas y vivían en asentamientos de chabolas. La revista informaba continuamente sobre la situación de la infancia en lugares como África y Sudamérica, además de reseñar libros que trataban sobre la segregación de los niños negros en Estados Unidos y sobre el *apartheid*.

Sabíamos que nunca conoceríamos a esos niños pobres, humillados y oprimidos por los capitalistas, porque jamás podrían viajar. Nos compadecíamos de su situación, pero no pensábamos que compartiésemos su misma suerte. Sabíamos que para nosotros era difícil viajar al extranjero porque estábamos rodeados de enemigos. Además nuestras vacaciones estaban subvencionadas por el Partido. Quizá un día el Partido llegase a ser tan poderoso que lograse derrotar a todos nuestros enemigos e incluso pudiera pagarnos a todos un viaje al extranjero. De todas formas, nosotros ya estábamos en el mejor de los lugares posibles. Ellos no tenían nada. Nosotros sabíamos que no lo teníamos todo. Pero nos bastaba; todos teníamos las mismas cosas, además de lo que más importaba: la verdadera libertad.

En los países capitalistas, la gente decía que había libertad e igualdad, pero eso era solo sobre el papel, porque únicamente los ricos podían disfrutar de los derechos disponibles. Los capitalistas habían conseguido su dinero robando tierras, saqueando los recursos del mundo entero y vendiendo a los negros como esclavos.

–¿Os acordáis de *Chico negro*? –nos preguntó la profesora Nora después de leer la novela autobiográfica de Richard Wright en el colegio–. En la dictadura de la burguesía, un negro pobre no puede ser libre. La policía lo persigue. Tiene la ley en su contra.

Nosotros teníamos libertad para todos, no solo para los explotadores. No trabajábamos para los capitalistas, sino para nosotros mismos, y compartíamos el producto de nuestro trabajo. No conocíamos la codicia ni tampoco sentíamos envidia. Todos teníamos nuestras necesidades satisfechas y el Partido nos ayudaba a desarrollar nuestro talento. Si poseías un talento especial para las matemáticas, la danza, la poesía o lo que fuese, podías ir a la Casa de los Pioneros e inscribirte en un club de ciencias, un grupo de danza o un círculo literario para desarrollar tus habilidades.

–¿Os lo imagináis? –nos dijo la profesora Nora–. Si vuestros padres viviesen en un país capitalista, tendrían que pagar por todas esas

cosas. La gente trabaja como perros y el capitalista ni siquiera les da lo que merecen porque, si lo hace, ¿cómo va a obtener beneficios? Lo que significa que, una parte del tiempo, la gente trabaja a cambio de nada, como los esclavos de la antigua Roma. Por la otra parte de su trabajo reciben un salario y, si quieren que sus hijos desarrollen sus aptitudes, tienen que pagar clases particulares, cosa que, por supuesto, no pueden permitirse. ¿Qué clase de libertad es esa?

Sin embargo, los turistas podían permitírselo todo. Cuando visitaban nuestro país encontraban cuanto necesitaban en la tienda *valuta*, donde solo se podía comprar con divisas. La tienda *valuta* era el lugar donde los sueños se hacían realidad. Aunque, según la profesora Nora, no eran sueños, sino meras aspiraciones capitalistas. La tienda donde solo podías comprar con divisas estaba justo al lado del Museo de los Héroes de la Resistencia. Elona y yo entrábamos a echar una ojeada cada vez que visitábamos el museo con el colegio: el 11 de enero, por el aniversario de la república; el 10 de febrero, para conmemorar la resistencia juvenil a los fascistas; el 22 de abril, por el cumpleaños de Lenin; el Primero y el Cinco de Mayo, así como el 10 de julio, día en que se celebra la fundación del Ejército Popular; el 16 de octubre, por el cumpleaños de Enver Hoxha; el 8 de noviembre, por el aniversario del Partido; y el 28 y 29 de noviembre, por la independencia. A la mujer que atendía el mostrador de la tienda la llamábamos «la Medusa», porque tenía el pelo rizado y revuelto y una mirada hostil que hacía que te quedaras petrificada nada más cruzar el umbral y que te lo pensaras dos veces antes de entrar. La Medusa siempre tenía el *Zëri i Popullit* sobre el mostrador abierto en la misma página y vigilaba la puerta mientras comía pipas de girasol. Tenía la pila de pipas listas para comer al lado izquierdo del periódico y las cáscaras de las que se había comido, al lado derecho. Pelaba las pipas y las comía sin bajar la mirada, con los ojos siempre clavados en la puerta de la tienda.

Cuando entrábamos no decía nada, pero dejaba de comer pipas. Nos miraba fijamente y en silencio durante unos minutos y luego, si era invierno, decía:

–¿Qué hacéis aquí? ¿Tenéis dólares? No. Entonces ya podéis iros. Y cerrad la puerta al salir. Hace frío.

Si era verano, decía:

–¿Qué hacéis aquí? ¿Tenéis dólares? No. Entonces ya podéis iros. Y dejad la puerta abierta al salir. Hace calor.

Y después volvía a comer pipas de girasol.

Nunca nos marchábamos de inmediato. Mirábamos los artículos expuestos. Había latas de Coca-Cola suficientes para llenar estanterías enteras, incluso después de haber quitado todos los libros para dejarles sitio. Había cacahuetes tostados y salados, que debían de ser como las pipas de girasol tostadas y saladas, pero más sabrosos; si no, ¿por qué

iban a poder comprarse solo con dólares? Había un televisor en color Philips, que era exactamente igual al de la familia Meta, los únicos que tenían un televisor en color en mi barrio. «¿Habéis sacado entrada?», nos decían en tono de broma todos los años en Año Nuevo, cuando cerca de cuarenta niños nos sentábamos delante de su televisor Philips para ver la versión turca de *Blancanieves y los siete enanitos*. En el centro de la tienda había una moto MZ negra expuesta de forma tan espectacular que ocupaba la mayor parte del espacio y te obligaba a rodearla para llegar al mostrador, del mismo modo que tenías que rodear la tumba de Lenin en Moscú para alcanzar la salida del mausoleo. También había un sostén rojo del que Elona se había enamorado, aunque no tenía pechos de adulta. A mí me gustaba la pamela.

Algunos de los artículos de la tienda donde solo podías comprar con divisas se parecían a los que traían los camioneros o los marineros cuando volvían de sus viajes al extranjero como *souvenirs* para sus esposas e hijos, o para las esposas e hijos de parientes y vecinos: bolígrafos Bic, jabones Lux y medias de nailon. En casos excepcionales traían artículos más caros: camisetas, *shorts* y trajes de baño, con los que sus dueños desfilaban por la playa en verano y al final acabábamos distinguiéndolos según las marcas que llevaban puestas: «el hombre del Speedo verde» o «la chica del Dolphin rojo». Los amigos les decían: «Pareces un turista». En la mayoría de los casos era un cumplido. A veces podía ser una advertencia. Muy rara vez era una amenaza.

Un turista no se parecía a nosotros. Un turista no podía ser como nosotros. Un turista aparecía muy de vez en cuando, pero enseguida se le identificaba. Un turista vestía distinto. Un turista se peinaba de forma rara, se cortaba el pelo diferente o no se lo cortaba, o llevaba un corte que nuestro Estado le había impuesto recientemente en la frontera: un modesto precio que debían pagar los viajeros del mundo para visitar un país cuyos ciudadanos solo podían viajar con su imaginación.

Los turistas nos visitaban en verano. Recorrían las calles a la hora de la siesta, acompañados por el canto estridente de los grillos y la mirada turbia de los lugareños que volvían a casa a toda prisa para poder tumbarse a dormir un rato. Los turistas llevaban mochilas multicolores llenas de botellitas de agua que resultaban demasiado pequeñas cuando descubrían el calor extremo que hace en nuestro país, un calor que acababa por sofocar cualquier asociación que pretendiesen encontrar con la Unión Soviética y por recordarles más a temperaturas de Oriente Próximo. Todo les interesaba: el anfiteatro romano, la torre veneciana, el puerto, la antigua muralla de la ciudad, la tabacalera, la fábrica de caucho, las escuelas, la sede del Partido, las

tintorerías, los montones de basura sin recoger, las largas colas, las ratas por las calles, las bodas, los funerales, todo lo que pasaba, todo lo que no pasaba, todo lo que podía o no podía haber pasado. Los turistas llevaban cámaras Nikon, dispuestos a captar la grandeza de nuestro pasado y la miseria de nuestro presente, o la grandeza de nuestro presente y la miseria de nuestro pasado, según el punto de vista de cada uno. Los turistas sabían que la posibilidad de captar buenas imágenes con sus cámaras dependía en gran medida de la buena voluntad de los guías locales. Lo que no sabían era que muchos de esos guías trabajaban para el servicio secreto. No sabían hasta qué punto estaba todo en manos de los guías.

Un turista nunca llegaba solo; siempre era parte de un grupo. Años después descubrí que había dos clases de grupos: los realistas y los soñadores. Los soñadores pertenecían a grupos marginales marxista-leninistas. La mayoría venía de Escandinavia y estaban furiosos con la ruina social conocida como «socialdemocracia». Traían dulces para regalar a los lugareños, pero estos no solían aceptarlos. Veneraban nuestro país porque decían que era el único que había logrado construir un socialismo íntegro e inquebrantable. Admiraban todo lo nuestro: la claridad de nuestros eslóganes, el orden de nuestras fábricas, la pureza de nuestros niños, la disciplina de los caballos que tiraban de nuestros carros y también la convicción de los campesinos que iban encima de esos carros. Incluso nuestros mosquitos tenían algo único y heroico: la forma en que chupaban la sangre sin perdonar a nadie, ni siquiera a los turistas. Esos grupos de turistas eran nuestros camaradas internacionales. Se preguntaban cómo podían exportar nuestro modelo. Siempre nos saludaban y sonreían, incluso desde lejos. Creían en la revolución mundial.

Y luego estaba el segundo grupo, el de los occidentales inquietos, aburridos de las playas de Balatón y Bali, que se quejaban de que México y Moscú se encontrasen ya invadidos de turistas. Pertenecían a clubes de viajes selectos y, por aquel entonces, los operadores turísticos exclusivos estaban promocionando el último grito en aventuras exóticas: un lugar en el corazón de Europa, a poco más de una hora de avión de Roma y a dos horas de París. Un lugar tan aislado de Europa –con montañas hostiles, playas de ensueño, gente inaccesible, confusa historia y compleja política– que solo el viajero más intrépido se atrevería a visitar. Venían a descifrar el enigma, a descubrir la verdad. Aunque la verdad ya la habían decidido antes del viaje. Habían hablado de ella mientras disfrutaban de cócteles en Bali y de chupitos de vodka en Moscú. La verdad era política. Y ellos no tenían más que una opinión política: el socialismo era contrario a la naturaleza humana, en cualquier lugar y en cualquier forma. Siempre lo habían sospechado. Pero, después de hacer el viaje, tenían la

certeza. Ellos también nos saludaban a veces. No solían sonreír. También llevaban consigo caramelos y querían entablar conversación. A veces lo conseguían. Pero la siguiente ocasión que lo intentaban, nadie les devolvía el saludo ni les aceptaba los caramelos. Nunca adivinarían si los lugareños que habían compartido sus opiniones con ellos eran personas que habían pasado por allí al azar o eran agentes del servicio secreto. Podrían ser cualquiera de los dos. Los turistas sabían que era difícil distinguirlos. Pero no por eso dejaban de intentarlo.

No sé a cuál de esos dos grupos pertenecían los turistas que conocí cuando fui con mi madre a una excursión escolar a la isla de Lezhë. Era un día extraordinariamente caluroso del otoño de 1988 y yo estaba a punto de cruzar la calle cuando oí varias voces que decían en francés:

–*Attention! Petite fille, attention!*

–*Ça va* –contesté instintivamente, un poco molesta, porque ya había visto que el autobús de su grupo estaba a punto de aparcar y no necesitaba que nadie me dijera cómo cruzar nuestras calles, que, a diferencia de las occidentales, no estaban invadidas de coches.

En pocos minutos me vi rodeada de más de una docena de seres humanos que me miraban como si, por fin, hubiesen encontrado a su animal favorito del zoo. Olía el aroma a protector solar por todas partes. Era insoportable. Se me quitaron las ganas que tenía antes de seguirlos o de abrazarlos.

¿Por qué sabía hablar francés?, me preguntaban. ¿Cuántos años tenía? ¿Dónde vivía? Nosotros somos franceses, decían. ¿Sabes dónde está Francia? Asentí con la cabeza. ¿Sabía algo sobre Francia? Eso me hizo sonreír. Después me sentí ofendida. ¿Cómo podían siquiera hacerme esa pregunta? ¿Cómo se atrevían a insinuar que no sabía dónde estaba Francia? No tenía ganas de hablar con ellos. Pero quería demostrarles que sabía más de lo que ellos pensaban. Les canté una de las canciones preferidas de mi abuela:

Je suis tombé par terre,
C'est la faute à Voltaire,
Le nez dans le ruisseau,
C'est la faute à Rousseau.[7]

–¡Gavroche! –exclamó uno de ellos–. ¡Conoces la canción de Gavroche! ¡Conoces *Les Misérables*!

Los demás lo miraron perplejos, como si nunca hubiesen oído hablar de Gavroche ni de las barricadas o como si no pudieran creer lo que acababan de presenciar.

Me encogí de hombros. Sacaron caramelos de los bolsillos. ¿Quieres

caramelos?, me preguntaron. Negué con la cabeza. Una mujer me mostró una postal. ¿Sabes qué es esto?, me preguntó. Era una postal en color de la torre Eiffel, una escena nocturna. Dudé. Tómala, dijeron los demás. «Un petit souvenir de Paris», añadieron, para convencerme. Me lo pensé. Pensé en mi abuela. ¿Se alegraría si al regresar de la isla de Lezhë le llevaba una postal de París? En ese momento me llamó mi madre. Corrí hacia donde estaba nuestro autobús. Al dejar la isla miré por la ventanilla y vi a la mujer que me había ofrecido la postal. Ella también me vio. Volvió a sonreír. Seguía sosteniendo la postal en la mano y agitó la torre Eiffel en el aire como si fuese un pañuelo.

8. BRIGADISTA

Cuando volví a casa después de la excursión a la isla de Lezhë ya se me había pasado el enfado. Había ido cantando la canción de Gavroche para mis adentros, aunque mezclada con «Hola, oh Enver Hoxha, tan grande como nuestras montañas y tan profundo como nuestros acantilados», que los alumnos de mi madre cantaban a voz en cuello en los asientos traseros del autobús. Cuanto más pensaba en mi encuentro con los turistas, menos resentida me sentía. La parte de mí que se había ofendido al ver que ellos sabían mucho menos de nosotros que nosotros de ellos empezó a reconsiderar el hecho y a hallarlo divertido, incluso reconfortante. Me había parecido una prueba que cada vez estaba más convencida de haber superado.

Nos sentamos todos a cenar en la cocina y le conté el episodio a mi familia. Aunque recuerdo que sentía un gran alivio mientras lo contaba, debí de parecerles preocupada, porque mi abuela se levantó de la silla y salió la habitación sin decir una sola palabra. Volvió minutos después con una bolsa de plástico transparente llena de polvo y de fotos descoloridas. Entonces sacó una postal de la torre Eiffel en blanco y negro. En el reverso ponía: «¡Enhorabuena! Octubre 1934». Había algo más garabateado en la postal, quizá una firma, pero era ilegible. Daba la impresión de que alguien había intentado borrarla.

–Ya está –dijo mi abuela–, ya tenemos la torre Eiffel. No hay que preocuparse por eso.

Mi madre estaba retirando los platos de la mesa y, al posar la mirada en la imagen que yo sostenía en la mano, dijo:

–Esos turistas que vienen a visitarnos son casi tan útiles como la parte superior de la torre Eiffel.

Aquello despertó mi curiosidad. Nunca se me había ocurrido que los turistas que nos visitaban pudieran tener alguna utilidad. Lo único que querían era poner a prueba nuestros conocimientos sobre su propio país.

–¿Cuál es la utilidad de la parte superior de la torre Eiffel? –le pregunté.

–Ninguna –contestó–. Por eso lo digo.

–Quizá sirva para admirar las vistas –dijo mi padre.

–Exacto –replicó mi madre–. Igual que los turistas.

–¿Les dijiste a los turistas que tú a veces te pareces a Gavroche? –preguntó mi padre para cambiar de tema.

Sonreí y negué con la cabeza. Él solía llamarme Gavroche. Era uno

de los dos apodos que me había puesto después de retirarme el de Pimientito Relleno porque ya no comía lo suficiente como para merecerlo. «¿Qué has estado haciendo para acabar como Gavroche en las barricadas?», me preguntaba cuando volvía a casa después de pasar todo el día jugando al aire libre, con la cara roja, jadeando, sudorosa, todavía recuperándome tras horas de corretear para atrapar fascistas, de luchar con palos para defenderme de las conquistas romanas y de trepar a los árboles para avistar a las tropas otomanas. Cuando entré en la adolescencia y quise hacer valer mis opiniones, me corté el cabello bien corto para eliminar los lazos del pelo de una vez por todas. También cambié los vestidos de encaje hechos a mano por ropa de chico de talla grande y un gorro frigio. Entonces mi padre ya no lo expresaba como una pregunta, sino como una certeza: «Veo que sigues pareciéndote a Gavroche». Lo decía en tal tono que resultaba difícil saber si era una crítica o un elogio.

Yo tenía la mirada fija en la postal que mi abuela me había mostrado.

–Puedes quedártela –me dijo–. Siempre y cuando la cuides.

Apreté la postal en la mano y sentí que me subía un calor por el pecho.

–¿Te la dieron unos turistas cuando tú eras pequeña? –le pregunté.

Nini sonrió. Me explicó que la había recibido mi abuelo. Que él había estudiado en Francia, en un lugar llamado La Sorbona. Se la había regalado su mejor amigo cuando se graduó, un amigo que ya no estaba entre nosotros.

–¡En Francia! ¡Estudió en Francia! ¡Como el Tío Enver! ¿El abuelo también estudió Ciencias Naturales? ¡Me dijiste que eran amigos! ¿Se conocieron allí?

–No, tu abuelo estudió Derecho –contestó Nini–. Enver y él ya se conocían del colegio. Eran amigos en el Liceo Francés de Korçë. Pero sí, se vieron muchas veces en Francia. Los dos eran miembros del Frente Popular.

–¿Qué es el Frente Popular?

–El Frente de los Tontos –intervino mi madre.

Mi padre levantó la vista con el ceño fruncido. Mi abuela continuó como si no la hubiese oído. Me explicó que el Frente Popular era una gran organización dedicada a la lucha contra el fascismo. Celebraban reuniones, convocaban protestas e intentaban construir un gran movimiento de resistencia europeo. Me dijo que hubo una guerra en España y que unas brigadas internacionales habían ido a ayudar a los republicanos que luchaban contra los fascistas y que mi abuelo había querido participar.

–¿Formaba parte de un gran grupo antifascista con el Tío Enver? –pregunté con un entusiasmo que apenas podía disimular–. ¡Nunca me

lo habías dicho! ¡Nunca me has dicho que mi abuelo luchó contra los fascistas! ¡Podría llevar sus fotos al colegio el próximo Cinco de Mayo! ¿Tenemos fotos? ¿Tenemos cartas? ¿Qué puedo llevar para enseñárselo a mis amigos?

–Bueno, no logró llegar a España –continuó mi abuela–. El padre de tu abuelo descubrió que este se encontraba a punto de cruzar la frontera, listo para unirse a las brigadas internacionales, y entonces le escribió una carta al embajador albanés para pedirle que lo repatriara.

–¿Por qué hizo eso su padre? –pregunté extrañada.

Mi abuela no oyó mi pregunta o quizá prefirió ignorarla.

–Tu abuelo regresó a Albania y trajo consigo panfletos antifascistas e intentó organizar más reuniones. Pero la policía lo descubrió –continuó contándome.

–¿Por qué su padre no quería que luchara contra los fascistas?

Yo no podía entender por qué razón alguien se opondría a que se luchase contra los fascistas en España, en Francia, en Albania o donde fuese. Me fastidiaba que el padre de mi abuelo no solo tuviera el mismo nombre y apellido que nuestro antiguo primer ministro, sino que, además, fuera un fascista como él.

–Bueno, no lo sé. Supongo que era un poco anticuado –respondió mi abuela dudando un poco–. Tenían puntos de vista diferentes en cuanto a la política.

–¿Volvió a ver al Tío Enver?

Mi abuela hizo una pausa. Entornó los ojos, pensó un momento y luego dijo:

–Ellos... ellos... se perdieron de vista. Pero, bueno, ¡tenemos una torre Eiffel! –exclamó–. ¡Y eso es lo que importa!

–¿Fue entonces cuando el abuelo se marchó al extranjero a hacer su investigación en la universidad? –insistí.

Nini parecía cada vez más incómoda con tantas preguntas. Miró a mi padre como pidiéndole ayuda. Pero no llegó ninguna.

–Antes abrió una tienda de venta de alcohol –continuó diciendo–. Intentó ejercer la abogacía, pero le negaron la licencia por estar contra los fascistas y aquellos eran los años del rey Zog. La investigación en la universidad... mmm, no, eso fue unos años después –añadió–. Después de terminar la guerra.

–Y entonces ¿qué hizo?

–Ah, nada especial. Aprendió ruso e inglés, mejoró su dominio de los idiomas, hizo traducciones, ese tipo de cosas –me dijo–. Leushka, ¿puedes ir a buscar los cubiertos para la cena?

–*Babi*,[8] ¿fue entonces cuando se marchó de casa durante muchísimo tiempo? –pregunté a mi padre mirándolo–. ¿Para hacer su investigación en la universidad? ¿Por eso Nini te crió ella sola?

–Sí –contestó mi padre–. Tradujo el *Cándido* de Voltaire.

–¡Voltaire! ¡Voltaire! Me preguntaba quiénes eran Voltaire y Rousseau. Quiero decir, no sé nada de ellos, solo conozco que ayudaron a la Revolución francesa.

Mi abuela asintió con entusiasmo. Parecía aliviada de que hubiéramos cambiado de tema. Quizá no le gustaba la idea de que mi abuelo hubiese abandonado así a la familia para irse a cualquier sitio y pasarse tantos años estudiando idiomas y haciendo traducciones.

–Eso es todo lo que necesitas saber. –Y ya no paró de hablar.

Siempre se animaba cuando se hablaba de la Revolución francesa. Podía disertar sobre el tema sin parar. Ya me había contado todo lo que sabía: cómo empezó, quiénes estaban involucrados, qué les pasó a Luis XVI, a María Antonieta e incluso al pobre delfín. Le gustaba repetir el fragmento del discurso de Robespierre que decía que el secreto de la libertad radicaba en educar al pueblo, mientras que el secreto de la tiranía estaba en mantenerlos en la ignorancia. Me describía las batallas de Napoleón y se sabía todos los nombres de los generales que habían participado. Había intentado que yo me los aprendiera, pero a mí me había resultado imposible recordarlos a todos. Hablaba de los personajes implicados en la Revolución francesa, desde la reunión de los Estados Generales hasta el final de las guerras napoleónicas, con vívidos detalles y gran precisión, como si fueran parientes suyos: los vencedores, los perdedores y todos los demás que quedaban en medio.

–Tu abuela cree que la Revolución francesa trajo la libertad al mundo –dijo mi padre refiriéndose al entusiasmo de mi abuela–, pero fue una bonita idea que nunca terminó de cuajar.

–Voltaire y Rousseau fueron filósofos de la Ilustración –continuó diciendo mi abuela–. Por eso Gavroche dice que es culpa de ellos. Fueron los primeros en desarrollar las ideas por las que se luchó durante la Revolución. Defendían que todo el mundo nace libre e igual, y que la gente puede pensar por sí misma y tomar sus propias decisiones. Estaban en contra de la ignorancia, de la superstición y de ser controlados por los más poderosos.

–Muy bien. Igual que Marx y Hangel. ¿Voltaire y Rousseau también utilizaron la guillotina? –pregunté.

–No –contestó mi abuela–. Eso vino después.

–¿La utilizaron Marx y Hangel?

–Hegel –me corrigió mi abuela–. ¿O te refieres a Marx y Engels? Marx y Engels, bueno... No, en realidad no, no lo hicieron. Ellos escribieron libros, organizaron mítines, ese tipo de cosas. También creían que todo el mundo nacía libre e igual, y pensaban... Bueno, ya sabes lo que pensaba Marx.

–Pensaba que en el capitalismo no hay libertad porque a los trabajadores no se les permite hacer todas las cosas que pueden hacer los capitalistas –añadí contenta con mi aportación.

–Exactamente –dijo mi padre–. Y estaba en lo cierto. En el socialismo... –Hizo una pausa, pensó un momento y empezó otra frase distinta–: En el capitalismo no es que a los pobres no se les permita hacer todas las cosas que pueden hacer los ricos. Es que no pueden hacerlas, incluso aunque se les permita. Por ejemplo, se les permite ir de vacaciones, pero necesitan seguir trabajando porque, si no, no ganan dinero. Y si en el capitalismo no tienes dinero, no puedes ir de vacaciones. Necesitas una revolución.

–¿Para ir de vacaciones?

–Para cambiar las cosas.

Cuando mi padre hablaba de la revolución en general se entusiasmaba tanto como mi abuela cuando hablaba de la Revolución francesa en particular. En mi familia cada uno tenía su revolución favorita, igual que cada uno tenía su fruta de verano favorita. La fruta favorita de mi madre era la sandía y su revolución favorita era la inglesa. Las mías eran los higos y la rusa. Mi padre afirmaba que él simpatizaba con todas nuestras revoluciones, pero que su favorita era la que todavía estaba por llegar. En cuanto a su fruta favorita, era el membrillo; aunque se te podía atragantar si no estaba totalmente maduro, así que casi nunca se atrevía a darse el gusto. Los dátiles eran la fruta favorita de mi abuela: eran difíciles de encontrar, pero ella los había disfrutado de niña. Su revolución favorita era, por supuesto, la francesa, y eso molestaba sobremanera a mi padre.

–La Revolución francesa no logró nada –decía–. Algunas personas siguen siendo extremadamente ricas y son las que toman todas las decisiones, y otras siguen siendo muy pobres y no pueden cambiar su vida –continuó mientras negaba con la cabeza–. Están atrapadas, como esta mosca –dijo señalando a una mosca que zumbaba ruidosamente contra el vidrio de la ventana de la cocina. Entonces mi padre pensó un poco más al respecto y agregó algo que siempre agregaba, como si acabara de ocurrírsele en ese instante, a pesar de que lo decía cada vez que tenía que explicar por qué su revolución favorita no existía–. No tienes más que mirar cómo está el mundo, brigadista, mira cómo está el mundo.

Aunque mi padre no tenía una revolución favorita, sí que tenía sus revolucionarios favoritos. Se llamaban los *brigatisti*. Brigadista fue el otro apodo que me puso cuando dejó de llamarme Pimientito Relleno. No entendí su significado hasta unos años después, pero recuerdo que solía usarlo cuando yo rompía alguna regla. Con el tiempo empecé a sospechar que era un equivalente a «alborotadora» o que se usaba para referirse a una persona que desafiaba la autoridad establecida. Mi padre decía cosas como «Ven aquí, brigadista, mira lo que has hecho» o «Llegas tarde, brigadista» o «Brigadista, ¿qué vamos a hacer contigo? Todavía no has hecho los deberes».

También me parecía que aquella palabra tenía algo que ver con la violencia. Porque la única vez que mi padre la usó para referirse a otros chicos y no a mí fue cuando le conté que me había negado a participar en la ejecución de un gato que había robado la comida destinada a los perros callejeros de Flamur. Este había aparecido en el parque de juegos comunal con el gato, le había puesto una soga alrededor del cuello y había ordenado a los demás niños que tirasen de la soga hasta que el gato no pudiera respirar. Cuando se lo conté a mi padre y le dije que yo me había negado a tirar de la cuerda, me dijo: «Así que no eres de verdad una brigadista, después de todo». Lo dijo de un modo que me dejó claro que, en ese caso, *brigadista* no pretendía ser un cumplido.

La otra vez que mi padre mencionó a los *brigatisti*, y se incluyó a sí mismo en la descripción, fue durante una de nuestras visitas periódicas al cementerio, donde solíamos tropezar con un mendigo llamado Ziku. Ziku era un gitano de mediana edad que no tenía piernas y siempre llevaba pantalones cortos para que pudiéramos verle los dos costurones largos que le remataban los muslos, justo a la altura donde le habían cortado las piernas. Se arrastraba por el suelo y, cada vez que veía a mi padre desde lejos, se acercaba a toda velocidad hasta alcanzarnos. En aquella ocasión nos bloqueó el paso y recuerdo pensar que Ziku era más bajo que yo. «¡Camaradas, camaradas!», gritó. «¿Tenéis algo para darme?» Mi padre se vació los bolsillos. Literalmente. Le dio todo lo que llevaba encima. Después de encontrarnos a Ziku pasamos por una pastelería y tiré de la manga de mi padre para indicarle que empezaba a formarse una cola, lo cual significaba que muy pronto comenzaría la venta de helados. Mi padre sacó el interior de los bolsillos hacia fuera para mostrarme que estaban vacíos y después me dijo:

–No me queda nada. –Y a continuación añadió–: Ya has visto a Ziku, ¿no? Vamos, no te enfades, no seas mezquina como tu madre. ¿Somos o no somos *brigatisti*?

De aquello deduje que un brigadista era alguien que quería compartir todo su dinero y que mi padre se identificaba con ellos porque a él no le importaba compartir lo que tenía. Si yo estaba con Nini y veíamos a Ziku, ella también le daba algunas monedas, pero nunca tanto dinero como mi padre. Mi abuela guardaba unas monedas para comprarme un helado y, mientras esperábamos en la cola, decía:

–Pobre Ziku, ¿lo ves?, probablemente no le gustaba ir al colegio y ahora tiene que mendigar dinero de otras personas porque no ha estudiado. Tendría que haber hecho sus deberes y leer libros, como tú.

Mi madre nunca le daba nada a Ziku.

–¡Ziku tiene que trabajar! –decía.

–Pero ¡no tiene piernas! –le contestaba yo.

–Pero ¡sí que tiene brazos! –replicaba ella.

–¡Y no tiene estudios! –protesté.

–¡Culpa suya! –era su respuesta–. Tendría que haber estudiado. La gente que quiere aprender aprende. Nadie me dio a mí ninguna moneda cuando me hice mayor.

Le pregunté a mi padre por qué teníamos que darle todas nuestras monedas a Ziku, ya que era culpa suya no haber ido a la escuela ni haber querido aprender. Me contestó que a veces no se puede culpar a alguien de todo lo que le pasa. Me explicó que, aunque en nuestra época se exigía que los niños gitanos fueran a la escuela y viviesen en bloques de apartamentos, probablemente no fuese así cuando Ziku era niño, y que habría crecido en algún campamento nómada quién sabe dónde. También me dijo:

–No le hagas caso a tu madre; no le daría nada a Ziku aunque este tuviese un doctorado. Ella quiere ahorrarlo todo.

A mi padre siempre le gustaba burlarse de la obsesión ahorrativa de mi madre. «¿Qué tienes pensado hacer con esta inversión?», le preguntaba, como si ella fuese una capitalista, cuando discutían las compras que debían hacer. Por ejemplo, si era conveniente comprar un abrigo de invierno nuevo. Mi madre nunca le reía las bromas a mi padre, ni siquiera las que no iban dirigidas a ella. Tampoco protestaba. Se encogía de hombros y luego daba una orden: «Dame tu abrigo viejo. Le daré la vuelta al cuello. Quedará como nuevo».

Para mi padre, el desprecio por el dinero era un sello de distinción. Los ahorros eran considerados una carga de la que había que deshacerse, pues ponían en peligro nuestra condición de seres humanos libres. En cuanto a la familia le sobraba algo de dinero, por poco que fuera, mi padre y Nini entraban en pánico. Empezaban a pensar qué otra cosa podrían comprar o a quién podían dárselo para así evitar el conflicto de ver cómo volvía a acumularse un fondo. Se gastaba de un modo exagerado en cada cumpleaños. Todo el mundo recibía un regalo, y a veces más. Tener siempre alguna deuda aquí y allá suponía un gran alivio; es más, mi familia ha estado endeudada desde que tengo memoria. En los raros casos en los que lograban pagar sus deudas mensuales y además cubrir los gastos básicos se ponían a pensar en nuevas necesidades a las que poder destinar los ahorros restantes.

Al final de cada mes, mi abuela miraba algún armario de la cocina que estaba vacío y exclamaba: «¡Hemos acabado con todo! ¡No queda nada! ¡Tendremos que esperar los vales del próximo mes!». Había un tono de preocupación en su voz, pero también una nota de alegría que nunca entendí, como si, junto al reto al que nos enfrentábamos, también estuviese implícito que habíamos alcanzado algún tipo de objetivo del que debíamos sentirnos orgullosos. Llegué a la conclusión

de que era algo de familia, porque una vez que estábamos jugando al póquer con Cocotte y apostábamos alubias, me dijo que, en los viejos tiempos, mi abuela y ella jugaban al póquer con dinero de verdad y que no les importaba perder un poco. También la oí decirle una noche a Nini, mientras charlaban hasta tarde antes de dormir, que había sido muy bueno que su abuelo, el pachá, las hubiera alentado a gastar la mayor parte de la fortuna familiar en joyas, viajes y palcos en la ópera, ya que, de cualquier forma, todo habría acabado por desaparecer.

Mi madre y mi padre tenían valores radicalmente diferentes y actitudes totalmente opuestas en casi todo: respecto al tiempo que había que seguir remendando la ropa antes de pensar en comprar una nueva; si *Sacco y Vanzetti* era una película superior a *Lo que el viento se llevó*; si los niños descansaban mejor dejándolos llorar hasta que cayesen dormidos; si se podía beber leche que estuviera un poco pasada; si se podía o no llegar tarde a una cita y, en tal caso, cuál era el retraso permitido; y durante cuántos días era posible reciclar las sobras de una comida antes de claudicar y tirarlas a la basura. Mi padre y Nini detestaban el dinero; mi madre lo adoraba; los primeros respetaban los antiguos códigos de honor; ella se vanagloriaba de ignorarlos. Mi padre mostraba un profundo interés por la política, incluida la política de lugares remotos; a mi madre solo le importaba la política si le afectaba a ella directamente. Era una gran ironía que se hubieran casado porque, en otra época y en otro lugar, es muy probable que hubieran sido enemigos acérrimos. La historia los convirtió en aliados. Ninguno de los dos parecía disfrutar del conflicto diario que generaba dicha interacción, pero ambos habían desarrollado estrategias para sobrellevarlo. Eran muy francos al expresar que no aprobaban los criterios morales del otro. Pero no tuvieron más remedio que casarse, decían. Todo fue una cuestión de «biografía».

El desprecio de mi padre por el dinero iba más allá de su hostilidad hacia los hábitos frugales de mi madre. Le hizo desarrollar una actitud hostil hacia el sistema capitalista, cuyo propósito, según él, era seguir comprando y vendiendo cosas con el solo beneficio de continuar perpetuándose. Mi madre decía que, si alguien lograba tener mucho dinero, quizá fuese porque se lo merecía. Mi padre insistía en que no había forma de que se pudiera ganar dinero sin explotar a otro que se quedara sin él. Si tenías mucho dinero, también tenías mucho poder y podías influir en las decisiones importantes, lo que hacía muy difícil que aquellos que no empezaban contando con la misma cantidad que tú alcanzaran la misma posición. «Hay que hacer lo que se pueda, brigadista», concluía mi padre, «pero al final, para cambiar las cosas, hace falta una revolución, porque nadie va a renunciar a sus privilegios sin que lo obliguen.»

Años más tarde, cuando fui a la universidad, me impactó saber que mi apodo venía de las Brigadas Rojas, el movimiento terrorista italiano de extrema izquierda que se asemejaba a otros movimientos guerrilleros que habían surgido en varios países de la Europa Occidental durante la década de 1970. Mi padre se licenció en la Universidad de Tirana en el verano de 1968 y recordaba el asesinato de Martin Luther King en abril; que De Gaulle había volado a Alemania tras la ocupación de las universidades francesas en mayo; que los tanques soviéticos habían invadido Praga, y que Albania había abandonado el Pacto de Varsovia en señal de protesta. Dichos acontecimientos habían bastado para convencerlo de que, mientras no lograran liberarse de la injusticia todos aquellos que la sufrían en el mundo, no podría conseguirse una victoria auténtica y definitiva. Durante aquel verano hubo un momento en que llegó a pensar que la libertad era posible y que, para ello, era necesario resistirse a la autoridad bajo todas sus formas. Pero las protestas estudiantiles fracasaron y los jóvenes de las plazas se convirtieron en políticos de carrera, cambiando sus antiguos ideales de libertad por una vaga retórica de democracia. Ese fue el momento, explicaba mi padre, en que se dio cuenta de que la *democracia* no era más que otro nombre para la violencia de Estado, una violencia que, en su mayor parte, continúa siendo una amenaza abstracta que solo se materializa cuando los poderosos corren el riesgo de perder sus privilegios.

Como consecuencia de tales acontecimientos, que solía seguir por la televisión italiana o yugoslava, mi padre había desarrollado una fascinación por los grupos revolucionarios, aquellos que rechazaban de plano los derechos legales y la democracia parlamentaria, y creían que sin la violencia del pueblo no se podría acabar nunca con la violencia de Estado. Estaba fascinado con Giangiacomo Feltrinelli, fundador de la conocida editorial homónima y cuya postura decía admirar porque no había cedido a los intereses capitalistas de su familia ni a la retórica democrática de un Estado liberal. Me contó la historia de cómo Feltrinelli había muerto mientras manipulaba una bomba durante una operación del grupo revolucionario Gruppi di Azione Partigiana. Describía su muerte con tal precisión narrativa y unos detalles psicológicos tan minuciosos que casi se diría que había estado presente y que se había librado por los pelos. Me contó aquella historia antes de que yo pudiese realmente entender en qué consistía la operación o por qué era necesario volar unas torres de alta tensión para desencadenar una revolución.

Las Brigadas Rojas apenas se mencionaban en la televisión de Albania durante las décadas de 1970 y de 1980. Mi padre había empezado a seguirlas escuchando a escondidas la radio italiana. Más tarde en mi vida intenté comprender esa preocupación por la violencia

revolucionaria. Debió de haber establecido cierto paralelismo entre la crítica al Estado represor y su propia situación. Decía que la violencia terrorista no sería necesaria si los grupos revolucionarios pudieran luchar contra el Estado con todas las armas de las que dispone un ejército regular. Mi padre odiaba todo tipo de guerra; era un pacifista. Pero idealizaba la lucha revolucionaria. Era un espíritu libre atrapado en un orden político muy rígido, un hombre con una biografía que no eligió, pero que bastó para determinar su lugar en el mundo. Debió de buscarse una forma de entenderse a sí mismo, de mantener sus compromisos morales sin que nadie los interpretara en su nombre, sin que nadie intentara asignarle un sentido al hecho, que para mí era un total sinsentido, de que su nombre fuese el mismo que el de un antiguo primer ministro.

Sin embargo, cuando intentaba expresar todo eso de un modo que los demás pudiesen entenderlo e identificarse, cuando intentaba explicar lo que implicaba lograr la libertad al margen de la maquinaria represiva del Estado y de la explotación del mercado, se quedaba sin palabras. Sabía lo que no quería, pero le costaba defender aquello en lo que creía. Las frases, las teorías y los ideales se le agolpaban en la cabeza y se desvivía por encontrar una forma de ordenarlos, de explicar sus prioridades y de comunicar sus puntos de vista. Con el tiempo, todo acabaría por estallar en miles de fragmentos: lo que sabía, lo que era, lo que intentaba ser, lo que le gustaría que ocurriera. Le pasó lo mismo que a los revolucionarios cuyas muertes heroicas admiraba, lo mismo que a su revolución favorita, esa que nunca había tenido lugar.

9. AHMET SE LICENCIÓ

A finales de septiembre de 1989, unas semanas después de empezar el colegio, llegó a nuestra clase un chico nuevo llamado Erion. Su familia se había trasladado hacía poco desde Kavajë, la ciudad donde habían vivido mis padres antes de que yo naciera. Le asignaron el banco contiguo al mío y se presentó.

–¡Tú eres Lea! –exclamó con alegría cuando le dije mi nombre–. ¡Lea Ypi! Mis padres me dijeron que te buscara. Somos parientes. Mi abuelo es primo de tu abuela. Crecieron juntos. Tengo un mensaje para que se lo trasmitas a ella. Tienes que decirle a tu abuela que Ahmet se licenció. Ha vuelto. Ahmet es mi abuelo. Podéis venir a visitarnos cuando queráis.

Cuando le dije a mi familia que había conocido a un primo nuevo parecieron sorprendidos.

–Ya estamos un poco mayorcitos para conocer parientes nuevos, ¿no te parece? –bromeó mi padre.

A continuación le trasmití a mi abuela el mensaje.

–Ahmet… –murmuró Nini absorta en sus pensamientos–. Ahmet ha vuelto. Quiere que vayamos a visitarlo. ¿Vamos? Deberíamos felicitarlo por el título. ¿Le llevamos un regalo?

Mi padre asintió con la cabeza. Mi madre negó con la cabeza.

–Debemos tener cuidado –dijo.

También comentó que la difunta esposa de Ahmet, Sonia, era profesora y que, sin duda, el propio Ahmet ya había encontrado trabajo.

–Es demasiado viejo para trabajar –contestó mi padre.

Nini seguía con la mirada perdida en la pared.

–Sí, es un poco tarde para él –dijo por fin–. Ya es viejo. Pero ¿quién sabe?

Aquella conversación no tenía ni pies ni cabeza. ¿Por qué no podíamos visitar a alguien cuya mujer había sido profesora? ¿Por qué no podíamos dar la enhorabuena a un pariente que acababa de licenciarse?

–Me gustaría jugar con Erion –dije–. Es muy simpático, quiero verlo.

Tras una larga discusión, la familia decidió que iríamos. Compraron una caja de delicias turcas, fuimos de visita y los primos volvieron a reunirse.

Después de eso, Ahmet empezó a venir con regularidad a mi casa. Llamaba a la puerta dando unos golpecitos con el bastón de madera de

cerezo en el que se apoyaba al caminar. Traía regalitos, como cometas pintadas y sombreros de cartón, y a veces venía con Erion y jugábamos a los maestros con mis muñecas. Ahmet hablaba despacio, casi con dificultad. Olía a tabaco y llevaba un periódico enrollado como un tubo, con el que me hacía cosquillas en el cuello, justo debajo de la barbilla. Le temblaban las manos mientras sostenía el platillo con la taza de café. La cucharilla tintineaba dentro de la taza y atraía la atención hacia su mano derecha, a la que le faltaba el pulgar. Tenía unos dedos largos y manchados de un amarillo brillante, como si los tuviera pintados; por lo visto, de liar tabaco.

Cuando las visitas de Ahmet coincidían con la temporada en que Cocotte venía a quedarse en casa, todos hablaban en francés, igual que lo hacían de niños. Una vez le pregunté si quería que jugáramos al póquer con alubias, pero Cocotte dijo que el póquer era de burgueses. No entendí por qué lo dijo ni quise contradecirla contándole a Ahmet que nosotros siempre jugábamos al póquer con alubias y que nadie había dicho nunca que fuese un juego de burgueses. Después Ahmet se sentó en el sofá junto a mi abuela y se pusieron a hablar de lo mucho que había cambiado todo mientras él había estado fuera.

–Ahora hay muchas cosas buenas –dijo–. Se ve abundancia por todas partes. Las tiendas están llenas. La gente está contenta. Todo parece tan tranquilo y maravilloso.

Nini asintió con la cabeza en silencio.

Pocos meses después, mi padre recibió una notificación del trabajo en que lo informaban de que lo transferían de la oficina que quedaba a pocos kilómetros del centro de la ciudad a otra diferente situada en un pueblo distante, Rrushkull. Tendría que levantarse mucho más temprano y viajar hasta allí cuando todavía era de noche, primero en autobús y después caminar un buen trecho o, si tenía suerte y pasaba algún campesino por la carretera, a caballo o en carro. A Nini le preocupaba que en invierno su asma empeorara. Todos estuvieron de acuerdo en que había sido un error ir a felicitar a Ahmet e invitarlo a tomar café.

–Lo sabía –dijo mi madre–. Sabía que tenía algún trabajo entre manos. Seguro que ya estaba trabajando mientras estudiaba. Os dije que no debíamos acercarnos a él. Su mujer era profesora. Muchos tardaron en graduarse por culpa de ella. Uno incluso abandonó los estudios.

A mí me pareció que relacionar el reencuentro con Ahmet con el traslado de mi padre era algo aún más absurdo que la discusión que habían mantenido sobre si había que felicitarlo o no por haber acabado la carrera. Pero en las discusiones familiares siempre se vinculaban ambos hechos. Sus visitas suponían que incluso el puesto de mi madre en el colegio donde daba clases ya no fuese seguro.

–Tenemos que dejar de abrirle la puerta –declaró Nini en un momento dado–; si no, dentro de poco también trasladarán a Doli.

Y eso hicimos. Cuando Ahmet y Erion venían a visitarnos hacíamos como que no estábamos en casa. Apagábamos la radio y la televisión. Nos quedábamos todos en silencio durante un buen rato. A veces Donika los veía subir la cuesta y corría a gritarle a mi madre desde la ventana: «¡Dalaaaaa! ¡Dalaaaa! Ahí viene. Que viene tu primo». Otras veces, los dejábamos llamar y llamar a la puerta. Ahmet daba golpecitos con su bastón y esperaba. Erion golpeaba más fuerte con el puño. Yo asomaba media cabeza por una esquina de la ventana. Esperaban un rato, volvían a coger las bolsas con los sombreros y las cometas que habían dejado en el suelo y se iban. Erion bajaba la calle corriendo y Ahmet lo seguía despacio. Arrastraba los pies como si pertenecieran a otra persona y tenía una expresión distante en el rostro, como si estuviese rumiando pensamientos de otros. Me entristecía verlos alejarse. Mi padre se daba cuenta de que yo estaba disgustada.

–No te preocupes, brigadista –me decía para consolarme–. No te pongas triste. Cuando crezcas lo entenderás. Ahmet acabó la carrera, pero sigue trabajando.

Mi familia siempre había mostrado un gran interés por las personas que acababan la universidad. Era uno de los temas de conversación más recurrentes durante las fiestas de cumpleaños y las reuniones familiares. En los meses anteriores a diciembre de 1990 se convirtió en el único tema digno de atención. Las conversaciones parecían mostrar que mi familia estaba cada vez menos interesada en la política y más en la educación superior. Siempre que un pariente venía de visita se le servía café y la charla era más o menos la siguiente:

–¿Te has enterado de que Nazmi se ha licenciado?

–Ah, creía que ya tenía el título hacía tiempo.

–No, acaban de dárselo.

A partir de ahí hablaban de los que abandonaban los estudios y de los que obtenían excelentes resultados y de lo difícil que había sido pasar por la universidad en el pasado comparado con el presente:

–En aquel entonces, Isuf no logró licenciarse, pero a su mujer, cuando entró en la universidad, le fue muy bien –explicaba mi abuela.

–Ah, sí –respondían–, ella se destacó y además se quedó en la universidad como profesora.

Algunas facultades parecían ser más difíciles que otras. Decían: «A Fátima le tocó ir a B. y por desgracia no acabó». O: «Su marido había ido a V. y después se cambió a T. En esa pudo aprobar los exámenes sin problemas». También oías: «¿Alguien sabe lo que pasará ahora que han cambiado al rector?». O también: «Parece que ahora hay cada vez menos gente que suspenda la carrera», a lo que seguía una respuesta

prudente: «Sí, pero no sabemos cuál es el número de matriculados».

En muchas de las conversaciones se comparaban las distintas asignaturas y las dificultades que ofrecían a la hora de completarlas. Por ejemplo: «Josif estudió Relaciones Internacionales, pero a Bela le interesaba Filosofía». No solo se clasificaban las facultades en las que te licenciabas, sino también las asignaturas de cada una según su grado de exigencia. Todo el mundo sabía que si ibas a la Facultad de Relaciones Internacionales, por ejemplo, era imposible que te licenciaras. Pero que si estudiabas Economía podías acabar bastante rápido. En otras ocasiones parecía que, si terminabas rápido una licenciatura que se consideraba difícil de completar, podían exigirte que te quedaras a enseñar. Por alguna razón, esto último era contemplado con recelo. La reputación de los profesores también variaba: estaban los estrictos, que inspiraban temor y había que evitar a toda costa, y los que tenían un estilo docente más relajado y a los que era más fácil acercarse.

Los adultos nunca mencionaban los nombres de las facultades, solo la primera letra. Por ejemplo, decían cosas como «Avni se licenció en B.». O «Emine empezó estudiando en S., pero después la trasladaron a M.». Yo escuchaba aquello en silencio mientras jugaba con mis muñecas en la mesa baja de nuestro salón e intentaba relacionar la inicial que acababa de escuchar con los nombres de las distintas ciudades universitarias. Cuando creía dar con la respuesta, preguntaba en voz alta: «¿Habéis dicho S. por la Universidad de Shkodra?». Entonces los adultos se daban cuenta de que los estaba escuchando y me enviaban a jugar a mi habitación.

Algo que me resultaba especialmente confuso era cuando hablábamos de la investigación de mi abuelo. Algunos parientes decían que quizá no habría tenido que estudiar durante tanto tiempo si su padre, el que se llamaba igual que nuestro ex primer ministro, no hubiera estado involucrado. En cambio, otros decían que no había relación alguna entre las dos biografías y que mi abuelo hubiera ido a la universidad de todas formas, porque era un «intelectual» y la mayoría de los intelectuales tienen que estudiar. Cuando me enteré de que mi abuelo había obtenido su primera licenciatura en París, quise saber adónde había ido después para continuar su investigación, la que hizo cuando también había estudiado inglés y alemán y había traducido el *Cándido* de Voltaire, que le llevó quince años acabar. Pero esa segunda licenciatura estaba rodeaba de misterio.

–Estudió en B. y después fue a S. –me decían.

–¿Qué son B. y S.? –preguntaba yo.

–Literatura –me respondían–. Estudió Literatura.

–No he preguntado qué estudió, sino dónde estudió –insistí.

–Oh, bueno, aquí y allá –fue la respuesta–, no muy lejos de aquí.

–Pero ¿dónde es aquí y por qué allá? –pregunté por última vez.

–¿Por qué? Bueno, por su biografía –repetían–. Era parte de su biografía.

Entre las muchas conversaciones que atrajeron mi atención durante años, la que recuerdo más claramente se refería a un antiguo profesor de mi abuelo que se llamaba Haki. Muchos de mis parientes que habían ido a la misma universidad que mi abuelo conocían a Haki. Todos decían que, si te tocaba en la clase de Haki, había una altísima posibilidad de que nunca acabaras la asignatura; de hecho, era muy probable que acabaras expulsado de la facultad. La expulsión de alguien solía comentarse entre susurros, con miradas tristes y voces temblorosas. «Cuánto lo siento», decía el que se enteraba de la noticia, «es terrible. Siento mucho oír eso.» Lo único que provocaba una reacción aún más dramática que la noticia de no haber obtenido la licenciatura era la noticia de que alguien había abandonado los estudios universitarios, que se había ido por voluntad propia. «Fue por Haki», oía decir. «No podía soportar a Haki.» Y el comentario: «No, no fue solo por Haki, fue por toda la carrera en sí». «Sí, pero si no estuviera Haki, quizá la habría terminado». Haki tenía fama de estar totalmente volcado en la educación. Haki era uno de los profesores más severos que existían, célebre por los castigos tan duros que infligía, así como por las humillaciones que estos provocaban.

Una historia relacionada con Haki, y que oí contar muchas veces, tuvo lugar al final de la carrera de Literatura de mi abuelo. Era el verano de 1964. Mi abuelo Asllan había acabado la universidad y no tenía trabajo. Llamó a muchas puertas pidiendo empleo, pero la búsqueda resultó más difícil de lo que había pensado. Su biografía era un obstáculo. Decidió escribir una carta a un antiguo compañero de colegio, alguien muy importante dentro de los círculos del Partido. Todavía hoy guardamos en casa una copia de esa carta, está dentro de la misma bolsa de plástico polvorienta que contiene postales descoloridas, incluida la de la torre Eiffel. «Querido camarada Enver», comienza diciendo. Continúa como si fuese el arranque de algún documento institucional: «La dignidad humana es inviolable. El socialismo se basa en la dignidad que confiere el trabajo.» El siguiente párrafo expresa su gratitud por la educación complementaria recibida durante el último año y felicita al Partido por el excelente progreso del país bajo el gobierno socialista. Y después viene la petición de un trabajo, a ser posible uno que se ajustara a sus cualificaciones.

Pocos días después de enviar Asllan su carta, llegó la respuesta de la sede del Partido. Se le ofreció un puesto de abogado. El siguiente lunes, Asllan se puso el único traje que tenía y fue a trabajar. Era un traje de raya diplomática, el mismo que se había puesto el día que acabó la universidad, el que usaría en la boda de mis padres, también

el día que salí del hospital de maternidad y con el que lo enterraron. Cuando llevaba unos pocos meses en su nuevo trabajo, Haki llamó a la puerta de su despacho para solicitar la legalización de un certificado.

Al principio no reconoció a Asllan vestido de traje.

–Necesito que me firme este papel –dijo, señalando la hoja que llevaba en la mano.

–Por favor, tome asiento –le contestó Asllan–. ¿Puedo ofrecerle un cigarrillo?

En ese momento Haki se dio cuenta de que ya conocía a mi abuelo y se sintió incómodo.

–Me parece que no me reconoce –dijo.

–Bienvenido, Haki –replicó Asllan con una sonrisa–. Un placer verle después de tanto tiempo. No ha cambiado usted nada.

–Puedo volver otro día –dijo Haki, tras dudar un momento.

–No se preocupe –le respondió mi padre–. Resolveremos esto enseguida.

Haki esperó fumando en el despacho mientras Asllan se encargaba del papeleo. Cuando acabó, Haki intentó pagarle, pero mi abuelo se negó.

–Usted ya ha hecho mucho, Haki –le dijo–. Esto corre de mi cuenta.

Haki se lo agradeció efusivamente y, al marcharse, los dos hombres se dieron la mano.

De todas las muchas historias sobre universidades, esta se me quedó grabada, no por la cantidad de veces que la oí repetida durante años, sino porque tanto el tono con el que se contaba como la reacción que despertaba en los oyentes diferían en cada una de las repeticiones. «Bien por Asllan», decían algunos de los parientes que habían conocido a Haki tras oír la historia. Otros se preguntaban cómo había podido Asllan estrecharle la mano a Haki. ¿Había olvidado que Haki había sido el responsable de que su mejor amigo abandonase la universidad? Más adelante descubrí que dicho amigo era el mismo que le había enviado la postal con la torre Eiffel felicitándole. «Haki solo era un profesor. No hizo las reglas que le pedían que aplicara», decía Nini en un intento de justificar a su marido. «Entonces sería imposible culpar a nadie», replicaban nuestros parientes. «Un profesor siempre tiene cierta autonomía para no ser tan duro como le exige su puesto. Es fácil remitirse a los altos mandos y echarle la culpa de todo lo que sale mal al Ministerio de Educación o al mismísimo ministro. Pero lo cierto es que detrás de la aplicación de las leyes hay mucha gente. Existe cierta autonomía en cada uno de los niveles, en cada lugar y en cada momento. Haki no tenía por qué ser tan duro. Su crueldad no debería de haber sido recompensada con un apretón de manos.»

A menudo me preguntaba por qué mi abuela repetía esa historia cada vez que venía algún pariente a visitarnos y rememoraba su paso

por la universidad de B., donde Haki había enseñado. No podía entender la importancia de analizar en detalle el momento en que mi abuelo le había ofrecido un cigarrillo a Haki después de haberse conocido en la universidad. ¿Por qué era tan grave que mi abuelo lo hubiese tratado como a un viejo amigo? Una vez oí que mi abuela citaba una frase de Robespierre: «Castigar a los opresores de la humanidad es clemencia, perdonarlos es barbarie». El nombre de Haki aparecía en el mismo contexto. Parecía exagerado calificar a Haki de opresor de la humanidad. Pero ¿qué había estudiado mi abuelo en la universidad? ¿Y por qué nuestros parientes estaban tan obsesionados con la responsabilidad de reparar el daño?

Cuando reflexiono sobre los misterios sin resolver de mi niñez y repaso las historias de Ahmet y Haki que tanto me impactaron, las veo como parte de una verdad que siempre estuvo delante de mis ojos, esperando a ser descubierta, tan solo tenía que saber dónde buscar. Nadie me ocultaba nada, todo estaba al alcance de mi mano. Y, sin embargo, necesitaba que me lo dijeran.

Nunca se me ocurrió preguntarle a mi familia, no dónde estaban ubicadas exactamente las universidades B., S. o M., sino qué representaba una universidad. No tenía acceso a las respuestas correctas porque no sabía cómo hacer las preguntas correctas. Pero ¿por qué iba a ser de otra manera? Yo amaba a mi familia. Confiaba en ellos. Aceptaba todo lo que me ofrecían para satisfacer mi curiosidad. En mi búsqueda de certezas contaba con ellos para que me ayudaran a dar sentido al mundo. Nunca se me pasó por la cabeza antes de aquel día de diciembre de 1990, tras el encuentro con Stalin bajo la lluvia, que mi familia no era la fuente de todas las certezas, sino también de todas las dudas.

10. EL FIN DE LA HISTORIA

Unos meses antes del día en que abracé a Stalin había visto sus retratos desfilando por las calles de la capital para conmemorar el Primero de Mayo, el Día de los Trabajadores. Era el tradicional desfile anual. Los programas de televisión empezaban más temprano y no pasaban ningún deporte en la cadena yugoslava, lo cual significaba que no tenía que enfrentarme a mi padre para ver quién tenía acceso a la pantalla. Aquel día se podía ver el desfile, después había un espectáculo de marionetas, a continuación una película para niños y luego salíamos a pasear con nuestras mejores ropas, comprábamos helados y finalmente nos hacíamos una foto con el único fotógrafo de la ciudad, que solía estar junto a la fuente, cerca del Palacio de la Cultura.

El Primero de Mayo de 1990, el último que celebramos, fue el más feliz. O quizá me lo parezca porque fue el último. Objetivamente no pudo ser el más feliz. Las colas para conseguir artículos básicos eran cada vez más largas y las estanterías de las tiendas estaban cada vez más vacías. Pero a mí no me importaba. En el pasado, yo había sido muy caprichosa con la comida, pero con el paso de los años ya había dejado de ser quisquillosa sobre si tenía que comer queso feta barato en lugar del más apetecible queso amarillo, o una mermelada vieja en lugar de miel. «Primero está la moral, después la comida», decía alegremente mi abuela y yo había aprendido a adoptar la misma actitud.

El 5 de mayo de 1990, Toto Cutugno ganó el Festival de Eurovisión en Zagreb con la canción «Insieme 1992». Yo había hecho muchos progresos con el programa *Lenguas extranjeras en casa*, los suficientes para entender la letra y cantar los coros para mis adentros: «Sempre piu' liberi noi. / Non è più un sogno e non siamo più soli. / Sempre più uniti noi. / Dammi una mano e vedrai che voli. / Insiemeee… unite, unite*, Europe*».9 No fue hasta un par de años después que descubrí que una canción que siempre había dado por hecho que celebraba la libertad y la unidad al propagar los ideales socialistas por toda Europa hablaba, en realidad, del Tratado de Maastricht, que pronto consolidaría el mercado liberal.

Mientras tanto, Europa seguía presa de todo tipo de *hooligans* que socavaban el orden público. A principios de ese año, Polonia se había retirado del Pacto de Varsovia. Los partidos comunistas de Bulgaria y Yugoslavia votaron a favor de renunciar al monopolio del poder.

Lituania y Letonia declararon su independencia de la Unión Soviética. Las tropas soviéticas entraron en Bakú para reprimir las protestas azeríes. Oí a mis padres hablar de unas elecciones «libres» en Alemania del Este y le pregunté a mi padre:

–¿Qué se elige en unas elecciones que no son libres?

Me pareció que no le gustó mi pregunta e intentó cambiar de tema.

–¿No estás contenta de que Nelson Mandela haya sido puesto en libertad? –me preguntó.

Se duplicaron las visitas a nuestra casa; venían a vernos incluso cuando no había partidos de fútbol ni festivales de la canción en Direkti. Mis padres empezaron a mandarme a la cama más temprano. A través de la nube de humo que inundaba nuestro salón me parecía que las personas que liaban tabaco al atardecer eran como sombras.

Había notado cierta consternación en la forma de recibir a los visitantes en voz baja, a pesar de que no parecía haber ninguna amenaza. Todos sonreían y me daban palmaditas en la espalda, me preguntaban cómo me iba en el colegio, si había alguien que me superase en clase y si seguía haciendo que el Partido se sintiera orgulloso de mis logros. Yo asentía con la cabeza y les daba el parte con mis buenas noticias.

Acababa de convertirme en pionera, un año por delante de mi curso. Había sido seleccionada para representar a mi colegio siempre que hubiera que depositar coronas de flores en las tumbas de los héroes de la Segunda Guerra Mundial y en aquel momento era también la encargada de pronunciar el voto con el que jurábamos lealtad al Partido. Me paraba delante de todos los alumnos del colegio antes de comenzar las clases y declaraba solemnemente: «¡Pioneros de Enver! En nombre de la causa del Partido, ¿estáis listos para luchar?». «¡Siempre listos!», rugían los pioneros. Mis padres estaban muy orgullosos y para recompensarme por mis logros fuimos de vacaciones a la playa.

Al final de aquel verano fui dos semanas a un campamento de pioneros. Todas las mañanas tocaban la campana a las siete de la mañana para despertarnos. Los bollos que nos ponían para desayunar sabían a goma, pero las mujeres que los servían en la cantina eran increíblemente amables, hasta cariñosas. Pasábamos el resto de la mañana en la playa, tomando el sol, nadando y jugando al fútbol. A la hora del almuerzo, hacíamos cola para recibir un cuenco de arroz, yogur y uvas. Después nos mandaban a las habitaciones a dormir la siesta, o a hacer como que dormíamos, y la campana volvía a sonar a las cinco de la tarde. Por las tardes jugábamos al ping-pong o al ajedrez y a continuación nos separaban en distintos grupos educativos: matemáticas, ciencias naturales, música, arte y escritura creativa. Para cenar nos zampábamos una sopa de verduras y luego corríamos a

ocupar nuestros asientos para ver cine al aire libre. Por la noche nos quedábamos charlando hasta tarde y hacíamos nuevos amigos. Los más mayores o los más audaces se enamoraban.

Durante el día competíamos. Competíamos a ver quién hacía mejor la cama, quién terminaba antes de comer, quién nadaba más lejos, quién sabía más capitales del mundo, quién había leído más novelas, quién podía resolver ecuaciones complejas y quién sabía tocar más instrumentos musicales. Todos los lazos de solidaridad socialista que los profesores se esforzaban en inculcarnos durante todo el año prácticamente desaparecían durante esas dos semanas. Después de los primeros días dejaban de disuadirnos de competir para empezar a regular la competitividad desde arriba, ajustándola a grupos por edad. Pasaban a organizar de forma centralizada carreras, olimpíadas y concursos de poesía, y aquello se convertía en un rasgo tan fundamental de la vida en el campamento que solo los elementos pequeñoburgueses y reaccionarios se habrían negado a participar. Al término de esas dos semanas casi no había niño que no volviera a casa con, al menos, una estrella roja, una banderita, un diploma o una medalla, obtenida individualmente o como parte de un equipo. Yo volvía con uno de cada.

Mis dos semanas en el campamento de pioneros fueron las últimas de su historia. La bufanda roja de pionera, que tanto me costó ganar y que llevaba todos los días con orgullo al colegio, pronto se convertiría en un trapo con el que limpiábamos el polvo de las estanterías. Las estrellas, las medallas, los diplomas y hasta el mismísimo título de «pionera» pronto se volverían reliquias de museo, recuerdos de una época distinta, fragmentos de una vida pasada que alguien había vivido en algún lugar.

Nuestras vacaciones en la playa fueron las primeras y últimas que pasamos en familia. Fue la última vez que el Estado subvencionó paquetes vacacionales. Fue la última vez que la clase obrera desfiló para conmemorar la libertad y la democracia.

El 12 de diciembre de 1990, mi país fue oficialmente declarado un Estado multipartidista, donde se celebrarían elecciones libres. Fue casi doce meses después de que fusilaran a Ceauşescu en Rumania mientras cantaba «La Internacional» frente al pelotón. Ya había comenzado la primera guerra de Irak, la guerra del Golfo. Ya habían empezado a vender trocitos del Muro en las tiendas de *souvenirs* del recientemente unificado Berlín. Durante más de un año, todos esos acontecimientos no afectaron a mi país, o casi no lo hicieron. La lechuza de Minerva había levantado el vuelo y, como de costumbre, parecía haberse olvidado de nosotros. Pero luego se acordó y volvió.

¿Por qué se había acabado el socialismo? Apenas unos meses antes, en nuestra clase de Educación Moral, la profesora Nora nos había

explicado que el socialismo no era perfecto, que no era como el comunismo cuando este llegara. El socialismo era una dictadura, nos dijo, la dictadura del proletariado. Era diferente y, sin duda, mucho mejor que la dictadura de la burguesía que dominaba en los países imperialistas de Occidente. En el socialismo eran los trabajadores, no el capital, los que controlaban el Estado, y la ley estaba al servicio de los intereses de los trabajadores, no de aquellos que querían aumentar sus beneficios. Pero dejó claro que el socialismo también tenía sus problemas. La lucha de clases no había acabado. Teníamos muchos enemigos externos, como la Unión Soviética, que hacía mucho tiempo que había abandonado el ideal comunista para convertirse en un Estado imperialista y represor que enviaba sus tanques para aplastar a los países más pequeños. También teníamos muchos enemigos internos. Las personas que antes habían sido ricas y habían perdido todas sus propiedades y sus privilegios seguían conspirando para socavar el gobierno de los trabajadores y merecían ser castigadas. Pero, con el tiempo, la lucha proletaria triunfaría. La profesora Nora nos dijo que, cuando la gente crece dentro de un sistema más humano y a los niños se les educa en las ideas correctas, las hacen suyas. Los enemigos de clase van disminuyendo y la lucha de clases se va suavizando y acaba por desaparecer. Es entonces cuando empieza en realidad el comunismo y, por eso, es superior al socialismo: no necesita la ley para castigar a nadie y libera a los seres humanos de una vez y para siempre. En contra de lo que sugería la propaganda del enemigo, el comunismo no significaba la represión del individuo, sino la primera vez en la historia de la humanidad en la que podíamos ser realmente libres.

Yo siempre había pensado que no había nada mejor que el comunismo. Todas las mañanas de mi vida me despertaba deseando hacer algo para que llegara más rápidamente. Pero en diciembre de 1990, los mismos que habían participado en las marchas que celebraban el socialismo y el avance hacia el comunismo se echaron a las calles para exigir su fin. Los representantes del pueblo manifestaron que las únicas cosas que habían conocido bajo el socialismo no eran la libertad y la democracia, sino la tiranía y la coacción.

¿En qué me convertiría? ¿Cómo íbamos a alcanzar el comunismo si dejaba de existir el socialismo? Con la mirada clavada en la pantalla del televisor, incrédula, mientras el secretario del Politburó anunciaba que el pluralismo político ya no era un delito punible, mis padres declararon que ellos nunca habían apoyado al Partido que yo siempre había creído que habían elegido, que ellos nunca habían creído en su autoridad. Simplemente se habían aprendido las consignas y las repetían como todo el mundo, igual que yo cuando recitaba mi juramento de lealtad en el colegio todas las mañanas. Pero había una

diferencia entre nosotros. Yo creía en eso. No conocía otra cosa. Y de pronto me quedaba sin nada, excepto por unos fragmentos del pasado, pequeños y misteriosos, como unas pocas notas de una ópera perdida en el tiempo.

En los días siguientes se fundó el primer partido de la oposición y mis padres me revelaron la verdad, su verdad. Me dijeron que mi país había sido una cárcel a cielo abierto durante casi medio siglo. Que las universidades que habían perseguido a mi familia eran, sí, instituciones de enseñanza, pero de un género muy peculiar. Que cuando mi familia hablaba de la graduación de nuestros parientes, en realidad se referían a que acababan de salir de prisión. Que obtener una licenciatura era un lenguaje en clave para referirse a que habían cumplido la sentencia. Que las iniciales de las ciudades universitarias eran las de los diferentes centros de encarcelamiento y deportación: B. de Burrel; M. de Maliq; S. de Spaç. Que los diferentes campos de estudio correspondían a los diferentes delitos oficiales: estudiar Relaciones Internacionales significaba que se les había acusado de traición; Literatura era sinónimo de «agitación y propaganda»; y una licenciatura en Economía implicaba un delito menor, como «esconder oro». Que los estudiantes que se convertían en profesores eran exprisioneros que se convertían en espías, como nuestro primo Ahmet y su difunta esposa, Sonia. Que un profesor muy duro era un funcionario a manos de quien muchas personas habían perdido la vida, como Haki, al que mi abuelo le había estrechado la mano después de cumplir su condena. Que decir que alguien había obtenido unos excelentes resultados significaba que la condena había sido breve y sin complicaciones, pero ser expulsado significaba una pena de muerte y abandonar voluntariamente, como el mejor amigo de mi abuelo en París, quería decir suicidarse.

Me enteré de que el ex primer ministro al que yo había despreciado durante toda mi infancia porque la coincidencia había querido que mi padre tuviera su mismo nombre y apellido, no se llamaba igual que mi padre por casualidad. Resultó que era mi bisabuelo. El peso de aquel nombre había aplastado las esperanzas de mi padre durante toda su vida. No pudo estudiar lo que quería. Tuvo que justificar su biografía. Tuvo que reparar un error que nunca cometió y disculparse por opiniones que no compartía. Mi abuelo, que discrepaba de las ideas de su propio padre hasta el punto de querer unirse a los republicanos en España, había pagado el parentesco con quince años de cárcel. Mis padres dijeron que yo también habría tenido que pagarlo, quién sabe cómo. Yo también habría tenido que pagarlo si mi familia no hubiera mentido para guardar el secreto.

–Pero yo era una pionera –protesté–. Me convertí en pionera un año por delante de los de mi curso.

–Todos pueden ser pioneros –contestó mi madre–. Pero a ti no te hubiesen dejado entrar en la organización juvenil. Nunca habrías podido unirte al Partido.

–¿A vosotros no os dejaron? –le pregunté.

–¿A mí? –Mi madre se rió–. Ni siquiera lo intenté. Una vez, una colega nueva me recomendó para entrar, pero después descubrió quién era yo.

Me dijeron que yo también habría tenido que pagar por la familia de mi madre. Me enteré de que los barcos de papel que mi madre hacía con mi tío Hysen y que las propiedades, las fábricas y los apartamentos que había dibujado de niña en realidad habían pertenecido a su familia antes de nacer ella, antes de la llegada del socialismo, antes de que les fueran confiscados. Que su padre acabó limpiando alcantarillas a pesar de que se había licenciado en Económicas en la Universidad de Lieja antes del final de la guerra. Que el edificio que albergaba la sede del Partido, frente al que mi madre me explicó qué era el islam, también había sido propiedad de su familia.

–¿Recuerdas la vez que hablamos del islam y nos detuvimos delante de aquel edificio? –me preguntó mi madre.

Asentí con la cabeza. Entonces me dijo que siempre que pasaba por allí levantaba la mirada a la ventana del quinto piso, la que no tenía la maceta con las flores. Desde allí un supuesto enemigo del pueblo había gritado «¡Allahu-akbar!» y luego se había lanzado al vacío. Intentaba escapar de la tortura. Era el año 1947. Aquel hombre era su abuelo.

Mi abuela también me contó toda la historia de su vida, la misma que yo había tratado de imaginar innumerables veces mientras escuchaba a escondidas sus conversaciones con Cocotte. Nació en 1918, nieta de un pachá y segunda hija de una familia de altos gobernadores provinciales del Imperio otomano. A los trece años era la única niña en el Liceo Francés de Tesalónica. A los quince probó su primer whisky y fumó su primer cigarrillo. A los dieciocho ganó una medalla de oro por ser la número uno de su colegio. A los diecinueve visitó Albania por primera vez. A los veinte era consejera del primer ministro y la primera mujer que trabajaba en la Administración estatal. A los veintiuno conoció a mi abuelo en la boda del rey Zog. Tomaron champán, bailaron el vals, se compadecieron de la novia y descubrieron que la aversión que compartían por las bodas reales solo era superada por el desprecio que sentían por la monarquía. A los veintitrés se casaron. Él era socialista, pero no un revolucionario. Ella era ligeramente progresista. Ambos procedían de conocidas familias conservadoras, repartidas por el Imperio otomano durante varias generaciones. A los veinticuatro fue madre. Cuando tenía veinticinco, terminó la guerra y vio a su padre en Tesalónica por última vez. A los

veintiséis participó en las elecciones a la Asamblea Constituyente, las primeras en las que pudieron votar las mujeres y la última a la que pudieron presentarse candidatos de la izquierda no comunista. A los veintisiete, esos mismos candidatos, muchos de los cuales eran familiares y amigos, fueron arrestados y ejecutados. Mi abuelo le propuso abandonar el país con la ayuda de los militares británicos que iban a repatriar y que él había conocido durante la guerra. Ella se negó. Su madre, que había ido a Albania desde Grecia para ayudarla con el bebé, acababa de caer enferma y no quería dejarla allí sola. Cuando mi abuela tenía veintiocho años, mi abuelo fue arrestado, acusado de agitación y propaganda, y sentenciado, primero a la horca y después a cadena perpetua, sentencia luego conmutada por quince años de cárcel. A los veintinueve perdió a su madre por causa del cáncer. A los treinta la obligaron a abandonar la capital y mudarse a otra ciudad. A los treinta y dos empezó a faenar en los campos de trabajo. Cuando tenía cerca de cuarenta años, la mayoría de sus parientes habían sido ejecutados o se habían suicidado, y los que habían sobrevivido estaban en hospitales psiquiátricos, en el exilio o en prisión. A los cincuenta y cinco estuvo a punto de morir de pleuresía. A los sesenta y uno fue abuela, al nacer yo. El resto yo ya lo sabía.

Mi abuela me dijo que había querido enseñarme francés porque le recordaba su vida pasada, cuando todo el mundo hablaba francés a su alrededor, y a la Revolución francesa. Hablarme en francés era para ella no tanto una cuestión de identidad como un acto de rebeldía, un pequeño gesto de desobediencia que pensaba que yo sabría valorar más adelante. Podría pensar en eso cuando ella ya no estuviese en este mundo para recordarme de dónde vengo, la injusta situación política de mi familia y cómo la gente había pagado un precio por lo que era, independientemente de lo que quisiera ser. Entonces yo podría reflexionar sobre cómo la vida podía zarandearte de un lado a otro y sobre cómo puedes tenerlo todo al nacer y perderlo todo después.

Mi abuela no sentía nostalgia de su pasado. No añoraba volver a aquel mundo donde su familia aristocrática hablaba en francés e iba a la ópera mientras los sirvientes que les preparaban las comidas y se ocupaban de su ropa no sabían leer ni escribir. Nunca había sido comunista, me dijo, pero tampoco ansiaba volver al *ancien régime*. Era consciente de haber crecido rodeada de privilegios y recelaba de la retórica que los justificaba. No creía que significara lo mismo pertenecer a una clase que tener conciencia de clase. Insistía en que uno no hereda las ideas políticas, sino que las elige libremente, y que escoge las que le parecen correctas, no las que sean más convenientes o sirvan mejor a sus intereses.

–Lo perdimos todo –dijo–. Pero nosotros no nos perdimos. No

perdimos nuestra dignidad, porque la dignidad no tiene nada que ver con el dinero, los honores ni los títulos. Yo soy la misma persona de siempre –insistió–. Y todavía me gusta el whisky.

Me explicó todo aquello con calma, separando claramente cada etapa de su vida, esforzándose en diferenciarlas y asegurándose, cada tanto, de que yo la seguía. Quería que yo recordara su trayectoria y que supiera que ella era la autora de su vida; que, a pesar de todos los obstáculos que había encontrado en el camino, había seguido siendo dueña de su destino. Nunca había dejado de ser responsable de sus actos. La libertad, dijo, es ser consciente de tus necesidades.

Intenté comprender y retener todo lo que mi abuela y mis padres dijeron durante aquellas semanas y a partir de entonces volvimos a repasar muchas veces aquellas conversaciones. Yo estaba desconcertada. No entendía si nuestra familia constituía la regla o la excepción, si lo que acababa de descubrir hacía que fuese más parecida a los demás niños o aún más atípica. A menudo había oído decir a mis amigos que había cosas que no entendían y que intentaban descifrar algunas reuniones de adultos que no eran fáciles de comprender. Quizá ellos también hablasen de socialismo y del Partido durante las noches, cuando Dajti y Direkti mostraban las imágenes de otros lugares, y también intercambiaran opiniones sobre unas universidades que resultaron ser prisiones. O quizá sus parientes se pareciesen más a Haki, un auténtico creyente, como diría mi abuela, que no tenía noción de cuándo ser estricto en la aplicación de las normas y cuándo actuar con sensatez.

Me enteré de la verdad cuando esta ya no suponía ningún peligro, pero también cuando ya tenía edad suficiente para preguntarme por qué mi familia me había mentido durante tanto tiempo. Quizá no confiaban en mí. Y si era así, ¿por qué tendría que confiar yo en ellos? En una sociedad donde la política y la educación impregnaban todos los aspectos de la vida, yo era producto tanto de mi familia como de mi país. Cuando el conflicto entre ambos salió a la luz, aquello me aturdió. No sabía dónde mirar, a quién creer. Unas veces me parecía que nuestras leyes eran injustas y nuestros gobernantes, crueles. Otras me preguntaba si mi familia se había merecido los castigos que se les había infligido. Después de todo, si les importaba la libertad, no deberían haber tenido sirvientes. Y si les importaba la igualdad, no tendrían que haber sido tan ricos. Pero mi abuela dijo que ellos también habían querido que cambiaran las cosas. Mi abuelo era socialista; le molestaban los privilegios de los que gozaba su familia.

–Entonces ¿por qué lo mandaron a la cárcel? –insistí–. Tiene que haber hecho algo. Nadie va a la cárcel por nada.

–Por la lucha de clases –contestó mi abuela–. La lucha de clases es siempre sangrienta. Da igual lo que pienses.

Para el Partido, el sacrificio de las aspiraciones individuales era una necesidad histórica, el coste de la transición a un futuro mejor. En el colegio aprendimos que todas las revoluciones atraviesan por una etapa de terror. Para mi familia no había nada que explicar, contextualizar o defender; solo existía la destrucción absurda de su vida. Quizá el terror ya había acabado cuando yo nací. O quizá todavía no había empezado. ¿Me habían salvado las nuevas circunstancias o de alguna manera seguía condenada por no haber descubierto nada por mí misma?

Preguntaba si mi familia me había revelado quiénes éramos para evitar que me convirtiera en alguien que ellos no querían o para protegerme de creer en algo que no compartían.

–No, pero lo habrías descubierto por ti misma –me respondían.

–¿Y si no lo hubiera hecho?

–Lo descubrirías –repetían.

Las siguientes semanas me asaltaron muchas dudas. Me resultaba difícil procesar el hecho de que todo lo que mi familia había dicho y hecho hasta aquel momento había sido una mentira, una mentira que habían seguido repitiendo para que yo continuara creyendo lo que me decían los demás. Me animaban a ser una buena ciudadana cuando sabían muy bien que, debido a mi biografía, siempre se me consideraría una enemiga de clase. Si sus esfuerzos hubieran dado resultado, me habría identificado con el sistema. ¿Y habrían aceptado mi transformación? Quizá me habría convertido en alguien como Ahmet, en otro pariente sospechoso que se había pasado al otro lado, por miedo, por convicción, por la influencia de la educación penitenciaria o por cualquier otro motivo igual de misterioso. O quizá, si no se me hubiera permitido unirme al Partido, me habría vuelto una resentida. Habría descubierto la verdad y me habría enfrentado a todo lo que representaba el Partido; me habría convertido en otra enemiga silenciosa.

Una tarde, mi madre trajo un ejemplar de *Rilindja Demokratike*, el primer número del primer periódico de la oposición. Su lema era: «La libertad del individuo debe garantizar la libertad de todos». Durante días habían corrido rumores de que estaba en imprenta y que pronto llegaría por la mañana a las librerías, los únicos lugares donde se vendían periódicos. La gente hizo cola llevando una botella vacía en la mano para que, si les preguntaba algo el Sigurimi, el servicio secreto, poder decir que estaban en la fila para comprar leche. Mi padre leyó el editorial en voz alta. Se titulaba: «La primera palabra». El periódico prometía defender la libertad de expresión y de pensamiento, y decir siempre la verdad. «Solo la verdad es libre y solo entonces la libertad será verdad», leyó mi padre.

En diciembre de 1990 ocurrieron más cambios que en todos los años

juntos de mi vida hasta entonces. Para algunos, esos fueron los días en los que la historia llegó a su fin. No parecía que fuese el final. Ni tampoco que fuese un nuevo comienzo, al menos no de manera inmediata. Más bien daba la impresión de ser el ascenso de un profeta desacreditado que había predicho un montón de calamidades que todos temían, pero en las que nadie creía. Habíamos pasado décadas preparándonos para un ataque, una guerra nuclear, diseñando búnkeres, castigando a la disidencia, previendo el discurso de la contrarrevolución e imaginando los rasgos de su rostro. Nos dedicamos a descubrir el poder de nuestros enemigos, a revertir su retórica, a resistir ante sus esfuerzos por corrompernos y a igualar su armamento. Pero cuando el enemigo acabó por materializarse resultó ser muy parecido a nosotros. No teníamos categorías que describieran lo ocurrido ni definiciones que expresaran lo que habíamos perdido y lo que habíamos ganado a cambio.

Nos habían advertido de que la dictadura del proletariado estaba siempre amenazada por la dictadura de la burguesía. Lo que no podíamos prever era que la primera víctima de ese conflicto, la señal más clara de victoria, sería la desaparición de esos mismos términos: *dictadura*, *proletariado*, *burguesía*. Dejaron de formar parte de nuestro vocabulario. Antes de que se desintegrara el Estado, se desintegró el propio lenguaje con el que se articulaba esa aspiración. El socialismo, la sociedad en la que vivíamos, desapareció. El comunismo, la sociedad que aspirábamos a crear, donde ya no existiría el conflicto de clases y las capacidades naturales del individuo se desarrollarían plenamente, también desapareció. No solo desapareció como ideal y como sistema de gobierno, sino también como una categoría del pensamiento.

Solo quedó una palabra: *libertad*. Aparecía en todos los discursos de la televisión, en todos los eslóganes que se vociferaban con rabia en las calles. Cuando por fin llegó la libertad fue como si te sirvieran comida congelada. Masticamos poco, tragamos rápido y nos quedamos con hambre. Algunos se preguntaban si nos habían dado sobras. Otros dijeron que no eran más que unos entrantes fríos.

En los días y meses previos a diciembre de 1990 fui andando al colegio, me senté en clase, jugué en la calle, comí con mi familia, escuché la radio y vi la televisión, igual que había hecho todos los días de mi vida. Los mismos actos, así como los deseos y creencias de quienes los llevaron a cabo, serían recordados posteriormente con significados radicalmente diferentes. Hablaríamos de ellos como gestos valientes, decisiones oportunas y reacciones maduras ante circunstancias difíciles. No nos atrevíamos a plantearnos la posibilidad de que se produjeran accidentes ni a imaginar que los planes pudieran salir mal. Los escenarios que hasta entonces se habían considerado

fantasías descabelladas acabaron adquiriendo rasgos de estricta necesidad. No podíamos contemplar el fracaso. El fracaso era la orilla desde la que habíamos partido: no podía ser el puerto al que llegásemos.

Sin embargo, lo único que recuerdo de esa época es el miedo, la confusión, la duda. Usábamos la palabra *libertad* para referirnos a un ideal que, por fin, se había materializado, igual que habíamos hecho en el pasado. Pero las cosas cambiaron tanto que más adelante nos sería difícil decir si ese «nosotros» seguía siendo el mismo. Durante medio siglo todos habíamos compartido la misma estructura de cooperación y opresión, desempeñando roles sociales que, a partir de determinado momento, habrían de ser todos diferentes, a pesar de que las mujeres y los hombres que habían desempeñado esos roles seguían siendo los mismos. Los parientes, los vecinos y los colegas habían luchado y se habían apoyado unos a otros, habían mantenido la sospecha mutua al tiempo que cultivaban lazos de confianza. Las mismas personas que se habían espiado entre sí también se habían proporcionado encubrimiento. Los guardias de las prisiones habían sido prisioneros; las víctimas habían sido victimarios.

Nunca sabré si la clase obrera que desfilaba el Primero de Mayo era la misma que se manifestó a principios de diciembre. Nunca sabré quién habría sido yo si me hubiese planteado otras preguntas, si mis preguntas hubiesen recibido una respuesta diferente o si no hubiesen recibido respuesta alguna.

Las cosas eran de una manera y después fueron de otra. Yo era una persona y después me convertí en otra.

Segunda parte

11. LOS CALCETINES GRISES

–¿A quién va a votar tu familia? –me preguntó Elona en el colegio pocos días antes de acabar el año, cuando se anunciaron las elecciones libres.

–Van a votar por la libertad –contesté–. Por la libertad y la democracia.

–Sí, mi padre también –dijo ella–. Dice que el Partido estaba equivocado.

–¿En qué?

–En todo. ¿Crees que el Partido estaba equivocado en lo referente a Dios?

Dudé. Sabía por qué le interesaba saberlo y no quería disgustarla. Pero al final no me atreví a mentirle. Tras un corto silencio, le dije que no creía que existiera Dios. Después me arrepentí.

–Bueno, no lo sé –me corregí–. Está claro que el Partido se equivocó en un montón de cosas. Por eso ahora tenemos un pluralismo. Quiere decir que tenemos muchos partidos y que hay elecciones libres donde la gente elige a qué partido votar. Eso me explicó mi padre.

–Probablemente por eso la profesora Nora decía que la religión dependía de la opinión de la gente –repuso Elona–. En eso el Partido no se equivocaba.

–No recuerdo que dijera eso. Solo recuerdo la parte en la que explicaba que la religión era el corazón de un mundo sin corazón. Volví a preguntarle a Nini sobre Dios, pero ella dice que no sabe nada de Dios, que ella solo cree en su conciencia. Que no sé lo que significa.

–Quizá significa que, cuando hay pluralismo, algunos partidos dicen que Dios existe y otros dicen que no, y el que gane las elecciones decide qué es lo correcto –reflexionó Elona.

–Bueno, eso no se puede estar cambiando así como así todo el tiempo. Si no, nada les impediría a los partidos intentar ganar las elecciones convenciendo a la gente de que Zeus o Atenea, o quien sea, son reales y de que debemos ofrecer sacrificios humanos a los dioses, como hacían los antiguos griegos.

–Es que nada se lo impide –dijo Elona–. Esa es la cuestión. Ahora somos libres. Todo el mundo puede decir lo que quiera.

Negué con la cabeza, incrédula, y repliqué:

–Entonces tendrían que cancelar y volver a organizar cosas como las fiestas de Navidad y Año Nuevo, dependiendo de quién gane las elecciones. Tendrán que atenerse a algunos hechos. En el socialismo

nos basábamos en la ciencia, no nos inventábamos las cosas. La ciencia es real porque se pueden hacer experimentos y demostrar teorías. No sé cómo se puede probar la existencia de Dios.

–Yo todavía creo un poquito en Dios –dijo Elona–. Quiero decir que, por supuesto, también creo en la ciencia, pero además creo en Dios. ¿Tú no? –me insistió.

–No lo sé –repetí–. No sé qué pensar. Antes creía en el socialismo y esperaba ansiosa la llegada del comunismo. Me parecía que teníamos razón al luchar contra la explotación y otorgar el poder a la clase obrera. Ahora mis padres dicen que mi familia estaba en el lado equivocado de la lucha de clases.

–Nadie cree ya en el socialismo. Ni siquiera las clases trabajadoras –dijo Elona.

–¿Tu padre cree en el socialismo? –le pregunté–. ¿De qué lado de la lucha de clases está tu familia?

–Mi padre... –Elona se quedó pensando un buen rato–. No creo. O sea, él es conductor de autobuses; pertenece a la clase obrera. Siempre desfiló con sus compañeros el Primero de Mayo. Pero ahora maldice frente al televisor cada vez que aparece un secretario de Estado. Está muy irritable últimamente. Bebe muchísimo más. Es difícil calmarlo. Mi hermana, Mimi, sigue en el orfanato. Mi padre había prometido que después de seis meses la iba a traer a casa, pero ahora dice que no podemos permitírnoslo. Antes era un borracho feliz, ahora está todo el tiempo enfadado. Me parece que nunca creyó en el socialismo.

–Mis padres también han cambiado. Antes nunca se enfadaban cuando había un corte de luz y ahora pierden los nervios por nada. Empiezan a gritar: «¡Cabrones, cabrones!». Pero si me retraso en llegar a casa del colegio, la única que se da cuenta es mi abuela. Al menos ella sigue siendo la misma, no ha cambiado nada.

–Mi abuelo dice que él siempre creyó en Dios un poquito –continuó Elona–. Celebraba la Navidad a escondidas, incluso después de que prohibieran la religión. Y fue partisano. Dice que el Partido hizo algunas cosas bien, que logró que todo el mundo aprendiera a leer y escribir, construyó hospitales, llevó la electricidad a todas las casas, ese tipo de cosas. Pero que también hizo cosas terribles, como destruir iglesias y matar gente. Dice que él es socialista y cristiano, y que si eres cristiano es muy fácil ser socialista. Todavía pertenece al Partido, no lo ha dejado.

–Mi abuelo también era socialista –dije–. Pasó quince años en la cárcel. Mis padres no tenían ninguna posibilidad de entrar en el Partido.

–Eso es muy raro –repuso Elona–. Mi abuelo dice que quizá ahora que tenemos un pluralismo político reconstruyan las iglesias. Dice que mamá está en el paraíso y reza por ella. Le pedí que me enseñara a

rezar también a mí.

–Nosotros somos musulmanes –le conté–. Vamos a la mezquita. Quiero decir, ahora no tenemos ninguna, así que no sé si iríamos en caso de que las reconstruyan. Mi mamá dice que las personas de su familia siempre creyeron en Dios.

–A mí no me importa la Navidad ni el Año Nuevo –dijo Elona–. Por mí que celebren lo que quieran. Lo que vote la gente. Las elecciones serán un domingo. Eso no lo han cambiado. ¿Sabías que los cristianos iban a la iglesia los domingos?

–Nosotros somos musulmanes –repetí al tiempo que me encogía de hombros–. No sé qué tenemos que hacer los domingos. Supongo que habrá que esperar a ver qué pasa.

Lo que pasó fue que cuando llegó el domingo no nos levantamos hasta tardísimo. Pasamos en cama toda la mañana de las primeras elecciones libres y limpias. De vez en cuando, mi padre se levantaba para oír las noticias en la cocina. «Queda tiempo», susurraba cuando volvía, como si temiese que el sonido de su voz pudiera potenciar la intensidad de la luz que se filtraba por las cortinas oscuras y malograse el intento que estábamos haciendo todos por permanecer en nuestro sitio. Hacía un alto en la puerta de nuestra habitación con el gesto serio que solía adoptar cuando se proponía trasmitir un mensaje importante. En aquel caso, el mensaje consistía en una sola palabra. Treinta.

Después volvía a su habitación. Una hora más tarde repetía la misma acción, oía las noticias en la cocina y se detenía en la puerta de nuestra habitación para informarnos de la cifra. Cuarenta, dijo. Más tarde: cincuenta. En todas las ocasiones estallaban murmullos debajo de las mantas, como de ovaciones que se intentaban reprimir.

–Está subiendo –susurró mi abuela tirando ligeramente del edredón de la cama que compartíamos, como si fuera medianoche.

–No creo que llegue a cien –le respondió mi padre.

En ese momento, la ovación aumentó de volumen y fue imposible de reprimir.

–Debemos volver a dormirnos –dijo mi abuela.

No fue un sueño profundo. Solo un ligero amodorramiento, del tipo que uno se impone, unas veces con la esperanza de retomar un sueño agradable, otras para no tener que enfrentarse a la realidad que le espera. En aquella ocasión, el sueño se mezclaba con las noticias. Era un sueño sobre el índice de participación electoral.

Nosotros queríamos que subiera. Pero tenía que subir despacio, no de golpe. Y lo más importante: tenía que detenerse un poco antes del noventa y nueve por ciento. Si al principio del día ya se informaba de que la participación era cercana al cien por cien, eso habría significado que las elecciones no eran libres ni limpias, que eran como siempre

habían sido. En el pasado, el día de las elecciones, toda mi familia se levantaba a las cinco de la mañana. A las seis ya estaban haciendo cola frente a su mesa electoral. A las siete ya habían votado. A las nueve se anunciaban los resultados. «Cada voto del pueblo es una bala contra nuestro enemigo» era el lema oficial. Mis padres pensaban que, cuanto más temprano se presentaran a votar, menos sospechas despertarían de ser reacios a disparar balas.

Normalmente éramos de los primeros en llegar. La cola para votar era parecida a la de la leche; empezaba a formarse en mitad de la noche, pero con la diferencia de que allí nadie dejaba bolsas, latas ni piedras la noche anterior en representación de los potenciales votantes. Todos estaban presentes en persona. No había gritos ni intentos de ver si encontrabas a algún conocido ni tenías la sensación de que en cualquier momento aquello podía volverse un caos absoluto. El orden y la tranquilidad que veías en aquella cola me llevaron a la conclusión de que votar era, de por sí, más gratificante que comprar leche. Sin duda, el ambiente era mucho más agradable. En el caso de mis padres, el entusiasmo era tan grande que lo único que se me ocurría hacer para estar a su altura a la hora de votar era pensar algo que solo yo pudiera hacer. En algunas ocasiones me plantaba delante de la mesa electoral y recitaba un poema dedicado al Partido; otras veces preparaba un ramo de flores y lo depositaba delante de la urna de votación, justo al lado de la foto del Tío Enver.

Las últimas elecciones que recuerdo bajo el socialismo fueron en 1987. Yo misma escribí el poema que iba a leer, porque pensé que, como era demasiado joven para votar, aquel poema podía ser considerado mi bala. Pero después comencé a dudar de que el tipo de misil que yo había ideado pudiese considerarse lo suficientemente potente como para destruir a nuestros enemigos. Mi abuela me tranquilizó en cuanto a la calidad del poema, pero mis padres intentaron apaciguar mis expectativas diciéndome que no sabían si habría tiempo para recitarlo. Que dependía de la cola.

Todavía era de noche cuando salimos de casa. Yo estaba nerviosa y apretaba con fuerza la mano derecha de mi padre, que estaba húmeda de sudor, igual que la mía. Hicimos cola delante del colegio electoral y, cuando se abrieron las puertas y llegó nuestro turno, recibimos una hoja blanca con una lista de nombres mecanografiados del Frente Democrático, la única organización que podía presentar candidatos. Mi padre marcó la hoja sin siquiera mirarla, la dobló dos veces y la introdujo en la urna roja. Tenía la vista clavada en el miembro de la mesa que en aquel momento ya estaba preparando otra hoja para entregarle a mi madre, que era la siguiente en la cola. Mi padre lo saludó con una inclinación de cabeza y el hombre de la mesa le respondió alzando el puño. Yo también levanté el puño, como hacía

siempre que veía cualquier puño en alto.

No recuerdo haber leído mi poema. Puede que cambiase de idea respecto a su calidad en el último minuto o que mis padres actuaran con astucia para sacarme de allí sin tener que humillarse aún más.

Pero cuando llegó el día de las elecciones libres y limpias fue todo diferente. No tuvimos que levantarnos temprano. No había colas. A nadie le importaba si votábamos o no. Teníamos el día entero para votar y, si no nos apetecía, podíamos optar por no hacerlo. Todo el mundo remoloneó en la cama, como si todavía estuvieran decidiendo si merecía la pena interrumpir el sueño para acudir a las urnas y, en tal caso, a quién votar.

El día anterior todos habían preparado la ropa que se iban a poner. Mi abuela, a la que solo había visto vestir de negro porque estaba de luto por la muerte de mi abuelo, sacó del baúl de madera una blusa de lunares blancos. Las últimas elecciones para las que se había vestido de punta en blanco fueron las de 1946. Me dijo que en aquella ocasión incluso se había puesto sombrero y un collar de perlas. Bromeó diciendo que probablemente el sombrero seguiría guardado en un armario del Estudio Nacional de Cine, donde había ido a parar la mayor parte de la ropa confiscada a las familias burguesas.

Mis padres dudaron si ir a votar temprano o esperar. Nadie podía predecir cómo acabarían aquellas elecciones. Todo el tiempo salían a relucir las de 1946, unas elecciones que no habían terminado bien. Poco después, mis dos abuelos fueron detenidos y el resto de la familia, deportada. ¿Se repetiría la historia?

–Entonces el mundo era diferente –señaló mi padre–. En 1946 los soviéticos habían ganado la guerra. Ahora la han perdido.

–Los soviéticos, sí –le contestó mi madre visiblemente irritada–. El año pasado por estas fechas los soviéticos estaban acabados. ¿Y dónde estabais vosotros? –preguntó. La pregunta era retórica, porque a continuación cambió el tono de voz para asestar el golpe final–: Preparando el desfile del Primero de Mayo.

Mi padre negó con la cabeza con una convicción inesperada.

–Enver está acabado. El Partido está acabado –insistió–. No hay vuelta atrás.

Unas semanas antes habían derribado la estatua de Enver Hoxha que estaba en la plaza principal de la capital. Los estudiantes habían hecho una huelga de hambre para exigir que se cambiase el nombre de la universidad, que todavía se llamaba Enver Hoxha. Mientras los funcionarios del Partido dudaban sobre la mejor manera de actuar ante aquella exigencia y planteaban un referéndum entre todos los estudiantes, los conflictos siguieron aumentando.

Pero el Partido no estaba acabado. El Partido pronto se convertiría en un partido. Uno de muchos. Se llamaría el Partido Socialista de

Albania y disputaría los escaños en el parlamento con otros grupos, cada uno de ellos tendría sus propios candidatos, periódicos, programas y su propia lista de nombres. Algunos de esos nombres eran de gente que había sido miembro del Partido, pero que había cambiado de bando. Otros se mantuvieron leales. El hecho de que el Partido pudiera romperse y multiplicarse de ese modo, que pudiera considerarse al mismo tiempo el remedio y la enfermedad, la raíz de todos los males y la fuente de toda esperanza, le dio una cualidad mítica que durante los años siguientes sería considerada la causa de todas las desgracias, un oscuro maleficio destinado a hacer que la libertad pareciera una tiranía y que lo necesario se viera como una opción. Liberarse de esa omnipresencia fue como descubrir de repente que habías estado llevando una mordaza de la que no eras consciente. El Partido se había ido, pero todavía seguía allí. El Partido estaba por encima de nosotros, pero también lo llevábamos muy dentro. Cada persona y cada cosa provenían de él. Su voz había cambiado, había adquirido un tono diferente y hablaba otro idioma. Pero ¿cuál era el color de su alma? ¿Se había convertido en lo que siempre debió ser? Solo la historia lo diría, pero en aquel momento la historia estaba por escribirse. Lo único que teníamos eran unas nuevas elecciones.

–Votar es un deber –dijo Nini la noche anterior a que se abrieran los colegios electorales–. Si no votamos, dejamos que otra gente decida por nosotros. Acaba siendo lo mismo que antes, lo mismo que meter en la urna una lista única de candidatos sin ni siquiera leerla.

Más adelante, la mañana de las elecciones, pensé en sus palabras. ¿Por qué mis padres dudaban en votar? ¿Por qué no salían a la calle a disfrutar de la libertad que tanto habían deseado? Los bostezos fingidos, aquella escenificación de quedarse en la cama y la simulada indecisión te hacían pensar que lo que habían querido todos esos años no era que sucedieran cosas concretas, sino que siguieran existiendo posibilidades abstractas. Llegado el momento en que había algo específico al alcance de la mano, mi familia tenía miedo de perder el control de la situación. En lugar de ejercer la libertad de elección que supuestamente les brindaba aquel sufragio intentaban mantener una alternativa a salvo de toda contaminación. Quizá querían evitar comprometerse con una política o con un individuo en concreto que pudiera acabar decepcionándolos. O quizá les preocupaba que se obtuvieran los mismos resultados gracias a la colaboración de millones de votantes que tenían motivos y principios distintos, y sus esperanzas se vieran convertidas en una mera ilusión.

Mi hermano y yo esperamos un poquito más y nos abalanzamos a la habitación de mis padres. Los encontramos atrincherados en su empeño de no levantarse de la cama, anquilosados allí dentro, envueltos en su negativa a afrontar la realidad. Cubiertos por sábanas

blancas de la cabeza a los pies, parecían unos pacientes de hospital a los que acabaran de anestesiar, listos para entrar en quirófano. Mi hermano y yo nos acercamos perplejos, sin dejar de mirarlos. Cuando se dieron cuenta de que estábamos allí, se giraron hacia el otro lado, nos dieron la espalda y se oyó una voz que salía de debajo de las sábanas: «Marchaos. No es la hora».

Volvimos a nuestra habitación y yo me puse a escuchar la radio. Las noticias informaban de que en los pueblos del sur del país varios grupos de personas habían salido a la calle portando fotos de Enver Hoxha, gritando consignas procomunistas y advirtiendo a los votantes de que el país pronto se arrepentiría de ese día. Los periodistas llamaban a esas manifestaciones nostálgicas «contramanifestaciones», para diferenciarlas de las otras que habían tenido lugar contra el gobierno unas semanas antes.

–Campesinos. ¿Qué sabrán ellos? –comentó mi abuela.

De hecho, esos grupos de campesinos, obreros y miembros militantes de las juventudes comunistas se llamaban oficialmente Voluntarios para la Defensa de la Memoria de Enver Hoxha. Comenzaron a reunirse unas semanas antes de las elecciones, cuando se destruyó la estatua de Hoxha. «Pueden retirarse otros bustos, pero no puede derribarse la figura de Enver Hoxha», dijeron desde la sede del Partido. Pero los contramanifestantes no lograron frenar el curso de los acontecimientos. Como escaladores suspendidos de un acantilado, se aferraban a los pocos símbolos del legado comunista que quedaban en el país. En parte, también ellos tenían miedo. Pero, a diferencia de mi familia, muchos todavía se identificaban con el pasado. El Partido siempre había hablado por ellos y había actuado en su nombre. Mientras mi familia había sido víctima de la violencia del Estado, ellos habían ayudado a llevarla a cabo.

Las contramanifestaciones solo duraron unos pocos meses más. Lo que empezó como una serie de reformas acabó siendo etiquetado como una revolución. En cualquier otra revolución habría habido oprimidos y opresores, vencedores y vencidos, víctimas y victimarios. Aquí, la escala jerárquica era tan intrincada que solo podía haber un bando. Ejecutar a los dirigentes, encarcelar a los espías y sancionar a antiguos miembros del Partido habría exacerbado aún más los conflictos, y habría avivado el deseo de venganza y el derramamiento de sangre. Parecía más sensato borrar por completo toda responsabilidad y fingir que todos habían sido inocentes. Los únicos culpables a quienes era legítimo señalar eran los que estaban muertos, los que no podían defenderse. Todos los demás se convirtieron en víctimas. Todos los supervivientes eran vencedores. Al no haber responsables solo podía culparse a las ideas. El comunismo pasó a ser una perspectiva tan inútil para unos y tan criminal para otros que la sola mención del

término era recibida con desdén y odio. Aquella revolución, la de terciopelo, era una revolución de personas contra conceptos.

Cuando mi familia decidió que había llegado el momento de votar, los colegios electorales estaban a punto de cerrar. Salimos a la calle a toda prisa y vimos que mucha gente se saludaba levantando la mano y formando una V con dos dedos. Mi hermano y yo cambiamos con sorprendente facilidad el saludo con el puño apretado por aquel nuevo con los dos dedos. Era obvio que mi madre ya lo había practicado con anterioridad. Mi padre pareció dudar al principio. Mi abuela, que en realidad nunca había perdido sus aires de clase alta, debió de pensar que ella estaba por encima de todo aquello. O quizá, como sucedió con las fuerzas aliadas que lo inventaron, el símbolo de la V no llegó a Albania en 1946.

Cuando íbamos por la calle, unos militantes nos entregaron pegatinas con el logotipo del partido de la oposición: una P, de partido, de color azul, insertada dentro de una D, de democrático, como protegida allí dentro. Yo nunca había visto una pegatina. Me puse varias en el pecho y otras las pegué en los cristales de los escaparates, creando la agradable ilusión óptica de que las tiendas tenían algo que vender. También pegué una o dos en las puertas de los pocos coches aparcados en la calle. Cuando entramos en el colegio electoral, mi hermano intentó colocar una pegatina cerca de la urna. Eso despertó un rechazo inmediato por parte de la mesa electoral, así que tuvo que contentarse con pegarla a hurtadillas debajo de la mesa.

Los resultados se dieron a conocer a la mañana siguiente. La oposición sufrió una derrota aplastante. Los socialistas ganaron las elecciones con más del sesenta por ciento de los votos. Mi madre declaró que aquellas no habían sido unas elecciones libres ni limpias. Dijo que toda la campaña había sido orquestada por el Partido. Era absurdo que regulara una competición entre él y otros partidos y, al mismo tiempo, intentara ganar las elecciones. Todo había sido un fraude.

Aquello resultó ser un duro golpe o, al menos, un duro golpe según el criterio de los turistas que habían acudido a nuestro país, armados de libretas y cámaras de televisión, a los que pasó a llamárseles «la comunidad internacional». La explicación oficial que esta dio, y que habría de sentar un precedente para las explicaciones oficiales que solo se considerarían autorizadas si procedían de la comunidad internacional, fue muy diferente. Adujeron que los partidos de la oposición habían tenido poco tiempo para organizarse, que les había costado mucho conseguir candidatos en las zonas rurales y que, como los antiguos disidentes que estaban en la cárcel habían sido liberados poco antes de la fecha de las elecciones, no habían tenido tiempo de presentarse a los comicios.

En los meses siguientes aumentaron las protestas y los disturbios por todas partes. Durante una de las muchas manifestaciones en el norte del país murieron cuatro militantes de la oposición por causa de unos disparos de procedencia desconocida. La transición hacia el liberalismo había quedado sellada con sangre. La democracia ya tenía sus mártires. A las pocas semanas, los mineros, organizados en nuevos sindicatos independientes, convocaron una huelga de hambre. Sus demandas eran más de carácter económico que político. En ese punto, tanto el Partido como la oposición coincidieron en la necesidad de una reforma, solo que difirieron en el modo de aplicarla. En lugar de las viejas consignas socialistas surgió una fórmula nueva para explicar y tranquilizar, para advertir y prescribir, para levantar los ánimos y curar las heridas. Esa fórmula lo abarcaba todo, desde la trágica realidad de la escasez de alimentos y el cierre de fábricas hasta la evidente necesidad de reformas políticas y de liberalización del mercado. La fórmula se componía de tres palabras: *terapia de choque*.

Procedía de la psiquiatría: la terapia de choque consiste en aplicar unas descargas de corriente eléctrica en el cerebro del paciente para aliviar los síntomas de una enfermedad mental grave. En aquel caso se consideró que nuestra economía planificada era equivalente a la locura. La cura consistía en una política monetaria transformadora: ajustar los presupuestos, liberalizar los precios, eliminar las subvenciones públicas, privatizar el sector estatal y abrir la economía al comercio exterior y a la inversión directa. El comportamiento del mercado acabaría adaptándose por sí solo y las entidades capitalistas emergentes se volverían eficientes sin gran necesidad de una coordinación central. Era previsible una crisis, pero la gente llevaba sacrificándose toda la vida para que llegaran días mejores. Aquel sería un último esfuerzo. Con medidas drásticas y buena voluntad, el paciente se recobraría pronto del shock y disfrutaría de los beneficios de la terapia. La rapidez era esencial. Milton Friedman y Friedrich von Hayek sustituyeron a Karl Marx y a Friedrich Engels de la noche a la mañana.

«La libertad funciona», anunció el secretario de Estado norteamericano James Baker a una multitud de más de trescientas mil personas, reunida espontáneamente en la capital para recibir la primera visita oficial de un funcionario de los Estados Unidos. Al anunciar el apoyo de su país a la transición hacia la libertad, Baker subrayó que el espíritu de las nuevas leyes importaba tanto como la letra. Que su gobierno y las organizaciones privadas estadounidenses participarían para contribuir a que todo saliera bien. Nos ayudarían a construir «una democracia, unos mercados y un orden constitucional».

El nuevo gobierno no duró mucho. Las presiones de la comunidad internacional, el aumento de los disturbios y de la violencia en las

calles, así como el deterioro de las condiciones económicas obligaron al Partido a convocar nuevas elecciones. En un año, el país estaba otra vez inmerso en una campaña electoral. Pero, en esta ocasión, las fuerzas que abogaban por un cambio urgente tuvieron más tiempo para prepararse.

Una tarde, Bashkim Spahia, un médico local y exmiembro del Partido reconvertido en candidato de la oposición, llamó a nuestra puerta visiblemente alterado. Llevaba una chaqueta gris marengo con un corte estilo Leonid Brézhnev y debajo una camiseta morada con letras de color rosa en el centro. El pantalón también era de color morado. La camiseta decía en inglés: SWEET DREAMS, MY LOVELY FRIENDS.

Bashkim preguntó si mi padre no tendría un par de calcetines grises para prestarle durante unos meses. Dijo que había llamado a todas las puertas. Nos explicó que el Departamento de Estado de Estados Unidos había distribuido unos folletos con importantes consejos sobre cómo debían vestir durante la campaña electoral aquellos que aspirasen a ser miembros del parlamento.

–Por lo visto, solo son aceptables los calcetines oscuros, grises o negros, pero mejor grises –añadió con tono contrariado–. Yo solo tengo calcetines blancos. También dicen que necesito un *sponsour*[10] para mi campaña. ¿Qué es ese *sponsour* que piden? ¡Si yo ni siquiera tengo calcetines! –exclamó desesperado.

Mis padres lo invitaron a un café. Intentaron explicarle que aquel consejo no podía provenir del Departamento de Estado, que quizá viniera de la embajada estadounidense. Aun así, la embajada podría ser flexible. Bashkim negaba con la cabeza. Estaba desconsolado. Insistía en que su hijo le había traducido los folletos y le había asegurado que estaban publicados por el Departamento de Estado. Nunca conseguiría recuperar su escaño de manos de esos sucios cabrones comunistas sin unos calcetines del color adecuado.

La noche en que se anunció su victoria lo vimos en un debate por televisión llevando los gruesos calcetines de lana gris que mi abuela le había tejido a mi padre. Mi familia estaba particularmente orgullosa de haber contribuido a la victoria de Bashkim. No le guardaban ningún rencor; no tuvieron inconveniente en pasar por alto que su mujer, Vera, se hubiera quejado una vez ante el Consejo del Partido de que mis padres se mostraban poco dispuestos a limpiar la calle los domingos. Tampoco le reprocharon a Bashkim que nunca le devolviera los calcetines a mi padre. Tras un corto período de tiempo, nuestro médico local no solo se convirtió en un político carismático, sino también en un empresario muy prestigioso. Cambió la camiseta de SWEET DREAMS por un reloj Rolex y la chaqueta tipo Brézhnev por una de Hugo Boss. Apuesto a que también empezó a usar calcetines de seda. Casi nunca lo volvimos a ver y las pocas veces que lo atisbamos

fue desde lejos, mientras cerraba de un golpe la puerta de su oscuro y reluciente Mercedes Benz, rodeado de imponentes guardaespaldas. Habría sido imprudente, además de inverosímil, acercarnos a él y acusarle de haberse apropiado indebidamente de los calcetines de mi padre.

12. UNA CARTA DE ATENAS

En enero de 1991, antes de las primeras elecciones libres y limpias, mi abuela recibió una carta de Atenas de un remitente del que nunca había oído hablar, una mujer llamada Katerina Stamatis. Antes de abrirla fuimos a mostrarles la carta a nuestros vecinos. Se reunió una pequeña multitud en casa de los Papas. Le dimos la carta a Donika, pues había trabajado en el correo toda su vida. Permaneció un momento de pie en medio de su salón, rodeada de rostros llenos de curiosidad que miraban fijamente el sobre delgado de color crema, donde se alineaban los caracteres griegos escritos en tinta como si fuesen jeroglíficos del futuro.

Yo tenía claro que Donika no sabía griego. Unas pocas semanas antes, ella le había pedido a mi abuela que le tradujera la lista de ingredientes enumerados en la parte posterior de una botella que contenía un líquido amarillo. Se la había regalado un primo que acababa de llegar de Atenas. Donika se había lavado el pelo con aquello que creyó que era un champú de limón extranjero, pero después sintió un escozor raro y empezó a picarle toda la cabeza. La traducción de mi abuela reveló que la causa de aquel picor era una sustancia exótica y desconocida hasta entonces, llamada «detergente para lavavajillas».

Donika estudió el sobre en silencio durante varios minutos, inspeccionando el frente y el reverso. La solemnidad de su postura generó un silencio expectante en la sala. Solo se oía el chisporroteo de la madera ardiendo en la estufa. Se llevó el sobre a la nariz y lo olió en varios lugares respirando profundamente cada vez que lo hacía. Negó con la cabeza y después chasqueó la lengua en señal de desaprobación. A continuación introdujo el dedo índice en el interior de la solapa del sobre mientras sostenía la parte exterior bajo el pulgar. Arrastró ambos dedos por el borde del sobre con un movimiento lento y desganado, y tal gesto de concentración en el rostro que parecía que deslizar el dedo le causase un dolor que se veía obligada a reprimir. Concluida la inspección, levantó la mirada con una expresión de desánimo que, nada más empezar a hablar, fue convirtiéndose en enfado.

–Este sobre ha sido abierto –anunció mirando hacia la puerta–. Lo han abierto.

El silencio de la habitación se transformó en un murmullo colectivo.

–Cabrones –exclamó por fin mi madre.

–Y no lo han abierto solo una vez, sino varias –explicó Donika.

–Claro, es obvio –replicó su marido, Mihal–. En el correo no han contratado a gente nueva. Siguen haciendo lo mismo de siempre.

Algunos vecinos asintieron con la cabeza. Otros no estuvieron de acuerdo.

–Deberían darles instrucciones a los funcionarios de correos para que dejen de abrir las cartas –contestó Donika.

–La privacidad es muy importante –dijo mi madre–. Nunca hemos tenido ninguna clase de privacidad.

Luego sugirió que todo seguiría igual a menos que se privatizara correos. Solo la privatización garantizaría un respeto por la privacidad.

Todo el mundo estuvo de acuerdo en que la privacidad era importante.

–No solo es importante, es nuestro derecho. Es un derecho –explicó Donika con la sabiduría y la autoridad adquiridas durante sus muchos años abriendo sobres.

A continuación pidieron a mi abuela que leyera la carta en voz alta y que la tradujera palabra a palabra. La remitente, Katerina Stamatis, decía ser hija de Nikos, un socio de mi bisabuelo. En la carta explicaba que Nikos estuvo junto a mi bisabuelo en Tesalónica cuando murió, a mediados de la década de 1950. La mujer preguntaba si mi abuela estaría interesada en emprender acciones legales para reclamar las propiedades y las tierras que habían pertenecido a su familia en Grecia y le ofrecía ayuda para llevar a cabo los trámites. Mi abuela dijo que el apellido le sonaba conocido. Que no era una estafa.

La última vez que Nini vio a su padre fue el día de su boda, en Tirana, en junio de 1941. Después de la guerra, «las carreteras estaban cerradas», como decía ella, y, aunque recordaba haber recibido un telegrama en que le comunicaban la muerte de su padre en Atenas, no le concedieron un pasaporte para asistir al funeral ni tampoco le informaron sobre las circunstancias del fallecimiento. Recordaba cómo se había enterado de su muerte, hacía casi cuarenta años, mientras trabajaba en el campo durante el día y daba clases de francés por las noches al hijo de un funcionario prominente del Partido. El día que recibió la noticia de la muerte de su padre estaban repasando los posesivos y cuando le pidió a su alumno que diera un ejemplo usando *tus*, el niño dijo: «Tus ojos están rojos». Con los años, aquel niño se convertiría también en un funcionario prominente del Partido: el mismísimo camarada Mehmet que estaba en el panel que me examinó y me concedió el permiso para empezar el colegio antes de tiempo.

En la carta, Katerina describía de un modo muy emotivo la lealtad de su padre, Nikos, para con mi bisabuelo. Contaba que ella misma le había prometido a Nikos en su lecho de muerte que se pondría en contacto con mi abuela si alguna vez cambiaba la situación en Albania. Con un tono ya menos emotivo, afirmaba que aquello sería

muy lucrativo para ambas familias. Ella se ofrecía a alojar a mi abuela en Atenas, a acompañarla en la búsqueda de los archivos pertinentes y a ayudarla a contactar con los abogados que pudieran encargarse de investigar el asunto.

Mi abuela reaccionó ante aquella noticia como si hubiese estado ensayando el papel toda su vida, consciente de que no era más que eso: un papel que en algún momento le iban a pedir que representase. Lo que le preocupaba era otro tipo de consideraciones financieras. Mis padres habían contraído muchas deudas después de que el Partido les concediera el permiso para construir una casa propia en la calle donde crecí. Le debían dinero a todo el mundo: a mi tío, a los compañeros de trabajo de mi madre y a algunos parientes lejanos que vivían en distintos pueblos. Aquel día, Nini y mis padres se sentaron con otros vecinos a sopesar la posibilidad de que mi abuela pudiese obtener un visado y a hacer varios cálculos: cuánto dinero debía aún mi familia, cuánto les quedaba a mis padres a final de mes, a cuánto ascendía la pensión de mi abuela y si podía permitirse hacer el viaje a Grecia. Proporcionaron la información más detallada posible y pronto quedó claro que nuestros ahorros apenas llegaban para cubrir los gastos de un día en Atenas, por no hablar de las tasas del visado ni del coste de una estancia de dos semanas en el extranjero.

En el pasado, mi abuela me había mostrado un documento de cuando nuestro país todavía era un reino, en el que aparecía una foto suya en blanco y negro grapada en una cartulina y debajo una breve información sobre su aspecto, altura, color de ojos, fecha y lugar de nacimiento, así como marcas de nacimiento. El pasaporte lo guardaba en el mismo cajón que la postal de la torre Eiffel y la carta que mi abuelo le escribió a Enver Hoxha tras salir de prisión. En la fotografía, mi abuela tenía una expresión seria que hubiera podido considerarse pomposa en caso de haber aparentado más de diecisiete años. Llevaba el pelo extremadamente corto, como si quisiera dar la impresión de que no seguía ningún estilo. Tenía los labios apretados en un deliberado intento de suprimir una sonrisa. Toda su actitud denotaba el esfuerzo de convencer al observador de que la palabra *femenino* escrita en el apartado relativo al sexo era puramente casual, si no algún tipo de error administrativo.

«Esto es lo que necesitamos», solía decir mi abuela. «Se llama pasaporte.» Me había explicado que los pasaportes establecían qué fronteras teníamos abiertas y cuáles no. Si tenías un pasaporte, podías viajar. Si no, estabas atrapado. Solo unas pocas personas podían solicitarlo, por lo general por razones laborales. Y puesto que era el Partido el que decidía lo que se consideraba un viaje de trabajo, no nos quedaba otra que esperar. «Se puede añadir la fotografía de un niño», me había dicho mi abuela. «Si alguna vez me dan uno para

viajar, te llevaré conmigo.»

En diciembre de 1990 quedó claro que lo que había estado esperando mi familia no era que el Partido autorizase nuestros pasaportes, sino que estos sobrevivieran a la caída del Partido igual que habían sobrevivido al exilio del rey. Pero cuando llegó la carta de Atenas y oí que los adultos reunidos en el salón de Donika hacían cálculos para ver si mi abuela y yo podíamos permitirnos el viaje se apoderó de mí un nuevo motivo de desasosiego. Descubrí que tener un pasaporte no bastaba; que el pasaporte no era más que el primero de una larga serie de obstáculos cada vez más abstractos e inalcanzables para nosotros. Para poder salir del país necesitábamos un visado, pero resultó que el antiguo Partido, que se hallaba en las últimas, ya no podía avalar su expedición ni tampoco podían hacerlo los partidos de muy reciente formación. Pero lo más preocupante era que, aunque lográsemos obtener un pasaporte y un visado, todavía quedaba por solucionar la financiación del viaje. ¿Cómo se suponía que íbamos a viajar al extranjero? Aunque parezca increíble, nos llevó un tiempo larguísimo llegar a la conclusión lógica. No podíamos viajar.

Pasaron varios días y la carta de Atenas, cuidadosamente doblada y guardada en su sobre, descansaba en la mesita baja de nuestro salón, junto a un florero y a un paquete de cigarrillos que siempre teníamos allí para ofrecerles a las visitas. Nadie se había animado a meterla en el cajón, pues allí solo se guardaba nuestro pasado y nosotros no queríamos pensar que la carta de Atenas pertenecía al pasado, sino al presente, incluso al futuro aunque fuese lejano. Mi madre la cuidaba como a un animal recién domesticado que todavía podía morder. Limpiaba el polvo de la mesa con cuidado y se aseguraba de que no cayera ni una gota de agua del florero sobre la carta, a la que habíamos bautizado con el nombre de Keti, como su remitente. Los demás no nos atrevíamos ni a acercarnos. Pasábamos de puntillas junto a ella y de vez en cuando le dirigíamos una mirada furtiva, pero por lo general hacíamos como que no estaba ahí. En una o dos ocasiones fue motivo de discusiones familiares, porque no se ponían de acuerdo sobre cómo responder a la carta sin excluir la posibilidad de realizar el viaje más adelante; fue la desencadenante de reproches relacionados con la mala gestión de nuestras finanzas en el pasado, y también fue la fuente de especulaciones sobre quiénes eran las personas con las que no estábamos endeudados y que podían prestarnos dinero.

Justo cuando ya habíamos abandonado toda esperanza, mi otra abuela, Nona Fozi, nos dio la solución. Había venido a visitarnos por el cumpleaños de mi hermano y, cuando vio a Keti sobre la mesita baja del salón, preguntó cómo iban nuestros preparativos para el viaje a Atenas.

Nini suspiró.

–Para nosotros es más difícil ir a Atenas que lo que le costó a Gagarin entrar en órbita –bromeó mi padre.

–La camarada Stamatis ha prometido pagarnos el pasaje –lo interrumpí ansiosa por explicar la situación–. Logramos el dinero para el visado. Pero no podemos viajar a Grecia sin nada en el bolsillo, por si algo sale mal.

–La señora Stamatis –me corrigió mi madre–. Nada de «camarada». No es tu camarada. Todo lo demás es cierto –dijo volviéndose hacia su madre.

Nona Fozi se marchó de casa a toda prisa, sin acabar el café ni comer su trozo de tarta de cumpleaños. Media hora después estaba de vuelta. Agarraba con fuerza algo en el puño derecho, que agitaba desde lejos como si fuese el saludo comunista. Cuando llegó a la mesa donde descansaba Keti, abrió la mano y, con una precisión inmaculada y una mirada de orgullo, dejó caer encima del sobre cinco monedas napoleónicas de oro. Cayeron sobre la mesa con un tintineo. Era un sonido muy diferente al que hacían nuestros leks cuando caían al suelo, tan extraño y alejado de nosotros como el origen mismo de esas monedas. Nadie sabía que Nona Fozi tuviera todavía oro en su poder. A veces mi madre se había preguntado si sus padres no habrían escondido un poco de oro antes de que les confiscaran todas las pertenencias. Pero dudaba que lo hubieran hecho, porque incluso cuando estaban desesperados de hambre solo hablaban de las reservas de oro como algo imaginario, como una fantasía que los ayudaba a distraer el estómago. Nona Fozi nos contó que había logrado evitar que le confiscaran aquel oro y que lo había escondido para el día en que abrieran las fronteras.

–Ahí tienes –le dijo a Nini con la evidente satisfacción de alguien que acaba de demostrar las ventajas de ser previsora–. Ahora ya puedes viajar. Y ojalá que tu oro se multiplique.

Mi padre llevó las monedas al banco para convertirlas en papel moneda. Poco después volvió con un billete de cien dólares que le habían dado por ellas. A esto le siguieron unas discusiones acaloradas sobre dónde esconder el billete para no gastarlo ni perderlo. Llegó un punto en el que había quince vecinos apiñados en nuestro salón, ofreciéndose a prestarnos carteras de diferentes tamaños y épocas, que fueron inspeccionadas cuidadosamente una a una y declaradas poco seguras, porque «todo el mundo sabe que Occidente está lleno de carteristas». Tras descartar varias opciones –el fondo de la maleta, las páginas de un libro, el interior de un amuleto– se decidió por unanimidad coser el billete en el dobladillo de la falda de mi abuela, recomendándole que solo se quitase la falda para dormir y que nunca la lavara.

El día que partimos vino toda la calle a despedirnos y cada familia contribuyó con algo que pensaron que podíamos necesitar durante el viaje: un trozo de *byrek* envuelto en papel de periódico, cabezas de ajo para la buena suerte, el nombre (pero no la dirección) de parientes a los que hacía tiempo habían perdido el rastro, para que los buscásemos en caso de que la familia Stamatis no se presentara a recogernos. Una vez en el coche, mi abuela no dejaba de acomodarse la falda para comprobar que el billete de cien dólares seguía allí. Lo hacía adoptando una expresión de dignidad y una media sonrisa que querían decir: «Soy plenamente consciente de que una dama no entra en un aeropuerto jugueteando con su falda». En determinado momento, nuestro mayor temor pareció hacerse realidad en la zona de salidas. «No noto el billete», dijo Nini con voz de pánico. Fuimos corriendo a los lavabos y, como ella no podía agacharse para mirar por el minúsculo agujerito que había en el bajo, tuve que tirarme al suelo para comprobar si el billete seguía allí. Y allí estaba, aunque un poco arrugado, como si quisiera demostrar su frustración por haber tenido que abandonar la tienda *valuta* con el único fin de acabar dentro de la falda de mi abuela.

La sala de embarque del aeropuerto estaba prácticamente vacía. No había más que unos pocos extranjeros esperando la salida de sus vuelos y comprando alguna cosa en la tiendecita situada en la entrada, que era parecida a la tienda *valuta*, pero con la diferencia de que en la del aeropuerto podías coger tú misma los objetos expuestos en los estantes. Mi abuela comentó que la dependienta sonreía como una espía.

–¿Cómo sonríen los espías? –le pregunté.

–Así –contestó haciendo una mueca con la boca sin enseñar los dientes.

–Parece una sonrisa normal –dije.

–Exactamente –contestó mi abuela–. De eso se trata.

Aquí y allá había policías uniformados de azul. Uno de los agentes observó el timbre adherido a nuestro pasaporte, que yo ya había aprendido que era nuestro visado, y después lo selló. Otros esperaron a que abriéramos nuestra maleta y la registraron.

–¡Cabrones! –susurré acordándome de la reacción de mi madre cuando se enteró de que en correos habían abierto la carta de Atenas. Nini me miró perpleja–. A nadie le importa la privacidad en este país, ¿verdad? –dije una vez acabado el control de equipajes–. Supongo que no han contratado a gente nueva para trabajar en el aeropuerto.

En el avión vi una bolsa de plástico de colores por primera vez en mi vida. Me la dio la azafata después de preguntarnos si era la primera vez que volábamos y me recomendó que la usara si tenía ganas de vomitar. Pasé el resto del viaje preguntándome si iba a vomitar o no y

al final me quedé un poco preocupada de no haberlo hecho. Nos sirvieron un almuerzo en cajitas de plástico, pero nosotras teníamos los *byreks* que nos habían regalado los vecinos. Guardamos las cajitas con el almuerzo por si teníamos hambre más tarde, pero también porque nunca habíamos visto unos platos y unos cubiertos de plástico como aquellos y queríamos llevárnoslos a casa para usarlos en ocasiones especiales.

–Son muy bonitos –comentó mi abuela–. No los hacían así antes de la guerra. No recuerdo haber visto este material.

Cuando llegamos a Atenas, mi abuela me animó a que empezara a escribir un diario. Decidí hacer una lista de todas las cosas nuevas que veía por primera vez y las fui registrando meticulosamente: la primera vez que sentí el aire acondicionado en la palma de las manos; la primera vez que comí plátanos; la primera vez que vi semáforos; la primera vez que me puse unos vaqueros; la primera vez que no tuve que hacer cola para entrar en una tienda; la primera vez que pasé un control de fronteras; la primera vez que vi una cola formada por coches en lugar de por seres humanos; la primera vez que me senté en un retrete en lugar de ponerme en cuclillas; la primera vez que vi que la gente iba detrás de un perro sujeto a una correa en lugar de ver perros callejeros yendo detrás de la gente; la primera vez que tuve entre las manos un chicle de verdad en lugar de solo el envoltorio; la primera vez que vi edificios con diferentes tiendas y escaparates repletos de juguetes; la primera vez que vi cruces sobre las tumbas; la primera vez que contemplé paredes cubiertas de anuncios en lugar de proclamas antiimperialistas; la primera vez que admiré la Acrópolis, aunque solo desde fuera porque no teníamos dinero para pagar la entrada. Y también describí en detalle mi primer encuentro con niños turistas siendo yo también una niña turista, cuando me enteré, sorprendida, de que no sabían quiénes eran Atenea ni Ulises, y se rieron de mí porque yo no conocía a un ratón que, al parecer, era muy famoso, llamado Mickey.

Nuestros anfitriones, Katerina y su marido, vivían en un piso situado en la azotea de un edificio en Ekali, un barrio residencial acomodado en el norte de Atenas, con grandes casas separadas del mundo exterior por vallas, a través de las cuales veías unos amplios jardines con piscinas y el césped perfectamente cortado. Los Stamati no tenían piscina, pero tenían algo aún más excéntrico: cinco neveras de diferentes tamaños, repartidas en varias habitaciones, y ninguna de ellas era de la marca yugoslava Obodin. Dos de las cinco neveras solo contenían bebidas y una, únicamente refrescos, incluyendo Coca-Colas, que no solo había en las latas que yo conocía, sino también en botellas de plástico. Adquirí el hábito de despertarme en mitad de la noche y abrir la nevera para beber una Coca-Cola, en parte porque el sabor era

adictivo, pero sobre todo porque no lograba aclararme si la de la lata sabía exactamente igual que la de la botella y, en tal caso, por qué las vendían en diferentes envases. Nuestros anfitriones nos habían insistido en que nos sirviéramos toda la comida y bebida que quisiéramos, pero mi abuela me había prohibido hacerlo categóricamente y me había ordenado que no pidiera ningún capricho. Me pellizcaba el muslo por debajo de la mesa si notaba que yo estaba a punto de pedir otro plátano o un refresco y, en caso de encontrarme fuera de su alcance, murmuraba algo entre dientes en albanés, apretándolos en una sonrisa fingida para que los demás no supieran de qué me estaba hablando. Como una espía, pensaba yo. En cuanto a ella, apenas comía. Esto hacía que el marido de Katerina, Yiorgos (el hombre más grande que yo había visto, dueño de una fábrica de esponjas vegetales y que se parecía un poco a las esponjas que fabricaba), exclamara cada vez que nos sentábamos a la mesa: «¡Los cuarenta y cinco años de gobierno de Hoxha os han encogido el estómago hasta dejarlo del tamaño de una aceituna!».

Visitamos Tesalónica y encontramos el antiguo Liceo Francés donde había estudiado mi abuela. Por aquel entonces, el edificio estaba ocupado por oficinas de distintas empresas. A mí me parecía un banco, era como los que había visto en las películas occidentales. Nini fue recordando uno a uno los nombres de los chicos más apuestos de su clase, con los que había compartido cigarrillos durante los recreos. También se acordaba de los profesores, en particular de un cierto monsieur Bernard, que le había vaticinado que tendría siempre un futuro brillante mientras no sonriera demasiado y llevase el pelo corto. Ella había seguido su consejo al pie de la letra, pero resultó que la predicción de monsieur Bernard no había sido muy acertada.

Visitamos la tumba de su padre y contuvo el dolor que sentía con una dignidad estoica que únicamente ella era capaz de mantener. Se mantuvo en silencio durante todo el tiempo. Solo al marcharse se inclinó para besar la fotografía que había en la lápida y me animó a que yo hiciera lo mismo. Yo no tenía ganas. No había conocido a aquel hombre y él tampoco me conoció a mí. Pero accedí para no disgustar a mi abuela. Luego insistió en buscar la tumba de su antigua niñera, Dafne, a quien había visto por última vez cuando terminó la guerra. Permaneció un rato rígida junto a la cruz blanca, con los ojos entornados y agarrando el bolso con fuerza. Estaba pálida y delgada, como si los años transcurridos le hubieran resecado la carne dejándola en los huesos. Algunas lágrimas rodaron por sus mejillas y cayeron sobre el mármol, donde el sol invernal las secó rápidamente. Ella lo notó.

–¿Lo ves? –me dijo volviéndose hacia mí con una leve sonrisa de melancolía–. Dafne siempre me secaba las lágrimas. Todavía lo hace.

Encontramos su antiguo hogar en la parte otomana de la ciudad, una gran casa blanca con jardín y unos árboles frutales que estaban empezando a florecer. Uno de los primeros recuerdos de Nini, de cuando tenía dos años, era ver cómo se incendiaba su casa. Recordaba que la habían sacado de allí a toda prisa, envuelta en unas mantas chamuscadas. Dijo que todavía le parecía oír los gritos y ver el pelo de su madre en llamas. Aún eran visibles algunos rastros del incendio en la fachada de la casa y a ella le habría gustado mostrarme cómo era por dentro. Nos acercamos a la puerta principal y una mujer se asomó al porche para preguntarnos si podía ayudarnos en algo. Mi abuela le explicó por qué estábamos allí y le pidió si podíamos echar una ojeada al interior. La mujer le respondió que no era que no nos creyera, pero que ella solo estaba allí limpiando la casa y no quería hacerse responsable de dejar entrar a extraños. Mi abuela le dijo que lo entendía.

–¿Aquí los vecinos también limpian el interior de las casas de los demás? –le pregunté.

–Le pagan por limpiar –me contestó Nini. Después se volvió hacia la limpiadora y, con un tono de cordial familiaridad, como si conociera a aquella mujer desde hacía tiempo, le gritó «gracias» en griego.

Mi abuela sabía que era muy difícil que pudiera recuperar sus propiedades. Había aceptado hacer el viaje, en parte porque no quería truncar las esperanzas de nuestros anfitriones y, en parte, porque quería reencontrarse con su pasado y enseñármelo a mí. Era amable y simpática con la gente que conocíamos, pero quizá estaba menos interesada en luchar por obtener su dinero de lo que los demás hubieran deseado. Los diferentes abogados le explicaron las dificultades asociadas a la reclamación de pisos y terrenos que habían pertenecido a su familia; le describieron los desplazamientos de la población tras la caída del Imperio otomano; recalcaron los cambios en la ley de propiedad; las dificultades para recuperar gran parte de la documentación requerida; el hecho de que nuestros dos países seguían técnicamente en guerra y que llevaban así desde la década de 1940; el legado del régimen de los coroneles en Grecia y muchas cosas más. Mi abuela asentía con la cabeza. Nos llevaron aquí y allá a varias citas en diferentes bufetes de abogados. Los Stamati siempre se sentaban junto a nosotras, escuchando atentamente y tomando apuntes. A veces respondían con palabras que yo no entendía y a veces con una gestualidad nerviosa, agitando los brazos, moviendo los dedos y negando con la cabeza.

El día de nuestra última cita, Yiorgos se puso tan furioso con uno de los abogados que empezó a gritar algo en griego desde el otro extremo del despacho mientras me señalaba con el dedo como para justificar su argumento. Entonces, levantando aún más la voz, se acercó a mí, me

agarró por el brazo, haciéndome que lo agitara en alto, igual que había hecho antes él mismo con el suyo, todo ello sin dejar de gritar. Yo no entendía lo que decía. Miré a mi abuela, que no dejaba de asentir con la cabeza, tanto cuando hablaba el abogado como cuando Yiorgos le replicaba. Decidí que lo mejor era no retirar el brazo.

–Discutían sobre un documento que se llama testamento –me explicó esa noche mi abuela–, que es donde la gente deja por escrito el nombre de aquellos a los que desean legar sus pertenencias al morir.

–¿Nosotras lo tenemos? –le pregunté.

–¿El testamento? –Mi abuela se rió–. Había cartas más importantes que no pude salvar antes de que la policía las confiscara.

Durante los cincuenta años que mi abuela había pasado fuera del país solo había hablado en griego con Cocotte cuando no querían que yo me enterase de sus discusiones políticas. Nuestros anfitriones en Atenas, que a veces me hablaban en un francés chapurreado, mucho peor que el mío, o en un inglés chapurreado, mucho mejor que el mío, dijeron que mi abuela no había olvidado en absoluto el griego. Pero también señalaron que lo hablaba con un curioso acento de clase alta que sonaba un tanto desfasado y que su tono de voz era mucho más bajo de lo que me parecía ser el tono medio en los Balcanes. Cuando la observaba interactuar en un idioma que me resultaba impenetrable, casi me daba la impresión de estar con dos compañeras de viajes diferentes: Nini, la persona en la que más confiaba y a la que más admiraba, y alguien más, una mujer misteriosa de otra época.

Mi abuela siempre insistía en que ella no había cambiado. Antes de nuestro viaje a Atenas, yo le creía. Sus palabras me tranquilizaban, su presencia me resultaba reconfortante, sobre todo en aquel invierno de 1990, cuando todo lo que me rodeaba se tornó inestable, incluidos mis padres, cuyas reacciones pasaban de la ansiedad al entusiasmo en un abrir y cerrar de ojos. Con mi abuela era diferente. Siempre estaba tranquila y era una persona coherente, capaz de adaptarse a las circunstancias más difíciles, de superar las adversidades con una facilidad que demostraba que los mayores obstáculos son los que nos creamos nosotros mismos, que lo único que se necesita es la voluntad de triunfar. Ella me había convencido de que nuestro presente es siempre la continuidad con nuestro pasado y de que en toda serie de circunstancias aparentemente fortuitas subyacen unas características y unas razones lógicas. Su forma de mirar, de hablar, así como su porte, todo contribuía a dar esa impresión.

Durante aquel viaje a Atenas algo cambió. Cuando mirábamos fotografías antiguas de gente que había muerto hacía muchos años y que ella había amado, yo no sentía nada. Aquellas personas, que se suponía eran mis parientes y antepasados, significaban muy poco para mí. Un día, Katerina le dio a mi abuela una pipa vieja que había

pertenecido a mi bisabuelo y, cuando yo la cogí para jugar con ella, Nini perdió de repente los nervios. Me la arrancó de las manos con un gesto violento que nunca le había visto y me gritó:

–*Ce n'est pas un jouet! Tu ne penses qu'à toi-même!*[11]

Yo no entendía la devoción que mostraba por ese objeto, por qué haberlo recuperado significaba tanto para ella.

–Por favor, es solo una pipa –le dije–. Si tú ya ni siquiera fumas.

Nini siempre había dicho que mi hermano y yo éramos lo más importante de su vida. Pero sabíamos muy poco de esa vida. Cuando se dejaba llevar, como le sucedió delante de la tumba de Dafne o al recordar a sus amigos del colegio o al hablar de su padre con nuestros anfitriones, su tranquilidad ya no me parecía tan auténtica. Yo experimentaba una sensación de desapego, de alienación. Me daba cuenta de que yo era el producto de unas circunstancias que la habían alejado de su vida, que la habían condenado a años de privaciones, de aislamiento, de pérdida y de dolor. Si ella no se hubiera ido de Tesalónica, nunca habría conocido a mi abuelo. Si nunca hubiera conocido a mi abuelo, mi padre no habría nacido. Si mi padre no hubiera nacido, yo no estaría allí. Todos esos hechos formaban parte de una secuencia lógica. Eso era lo que ella siempre había dicho. Si yo hubiera podido comprender el nexo entre causa y efecto tal como mi abuela me lo había explicado, podría haber aceptado que las decisiones tienen consecuencias. Encontraría una continuidad donde los demás solo veían ruptura. Entonces yo sería el producto de la libertad y no de la necesidad.

Estando en Grecia me costaba creer que mi abuela siempre había asumido las consecuencias de todas las decisiones que había tomado, que había encontrado un modo de reconciliarse con todo lo que supuso haber regresado a Albania. Era imposible comprender por qué eligió no emigrar cuando se le presentó la oportunidad al final de la guerra. Quizá no tenía ni idea de lo que le esperaba. Pero debió de haber sentido, si no odio o deseo de venganza, al menos un profundo resentimiento. ¿Qué tipo de nuevo amor podía experimentar después de haber tenido que renunciar a su pasado? En aquel país extraño, extraño para mí, pero tan conocido para ella, yo ya no me identificaba con el orgullo y el afecto que ella siempre decía sentir por mí, sino con su pérdida. Quería irme. Quería volver a casa. Quería sentirme segura.

13. TODO EL MUNDO QUIERE IRSE

Mi última noche en Atenas preparé una bolsa de plástico con medio chocolate Milka envuelto en papel de aluminio, un chicle que parecía un cigarrillo de mentira y una esponja vegetal con forma de fresa de la fábrica de Yiorgos. Le había prometido a Elona que le llevaría un regalo de mi primer viaje al extranjero y estaba orgullosa de cumplir mi palabra.

Elona no estaba en clase el día que regresé al colegio. Me dijeron que estaba enferma y que no acudiría durante unos días. Pasó una semana entera y no apareció. Y otra semana más. Entonces llegaron las vacaciones de primavera.

Cuando se reanudaron las clases a finales de abril, Elona siguió sin asistir. Decidí ir a visitarla y ver cómo estaba de salud. Ya me había comido el chocolate Milka, pero le había guardado el chicle que parecía un cigarrillo y la esponja con forma de fresa. Llamé a su puerta. Abrió su padre.

–¿Está Elona? –pregunté–. Me han dicho que está enferma. ¿Puedo verla?

–¿Elona? –me preguntó como si no se acordase del nombre de su hija–. Elona es una niña mala. Una niña muy mala.

Me cerró la puerta en las narices. Permanecí allí unos minutos preguntándome qué hacer. Él debió de verme por la ventana o darse cuenta de que yo seguía al otro lado de la puerta y volvió a abrirla.

–¿Puede darle esto? –le pregunté con voz trémula mientras le entregaba la bolsa de plástico, que me temblaba en la mano.

La cogió y la lanzó a unos metros, a la mitad de la calle, gritando:

–Elona no está aquí. ¿Lo entiendes? No está aquí.

Poco después de esa conversación borraron el nombre de Elona de la lista de clase. Los profesores negaron que hubiese estado enferma; dijeron que había cambiado de colegio. En clase especulábamos sobre su paradero. Algunos niños decían que se había ido a otra parte de la ciudad a vivir con sus abuelos. Otros, que la habían mandado a un orfanato para niños mayores, igual que a su hermana. Otros más, que se había ido del país. Cuando ya no se nos ocurrió nada más, dejó de ser un tema de conversación. Se lo pregunté a mis padres, que se encogieron de hombros.

–Pobre niña –dijo mi abuela–. Su madre era tan buena. Quién sabe dónde habrá ido a parar esa niña.

Nos enteramos de la verdad un día de finales de octubre, cuando

Nini y yo volvíamos de dar un paseo. Vi al abuelo de Elona en la calle. Había estado en nuestra clase el año anterior, el 5 de mayo, para contarnos su heroica lucha como partisano en las montañas cercanas a Grecia. No recordaba su nombre. Elona siempre lo llamaba «abu», así que le grité desde el otro lado del bulevar:

–¡Camarada! ¡Camarada!

No se volvió.

–¡Señor! ¡Señor! –gritó más fuerte mi abuela.

Se detuvo y me reconoció. Le dije que echaba de menos a Elona y que quería saber dónde estaba. El hombre respiró hondo y después suspiró.

–Elona –dijo–. Esa maldita niña. ¿Hacia dónde vais? –Y empezó a explicarnos lo sucedido mientras caminaba a nuestro lado.

La mañana del 6 de marzo de 1991, Elona salió de su casa para ir al colegio, vestida con su uniforme y llevando la cartera con los libros de texto y los cuadernos de ejercicios para las clases de ese día. El abuelo nos contó que, durante las semanas anteriores, Elona había estado saliendo más temprano rumbo al colegio para encontrarse con un chico que había conocido, un jovencito de unos dieciocho años que se llamaba Arian.

Yo sabía quién era Arian. Vivía en mi calle. Casi no hablábamos con él; incluso a Flamur le daba miedo acercársele. Una vez que habíamos ido juntas a visitar a su hermana al orfanato, Elona me había dicho que lo conocía. Pero no pensé que se vieran con frecuencia. Resultó que se encontraban todas las mañanas en uno de los estrechos callejones apartados que conectaba su casa con la escuela. Yo conocía el lugar; había una zona cubierta que daba a la entrada trasera de un pequeño bloque de apartamentos donde las parejas quedaban sin ser vistas. Allí solo iban las «chicas malas». Me resultaba raro imaginar a Elona y a Arian juntos. Me preguntaba por qué nunca me lo había contado. Ella acababa de cumplir trece, pero siempre di por hecho que compartía conmigo una total indiferencia, incluso desprecio, por los chicos mayores. Quizá empezara a ver a Arian mientras yo estaba de viaje en Grecia.

Su abuelo nos dijo que aquella mañana del 6 de marzo las calles estaban abarrotadas de gente. Incluso la zona escondida donde Elona y Arian solían encontrarse estaba atestada de familias que hablaban con acentos extraños y parecían haber pasado allí la noche, preparándose para otro viaje. Los lugareños también corrían por las calles en dirección al puerto: jóvenes, obreros vestidos con los uniformes de las fábricas, hombres y mujeres con niños en brazos envueltos en mantas.

Elona esperó a Arian hasta que sonó la campana del colegio y estaba a punto de marcharse cuando él apareció.

–El puerto ya no está vigilado –le dijo Arian–. Todos los barcos

portacontenedores están llenos de gente. Todo el mundo está intentando irse. Los soldados no están disparando porque también se están subiendo a los barcos. Yo me voy. ¿Te vienes conmigo?

–¿Adónde? –preguntó Elona.

–A Italia –le contestó Arian–. O a cualquier sitio en el extranjero, no lo sé. Adonde nos lleve el barco. Si no nos gusta, nos volvemos.

A aquellas alturas ya se había hecho tarde para ir al colegio. Elona siguió a Arian hasta el puerto, al principio solo para echar un vistazo. La muchedumbre se iba haciendo cada vez más densa a medida que se acercaban adonde estaban atracados los portacontenedores. Se abrieron paso hasta el embarcadero, donde estaba uno de los barcos más grandes, un carguero llamado *Partizani*. Un hombre gritó que el *Partizani* estaba a punto de zarpar. Arian se subió al barco de un salto y arrastró con él a Elona. En ese momento retiraron la pasarela.

Elona envió una carta en que contaba que el viaje duró siete horas, pero que tuvieron que esperar a que les dieran una autorización oficial para desembarcar. Esta tardó veinticuatro horas en llegar. Al principio alojaron a los recién llegados en una escuela local convertida en campamento de refugiados. Pocos días después los distribuyeron por todo el país. Elona y Arian se instalaron en el norte de Italia. Vivían en un apartamentito diminuto que compartían con otra gente que habían conocido durante la travesía. Elona era demasiado joven para trabajar, pero Arian había encontrado un empleo como porteador de neveras en una tienda local. No ganaba mucho, según Elona, pero les alcanzaba para sobrevivir. Como prueba, había metido veinte mil liras italianas en el sobre. También había escrito su dirección postal, pero pedía que enviaran las cartas a nombre de Arian, porque ella se estaba haciendo pasar por su hermana.

Me resultaba difícil creer que mi amiga, que apenas unos meses antes compraba pipas de girasol, jugaba a las muñecas conmigo y casi no había salido de la ciudad en toda su vida, hubiera tenido el coraje de marcharse del país. ¿Cómo había podido abandonar su hogar, el colegio, a su familia e incluso a su hermana?

–Yo mismo intenté ir –le dijo el abuelo de Elona a mi abuela–. Quería encontrarla. Traerla de vuela. Fui en agosto. En el *Vlora*. Nos trataron como perros.

Yo recordaba el día en que partió el *Vlora*. Esa mañana, la madre de Flamur llamó desesperada a todas las puertas de nuestra calle preguntando si habíamos visto a su hijo. Flamur había embarcado sin decirle nada a su madre. Mi amiga Marsida y sus padres también se fueron. El padre de Marsida estaba arreglando un par de zapatos cuando la clienta irrumpió en la tienda y le dijo que se los devolviera de inmediato. Dijo que los usaría rotos. Habían abierto el puerto y no podía perder tiempo esperando a que los arreglase. El padre de

Marsida abandonó su máquina de coser y corrió a buscar a su hija al colegio y a su mujer a la fábrica donde trabajaba. Ellos también se subieron al *Vlora*.

Decenas de miles de personas se arremolinaron en el puerto. El *Vlora* acababa de llegar de un viaje a Cuba con un cargamento de azúcar. Fue tomado por las masas mientras estaba amarrado en el muelle esperando a que reparasen el motor principal. La muchedumbre subió a bordo y obligó al capitán a zarpar rumbo a Italia. Temiendo por su vida, el capitán decidió arrancar el barco con un motor suplementario, pero sin radar. Con una capacidad para solo tres mil personas, el *Vlora* zarpó ese día con casi veinte mil. Pasó una eternidad hasta que el barco llegó al puerto de Brindisi, el mismo donde miles de personas habían desembarcado sin problemas en marzo. Desde tierra le negaron permiso al capitán para entrar en puerto y le ordenaron que pusiera rumbo al próximo, Bari, a unos ciento diez kilómetros de distancia. Tardaron otras siete horas en llegar hasta allí.

Todavía hoy siguen frescas en mi memoria las imágenes del *Vlora* entrando en el puerto de Bari. En la pantalla del pequeño televisor en colores que acabábamos de comprar vi decenas de hombres que habían logrado trepar hasta la punta del mástil, medio desnudos, con el sudor chorreándoles por el cuello, los rostros sucios y sin afeitar, el pelo corto en la parte de arriba y a los lados de la cabeza, pero muy largo en la nuca. Luchando por sujetarse al mástil y mantenerse allí de pie, parecían los autoproclamados generales de un ejército que había perdido la moral antes de empezar la batalla. Agitaban los brazos de un modo absurdo ante las cámaras de televisión y gritaban: «¡*Amico*, dejadnos bajar!»; «¡Dejadnos desembarcar!»; «¡Tenemos hambre, *amico*!»; «¡Necesitamos agua!». Por encima de ellos volaban en círculo dos o tres helicópteros. Por debajo, en cubierta, había un mar de gente: miles de hombres, mujeres y niños, abrasados por el sol, maltrechos por la espera en un espacio reducido, empujándose unos a otros, gimiendo, intentando abandonar desesperadamente el barco. Otros pasajeros estaban apretujados en los camarotes y se asomaban a las ventanas, gesticulando y gritándoles a los que se encontraban en cubierta que se tiraran al agua. Algunos lo hicieron y fueron arrestados. Otros lograron escapar. El resto siguió gritando: que ya hacía varias horas que habían consumido los últimos restos de azúcar que había en la bodega de carga, que había gente con síntomas graves de deshidratación y que estaban bebiendo agua de mar, que había mujeres embarazadas a bordo.

Los sucesos posteriores los relataron de primera mano sus protagonistas para prevenir a otros de no cometer los mismos errores. Un viaje que normalmente era de siete horas duró treinta y seis.

Cuando por fin les dieron permiso para desembarcar los obligaron a todos a subir a unos autobuses y los llevaron a un estadio abandonado, donde los encerraron y les pusieron vigilancia policial. Si intentaban escapar, los detenían y les daba una paliza. Les lanzaban comida empaquetada y botellas de agua desde helicópteros. Los hombres, mujeres y niños que estaban dentro del estadio se peleaban para hacerse con las provisiones. Algunas personas portaban navajas y comenzaron a usarlas para atacar o matar a los demás.

En el estadio se rumoreaba que, como nuestro país ya no era, técnicamente, un Estado comunista, era probable que se rechazaran todas las solicitudes de asilo político. Los que llegasen a partir de entonces serían considerados emigrantes económicos, una categoría nueva y desconocida. Se aplicaba a la misma gente, pero con implicaciones diferentes y un tanto oscuras, que solo se aclararon unos días después. Tras casi dos semanas en el estadio metieron a la multitud en autobuses. Les dijeron que los llevarían a Roma para resolver el papeleo. Pronto se dieron cuenta de que los autobuses se dirigían al puerto y los embarcaron en ferris de regreso a Albania. A los que protestaban los golpeaban.

–Yo no quería quedarme en Italia –le dijo el abuelo de Elona a Nini–. Solo quería encontrar a Elona y traerla de vuelta. Pero no dejaban que nos explicáramos. Quería decirles que yo no necesitaba ningún papel de residencia, que lo único que quería era encontrar a mi nieta. No me escucharon. Nos dieron veinte mil liras a cada uno y nos obligaron a subir al barco. No me escucharon –repitió.

–¿Quizá pueda intentarlo en la embajada? –le sugirió mi abuela–. Tal vez pueda solicitar un visado.

–¿Un visado? –repitió con sorna–. ¿Ha visto cómo está la embajada? Ni siquiera puedes acercarte a la puerta. Es zona militarizada. Hay guardias por todas partes. Hay cinco líneas de protección. Dentro. Fuera. En todos lados.

–¿Ha intentado llamar por teléfono para pedir cita? –le pregunté.

Recordaba que nosotros habíamos pedido cita en la embajada griega para obtener el visado.

–¿Llamar por teléfono? –Se rió–. ¿Llamar por teléfono? –Volvió a reírse, ahora más fuerte–. Es mejor esperar a que te llame la muerte.

–Nosotras fuimos a Grecia –le dije–. Nos dieron un visado. Pedimos una cita en la embajada por teléfono.

–¿Cuándo fuisteis?

–A principios de este año –respondió mi abuela.

–Justo antes de que se marchara Elona –añadí yo–. Cuando volví ya no estaba.

–Eso es –contestó él–. Ahora han cerrado las fronteras. Todas bloqueadas. No se puede viajar a ningún sitio si no es por motivos

laborales.

–Nuestro gobierno... –empezó a decir mi abuela.

–No, no es cosa del gobierno –la interrumpió él–. Nuestro gobierno estaría encantado de que se marchara todo el mundo. Quizá hasta hayan organizado lo de los barcos ellos mismos, así se quitan a la gente de encima. Así no tendrán que alimentarlos ni proporcionarles empleo ahora que todas las fábricas están cerrando. Son las embajadas, los estados extranjeros. Dicen que no pueden aceptar más inmigrantes. Pero volveré a intentarlo. Ya encontraré la forma. He pensado en ir al sur –nos explicó–. A la frontera por tierra. Intentaré cruzar la frontera por tierra con Grecia. Es peligroso. Pueden dispararte. Pero conozco bien la zona. Luché allí durante la guerra. Aun así, ya no soy tan ágil como antes. Ya no soy un partisano.

Esbozó una leve sonrisa.

–Algunas personas lograron irse –le dije–. Como Elona y Arian, ellos lograron escapar.

Él negó con la cabeza, absorto en sus pensamientos.

–En marzo decían que todos éramos víctimas –dijo–. Nos aceptaban. Y en agosto ya nos miraban como si fuésemos una especie de amenaza, como si nos fuésemos a comer a sus niños.

Mi abuela asintió con la cabeza. Yo estaba pensando en que mis padres nunca se habían planteado irse. Cuando Marsida y sus padres pasaron por casa para despedirse antes de subirse a aquel carguero rumbo a Italia, Nini había intentado convencerlos de que no corrieran riesgos.

–Es peligroso –les había advertido–. Es peligroso incluso aunque salga bien. Yo nací en el exilio. Sé cómo es la vida de un emigrante.

–A ella ya le parecía todo bastante difícil cuando vivía en el Imperio otomano y los que mandaban eran los pachás y los beyes de su familia –se burló mi padre.

–No puede ser peor que aquí –dijo mi madre, a quien le habría gustado intentarlo.

Nini no dejaba de negar con la cabeza.

Yo tampoco quería irme. Al principio había disfrutado de mi viaje a Grecia, antes de que las cosas se pusieran difíciles con mi abuela, pero después de unos días empecé a echar de menos mi casa. Me sentía frustrada por no entender el idioma. Me enfadaba que la gente se quedase mirándome, que me señalaran con el dedo y no comprender ni una palabra de lo que decían. Al menos cuando ellos venían como turistas a nuestro país la cosa era recíproca. Ellos nos miraban a nosotros y nosotros a ellos. Pertenecíamos a mundos separados. De pronto dejamos de estar separados. Pero no éramos iguales.

–Quizá vuelvan a abrir las fronteras –dije.

–No creo –respondió el abuelo de Elona. Se volvió hacia mi abuela–:

Cada vez ponen más dificultades para cruzar la frontera. Han aumentado el patrullaje marítimo. No esperan a que llegues hasta allí. Al principio no estaban preparados. Ahora saben lo que se avecina. Os lo digo, no van a desmantelar ningún control, sino que los harán más eficientes.

Hablaba como alguien que conocía los entresijos de los controles fronterizos, que los descifraba del mismo modo que había descifrado las estrategias de la guerrilla en su juventud.

–Si te descubren cruzando la frontera, te mandan a un campamento de refugiados. Y ahí puedes quedarte atrapado para siempre.

–También se necesita dinero –comentó mi abuela.

–Cuando fuimos a Atenas era todo carísimo –añadí yo–. No teníamos dinero. Era horrible. Había tantas cosas en las tiendas. No había colas. Pero no podíamos comprar nada.

–Dinero –dijo él con la mente puesta más en su plan que en nuestros comentarios–. Sí, el dinero es otra posibilidad. Por supuesto que si tienes dinero no te cierran las fronteras. Si lo metes en un banco y el banco te emite una especie de certificado que diga que tienes allí un depósito, es todo mucho más fácil.

–Estoy segura de que Elona estará bien –dijo mi abuela–. Si ha escrito diciendo que está bien, es muy probable que le guste vivir en Italia. Adolescentes. Tomar decisiones importantes como esa los ayuda a crecer. En mi época, a las niñas de su edad las mandaban a un internado.

–O a trabajar –dijo el abuelo de Elona.

Mi abuela asintió con la cabeza e intentó tranquilizarlo:

–Seguro que en nada de tiempo vendrá a visitaros. Probablemente tendrá que arreglar el asunto de los papeles. Siempre que se mantenga en contacto...

A mí todo aquello me sonaba absurdo. ¿Cómo podía alguien ser más feliz en el extranjero que en su país? No podía imaginarme cómo vivir con Arian podía ser lo mejor para ella, ni siquiera viviendo en Italia. Cuanto más lo pensaba, más inconcebible me parecía.

«Todo el mundo quiere irse», escribí en mi diario al referirme a los acontecimientos de marzo y agosto de 1991. «Todo el mundo menos nosotros.» La mayoría de nuestros amigos y parientes pasaban días, semanas e incluso meses planeando cómo marcharse del país. Existía una amplia gama de posibilidades: falsificar documentos, secuestrar embarcaciones, cruzar la frontera terrestre, encontrar a un occidental que los invitara y les proporcionara alojamiento, pedir dinero prestado. La gente apenas pensaba en la finalidad de todo aquello. Saber cómo llegar a alguna parte era más importante que saber por qué querían hacerlo.

Para algunos, marcharse era una necesidad que denominaban

oficialmente como «transición». Somos una sociedad en transición, decían, que está yendo del socialismo al liberalismo, de un gobierno de partido único al pluralismo, de un lado a otro. Nunca se te presentaría ninguna oportunidad a no ser que fueras a buscarla, como el gallito del cuento popular albanés que se marcha muy lejos en busca de su destino y al final regresa lleno de oro. Para otros, irse del país era una aventura, un sueño infantil hecho realidad o una forma de complacer a sus padres. Estaban los que se iban y nunca más volvían. Los que se iban y regresaban al poco tiempo. Los que convirtieron aquellos desplazamientos en una profesión, abriendo agencias de viajes o dedicándose al tráfico de personas en embarcaciones. Los que sobrevivieron y se hicieron ricos. Los que sobrevivieron y continuaron teniendo una vida muy dura. Y los que murieron intentando cruzar la frontera.

En el pasado te detenían por querer irte del país. Pero después, cuando ya no estaba prohibido emigrar, no éramos bien recibidos fuera de nuestras fronteras. Lo único que cambió fue el color de los uniformes de la policía. Nos arriesgábamos a que nos detuvieran, no en nombre de nuestro propio gobierno, sino en nombre de otros estados, los mismos que en el pasado nos habían incitado a liberarnos. Occidente se pasó décadas criticando a Europa del Este por el cierre de fronteras, financiando campañas para reclamar la libre circulación de los ciudadanos, condenando la inmoralidad de los estados que restringían el derecho de salida. Nuestros exiliados solían ser recibidos como héroes. Ahora los trataban como criminales.

Quizá nunca les importó realmente la libre circulación. Resultaba fácil defenderla cuando era otro el que hacía el trabajo sucio de encerrar a la gente. Pero ¿qué valor tiene el derecho a salir de un país si no existe el derecho a entrar en otro? ¿Las fronteras y los muros solo son censurables cuando sirven para impedir que la gente salga y no cuando impiden que la gente entre? Los guardias fronterizos, las lanchas patrulleras, la detención y represión de los inmigrantes que empezaron a aplicarse por primera vez en el sur de Europa durante esos años se convertirían en una práctica habitual en las siguientes décadas. Occidente, que al principio no estaba preparado para la llegada de miles de personas que querían un futuro diferente, pronto perfeccionó un sistema para excluir a los más vulnerables y atraer a los más cualificados al tiempo que defendía las fronteras para «proteger su estilo de vida». Y sin embargo, los que emigraban lo hacían porque les atraía ese estilo de vida. Lejos de suponer una amenaza para el sistema eran sus más fervientes defensores.

Desde el punto de vista de nuestro Estado, la emigración fue una bendición a corto plazo, pero una maldición a la larga. Actuó como una válvula de escape automática que alivió la presión del desempleo.

Pero privaría al Estado de sus ciudadanos más jóvenes, mejor preparados y con estudios superiores, además de separar a las familias. En circunstancias normales, lo deseable habría sido que la libertad de circulación contemplase la libertad de permanecer en tu propio país. Pero aquellas no eran circunstancias normales. Con miles de fábricas, talleres y empresas estatales al borde del cierre o de recortes de plantilla, irse era como aceptar un despido voluntario cuando ves que te van a echar a la calle.

Sin embargo, no todo el mundo intentó irse. Y no todos los que lo probaron lograron salir. De los que se quedaron, muchos tuvieron que plantearse cómo era una vida sin trabajo. Pronto mis padres estarían entre ellos.

14. JUEGOS COMPETITIVOS

Mi padre se quedó sin empleo poco después de las primeras elecciones multipartidistas. Un día llegó a casa y anunció que en unas semanas su oficina cerraría definitivamente. Como licenciado en Ingeniería Forestal había dedicado la mitad de su vida a planificar, plantar y conservar nuevas especies de árboles, especialmente laureles. Pero en aquel momento el Estado tenía otras prioridades. No solo se dejaron de plantar árboles nuevos, sino que estaban talando los que ya existían. Los cortes de energía y la demanda de calefacción, por un lado, y el flamante incentivo de las iniciativas individuales, por otro, provocaron que cada noche desaparecieran más árboles de los bosques. Aquello también podría haberse llamado «robo» si no fuera porque el hecho de que un individuo se apropie de los recursos comunes constituye el fundamento mismo de la propiedad privada. Sería más acertado describirlo como una privatización ascendente.

Mi padre anunció el cierre de su oficina con el mismo tono que había empleado en el pasado para comunicar otros cambios en su vida laboral, por ejemplo, que lo iban a transferir de una ciudad a otra o que cambiarían de director. Dijo que ya no tendría que presentar nunca más su biografía, la que explicaba la historia de su familia. A nadie le importaba ya esa historia. Lo único que se necesitaba era un texto en latín llamado «curriculum vitae» o «CV», para abreviar.

–¿Quién lo va a escribir en latín? –le pregunté.

–No tenemos que escribirlo en latín, brigadista –me contestó–. Solo el encabezamiento. Pero sería conveniente presentarlo también en inglés. Podría ser bueno a la hora de solicitar trabajo en el sector privado.

Todos parecían contentos con la noticia del despido. Reaccionaron como si hubiese decenas de empleos mucho más apetecibles a la vista, galletitas caseras recién salidas del horno esperando a que te las comas en cuanto presentes el CV.

–¿Vas a empezar la semana que viene? –le pregunté pensando que pasaría el mismo tiempo que tardaban en aplicarse sus cambios laborales en el pasado.

–¡No! –exclamó mi madre, como si, por el mero hecho de sugerirlo, estuviera insultando la dignidad de mi padre–. ¡Nadie te da un trabajo así como así!

–Ya veremos –respondió él–. Esto es el capitalismo. Ahora existe la competencia para conseguir un trabajo. Pero, por el momento, ¡soy

libre!

Fue esa sensación de confianza que flotó siempre en el ambiente desde el mismo momento en que mi padre anunció su despido lo que hizo que me sintiera desconcertada, casi alarmada, cuando un día volví del colegio y lo encontré tumbado en el sofá. Había cambiado su pijama por un chándal amarillo y verde que le quedaba enorme y que mi madre le había comprado recientemente en un mercadillo de segunda mano. Sostenía con ambas manos el mando a distancia de nuestro pequeño televisor Philips con una expresión de total concentración en el rostro y lo agitaba en el aire como si estuviese dirigiendo la rotación de los planetas en sus órbitas.

–Esto es deprimente –dijo cuando me vio y apagó la televisión, cambiando su expresión de concentración por una de pesadumbre–. Es demasiado triste. No puedo soportarlo. No sé qué hacer.

–Pronto mejorará todo –le respondí vagamente, sin saber ni yo misma lo que quería decir–. Estoy segura de que todo mejorará.

Negó con la cabeza.

–Estoy intentando ver el campeonato de Europa, pero no puedo –añadió mi padre–. Me parte el corazón. Yugoslavia está a punto de ganar su quinto título. El año pasado ganaron el Mundobasket.

–Pero esas son buenas noticias, ¿no?

–Puede que sea la última vez que jueguen juntos –dijo con una expresión sombría en el rostro–. Eslovenia ya ha declarado su independencia. Croacia se separará en breve. Es como estar viendo a alguien que gana un certamen de canto sabiendo que tiene cáncer de garganta. Es demasiado triste. En lo que a mí respecta, se acabó el baloncesto.

En teoría, mi madre no perdió su trabajo. Con cuarenta y seis años le ofrecieron una jubilación anticipada y ella la aceptó. Para celebrar la ocasión, mi padre, que acababa de recibir su última paga, compró cervezas Amstel en un minimercado recién inaugurado. Fue una velada familiar muy agradable hasta que mi madre decidió comunicarnos lo que pensaba hacer tras su retiro anticipado. Anunció que se había unido al partido opositor. El mismo día de su fundación.

Nini y yo nos quedamos heladas. Mi padre levantó la vista del plato con una expresión de sorpresa y desconcierto que yo sabía que pronto se convertiría en una explosión de rabia. Era la mirada que le dirigía a mi madre cuando ella tomaba decisiones importantes sin consultarle. Una mirada desconcertada que luego daba paso a un interrogatorio inquisitivo, a los reproches, a la ira y a la agresión mutua, para culminar en el silencio más absoluto. Un silencio que podía durar semanas. El siguiente paso solo podía ser la amenaza de divorcio.

Ya había pasado dos veces antes. La primera fue cuando mi madre le compró ilegalmente cincuenta pollitos a alguien que trabajaba en una

granja colectiva para criarlos en nuestro jardín y así no tener que hacer cola para comprar huevos. Cuando se lo dijo a mi padre se quedó lívido. Nos van a meter en la cárcel, dijo. Nuestro jardín era pequeño y era imposible esconder allí cincuenta pollos. Mi madre respondió que los meteríamos en el cuarto de baño y que además daba por hecho que muy pocos de ellos sobrevivirían. Como mucho solo quedarían diez. Se lo había dicho el mismo hombre de la cooperativa. Luego resultó que el hombre y mi madre tenían razón. Pero ese detalle no hizo más que exacerbar la situación. Si había algo que mi padre soportaba peor que el temor a ser arrestado era el dolor que le causaba la extinción en masa de aquellos pollitos. Cada vez que entraba en el baño y se encontraba con uno muerto, salía de allí con el corazón destrozado e incluso más resentido con mi madre. Tuvieron que pasar varios meses para que llegaran a una tregua, que se alcanzó cuando bajó el índice de mortalidad y Nini amenazó con irse a una residencia si mis padres no hacían las paces.

La segunda vez fue cuando mi madre me animó a vender esponjas vegetales junto a las niñas gitanas que montaban un tenderete sobre la acera del bulevar principal, donde vendían pintalabios y broches de pelo. Yiorgos nos había regalado una bolsa llena de esponjas en Atenas para que las repartiéramos en casa y entre los parientes; no estaba claro si como regalo o como propaganda de su fábrica. Mi madre recordaba que su propio abuelo había amasado su fortuna empezando desde abajo con algo mucho más insignificante: cortando troncos en el pueblo donde vivía y vendiendo la madera en la ciudad. Me dijo que también nosotras podíamos empezar nuestro propio negocio, pero que teníamos que actuar con rapidez. Pronto todo el mundo estaría intentando ganar dinero vendiendo y comprando cosas en el mercado libre. Pero a ella le daba vergüenza sentarse junto a las gitanillas y que pudiera pasar alguno de sus alumnos y la reconociera, algo que podría restarle autoridad en clase. Por eso escribió una lista de precios y me mandó a mí a sentarme en la acera y a gritar: «¡Preciosas esponjas vegetales traídas de Grecia! ¡De diferentes colores y formas!», y eso fue lo que hice. Al final de la tarde ya había agotado las existencias.

No esperaba que mi padre se pusiera tan furioso cuando llevé a casa todo el dinero que había ganado. Al principio creyó que la idea había sido mía. Estaba a punto de mandarme a mi habitación a reflexionar sobre mis actos cuando le expliqué que yo no había hecho más que seguir las órdenes de mi madre. Entonces se volvió hacia ella con los ojos llenos de ira. Le gritó que, solo porque ahora cualquiera podía salir y vender lo que se le antojara, no quería decir que ella tuviera derecho a explotar a su propia hija. En un primer momento, mi madre no le hizo caso. Optó por volverse hacia mí y preguntarme:

–¿Tú no querías ir, acaso?

Yo asentí con un enérgico movimiento de cabeza.

–¡Por supuesto que ella quería ir! –gritó mi padre temblando de rabia–. No sería explotación si no hubiera consentimiento. En ese otro caso sería violencia.

Mi madre no se inmutó. Le explicó que yo ya no era una niña, que pronto cumpliría doce años y que era muy normal que las adolescentes occidentales participaran en una empresa familiar floreciente.

–Pero ¡es que nosotros no tenemos ninguna empresa familiar! –le gritó mi padre–. ¡Ni floreciente ni ruinosa!

–Ni nunca la tendrás –le replicó mi madre en voz baja.

Probablemente, mi padre habría vetado mi participación en la venta de esponjas si mi madre le hubiera pedido permiso de antemano. Pero el hecho de que a ella ni siquiera se le hubiera ocurrido consultárselo incrementó su resentimiento. Por lo general, la voluntad de mi padre por dar a conocer su opinión solía chocar con la actitud de mi madre por ignorarla. Mis padres discutían sin parar. Pero casi siempre lo hacían de igual a igual. El equilibrio se rompía cuando mi madre tomaba decisiones sin consultarle antes y entonces él se sentía herido. Mis padres habían construido su relación a base de pullas y, con el paso de los años, resultaba cada vez más difícil distinguir los intercambios lúdicos de los desagradables. Su matrimonio era como una cadena montañosa; como escaladores experimentados sabían cuándo podían emprender el ascenso a las cumbres más peligrosas y cuándo detenerse si se enfrentaban a un abismo en el que muchos otros habían caído. Pero había veces en las que yo temía que también ellos acabaran despeñándose. La tercera vez fue cuando mi madre anunció su decisión de entrar en política.

Mi padre sabía que él nunca sería como la mayoría de sus amigos, cuyas mujeres necesitaban de la aprobación del marido hasta para pintarse los labios. Mi madre nunca se pintaba los labios y tenía una voluntad de hierro. Mi padre se enfrentaba a un dilema cada vez que su deseo de ser consultado chocaba con la cabezonería de mi madre. Dado el caso, podía fingir que ejercía cierto control sobre los actos de mi madre y entonces reaccionaba como se esperaba que lo hiciera. O podía admitir la derrota y hacer como que aquello no le importaba. Pero mi padre amaba demasiado a mi madre como para que le diera igual. No podía dejar pasar las cosas sin pelear. Nunca fue violento con ella; desahogaba su cólera rompiendo la vajilla, pero cuando veías que el cuerpo se le estremecía de rabia y la voz le temblaba de odio tampoco podías estar muy segura de que allí las únicas víctimas serían los platos y las tazas.

Cuando mi madre anunció que se había unido al movimiento opositor di por hecho que la escena que vendría a continuación se desarrollaría como siempre. Estaba equivocada. Mi padre le dirigió la

mirada de desconcierto que yo conocía muy bien. Pero a continuación se quedó lívido. No se puso de pie. No fue hacia ella ni agitó el dedo amenazadoramente. No gritó. Continuó mirándola, incrédulo, con una mueca congelada en el rostro y el cuerpo paralizado en la silla.

Mi madre lo notó. Debió de sentir un poco de pena. También ella reaccionó de forma distinta a la habitual. No se limitó a mirar para otro lado, como solía hacer, para demostrar que no le importaban nada las amenazas de mi padre. Se sintió obligada a dar explicaciones. Dijo que los espías seguían controlándolo todo. Que había excomunistas por todas partes, tanto en el gobierno como en la oposición. Que era necesario que se implicaran las personas con biografías como las de ellos. Alguien tenía que atreverse. De lo contrario, las cosas no iban a cambiar nunca. Siempre nos representaría la misma gente. Teníamos que hacernos cargo de nuestros asuntos para representarnos a nosotros mismos. Quizá habría sido mejor consultarle antes para tomar una decisión en común. Pero ella sabía que mi padre sería reacio, que sus ideas políticas no eran las mismas que las de ella. Y ella tenía que hacerlo. En aquel momento en el que él no tenía trabajo también necesitaban hacer contactos para poder buscar oportunidades en un futuro. Parecía haber pensado mucho en todo aquello.

Mi padre la escuchaba en silencio. Mantenía su enfado para sus adentros. Cuando más tarde reflexioné sobre aquel episodio se me ocurrió que quizá a mi padre le había afectado perder su empleo mucho más de lo había dejado entrever. Quizá para él había una diferencia importante entre ser despedido y que te dieran una jubilación anticipada. Quizá el que a partir de entonces dependiera de las pensiones de dos mujeres le hiciese sentir un poco menos hombre. Ya no podía hacer lo mismo que otros hombres: gritar, amenazar, estremecerse de rabia y arrojar la vajilla contra la pared. Quizá todo había cambiado tanto a su alrededor que las respuestas habituales le parecían inapropiadas, como si pertenecieran a una época diferente o solo pudiesen provenir de una persona distinta, de una antigua versión de sí mismo con la que ya no se identificaba. Al haber perdido todas las coordenadas conocidas estaba desorientado. Carecía de explicaciones para su dilema. Tampoco tenía soluciones. Lo único que le quedaba era asentir con la cabeza en silencio, como hacía antes delante de sus jefes en el trabajo.

Mi madre no dejó de trabajar cuando se jubiló, sino que emprendió uno de los períodos más activos de su vida. Poco después de ingresar en el Partido Democrático se convirtió en una de las líderes de su Asociación Nacional de Mujeres. Participaba en las reuniones del partido, escogía a los candidatos para las elecciones, organizaba mítines, dirigía campañas reformistas, formaba parte de comités

nacionales y se reunía con delegaciones extranjeras. El tiempo que le quedaba libre lo pasaba en los archivos y en los tribunales, reclamando la devolución de las propiedades familiares que les habían confiscado en el pasado.

–Deberías quedarte un poco más en casa y ocuparte de los niños –le decía mi abuela.

–Por mí no os preocupéis. Estoy bien –le respondía yo a mi abuela, encantada de que mi madre ya no supervisara mis notas de Matemáticas todos los trimestres–. Mami, deberías sacarte un permiso de conducir –sugerí a modo de alternativa.

–No necesitamos un permiso de conducir –intervino mi padre, temiendo que, si no cortaba aquel proyecto de raíz, su condición de desempleado acabara por convertirlo en el chófer de la familia–. No es bueno para el medio ambiente.

Eso solía desencadenar otra discusión. Mi madre decía:

–Todo el mundo se está comprando un coche. Es muy útil. ¡Chernóbil fue mucho peor para el medio ambiente!

–¿Qué tiene que ver Chernóbil con el coche? –le respondía mi padre.

–La fábrica metalúrgica que los chinos construyeron para nosotros, ¿eso sí era bueno para el medio ambiente? –continuaba mi madre imperturbable–. Nuestro problema no es el medio ambiente, ¡es que no tenemos dinero para comprar un coche!

–No se subsana un error cometiendo otro –la interrumpía mi padre.

Lo típico era que esas discusiones aparentemente inocentes sobre si deberíamos comprar un coche o no acabasen derivando en disputas de gran alcance sobre la historia universal: desde el daño que la Revolución Industrial causó en el medio ambiente a los avances que la carrera espacial propició en el campo del conocimiento; desde el eurocomunismo a las responsabilidades de China; desde quién tenía derecho a contaminar a quién vendía armas y dónde; desde la guerra del Golfo hasta la disolución de la antigua Yugoslavia.

–¡No es así! ¡Es que no es así! –le contestaba mi padre a mi madre cuando ya no sabía qué más decir.

Ella rara vez cambiaba de opinión.

–¿Eso es lo que le dices a la gente en tus mítines? –ironizaba cuando ya se daba por vencido–. ¿Es así como preparas tus discursos?

Mi madre nunca preparaba sus discursos. Daba cientos de ellos. Durante mi adolescencia me era más fácil verla sobre el estrado de un mitin político esperando su turno para hablar que encontrármela en la cocina de casa a la hora de cenar. Se mantenía erguida en lo alto de la tribuna y hablaba ante decenas de miles de personas, haciendo muchas pausas y modulando la voz según las circunstancias, a veces sumiendo al público en un silencio estremecedor y otras arrancándole estruendosos aplausos. Siempre hablaba sin utilizar notas. Pronunciaba

sus discursos como si los llevase escritos en la cabeza desde hacía muchos años, como si todos los días de su vida hubiera ensayado las frases que iba a decir. Pero sus palabras no parecían venir del pasado. Eran nuevas, aunque sonaban un poco foráneas: iniciativa individual, transición, liberalización, terapia de choque, sacrificio, propiedad, contrato, democracia occidental. Excepto por la palabra *libertad*, esa era vieja. Pero ella la pronunciaba de un modo diferente, siempre con un signo de exclamación al final. Y así sonaba a nueva.

Cuando mi madre no estaba en reuniones políticas se dedicaba a hurgar en los archivos de la ciudad en busca de las pertenencias de su familia y a consultar mapas y lindes territoriales, o estaba en los tribunales, tratando de recuperar los títulos de propiedad, liderando la lucha de sus hermanos para reclamar los miles de hectáreas de tierra, los cientos de pisos y las decenas de fábricas que habían pertenecido a su abuelo, un leñador convertido en millonario poco antes de que finalizara la guerra. Mi padre y mi abuela nunca mostraron ningún interés, en parte porque no creían que esas propiedades pudieran recuperarse y, en parte, porque dudaban de que esto debiera ser así.

–¡Qué pérdida de tiempo! –decía de vez en cuando mi abuela negando con la cabeza. No quedaba claro si se refería a la política, a las famosas propiedades de mi madre o a ambas cosas–. Lo pasado, pasado está –le dijo una vez mi abuela a un periodista extranjero que la entrevistó por haber sido una disidente en el pasado y para preguntarle por sus propiedades familiares–. Hoy en día todo el mundo es disidente –contestó–. ¿Las tierras de Grecia? Eso es puro barro.

Pero mi madre, por el contrario, lo tenía muy presente. No era solo la necesidad de encontrar fuentes de ingresos, sino una cuestión de principios. En cierta forma, ambas cosas estaban relacionadas. Para ella, el mundo era un lugar donde la lucha natural por la supervivencia solo podía resolverse regulando la propiedad privada. Era normal que todo el mundo combatiera. Hombres y mujeres, jóvenes y viejos, las generaciones actuales y las futuras. A diferencia de mi padre, que creía que todas las personas eran buenas por naturaleza, ella pensaba que eran naturalmente malas. No tenía sentido intentar convertirlas en buenas; simplemente había que encauzar esa maldad para minimizar el daño. Por eso estaba convencida de que el socialismo no podría funcionar jamás, ni siquiera bajo la mejor de las circunstancias. Iba en contra de la naturaleza humana. La gente necesitaba saber qué era lo que le pertenecía y hacer con ello lo que quisiera. Entonces la gente cuidaría de sus bienes y ya no sería una lucha, sino una sana competencia. Estaba convencida de que, si alguien pudiera descubrir quién fue realmente el primer propietario de algo, todas las interacciones subsiguientes podrían regularse de forma que, no solo nuestra familia, sino todo el mundo,

tuviera la oportunidad de ser tan rico como lo habían sido los antepasados de ella.

Decía que era como retomar un torneo de ajedrez que había quedado interrumpido a mitad de la competición. Todos los jugadores habían empezado desde la misma posición y algunos habían logrado alguna ventaja. Pero entonces los habían obligado a jugar a un juego diferente. Eso era el socialismo. Cuando la Guerra Fría llegó a su fin, las partidas pudieron reanudarse. Pero los antiguos jugadores habían muerto y, en su lugar, solo podían volver al tablero aquellos designados como sus sucesores. Mi madre pensaba que habría sido injusto comenzar una partida diferente. Lo único que tenían que hacer los jugadores nuevos era retomar los movimientos de sus antepasados, mantener las mismas piezas y jugar con las mismas reglas.

Para ella, descubrir la verdad acerca de las propiedades familiares era una cuestión de subsanar una injusticia histórica y de regular los derechos de propiedad. La única finalidad del Estado, según mi madre, era la de facilitar dichas gestiones, así como salvaguardar los contratos necesarios para asegurar que todo el mundo se atuviese a lo que había ganado. Cualquier otra cosa que se saliera de eso solo servía para fomentar el crecimiento de parásitos que malgastaban el dinero y los recursos. Era igual que el socialismo, pero con otro nombre. El Estado era como el director de un torneo de ajedrez: tenía que hacer cumplir las reglas y controlar el reloj de vez en cuando. Pero no podía empezar a dar consejos a los jugadores, cambiar sus jugadas, devolverles piezas al tablero ni dejar participar a un jugador que había sido descalificado. Eso habría sido una tergiversación de su papel. Al final habría ganadores y perdedores. ¿Y qué? Todo el mundo lo sabía; todos estaban de acuerdo con las reglas. Era la naturaleza del juego. Al fin y al cabo era una competición, aunque saludable.

15. YO SIEMPRE LLEVABA UN CUCHILLO

Un día a finales del verano de 1992, un grupo de francesas pertenecientes a una organización asociada a la que dirigía mi madre anunciaron que vendrían a visitarnos a casa. Nos preparamos para aquella visita como si fuera la noche de Fin de Año. Pintamos las paredes, lavamos las cortinas, sacamos los colchones al sol, fregamos el interior de los armarios de la cocina y limpiamos el polvo de todos los libros de la biblioteca. Durante las horas previas a su llegada, la casa se convirtió en el campo de batalla de una unidad militar disciplinada y altamente organizada, armada con cepillos, trapos, esponjas, barreños, cubos, fregonas y demás artillería doméstica necesaria para la operación. Mi madre era como un general, impartiendo órdenes enérgicas y contundentes a mi padre mientras ella misma corría, incansable, de un lado a otro, dando la vuelta a mesas y sillas, controlando lo que había quedado sin hacer y descubriendo zonas todavía sucias que no se habían detectado en las anteriores rondas de limpieza. Cuando la casa quedó reluciente nos atrapó a mi hermano y a mí en la fatídica media hora previa a la llegada de las visitantes y nos llevó al baño para asearnos. No perdió tiempo en comprobar la temperatura del agua que nos echó por encima y nos frotó la cara con el mismo fervor con el que había fregado los suelos. Una vez que terminó con nosotros fue a arreglarse ella.

Mi madre consultó a mi abuela cuál era la vestimenta más apropiada para recibir a las representantes de una organización comprometida con la defensa de las causas de las mujeres. Mi abuela le recomendó que se pusiera un vestido sencillo y mi madre eligió uno que había comprado recientemente en una tienda de segunda mano. Era un vestido que eligió influida, en parte, por todas las mujeres que había visto en los anuncios de jabones y a las que ella asociaba con la emancipación femenina y, en parte, porque en la espalda ponía GLORIA. (Pensó que ese nombre pertenecía a una marca de lujo.) Era una prenda de seda roja oscura que llegaba hasta la rodilla y que estaba adornada con encaje negro en la parte inferior, cintas en las mangas y cuello cortado en V. En aquella época era frecuente que algún camisón occidental que entraba en el mercado local de segunda mano se confundiera con ropa normal y se usara durante el día. Por la misma época recuerdo que muchas de mis profesoras aparecían en clase llevando camisones o batas. Mi madre no lo había hecho hasta

entonces, no porque notara la diferencia, sino porque no le gustaba la ropa con volantes. Ella usaba pantalones, odiaba el maquillaje y se peinaba sin mirarse al espejo. Los únicos lazos y encajes que conocía eran los que Nini y ella me imponían como una especie de declaración pública de que cincuenta años de dictadura del proletariado no habían podido doblegar su voluntad de criarme como la versión balcánica de la infanta Margarita Teresa de Velázquez.

Las cinco visitantes se presentaron vestidas de traje oscuro (como una delegación maoísta, comentó mi padre en la cocina). Nos sentamos junto a ellas en nuestro salón y servimos café, raki y delicias turcas. Nuestras visitantes ni se inmutaron ante el camisón de mi madre; debieron de pensar que era una expresión de nuestra cultura o de nuestra libertad recién estrenada.

–Nos impresionó mucho la reacción que despertó su discurso en la reunión del otro día –le dijo a mi madre una de ellas, una señora llamada madame Dessous–. Fue maravilloso oír un aplauso tan prolongado por parte de los asistentes. Obviamente, no lo entendimos porque era en albanés –añadió sonriendo a modo de disculpa–. Nos interesaría mucho saber lo que dijo sobre la libertad de las mujeres.

Mi abuela, que estaba ayudando con el francés, tradujo las palabras de madame Dessous. Mi madre pareció sobresaltada, como alguien que se ha presentado a un examen y de pronto se da cuenta de que ha estudiado las preguntas equivocadas.

–¿De qué discurso habla? –le preguntó a mi abuela en voz baja y en albanés–. En ningún momento dije nada sobre las mujeres. –Después recuperó lentamente el control, se volvió hacia las visitantes y declaró con tono seguro–: Creo que todo el mundo debe ser libre, no solo las mujeres.

–Doli piensa que se trata de una cuestión muy compleja –tradujo Nini.

Las visitantes asintieron con la cabeza.

–Ah, eso es indudable –dijo madame Dessous coincidiendo plenamente–. Sabemos que bajo el socialismo había mucha retórica sobre la igualdad de las mujeres –continuó–. Pero ¿cuál es la realidad? ¿Las mujeres albanesas fueron víctimas de acoso?

Se hizo un breve silencio durante el cual mi abuela volvió a dudar respecto a la traducción. La palabra se me quedó grabada, aunque en aquel momento no entendí bien lo que quería decir. Recuerdo que mi madre se quedó perpleja, dejó de dar vueltas con la cucharilla a su taza de café y clavó la mirada en su interlocutora sopesando los efectos de lo que estaba a punto de decir. El fuerte contraste entre la sensualidad coqueta de su vestido y la actitud de seriedad que adoptó en ese momento le dio a toda la escena un toque cómico y penoso al mismo tiempo. Dejó la taza de café sobre la mesa, pero estaba tan

nerviosa que, a continuación, alargó el brazo para coger una delicia turca y se la metió en la boca.

–Por supuesto –contestó sin dejar de masticar–. Yo siempre llevaba un cuchillo.

Madame Dessous se sobresaltó. Se echó hacia atrás en el sofá, como si quisiera alejarse un poco de mi madre. Las demás mujeres intercambiaron miradas incómodas.

–Era solo un cuchillo de cocina –se apresuró a aclarar mi madre al notar la reacción que había provocado su confesión–. Nada del otro mundo.

Como aquello pareció amedrentar aún más a las visitantes, mi madre se lanzó a hablar. Las palabras brotaban de su boca a toda velocidad y sin pausa, como piedrecitas rodando colina abajo.

–Yo era joven, no tendría más de veinticinco. Todos los días debía viajar a una escuela remota en un pueblo del norte. Para volver dependía de que alguno de los camioneros que hacían ese trayecto me acercara a casa. En invierno oscurece temprano. No podías hacer dedo sin llevar un cuchillo. Solo lo usé una vez. No maté a nadie ni nada parecido. –Hizo una pausa y sonrió como si de pronto hubiera recordado un detalle divertido que guardaba en algún rincón apartado de su mente–. Solo le di un pinchazo a uno en la mano. Es que me la puso sobre el muslo. Fue algo muy incómodo.

Mi abuela lo tradujo palabra por palabra. Mi madre respiró hondo, se sentía aliviada y claramente satisfecha con su explicación, sobre todo con la facilidad con la había logrado resumir lo que, sin duda, había sido un episodio traumático. Pero sus palabras no consiguieron el efecto deseado. Las visitantes permanecieron inmóviles. Mi madre miró a mi padre como pidiéndole ayuda. Él no había abierto la boca hasta el momento, pero estaba claro que conocía la historia y actuaba como si cada frase le diera más motivos para sentirse orgulloso. Los dos se miraron y él le sonrió con complicidad, como si hubiera sido él mismo quien le hubiera entregado el cuchillo. Después se volvió hacia las visitantes, confiado en su capacidad para transmitir la importancia de aquella historia que mi madre no había logrado rematar.

–¡Esta mujer tiene fuego en las entrañas! –dijo–. Es una persona única. Por favor, sírvanse un poco de raki. Doli lo prepara ella misma.

Esa intervención tampoco fue de ninguna ayuda. Las mujeres se llevaron los vasos a la boca y emitieron un tímido sonido de aprobación tras mojarse los labios, pero cuidándose mucho de no tragar ni una gota. Nuevamente asaltada por las dudas y como ya no se le ocurría nada más que decir, mi madre alargó el brazo para coger otra delicia turca. Pero cuando ya la tenía en la mano cambió de idea, volvió a colocar el dulce en la fuente y decidió probar una nueva estrategia.

–En el país de las libertades –comenzó diciendo, como si estuviera a punto de soltar uno de sus discursos–, en los Estados Unidos de América, la gente puede portar armas de fuego. Obviamente, eso facilita las cosas a la hora de poder defenderte. En Albania, nuestras opciones eran limitadas. El socialismo no autorizaba portar armas de fuego para uso personal. Por supuesto que sabíamos utilizarlas. En el colegio recibíamos entrenamiento militar obligatorio a partir de los dieciséis años. Pero no poseíamos armas. A diferencia de los estadounidenses no éramos libres para usarlas cuando quisiéramos.

De hecho, si mi madre hubiera podido entrenar a las mujeres de su organización en el uso de cuchillos para protegerse de cualquier acoso, lo habría hecho. En su defecto limitó su papel de liderazgo a coordinar la tramitación de las solicitudes de visado de las madres que querían visitar a sus hijos emigrados. Recogía los nombres de las interesadas, hacía listas, recaudaba fondos para aquellas que necesitaban apoyo económico, las ayudaba a rellenar los formularios y concertaba las citas con las embajadas correspondientes. Oficialmente, los viajes eran para visitar organizaciones asociadas situadas en distintas capitales europeas: Atenas, Roma, Viena, París. En realidad, las delegadas se dispersaban rumbo a ciudades diferentes nada más cruzar la frontera. Solo mi madre y una o dos colegas más asistían a los encuentros programados; las otras mujeres se iban a pasar unos días con sus hijos y nietos, y se quedaban con ellos todo el tiempo que durase el viaje. El último día volvían a reunirse para visitar tiendas de comida y explorar centros comerciales. No compraban nada, puesto que hasta los productos más baratos les resultaban prohibitivos. Solo era, según decían, «para alegrarse la vista».

Mi madre era consciente del riesgo que suponía revelar el verdadero propósito de los viajes. Enseguida había dominado la fórmula que tenía que repetir con objeto de superar las entrevistas para el visado: transferencia de conocimientos, desarrollo de sinergias de equipo, capacitación, visión de empresa, llevar a cabo la planificación estratégica y cosas por el estilo. Una vez contó que, durante una de esas citas, un diplomático le había preguntado si la organización de mujeres que ella dirigía también participaba en campañas feministas.

–Le pregunté que significaba *feminismo* –nos contó–. No entendía de qué me estaba hablando.

El diplomático le explicó algo relacionado con las cuotas para mujeres y la discriminación positiva. Ella le aseguró que por eso aquellas visitas a Occidente eran tan valiosas: su organización ya había elaborado los puntos iniciales del trabajo y esperaba aprender más a través del intercambio de conocimiento con miembros más experimentados.

–¡Cuotas para mujeres! ¡Igualdad! –bufó nada más llegar a casa–.

Tuve que decirle que sí a todo. Fue la única forma de obtener los visados. Apuesto a que su esposa tiene una mujer de la limpieza que le hace las tareas de la casa. Apuesto a que se queja de los derechos de las mujeres mientras hace *footing*.

Mientras mi madre nos relataba cómo le había ido en las entrevistas para los visados, las mejillas y el cuello se le iban poniendo más y más colorados.

–¡Discriminación positiva! –gritaba–. ¡Feminismo! ¿Y qué pasa con las madres y sus hijos? Hace años que mis mujeres no ven a sus hijos. Sanie, que está en la lista para ir a Roma, no tiene ni idea de cómo vive su hija. Lo único que sabe es el nombre de una calle garabateado en un trozo de papel. Me dijo que está tan preocupada que no duerme por la noche. ¿Creéis que lo que le preocupa son las cuotas para mujeres? Si yo dijese eso en la embajada, de inmediato me acompañarían a la puerta de salida y me comunicarían que a esa ciudadana no pueden concederle un visado. Está desempleada y no existen garantías de que vaya a volver. Ni siquiera me devolverían el dinero del visado. Me gustaría ver dónde está la discriminación positiva en eso. Pero no, a ellos no les interesa que esas madres puedan ver a sus hijos. Les interesa que aprendamos lo que significa la representatividad, la participación o alguna otra fantasía por el estilo. ¡Claro! Como eso no les cuesta nada.

–¿A ti qué te parece eso de la discriminación positiva? –le preguntó a mi padre volviéndose de repente hacia él.

–Me parece bien –contestó tras encogerse de hombros–. Supongo que depende de quién la aplique y cómo; también puede ser una excusa y puede estigmatizar a los negros. Hace poco vi una entrevista a Muhammad Ali... –intentó explicarse haciendo referencia a la única autoridad que reconocía relacionada con los derechos civiles.

Mi madre lo interrumpió:

–Estoy hablando de las mujeres, no de los negros. ¿Has oído lo que he dicho? Esas mujeres occidentales no saben hacer varias cosas a la vez, ¿comprendes? Son unas tremendas inútiles. Si tienen que estudiar y trabajar, o trabajar y cuidar a sus hijos, o cuidar a sus hijos y cocinar, no son capaces de aguantar el ritmo. Y dan por hecho de que aquí somos como ellas y que, por lo que sea, eso debería ser un asunto de Estado. Así puede venir otro inútil con una estúpida lista de criterios sobre cómo brindarles más oportunidades a las mujeres.

–¿Qué es la discriminación positiva? –pregunté.

Mi madre empezó a explicármelo, pero se dejó dominar por los nervios.

–Imagina que alguien te sube las notas del colegio solo por ser una chica –comenzó diciendo–. ¿Cómo te sentirías? Te sentirías insultada, ¿verdad? –Con cada pregunta iba subiendo más la voz. Yo intentaba

decir algo, pero ella se contestaba a sí misma–. No habría ninguna diferencia entre tú, que estudias mucho para sacar las mejores notas, y tus otras amigas, a las que les suben la nota solo porque también son niñas. ¿Qué te parece?

Intenté pensar cómo me sentiría. Pero a mi madre no le interesaban mis opiniones. Sus preguntas eran retóricas. Lo único que quería era desahogarse.

–Imagínate que eso se aplicara a todo lo que haces –dijo–. ¿Cómo sabrías cuál es la diferencia entre una persona que obtuvo las mejores calificaciones gracias a sus méritos y otra que no? ¿Qué harías si la gente siempre diera por hecho que has llegado adonde estás gracias a la ayuda de tus amigos?

Mi madre despreciaba la discriminación positiva y las cuotas femeninas tanto como compadecía a quienes las defendían. Si alguien se hubiera atrevido a insinuar que lo que ella había logrado se debía al hecho de ser mujer y no porque lo mereciese, su cuchillo de cocina habría hecho acto de presencia para repartir algún pinchazo. En las reuniones que tenía con otras mujeres de organizaciones asociadas siempre recalcaba que solo había una cosa de la que enorgullecerse al evaluar el legado del pasado comunista: que el Partido había implantado la estricta igualdad sexual sin hacer ninguna concesión. Que todos, hombres y mujeres, debían trabajar y que no solo ambos sexos tenían acceso a cualquier trabajo, sino que, además, se fomentó expresamente que lo hicieran. Hasta las restricciones en el vestir habían sido equitativas. Durante la Revolución Cultural, inspirada en nuestros aliados chinos, llevar una gabardina occidental le habría creado problemas a cualquiera, fuese del sexo que fuese.

Tenía razón, pero solo en parte. En el pasado se esperaba que todas las mujeres trabajasen. Se esperaba que trabajasen en cualquier sector. Todas las madres de mis amigos trabajaban. Ninguna se quedaba en casa. Se levantaban al amanecer para limpiar la casa y preparar a los niños para ir al colegio, y después se iban a conducir trenes, extraer carbón, arreglar cables eléctricos, enseñar en colegios o ejercer como enfermeras en los hospitales. Algunas viajaban varias horas para llegar a la oficina, la granja o la fábrica donde estaban empleadas. Volvían a su casa tarde y agotadas. Y todavía tenían que preparar la cena, ayudar a sus hijos a hacer los deberes y lavar los platos. Tenían que cocinar por la noche y dejar la comida preparada para el día siguiente. Durante la noche tenían que amamantar a sus bebés o hacer el amor con sus maridos. O ambas cosas.

Los hombres descansaban al llegar a casa. Leían el periódico, veían la televisión o salían a charlar con sus amigos. Muchos contaban con tener sus camisas planchadas y hacían algún comentario sarcástico si el café que se les servía no estaba muy caliente. Si las mujeres también

decidían ir a ver a alguna amiga, sus maridos tenían derecho a preguntar por qué salían. A veces les parecía que la razón no era del todo convincente y no aprobaban el motivo de tal visita. Ordenaban a sus mujeres que se quedaran en casa o que dejasen de ver a tal o cual amiga. Siempre decían que lo hacían porque las querían. Para ellos, amar a una mujer y controlarla era prácticamente lo mismo. Lo habían aprendido de sus padres, que lo habían aprendido de sus padres, que lo habían aprendido de los suyos. Y así como lo habían aprendido, se lo trasmitían a los hijos.

Algunas mujeres eran reacias a acatar las órdenes de su marido. A veces la línea entre ejercer el control y perderlo era muy difusa, como la que existe entre el amor y el dominio. Eso podía provocar grandes discusiones de puertas adentro que acababan con una rotura de muñeca o una nariz sangrando, mientras unos niños observaban la escena llorando y acurrucados en un rincón donde nadie los veía y al otro día lo contaban con todo lujo de detalles a sus amigos en el colegio. El incidente llegaba a oídos de los profesores y a veces se involucraba el Partido. Si la situación empeoraba, se organizaba una reunión en el lugar de trabajo o en el consejo local. Los camaradas intervenían para condenar un comportamiento cuya raíz achacaban a los defectos de la naturaleza humana, a las costumbres de la comunidad o al legado de la religión. El socialismo había logrado quitarles el velo a las mujeres, pero no el que cubría la mente de los hombres. Había conseguido arrancar las cadenas con cruces que colgaban sobre el pecho de las esposas, pero no las cadenas que constreñían los cerebros de sus maridos. Poco más se podía hacer, aparte de esperar a que aquello cambiara con el tiempo o, como lo veía mi madre, aprender a defenderse.

Mi padre intentaba ser diferente, al igual que lo había sido su padre. Estando en la cárcel, mi abuelo había traducido a Olympe de Gouges y luego le enseñó el texto en albanés de la *Declaración de los derechos de la mujer y de la ciudadana* a Haki, y este hizo que se lo tragara. En cuanto a mi bisabuelo, el primer ministro, su contribución oficial a la causa de las mujeres albanesas fue aprobar una ley que legalizaba el trabajo sexual y que el Partido derogó poco después de finalizar la guerra. No sabemos qué otras ideas le pasarían por la cabeza al respecto. Una bomba se la voló y además, en cualquier caso, no nos estaba permitido pensar en él. De todos modos, la historia de mi familia dejaba entrever que, durante muchas generaciones, los hombres habían reconocido, al menos en teoría, la existencia de las mujeres como entidades que no estaban totalmente circunscritas a la vida de su marido.

Otra cosa era cómo se reflejaba aquello en el quehacer diario, en quién cocinaba y limpiaba o quién se encargaba de lavar los platos. La

relación de mi padre con las tareas domésticas era la misma que podía tener un niño con las coles. Sabía que eran buenas para él, pero en el fondo le daban asco. Diré a su favor que lo único que usaba como excusa era su asma, nunca sus cromosomas. Lo que solía hacer para aliviar a mi madre de algunas tareas era pedir ayuda a su propia madre. Pero mi abuela tenía una aversión particular a tales trabajos; no se debía a que creyera que las mujeres no tenían que ocuparse de las tareas de la casa, sino a que siempre había visto que las hacían los criados. Al final, tanto mi padre como mi abuela le dejaban a mi madre hacer el trabajo físico más duro. Ellos se encargaban de la educación.

A mi madre nunca se le pasó por la cabeza que las cosas podían haber sido distintas para ella. Cuando había un problema, lo único que pensaba era cómo resolverlo ella misma y no si podía recurrir a otra persona. Tenía tal carisma y autoridad que actuaba con total independencia de los demás, a veces demasiada. La única arma que podía ofrecerles a las otras mujeres era su propia fortaleza. La única defensa que me trasmitió a mí fue su ejemplo. Crecí viendo cómo la gente era respetuosa con ella, como si se sintieran intimidados; y no solo sus alumnos, los niños de nuestro barrio o nosotros, sus propios hijos, sino también algunos adultos, incluidos los hombres. Yo me preguntaba de dónde venía su poder y pensaba que quizá infundía miedo a los demás porque a ella nunca le asustaba nada. Pero cuando intenté ser como ella y traté de controlar mis miedos, incluso dominarlos, me costó muchísimo. Me di cuenta de que mi madre era un ejemplo imposible de seguir. Mi madre no luchaba contra sus miedos y los superaba. Nunca supo lo que era el miedo.

Lo mismo pasaba con las mujeres a las que ella quería ayudar. Si los hombres se sentían intimidados por mi madre era difícil que las mujeres pudieran considerarla su igual. Ella nunca admitiría tener alguna debilidad en común con aquellas mujeres, o necesitar ayuda o pedir auxilio. El apoyo que ofrecía era solo por caridad, nunca por solidaridad. Para mi madre, los dilemas morales, la dependencia de otras personas y la persecución con ellas de una causa común eran distracciones, obstáculos absurdos que impedían el logro de sus propios objetivos. Por eso le resultaba difícil consultar a los demás. No confiaba en nadie, solo en ella misma.

Por encima de todo, mi madre desconfiaba del Estado. Era alérgica a las discusiones abstractas sobre la igualdad o sobre el papel de las instituciones en el fomento de la justicia. Pensaba que nunca había que empezar a plantearse si algo debería ser de un modo o de otro. Que nunca había que preguntarse qué podía hacer por ti el Estado, sino qué podías hacer tú para no depender del Estado. Sospechaba que todas aquellas discusiones sobre la discriminación positiva y las cuotas

femeninas no eran más que distracciones que otorgaban más poder a las instituciones burocráticas para controlarnos y más oportunidades a los parásitos para corromperse. Nunca consideró que el Estado fuese un motor para el progreso. Nunca creyó en el poder de lo colectivo.

No fue hasta muchos años después que se me ocurrió pensar lo sola que debió de sentirse. También se me ocurrió por esa misma época que tal vez mi madre no había destacado tanto después de todo, que tal vez había cientos, incluso miles, de mujeres como ella. Mujeres que habían gestionado su vida ajenas a la existencia de las demás, contentas con su autosuficiencia y resentidas por la falta de valor, de ambición y de voluntad de lucha de las otras mujeres. Quizá fuese un fallo de las instituciones o quizá fuese por falta de imaginación, el hecho es que mi madre vivió toda su vida en un Estado socialista convencida de que siempre hay que luchar contra los otros y no junto a los otros. Yo le habría ofrecido mi apoyo si no fuera porque pensé que podría ofenderse.

16. TODO FORMA PARTE DE LA SOCIEDAD CIVIL

Una tarde de octubre de 1993 regresé del colegio y encontré a mi abuela en la entrada de casa con cara de preocupación. Me siguió dentro sin decir palabra, esperó que dejara la cartera y los libros en mi cuarto, que me quitara el uniforme y me pusiera la ropa de andar por casa y que comiese las albóndigas que ella me había calentado. Después señaló el sofá del salón, me hizo un gesto para que me sentara y ocupó su lugar habitual en el sillón de enfrente. Por fin me planteó una pregunta que resultó tan absurda como inesperada.

–¿Dónde aprendiste lo que son los preservativos?

–¿Dónde qué? –contesté tan rápido que mi abuela lo interpretó como una prueba de que yo estaba negando la evidencia que buscaba–. No tengo ni idea de qué son los preservativos.

–Sí que lo sabes –insistió–. Tu padre se encontró con Kasem en la calle. Él fue quien le advirtió sobre ti. Su hijo estaba presente cuando dijiste que la gente debería usar preservativos. Parece ser que había unos veinte chicos en el aula, todos mayores que tú. Hasta ellos estaban avergonzados de oír a una joven de buena familia hablar así en el colegio. *Ton père est en colère*.[12] De verdad, está muy enfadado.

–Ah, ¿te refieres a la traducción de francés? –Solo cuando la oí hablar en francés me di cuenta de a qué se refería–. No se lo dije a nadie en concreto, solo estaba traduciendo el final de una película francesa.

Aquello empeoró las cosas.

–¿Por qué estabais traduciendo una película sobre preservativos en el colegio? –preguntó continuando con el interrogatorio.

–Me lo pidió la Mula –le respondí–. Tuve que buscar la palabra *préservatif* en el diccionario. No tenía ni idea de lo que quería decir.

La Mula era el apodo de la exprofesora de Marxismo de mi nuevo instituto. Parecía que, en lugar de caminar, trotase. Jadeaba y cargaba con una pesada mochila como si llevase a cuestas a un ser humano que dejaría caer de un momento a otro. Mis padres sospechaban que había sido una agente del Sigurimi en el pasado. Cuando la veían por la calle siempre se cambiaban de acera. La Mula se había incorporado recientemente a la sociedad civil. Complementaba su mísero salario escolar colaborando con una o dos ONG extranjeras que habían abierto sedes en nuestra ciudad y a menudo reclutaba a sus alumnos para que la ayudaran en la organización de eventos. Era una adaptación y transición perfecta de la antigua época en que organizaba veladas para

las juventudes comunistas y espectáculos para celebrar el cumpleaños de Enver Hoxha. Mi padre bromeaba diciendo que estaba claro que algunas habilidades eran perfectamente transferibles.

–¿Por qué quería la Mula que tradujeras una película sobre preservativos cuando tú no tienes ni idea de lo que es un condón? –El enfado de Nini se iba disipando poco a poco para dar paso al desconcierto.

–No me pidió que tradujera la película, solo el final –le expliqué–. Es sobre una mujer joven que muere de sida, una enfermedad contagiosa que puede ser mortal. Al final de la película, ella cuenta su historia. Yo tenía que trasmitirle al público lo que decía. Tuve que ponerme de pie delante de todos y traducir: «Por favor, usen preservativos». Eso es lo que decía la mujer. No vimos toda la película, solamente ese trozo; es muy potente, la mujer tiene los ojos llenos de lágrimas y todo el mundo se emocionó con esa escena. La Mula dirige una ONG nueva que se llama Acción Plus, cuyo fin es concienciar sobre el sida, y por eso cada dos meses o así organiza actos en el instituto por la tarde. Durante el último acto que montó pasamos el final de esa película francesa como parte de la campaña de concienciación y los demás alumnos también hicieron otras cosas: a Besa le pidió que leyera el poema «Si», de Rudyard Kipling, y un grupo interpretó «I Want to Break Free», que había cantado Freddie Mercury, quien murió de sida, y a mí me pidió que tradujera el final de esa película porque a la Mula le parecía muy conmovedor, aunque ella no entendía bien lo que decía y yo era la única que sabía francés; también acudieron al acto algunos norteamericanos que ayudan a financiar Acción Plus y, cuando acabó, aplaudieron y dijeron que nuestra campaña de concienciación había sido enormemente inspiradora.

Cuando terminé mi explicación estaba sin aliento. Aunque había logrado convencer a mi abuela de mi inocencia, empecé a sospechar que había algo turbio en Acción Plus.

Mi abuela no dijo nada. Se levantó del sillón, se sentó a mi lado y me dio mi primera clase de educación sexual. Me explicó lo que era un preservativo y para qué servía. Por mi parte le conté lo que sabía sobre el VIH y juntas descubrimos cómo se trasmitía el sida, del que ella nunca había oído hablar. También le informé sobre todas las personas famosas que habían muerto de sida, como Rudolf Nuréyev, a quien ella conocía porque había huido de la Unión Soviética a Occidente en 1961, y Anthony Perkins, al que no conocía por el nombre, pero enseguida se dio cuenta de quién era cuando le dije que era el que había interpretado a Norman Bates en *Psicosis*.

–Es terrible –dijo moviendo la cabeza con incredulidad–. Realmente terrible. Nunca había oído hablar de eso. Pero, quién sabe, puede que pronto llegue aquí.

Me prometió que convencería a mi padre de que Acción Plus no solo era una organización inofensiva, sino que además era necesaria y que no había ninguna razón para censurar mi participación en las actividades de la Mula. Le explicaría que, aunque no había ningún caso de sida en un país donde las mujeres bien educadas no solían tener relaciones sexuales antes del matrimonio, aquello bien podría ocurrir muy pronto. Al igual que con las drogas y otras perversiones occidentales era mejor dar por hecho que el sida acabaría por llegar a nuestro país y, por lo tanto, no solo era conveniente tomar medidas de prevención, sino que había que hacerlo de forma urgente.

–Es la libertad –concluyó mi abuela–. Eso es lo que pasa cuando hay demasiada libertad. Pasan cosas buenas y cosas malas. Es imposible controlar todo el tiempo a la gente. Es imposible evitar que contraigan el virus. Supongo que por eso necesitamos a estas ONG. Para protegernos de las enfermedades nuevas y de todos los desastres futuros. No podemos confiar en que el Estado lo haga. Por eso necesitamos a la sociedad civil.

Sociedad civil era el nuevo término que se había añadido recientemente al vocabulario político para sustituir, más o menos, a *Partido*. Era sabido que fue la sociedad civil la que impulsó la Revolución de Terciopelo en Europa del Este. La que aceleró la caída del socialismo. En nuestro caso, el término se popularizó cuando ya había concluido la revolución, quizá para explicar una secuencia de acontecimientos que al principio parecieron inverosímiles y que después requirieron una definición que les diese sentido. Se unió a otras palabras claves como *liberalización*, que sustituyó a *centralismo democrático*; *privatización*, que sustituyó a *colectivización*; *transparencia*, que sustituyó a *autocrítica*; *transición*, que permaneció igual, pero que pasó a indicar la transición del socialismo al liberalismo en lugar de la transición del socialismo al comunismo; y *lucha contra la corrupción*, que sustituyó a *lucha antiimperialista*.

Todas esas nuevas ideas versaban sobre la libertad, pero ya no sobre la libertad de la comunidad que, poco a poco, se fue convirtiendo en una palabrota, sino sobre la del individuo. Existía la sospecha constante, o quizá fuese una memoria cultural residual, de que, sin un control social, el aumento de la libertad individual solo conduciría a que las personas fueran libres de perjudicarse a sí mismas. Y se daba por sentado que ya no podía confiársele al Estado dicho control social. Lo cual hacía aún más urgente integrar a la sociedad civil. Se suponía que la sociedad civil era algo ajeno al Estado, pero también algo que podría sustituirlo; se suponía que surgiría naturalmente, pero que también había que fomentarla; se suponía que propiciaría la armonía, pero también se aceptaba que había algunas diferencias que jamás podrían resolverse. La sociedad civil estaba formada por muchas

organizaciones y grupos comunitarios distintos que surgieron como setas tras la lluvia, algunos como resultado de iniciativas locales, pero la mayoría con la ayuda de nuestros amigos extranjeros. Uno de los problemas de nuestro país, al que se aludía a menudo, era que no contábamos con una sociedad civil activa. No estaba claro si la habíamos tenido en el pasado y había sido engullida por el Partido, como un Cronos que devora a sus hijos al nacer, o si debíamos crearla desde cero. En cualquier caso parecía más prudente actuar teniendo en cuenta ambas posibilidades: había que lograr que Cronos vomitase a sus hijos y, a la vez, generar una vibrante vida social que permitiera a los individuos no solo organizarse espontáneamente, intercambiar ideas, interactuar entre sí y crear espacios tanto para el aprendizaje mutuo como para los intercambios comerciales, sino también protegerse de los peligros venideros.

Mis años adolescentes estuvieron dedicados a un intenso activismo en la sociedad civil. Como muchos otros, yo era consciente de sus beneficios, tanto espirituales como materiales. En los debates del Instituto para una Sociedad Abierta se podían abordar cuestiones como «La pena capital está justificada» y estudiar la Octava Enmienda de la Constitución de los Estados Unidos. Al discutir sobre si «Las sociedades abiertas requieren fronteras abiertas» podías conocer la finalidad de la Organización Mundial del Comercio. Con las campañas de información sobre el sida realizadas por Acción Plus podías pasar la tarde comiendo cacahuetes gratis y bebiendo Coca-Cola en la antigua sala de ping-pong del Palacio de los Deportes. En los Amigos del Esperanto existía la posibilidad de viajar a París. Con la Cruz Roja podías recorrer la ciudad cuando se distribuían alimentos a las familias más necesitadas y obtener un paquete de arroz gratis. Era un arroz diferente del que solíamos pedir prestado a nuestros vecinos; primero, porque la cantidad era mucho mayor; segundo, porque venía de Occidente; y tercero, porque tenía una indicación de CONSUMIR ANTES DE LA FECHA INDICADA, que te informaba de cuándo debías comerlo, por lo general, la semana anterior a que te lo dieran.

Mi amiga Marsida organizó un grupo de lectura del Corán. Su familia se había marchado de Albania en el *Vlora*, pero los habían devuelto en otro barco como a todos los demás. Cuando el taller de calzado de su padre se convirtió en una discoteca, él se quedó sin trabajo y decidió formarse para ser imán, siguiendo los pasos de su padre. Marsida me enseñó la sura al-Ijlás: «Bismillah Hir Rahman Nir Raheem / Que huwa Allahu ahad / Allahu assamad / Lam yalid walam yulad / Walam yakul-lahoo / kufuwan ahad».13 Me dijo que era una de las mejores suras y que se refería a los atributos de Dios: unidad, autoridad y eternidad. Tardabas doce segundos en decirla en voz alta, pero, según el Profeta, recitarla equivalía a conocer un tercio del

Corán. Cuando me la tradujo y me enteré de que Alá era a quien acudíamos en busca de apoyo decidí asistir a la mezquita para saber más sobre el dios musulmán.

–¿Has rezado por mí, para que encuentre trabajo? –bromeó mi padre cuando añadí la mezquita a mi lista de actividades de la sociedad civil.

–No creo que sirva de nada –le contesté–. Lo que tienes que hacer es modificar el tipo de letra de tu currículum. Cámbiala de Times New Roman a Garamond.

Dio resultado. No sé si fue por el rezo o por el cambio de tipografía (o quizá por las nuevas conexiones políticas de mi madre), pero lo cierto es que a mi padre le ofrecieron un empleo cuando yo estaba a punto de cumplir catorce años. Lo contrataron para dirigir Plantex, una empresa estatal que antes se había dedicado a la exportación de plantas medicinales, pero cuyo cometido inmediato era la reducción de su enorme deuda.

Mi padre aceptó el trabajo tras recibir múltiples garantías de que su predecesor se había ocupado de todos los despidos. Estaba entusiasmado con el proyecto y se sentía preparado para asumir el desafío.

Su historial poscomunista en la administración de las finanzas de nuestra familia hablaba por sí mismo. Unas semanas antes de que Plantex lo contratara había logrado devolver el dinero que había pedido prestado cuando Ronald Reagan le ganó a Jimmy Carter el 4 de noviembre de 1980. Recuerdo la fecha porque así, con esa precisión, fue como mi familia anotó el último préstamo que nos había hecho mi tío.

Ahora, cuando pienso en la transición profesional de mi padre, que pasó de plantar árboles a dedicarse a ganar dinero, me parece que fue como mandar a Pinocho al Campo de los Milagros. Pero no había ninguna arrogancia ni nada raro en la seguridad desbordante que él sentía; su actitud ante las finanzas era compartida por todo el país.

En 1993 no teníamos ahorros. Poco a poco fue desapareciendo el préstamo entre parientes y vecinos, en parte porque empezó a surgir la posibilidad de viajar al extranjero o de gastar lo que habías ahorrado, algo muy raro en el pasado. Y en parte porque, al comenzar a haber grandes diferencias entre lo que ganaban unos y otros, el solo hecho de ir a llamar a la puerta de alguien para pedir ayuda podía dejarte en evidencia como un perdedor. También fueron desapareciendo las llamadas «loterías del trabajo», una forma de crédito organizado gracias a que los trabajadores de un mismo sector contribuían voluntariamente con parte de su salario para ayudar a los compañeros a comprar una lavadora o un televisor. Las transacciones personales se convirtieron en algo anónimo; surgieron las empresas financieras y las agencias de seguros. Mi familia no tenía la suficiente confianza en esas

empresas como para depositar allí sus ahorros o pedirles un préstamo. «¿Recuerdas el capítulo de las bancarrotas en *César Birotteau*?», decía mi abuela, como si citar a unos personajes ficticios de *La comedia humana*, de Balzac, constituyera una prueba definitiva de la inmoralidad del sistema crediticio. Mi madre no era tan drástica al respecto. Sugirió que también podría estar bien que tuviésemos propiedades inmobiliarias, como su familia en el pasado. Después cambió de opinión, pero mientras tanto seguimos guardando lo poco que ahorrábamos en el bolsillo interior del viejo abrigo de mi abuelo, «para que nos dé buena suerte».

El abrigo fue una de las pocas cosas que funcionó igual bajo el capitalismo que bajo el socialismo. Nos mantuvimos a flote. Mi abuela empezó a dar clases particulares de francés y de italiano a niños. Pronto se corrió la voz de que ella no había aprendido esos idiomas con la ayuda de canciones ni de películas, como todos los demás, sino que los había estudiado en un Liceo Francés. Eso aumentó la demanda de sus clases, de tal manera que no daba abasto. Mi habitación se transformó en un aula con mesas y sillas plegables, un atril, tizas y verbos que permanecían siempre conjugados en la pizarra, como si quisieran inmortalizar las acciones que describían: *je viens d'oublier; tu viens d'oublier; il / elle vient d'oublier*. Me sentía como si me hubiera mudado a vivir al colegio. Mi padre era el encargado de cobrar en efectivo al final de cada clase, combinando cortesía y autoridad a la hora de reclamar los pagos atrasados y manejando nuestras finanzas con una austeridad tan disciplinada que hubiera sido impensable en el pasado. Mi abuela decía que mi padre poseía un talento natural para los negocios, a la par que el de mi madre. En realidad, a mi padre le aterrorizaban las deudas. Solía decir que eran como una bestia que durante el socialismo permanece dormida, como todo lo demás, pero que en el capitalismo está siempre despierta. Que teníamos que matarla antes de que ella nos matase a nosotros. Mi padre no descansó hasta haber devuelto todo el dinero que debíamos. Una vez eliminada esa bestia estaba listo para hacer frente a otra de una especie diferente. De ahí su entusiasmo ante la siguiente misión heroica: el rescate de Plantex.

Mi madre le compró una corbata negra con unos minúsculos elefantitos blancos en una tienda de segunda mano y remendó la chaqueta y los pantalones de mi abuelo. En su primer día de trabajo, mi abuela, que nunca antes había mostrado la menor inclinación religiosa, le hizo besar el Corán tres veces antes de salir de casa, «solo para estar seguros». Después de todo eso –nuestro reciente historial financiero, los elefantes en la corbata, el traje de la buena suerte para ir a la oficina y los respetos presentados a Alá– solo quedaba un frente abierto por el que podía atacar la desgracia: su escaso dominio del

inglés.

Al principio, aquello podía parecer una preocupación trivial. Mi padre hablaba cinco idiomas con fluidez aparte del albanés. Hablaba francés, que había aprendido de niño, como toda su familia; dominaba el italiano gracias a sus lecturas de los ejemplares de contrabando de *Cuentos para un año*, de Pirandello; y había ganado competiciones de ruso cuando nuestro país todavía mantenía buenas relaciones con Moscú. Con sus conocimientos de ruso y la ayuda de los programas de la televisión yugoslava, también aprendió serbocroata y macedonio, que, según él, era igual al búlgaro. Nunca se imaginó que todos esos idiomas no le servirían para compensar lo que consideraba el mayor error que había cometido en su vida: no haber aprendido inglés. Hablar esas otras lenguas no solo no le servía de consuelo, sino que empezó a pensar que las había estudiado empujado por unas fuerzas manipuladoras y malévolas que lo alejaron del único idioma que de verdad tendría que haber aprendido: el inglés.

–Si al menos hubiera mirado el programa de *Lenguas extranjeras en casa* –me decía llevándose las manos a la cabeza–. Si al menos hubiera estudiado el *Essenshel*.

–Se llama *Essential English for Foreign Students* –le corregía yo, cosa que le molestaba aún más.

–Tú tuviste suerte, brigadista. Tú ya empezaste a estudiar inglés en el colegio porque ya nos habíamos separado de los soviéticos. Yo solo estudié ruso.

El inglés se convirtió en su nuevo enemigo, en la pesadilla que le quitaba el sueño.

–Dentro de poco vendrán los expertos extranjeros –decía temblándole la voz–. Pronto estarán aquí y yo no podré comunicarme con ellos–. Y al rato empezaba de nuevo–: Me echarán en cuanto cambie el gobierno. Estoy seguro. Porque no sé inglés.

–Pero, Zafo, puedes aprenderlo –le contestaba dulcemente mi abuela–. Y hablas francés. Bruselas es importante, ¿sabes?, estamos a punto de entrar en la Unión Europea. Todavía hay mucha gente que estudia francés.

–Sí, los franceses todavía lo estudian –se burlaba mi madre–. Lo estudian dos veces: una como lengua materna y otra como lengua extranjera. –Ella se sentía superior porque tenía un inglés básico gracias a Nona Fozi, que había estudiado en un internado norteamericano para niñas ricas antes de la guerra–. Pero es cierto, ¡estudia inglés! –le ordenó mi madre–. No pierdas el tiempo lamentándote.

Normalmente mi padre no «perdía el tiempo» lamentándose. Todo lo contrario, su tiempo lo marcaba ese flotar de una preocupación a otra: eso era lo que estructuraba los acontecimientos y configuraba sus

expectativas. Preocuparse y lamentarse eran inherentes a su existencia, algo tan natural como respirar y dormir. Aunque el problema fuese algo mucho menos importante que el inglés, él habría encontrado una razón para angustiarse por el nuevo trabajo. El problema con el inglés no era que a él le preocupara enormemente, sino que nadie podía ofrecerle unas palabras tranquilizadoras. Nadie podía decirle que no importaba.

Al principio se enfrentó al reto igual que siempre había hecho en el pasado: consiguió un diccionario y eligió un libro para traducir. Ese esfuerzo fracasó pronto. Quizá porque se dio cuenta de que los idiomas que conocía no lo ayudaban a ir más rápido. O quizá porque el libro en cuestión era las *Obras completas de Shakespeare*, en una lujosa edición del siglo XIX que debió de escapar a la confiscación de las pertenencias familiares con el único propósito de humillar a mi padre medio siglo más tarde.

Después de eso intenté convencerlo de que acudiera al programa vespertino de inglés al que yo me había apuntado. Se llamaba Cambridge School y ofrecía enseñanza gratuita. A cambio tenías que escribir cincuenta o sesenta cartas a unas direcciones aleatorias en el Reino Unido. Cada participante del curso recibía un paquete con varias páginas fotocopiadas de la guía telefónica de las que había que seleccionar a los destinatarios. En las cartas teníamos que presentarnos, hablar de nuestra familia, adjuntar una o dos fotografías, expresar nuestro deseo de hacer amigos en el extranjero y pedir una colaboración en dinero para financiar el curso en inglés. A mí me tocó la letra F. Nunca supe cuál era el siguiente paso que dar en caso de recibir una respuesta, puesto que nunca me contestaron. Era como verter gotas de colirio en el océano. Decían que algunos participantes habían conseguido ayuda financiera y que a otros los habían invitado a visitar el Reino Unido o a estudiar allí. Pero nadie vio nunca ninguna prueba de ello, ya que los que recibieron tales invitaciones no llevaban las cartas a clase para que los menos afortunados no «les robaran la dirección del mecenas». En mi caso, los beneficios se limitaron a poder mejorar mi inglés. Cada carta tenía que ser distinta y eso me ayudó a buscar una variedad de fórmulas para expresar los mismos hechos sencillos de forma diferente. A mi padre también le entusiasmó la idea. Pero cuando fue a matricularse le dijeron que el programa era solo para niños y adolescentes. Le dijeron que era muy improbable que alguien contestara a unas cartas enviadas por varones albaneses de mediana edad. No hace falta decir que aquello lo hundió aún más.

La esperanza surgió gracias a un encuentro fortuito en el autobús de vuelta a casa, donde conoció a un grupo de jóvenes estadounidenses. Mi padre creía que eran marines, porque le pareció que eso dijeron al presentarse. Además se les notaba en la disciplina con la que llevaban

sus mochilas negras, en los pantalones ajustados, las camisas blancas perfectamente planchadas, los rostros bien afeitados y el pelo muy corto e impecable. Los marines se habían acercado a mi padre para preguntarle por una dirección. Él intentó explicarles que no entendía ni una palabra y debió de notársele la tristeza que eso le causaba, porque ellos escribieron algo en un trozo de papel y se lo metieron en el bolsillo. Le dijeron que organizaban clases de inglés gratis por las tardes y que era bienvenido si quería apuntarse.

En cuanto pudo acudió a las clases. Estaba enormemente satisfecho con el programa. Allí se encontró con gente que conocía, incluido nuestro vecino Murat, el zapatero, que estaba estudiando para ser imán. Mi padre no solo progresaba rápidamente aprendiendo inglés con estadounidenses, sino que además los libros de texto que usaban eran muy interesantes. Aprendió cosas sobre una religión llamada Iglesia de los Santos de los Últimos Días y sobre una nueva doctrina de la que nunca había oído hablar. Al igual que el islam, permitía la poligamia. Nos contaba que los debates en clase eran siempre muy profundos, muy serios, nunca trataban de las trivialidades que uno esperaría en una clase de inglés elemental. Algunos de los asistentes defendían la superioridad del profeta Mahoma, que, a diferencia de Jesús, nunca cometió la temeridad de afirmar que era el hijo de Dios; Mahoma solo era un profeta entre muchos, pero con la ventaja de ser el último y, en consecuencia, el que más razón tenía. Mi padre no tomaba partido. En algún lado había leído que no se podía juzgar con los mismos criterios los asuntos de la razón y los de la fe. Pero le gustaba escuchar y ejercer de árbitro. Decía que algunas personas del curso hacían críticas bastante agresivas de los Santos de los Últimos Días. Murat invitó a los marines a visitar la antigua mezquita, que había sido reconvertida en templo tras años de ser utilizada como centro juvenil y que acababan de restaurar con la ayuda de amigos musulmanes de Arabia Saudí.

Mi padre se enteró de que en realidad no eran marines. Tenía un nivel de inglés tan pobre que los había entendido mal cuando los conoció en el autobús. Eran mormones. Dijeron que eran misioneros, aunque en mi familia había cierta controversia respecto a la naturaleza exacta de su misión. Mi padre creía que lo único que querían era enseñar inglés; Nini insistía en que, si lo único que querían era enseñar inglés, no se llamarían a sí mismos misioneros, sino profesores. Los misioneros se llamaban así porque su misión era convertir a la gente a su religión.

–Todo forma parte de la sociedad civil –fue la contribución de mi madre a la conversación, como si la mera mención de esas dos palabras pudiera poner punto final a las disputas religiosas.

–Pobres chicos –dijo suspirando mi abuela.

–Sí, pobres chicos –secundó mi padre–. Es muy injusto decir que intentan convertir a la gente. Son minoría en la clase y siempre tienen que estar defendiéndose. Murat y sus amigos son los que están intentando convertirlos a ellos al islam.

–A eso me refiero –dijo mi madre–. Todo forma parte del debate.

–Pobres chicos –repitió Nini.

De ahí en adelante, cada vez que mi padre acudía a sus clases de inglés por las tardes, ella decía que había ido a ver «a esos pobres chicos».

17. EL COCODRILO

Mi padre también practicaba inglés con «el pobre hombre», conocido al principio como el Cocodrilo. Su nombre era Vincent Van de Berg. Había nacido en La Haya, pero había vivido en el extranjero la mayor parte de su vida. Él también era una especie de misionero. Trabajaba para el Banco Mundial. No iba por ahí con la Biblia en la mochila, sino que llevaba un periódico rosa llamado *Financial Times*. Lo llevaba en un pequeño estuche de cuero en el que transportaba un ordenador caro, el primer ordenador que vi en mi vida. Se había mudado a Albania para asesorar al gobierno en varios proyectos de privatización. Era un «experto»; la clase de experto que mi padre había pronosticado acertadamente que pronto conoceríamos y que era la razón por la que él tenía prisa por aprender inglés.

Vincent era experto en sociedades en transición. También él vivía en su propio proceso de transición. Siempre estaba trasladándose de una sociedad en transición a otra. Había residido en tantos países diferentes que, de todas las preguntas que le hicimos, recuerdo que solo hubo una que lo incomodó más que cuando le preguntamos cuánto ganaba: ¿en qué países has vivido anteriormente? Fue incapaz de recordar los nombres de todos los lugares donde había estado. Se encogió de hombros brevemente, entornó los ojos y se quedó callado con la mirada perdida. Permaneció con la vista fija en el horizonte, como esperando a que las nubes se juntaran formando un globo terráqueo y así tener un mapa que lo ayudara a ver los países que había recorrido. Se rascó la cabeza y casi se sonrojó cuando dijo con una media sonrisa misteriosa, entre apenada y de disculpa:

–Oh, en muchos muchos países. Son tantos. En África, en Sudamérica. En Europa del Este. Últimamente en los Balcanes. Por todos lados. Soy un ciudadano del mundo.

Vincent estaba prácticamente calvo, tenía unos pocos mechones canosos muy cortos y llevaba unas gafas grandes con una fina montura metálica plateada. Vestía vaqueros oscuros y camisas de manga corta que se parecían bastante a las de los marines estadounidenses, solo que, en lugar de un bolsillo, tenían un cocodrilo pequeñito. El cocodrilo estaba hecho de tela, siempre miraba en la misma dirección y tenía la boca bien abierta para enseñar unos dientes afilados que parecían desproporcionadamente grandes comparados con el resto del cuerpo. Van de Berg se cambiaba de camisa con frecuencia y cada día usaba una de distinto color, pero el cocodrilo era siempre el mismo. Yo

decía en broma que quizá le gustaban los cocodrilos porque le recordaban todos los lugares exóticos que había visitado. Mi padre creía que Vincent los llevaba para que a la gente le fuera más fácil acordarse de él. Cuando Van de Berg se mudó a nuestro barrio todos lo llamaron «el Cocodrilo», hasta que pasó algo que hizo que empezaran a llamarlo «el pobre hombre».

Fue Flamur el que llevó a Van de Berg hasta nuestra calle. Los dos se conocieron en el mercado de alimentación donde Flamur trabajaba como carterista. Había elegido esa ocupación cuando tuvo que dejar el colegio después de que cerrara la fábrica donde trabajaba su madre y de fracasar en sus muchos intentos de abandonar el país. Intentó robarle la cartera a Vincent sin saber a quién se enfrentaba. Van de Berg era igual de experto a la hora de detectar los objetos que le faltaban del bolsillo como en gestionar transiciones. «Volví a meter la cartera en su lugar», contaría Flamur más tarde, «y, para distraerlo, le pregunté si necesitaba ayuda en el mercado. Le mostré casi todos los puestos. Él acababa de llegar a la ciudad y estaba buscando una casa para alquilar. Yo le ofrecí la nuestra.»

Van de Berg fue a ver la casa y le gustó. Preguntó cuándo podía entrar a vivir allí y Flamur le dijo que los inquilinos que la ocupaban en ese momento habían prometido marcharse muy pronto, antes de una semana. Los siguientes días ayudamos a Flamur y a su madre, Shpresa, a empacar todas sus pertenencias y a mudarse a una habitación que les alquilaron a los vecinos de al lado, la familia Simoni, que habían emigrado a Italia y tenían la casa cerrada. Gracias al dinero que obtuvieron de la diferencia entre ambos alquileres y a que Shpresa comenzó a trabajar para Van de Berg como señora de la limpieza y cocinera, Flamur pudo volver al colegio, donde informaba con todo lujo de detalles sobre las actividades del neerlandés. Nos decía, por ejemplo: el Cocodrilo sale de casa todas las mañanas muy temprano. El Cocodrilo solo invita a cenar a extranjeros, nunca a albaneses. El Cocodrilo cenó ensalada en el jardín con sus amigos. El Cocodrilo dijo que aquella ensalada le recordaba a la que hacían en Grecia. El Cocodrilo quedó con una chica que trabaja en la Escuela Católica Italiana, y después con una amiga de esta, que trabaja como traductora en la Fundación Soros. El Cocodrilo dijo que la noche anterior le habían robado los calzoncillos de la cuerda de tender. Ese tipo de cosas.

Al Cocodrilo empezaron a llamarlo «el pobre hombre» pocas semanas después de mudarse a la casa de Flamur; tras la primera cena que le organizaron todos los vecinos para darle la bienvenida a nuestra calle. En realidad no era pobre; al menos, nosotros dábamos por hecho que no lo era. Si hubiera sido realmente pobre, habría intentado irse de nuestro país, como hizo todo el mundo; no habría venido a

instalarse en él. Al contrario, dábamos por hecho que Van de Berg era muy rico, pero también muy tacaño. Nunca te ofrecía nada cuando te encontrabas con él por la calle, ni un chicle ni un caramelo, a diferencia de todos los turistas con los que nos topábamos cuando éramos niños.

Al principio, la cena de bienvenida de Vincent fue una velada muy alegre. Colocamos las mesas y sillas en el jardín de los Papas, igual que hacíamos en el pasado. Se organizó el ajetreo habitual: los niños corrían de aquí para allá llevando cubiertos y platos, los perros hurgaban debajo de las mesas y la música sonaba por los altavoces. De distintas casas llegaron varios platos de *meze*, además de *byrek*, albóndigas, pimientos rellenos, berenjenas asadas, aceitunas, varias salsas de yogur, brochetas de cordero, delicias turcas, *baklava*, *kadaifi*,14 cerveza, vino, raki de ciruela, raki de uva, *ouzo*, café turco, café expreso, té de hierbas, té chino y muchas muchas latas, no solo de Coca-Cola, sino también de todos los demás refrescos que habían empezado a aparecer en las tiendas. Flamur asumió el papel de DJ y se instaló en la galería que rodeaba la casa, cambiando los casetes sin parar para satisfacer todos los gustos y estilos, y ordenándoles a los niños pequeños que fuesen a buscar más casetes cuando le parecía que había un vacío en su repertorio. La pista de baile continuó llena toda la noche: algunos se unieron a los tradicionales bailes en filas enfrentadas, otros solo saltaron a la pista cuando oyeron la «Canción del cosaco», otros más abandonaron la mesa sujetando grácilmente a su pareja cuando sonó «El Danubio azul» y otros, como mi padre, solo contemplaban la posibilidad de bailar si ponían a Bill Haley o a Elvis Presley. Y cuando la gente no bailaba, cantaba: desde «Ochi Chyornye» hasta «Let It Be», desde «Felicità», de Al Bano y Romina Power, hasta «Luleborë», la única melodía que cantaron con cierto parecido a la letra real.

Van de Berg estaba sentado a la mesa del centro del jardín, en el lugar que se reservaba para los novios si aquello hubiese sido una boda. No cantó ni bailó, pero parecía contento mientras daba golpecitos en la mesa, seguía el ritmo moviendo la cabeza de derecha a izquierda y tarareaba las canciones que conocía. Dijo que la fiesta le recordaba a las de Ghana. Los hombres se fueron presentando por turnos, estrechándole la mano con brío y dándole palmaditas en la espalda.

–¡Bienvenido, Vincent! ¡Sírvete otro raki! Este lo hice yo –decía uno.

–¡Esta ronda va por ti! –brindaba otro.

–Has dicho que eres de los Países Bajos, ¿no es así? ¡A la salud de la amistad entre Albania y los Países Bajos! –añadía el siguiente.

–¡A ver, Vincent! ¡Viva el Banco Mundial! ¡Dios salve a América! –decía otro más.

A medida que avanzaba la velada, las mujeres fueron tomando el relevo. Eran menos ruidosas que los hombres, pero igual de predispuestas a lograr que Van de Berg se sintiera bienvenido, que participara en las cada vez más animadas conversaciones y, sobre todo, que estuviera bien servido.

–Vincent, ¿has probado el *byrek* de carne y cebolla?

–Sí, está delicioso –respondía Vincent–. Yo había comido *samosas* antes, pero eran más picantes.

–¿*Samovar*? ¿Qué es eso? Es ruso, ¿no? Prueba estas albóndigas con salsa de tomate, que es así como hay que comerlas, no, eso no, Vincent; esa salsa ya está fría, sírvete estas que están aquí, o ponle salsa de yogur, esa, esa está mucho mejor; Leushka, ve a buscar el mortero, nos olvidamos de moler un poco de pimienta. Vincent tiene que probarlo con pimienta...

A mitad de la cena, Vincent parecía cansado. Cada vez daba menos golpecitos en la mesa y se llevaba la mano al estómago como si le doliera. La gente seguía preguntándole dónde había vivido, cómo había encontrado ese trabajo en Albania y cuál era su situación familiar:

–¿Dijiste que habías nacido en La Haya? Yo tengo un primo que vive en La Haya. Se fue del país en la década de 1950, salió por la frontera yugoslava. Se llama Gjergji, Gjergji Maçi. Creo que allí se puso de nombre Joris; ¿alguna vez te has cruzado con él?, ¿Joris, Joris Maçi? Aunque, claro, puede que a estas alturas ya esté muerto...

Van de Berg negó con la cabeza. Empezaba a fruncir el ceño de un modo casi imperceptible y sonreía cada vez menos, pero nadie parecía darse cuenta.

Al rato se levantó de la silla y preguntó dónde estaba el cuarto de baño. Un grupo de hombres lo acompañó al interior de la casa y de vuelta a la mesa cuando terminó.

–Vincent –le dijo Donika, que era la anfitriona de la cena, cuando él se sentó–, has dicho que no estabas casado, ¿verdad? ¿Cómo es posible? No eres muy mayor; ¿cuántos años dijiste que tenías? No te preocupes, quizá conozcas a una preciosa albanesa. ¡Las albanesas son muy guapas y muy trabajadoras! Toma, sírvete un poco de *baklava*, yo misma he hecho la masa filo y le he puesto nueces.

–Nueces –repitió Vincent antes de negarse educadamente–. He probado el de cacahuetes, pero no el de nueces. De todas formas, ya estoy lleno, gracias.

–¿Lleno? ¡No puedes estar lleno! ¡Un hombretón como tú, lleno! ¿No será que tienes calor? ¿No quieres quitarte la chaqueta? Mira toda la comida que queda; Shpresa se enfadará si tampoco pruebas su *kadaifi*, es una delicia. Ahora sírvete un poco de *baklava* y deja algo de sitio para probar el *kadaifi* más tarde.

La gota que colmó el vaso fue cuando Flamur puso la música de una de nuestras danzas tradicionales, la Napoloni, y subió el volumen a tope. Nada más sonar las primeras notas, todos los que permanecían sentados se lanzaron en tropel a la improvisada pista de baile como si huyeran de alguna catástrofe natural. Poco después, alguien se dio cuenta de que habían dejado a Van de Berg solo en la mesa y enviaron a toda prisa a una delegación de dos hombres, uno joven y otro mayor, que se pusieron a gritarle al oído mientras señalaban hacia la pista, donde el resto del grupo cantaba, bailaba y agitaba los pañuelos:

–Vincent, hay que bailar, es la Napoloni, tienes que aprenderla. No puedes vivir en Albania sin saber bailar la Napoloni. ¡Ven!

Van de Berg hizo un gesto para indicar que a él no le gustaba bailar. Los hombres tiraron de la silla y volvieron a gritar:

–Venga, no seas tímido, es la Napoloni, tienes que bailarla. ¡Toma, aquí tienes un pañuelo!

Van de Berg hizo un movimiento con los hombros para desembarazarse de la mano que lo sujetaba.

–No sé bailar –dijo–. No soy buen bailarín. Prefiero mirar. La Napoloni se parece un poco a la danza de Zorba.

A medida que el baile avanzaba y la música se acercaba a su fin, los hombres, un poco irritados por estar perdiéndose su canción preferida, le insistieron con mayor énfasis.

–¡Vincent! –gritó el más joven, casi con desesperación–. Venga, venga, Vincent, que ya se acaba, que la Napoloni se acaba. ¡Qué dices que no sabes bailar! Por supuesto que sabes bailar, todo el mundo sabe bailar la Napoloni; mírame: solo tienes que sostener el pañuelo así y agitarlo en el aire, y luego abres los brazos como si fueras un avión y los mantienes así, arriba, arriba, arriba y abiertos, sin moverlos, y solo tienes que mover la barriga...

Para mostrarle cómo era aquello de hacer el avión bailando, el hombre mayor cogió a Vincent del brazo izquierdo y el más joven lo cogió del derecho e intentaron sostenerle los brazos en alto. Van de Berg se puso muy rojo. Empezaron a brotarle gotas de sudor en la frente. Se revolvió sobre sí mismo, de un empujón se quitó a los dos hombres de encima, volvió a sentarse en la silla y, justo cuando la música estaba a punto de terminar, dio un puñetazo sobre la mesa que hizo caer al suelo un vaso de raki. Estaba fuera de sí.

–¡Ya está bien, yo soy libre! –gritó–. ¿Lo entendéis? ¡Soy libre!

Todos los que estaban en la pista de baile se quedaron helados. Se giraron hacia las mesas. El marido de Donika, Mihal, que estaba sentado al otro lado de la pista y no vio lo que sucedía, se levantó y fue a comprobar si se trataba de una pelea de borrachos. Entonces se dio cuenta de que algo le pasaba a Van de Berg y, como no sabía hablar ningún otro idioma más que el suyo, pidió que alguien lo

ayudara con la traducción. Vincent, que ya se había tranquilizado, recogió sus cosas, se puso de pie y le dijo a Mihal:

–Lo siento. Debo irme. Estoy muy cansado. Gracias por esta cena tan agradable.

Hubo una oleada de murmullos mientras la gente volvía a sus asientos y Mihal acompañaba a Van de Berg a la puerta.

–Dijo que estaba lleno –comentó Shpresa después de que el invitado se marchó–, pero creo que quería dejarnos algo de comida a los demás porque estaba preocupado por nuestros gastos. El pobre hombre.

–El pobre hombre –repitió Donika–. Puede que fuera por los mosquitos. O por el calor. Los turistas no pueden soportarlo. Se lo he dicho varias veces, pero no quería quitarse la chaqueta.

–Pobre hombre –repitió mi padre–. Una vez me dijo que él no sabía bailar, que no le gustaba.

–¡Soy libre! –repitieron los dos hombres que habían intentado enseñarle a bailar la Napoloni. Levantaron la mirada al cielo y se encogieron de hombros–. ¿Qué habrá querido decir con eso? Como si alguien quisiera quitarle la libertad. Aquí somos todos libres. Si quieres bailar, pues muy bien. Si no quieres bailar, pues también. Basta con decirlo, no hace falta dar un puñetazo en la mesa. El pobre hombre. Debía de tener mucho calor.

Después de aquella cena todos llegamos a la conclusión tácita de que daba igual cuánto nos esforzásemos en integrar a Van de Berg: él nunca sería uno de los nuestros. Mi padre fue el único de la calle que siguió viéndolo con frecuencia, ya sea porque quería practicar los números en inglés mientras comentaban los resultados del fútbol a través de la verja o porque no tenían más remedio que verse con regularidad en las reuniones relacionadas con la privatización. En cuanto a los demás vecinos, se limitaban a saludarlo cortésmente desde lejos mientras continuaban cuchicheando sobre «el pobre hombre», a veces también «el pobre holandés» o, ya rara vez, «el Cocodrilo». Si las mujeres estaban charlando en la puerta de su casa y lo veían aparecer al final de la calle, se metían todas rápidamente para dentro y volvían a asomarse pasados unos minutos. Entonces se enfrascaban en un análisis detallado de las costumbres del «pobre hombre» como si fueran un grupo de terapeutas celebrando una sesión psicoanalítica en ausencia de su paciente. ¿Habéis visto que sale a correr todas las mañanas como si se hubiera criado en la Revolución Cultural? ¿Será un espía? ¿Y no os parece raro que nunca le dé la mano ni un abrazo a nadie? Me pregunto si sus padres seguirán vivos. Probablemente estén en alguna residencia quién sabe dónde, así es como funcionan. Debe de ganar mucho dinero para querer vivir aquí con todos los cortes de luz y las colas que hay que hacer. ¿Cien dólares al día, quizá? ¿Mil?

Los fines de semana, Van de Berg se iba al campo. Seguía llevando las camisas con el cocodrilo, pero cambiaba la bolsa del portátil por una mochila, se ponía unas bermudas de color beige en lugar de los vaqueros oscuros, un sombrero de paja donde ponía ECUADOR, y llevaba una cámara que lo hacía parecerse a todos los demás turistas.

–Vincent, ¿has subido ya al monte Dajti? –le preguntó mi padre mientras charlaban a través de la verja.

–Todavía no –le respondió Van de Berg–, pero tengo pensado ir pronto, y también a ese otro sitio... Ahora no recuerdo el nombre. No me acuerdo bien cómo es, me resulta muy difícil de pronunciar, ¡no pienso ni intentarlo!

De todos los hábitos de Van de Berg, aquel era el que más extrañaba a la gente. Nunca era capaz de recordar los nombres exactos de los lugares donde había estado, de las personas que había conocido ni tampoco las cosas que había hecho. Tenía todos los sonidos, sabores y nombres revueltos dentro de la cabeza como si fueran documentos sobre un caótico escritorio cuyo orden solo era capaz de entender su dueño. Siempre que le recomendábamos que probase determinado plato o algún sitio turístico que le podría interesar o cuando queríamos enseñarle una palabra de uso común en nuestro idioma, él aceptaba las recomendaciones sin sorprenderse, pensaba en alguna experiencia anterior con la que poder compararla y se dejaba guiar sin manifestar la más mínima perplejidad. Lo mismo pasaba cuando tratábamos de advertirle de algún problema o de ayudarlo a lidiar con alguna dificultad. Vincent agradecía los consejos, pero siempre te quedabas con la impresión de que no los necesitaba realmente.

Nunca le vi ni el menor atisbo de preocupación, a no ser en la cena cuando perdió los nervios. Le decíamos: «Vincent, puede que esta noche haya un corte de luz porque no ha habido ninguno en todo el día. ¿Tienes velas?». O: «Vincent, son las dos de la tarde; esta es la hora cuando suele volver el agua, es mejor que llenes algunas botellas porque quizá vuelvan a cortarla después de media hora». A lo cual Vincent respondía: «¡Ah, bueno! Gracias; gracias por decírmelo. Pasaba lo mismo cuando yo vivía en... bueno, en algún lugar de Oriente Próximo, allí también había problemas con el suministro de agua y cortes de energía frecuentes. ¡Al menos aquí no hay bombas!». La capacidad de réplica era el arma secreta de Vincent; esa impresión de *déjà vu* que trasmitía era como un poder mágico, un truco del que se servía para dominar todo lo nuevo, para reducir a una dimensión conocida todo aquello que le resultaba extraño.

Algo que en nosotros producía el efecto contrario. Cuando Vincent recurría a esas asociaciones con lugares donde había estado, contándonos experiencias de su vida pasada, lo conocido se volvía extraño. No nos ofendía saber que no le estábamos enseñando a

Vincent nada nuevo, pero había algo inquietante en el descubrimiento de que lo que creíamos que era exclusivo de nuestro país al final no lo era tanto; que todo lo que habíamos supuesto que era destacable formaba parte de un modelo habitual para aquellos que habían viajado por el mundo. Los platos que compartíamos con otras gastronomías, los ritmos de las canciones y danzas populares, los sonidos de nuestro idioma: todo parecía no pertenecernos solo a nosotros, sino también a muchos otros; y la culpa era nuestra por no saberlo. Nuestros héroes eran personas normales y corrientes, y había millones como ellos en el mundo; nuestro idioma era un mosaico de palabras que habían surgido de quién sabe dónde. No existíamos como resultado de nuestros esfuerzos, sino gracias a la benevolencia de otros, quizá de enemigos más poderosos que habían decidido permitirnos existir, y la prueba de su victoria eran esos miles de lugares pequeños creados a su propia imagen y semejanza, todos parecidos entre sí y todos creyéndose diferentes.

La capacidad de Van de Berg para establecer paralelismos entre las experiencias más dispares, para identificar puntos comunes entre personas de distintas partes del mundo, para hacerte ver, por ejemplo, que un *byrek* de Albania tenía el mismo sabor que una *samosa* sin picante, o que un vertedero en Durrës era exactamente igual que un vertedero en Bogotá, me recordaba en algunas ocasiones a mi profesora Nora. No coincidían en el contenido de lo que decían, pero había una cierta similitud en su tendencia a generalizar, en su capacidad de abstracción a partir de pequeños detalles, en la forma de comparar situaciones y de utilizar esas comparaciones para explicar una visión más amplia del mundo, para demostrar su conocimiento de todo un sistema. Nora solía decir que teníamos mucho más en común con nuestros hermanos y hermanas de otras partes del mundo de lo que creíamos. Nos explicaba que todas las personas estaban sometidas a la misma explotación capitalista, a menos que se hubieran liberado, como habíamos hecho nosotros; que todos formábamos parte de la misma lucha global antiimperialista. Que la opresión tiene la misma cara en todas partes.

Van de Berg no creía en el capitalismo o, al menos, no lo consideraba un término válido para referirse a cierto tipo de desarrollo histórico. No era más que una etiqueta igual de útil para hablar de un determinado fenómeno como podía serlo cualquiera de los nombres de los lugares donde había vivido. La única distinción que aceptaba era la existente entre las sociedades en plena transición y las que ya la habían llevado a cabo; entre los pueblos que se estaban poniendo en marcha y los que ya habían recorrido ese camino en el pasado. Por supuesto, la idea que tenía del destino era muy vaga. Pero ponerse al día era más importante que saber hacia dónde nos dirigíamos. Y, a

diferencia de mi profesora Nora, que insistía en la necesidad de organizar la lucha proletaria global, Van de Berg no estaba allí para movilizar ninguna resistencia, sino para «fomentar la transparencia», «defender los derechos humanos» y «luchar contra la corrupción». Él contaba con otros agentes de cambio, como «la comunidad internacional» y los «agentes de la sociedad civil». Y tenía otras intenciones.

18. REFORMAS ESTRUCTURALES

–¿Sabes qué es lo más difícil que he hecho en mi vida? –me preguntó mi padre una ventosa mañana de noviembre antes de ir a trabajar. Estaba de pie junto a las cortinas cerradas de la ventana de nuestro salón, escuchando cómo el viento hacía vibrar los cristales mientras removía el café con una cucharilla.

–¿Fue cuando tuviste que mentirme sobre nuestro parentesco con el primer ministro Ypi? –le pregunté–. Eso tiene que haber sido difícil.

Negó con la cabeza.

–Espera, ya lo sé –dije–. ¿Te acuerdas de cuando yo me moría por poner una foto de Enver Hoxha en el salón? Me dijiste que le habías encargado un marco bonito y que teníamos que esperar a tenerlo. Yo casi me lo creí. –Solté una carcajada.

Cinco años después de la caída del socialismo, aquellos episodios de nuestro pasado se convirtieron en parte del repertorio de anécdotas familiares graciosas. No importaba si los recuerdos eran ridículos, hilarantes, dolorosos o todo a la vez. Bromeábamos sobre las mismas historias durante las comidas, como marineros borrachos que habían sobrevivido a un naufragio y se divertían mostrándose las cicatrices los unos a los otros. Mi padre era el que más bromeaba. Lo hacía constantemente, hasta tal punto que resultaba difícil adivinar por el tono de sus preguntas si hablaba en serio o buscaba arrancarte unas risas. En determinado momento de su vida se había percatado de que la ironía era más que un recurso retórico: era un método de supervivencia. Lo utilizaba mucho y se alegraba cuando mi hermano y yo tratábamos de imitarlo.

–¿O fue cuando yo...?

–El mundo no gira siempre a tu alrededor, Leushka –me interrumpió con sequedad. No parecía estar de su característico buen humor.

Hacía poco lo habían ascendido a director general del puerto, el más grande del país y uno de los mayores del Adriático. Instalamos una línea telefónica en casa y lo primero que hacía todas las mañanas era llamar a la oficina portuaria. Le preocupaban que las tormentas impidieran atracar a los transbordadores, que el viento hiciera peligrar las grúas, que se formaran colas en la aduana. Tras dos años dirigiendo Plantex y un acreditado historial de recorte de gastos y reducción de deuda, alguien de las altas esferas debió de pensar que ya estaba listo para enfrentarse a responsabilidades más importantes. Le aumentaron el sueldo, le asignaron un chófer que lo recogía todas las mañanas en

un Mercedes Benz y duplicó la dosis de Valium que normalmente tomaba para dormir.

Corregí el tono de mis respuestas y seguí planteando diferentes posibilidades para su pregunta inicial. ¿Fue cuando eras un niño de seis o siete años y trataste de proteger a tu madre para evitar que un policía le diera una patada? ¿O cuando tuviste que regalar tu perro porque iban a deportar a tu familia? ¿O cuando conociste a tu padre después de que saliera de la cárcel y no sabías quién era aquel desconocido que se había mudado a vivir con vosotros? ¿Fue cuando sospechaste que tu mejor amigo era un espía?

Mi padre negaba con la cabeza y seguía con la mirada clavada en su tacita de café, como si anhelara que aquel líquido oscuro borrase sus pensamientos aún más oscuros.

–Es esto –dijo descorriendo las cortinas para mostrarme a un grupo de veinte o treinta gitanos reunidos en el jardín.

Algunas mujeres llevaban a sus bebés atados a la espalda; otras los amamantaban sentadas en el suelo. Había más gitanos agolpados al otro lado de la verja, con los rostros apretados contra el entramado metálico, como presos entre rejas. Cuando vieron a mi padre en la ventana, un movimiento súbito recorrió el jardín; todos se pusieron a señalar hacia nuestra ventana y a gritar:

–¡Ahí está! ¡Está ahí! ¡Está despierto! ¡Va a salir!

Mi padre cerró las cortinas. Se sentó en el sofá, sacó su inhalador, se lo llevó a la boca e inspiró con fuerza varias veces. Siempre le temblaban las manos, consecuencia de muchos años de antihistamínicos para combatir el asma que había contraído de niño. Pero en aquel momento le temblaban aún más.

–Trabajan en el puerto –dijo tras un largo silencio–. ¿Sabes cómo los llamamos? Reformas estructurales.

Intentaba contener la expresión de dolor que le contraía el rostro, como alguien que tiene que salir al escenario inmediatamente después de pillarse los dedos con la puerta del camerino. Desde que entró a trabajar en el puerto llevaba negociando con expertos extranjeros, como Van de Berg, para aplicar lo que el Banco Mundial llamaba «reformas estructurales». Como cualquier otra empresa estatal, el puerto era deficitario y le habían insistido en que recortara gastos. Esta vez nadie le prometió que no habría despidos. Los expertos habían trazado lo que llamaron una «hoja de ruta», cuyo primer paso implicaba una serie de despidos, sobre todo de trabajadores poco cualificados. Cientos de gitanos trabajaban en el puerto: estibadores, limpiadores, transportistas, personal de almacén. Mi padre era el responsable de echarlos a todos.

Cuando los trabajadores del puerto se enteraron de que estaban a punto de perder su empleo, empezaron a ir a nuestra casa a primera

hora de la mañana y a esperar pacientemente a que mi padre saliera. Al principio eran solo cuatro o cinco, pero la multitud fue creciendo a medida que se extendía la noticia de las reformas estructurales. Esperaban en el jardín hasta que mi padre asomaba por la puerta y entonces empezaban a rogarle a gritos que repensara su decisión.

–Buenos días, jefe. Usted es un hombre bueno, jefe. No lo haga, no escuche a esos ladrones.

–¿Es porque bebo, jefe? ¿Es eso? Puedo dejar la bebida mañana mismo si ese es el problema. Puedo dejar de beber y también puedo dejar de fumar si usted quiere. ¿Quién tiene dinero para raki hoy en día? Ya nos hemos quitado de tantas cosas, una reducción drástica, de verdad.

–Solo me quedan dos años para jubilarme, jefe. Solo dos años más. Llevo trabajando en el puerto desde los trece años.

–Jefe, yo nunca he robado nada. Ya sabe que la gente dice que los gitanos robamos mucho. Quizá alguien le dijo que yo robé en el almacén. Pero nunca he robado ni un centavo, jefe. Lo juro por mis hijos, nunca he robado nada.

–Déjeme hacer mi trabajo. Me gusta mi trabajo. Es un trabajo duro, pero me gusta. Conozco a todo el mundo en el puerto. El puerto es como mi casa. Duermo allí, como allí, lo hago todo en el puerto. Cuando vuelvo a casa, mis hijos ya están durmiendo.

–No sé cómo salir ahí fuera –me dijo mi padre esa mañana–. Cada día hay más gente. Ayer tuve otra reunión con ellos en la oficina. Tengo reuniones sin parar. Primero con el Banco Mundial, después con ellos y luego otra vez con el Banco Mundial. Fíjate en toda esa gente que está ahí fuera. Piensan que esto depende de mí. Creen que yo puedo hacer algo. No sé qué decirles. Ahora existen reglas nuevas. Las cosas funcionan de otra manera, las empresas se gestionan de otra manera. Hay áreas del puerto que tendrán que privatizarse. Alguien tiene que hacerlo. Resulta que me ha tocado a mí, pero, si no fuera yo, sería otro, el que sea, no importa quién, alguien tiene que hacerlo.

–¿Por qué tienes que hacerlo? –le pregunté.

–No podemos mantenerlos a todos en nómina –respondió–. Van de Berg dice que es necesario modernizarse, ahorrar dinero, comprar equipos nuevos. Habla de reemplazarlos como si fueran máquinas. Como si te deshicieras de una máquina vieja y compraras una más moderna. ¡Pumba!, así de fácil. No sé cómo hacerlo. Yo no soy una máquina. Ojalá lo fuera y alguien pudiera programarme para hacerlo y punto. Van de Berg dice que ellos lo hicieron en Bolivia. Nunca he estado en Bolivia. Esta gente ni siquiera sabe dónde está Bolivia. ¿Qué quiere decir que ya lo han hecho en Bolivia? ¿Y qué? Míralos. No son máquinas. Son personas. Tienen lágrimas en los ojos y sudor bañándoles la frente. También tendrían esperanza si quedara alguna.

Acércate a la ventana y echa un vistazo. «Reformas estructurales» los llaman. Reformas estructurales.

Mi padre descolgó la gabardina del perchero con un ademán brusco y salió de casa dando un portazo tras de sí. Hice lo que me dijo. Me acerqué a la ventana y la abrí para oír lo que decían. Cuando cruzó el jardín, la multitud permaneció en silencio. Al abrir la verja apareció un hombre; un hombre que tenía la altura de un niño de cinco años, que utilizaba las manos para propulsarse por el suelo mientras balanceaba sus muslos amputados de derecha a izquierda como la cola de un pez. Desde la ventana reconocí a Ziku, el gitano lisiado que solía mendigar en la entrada del cementerio cuando yo era niña.

Ziku sonrió y saludó con la mano en alto como alguien que se encuentra con un viejo amigo. Nunca me había fijado en que, al igual que las piernas, le faltaban los dientes de delante. Nunca le había visto sonreír. Era una sonrisa forzada, casi como una mueca.

–¿Se acuerda de mí, jefe? –exclamó Ziku–. Les he dicho a todos que usted era incapaz de hacer algo así. Usted nunca pasó junto a este lisiado sin darle algo. A veces más, a veces menos, pero siempre me daba algo. Les dije que usted es un hombre del pueblo. Sé que no los defraudará. Hay poca gente que quiera a los gitanos y que quiera a los lisiados, pero usted sí. Yo sé que sí. Nunca me ha dejado sin un pan para comer. Usted no va a dejar que estos niños pasen hambre. Ya les he dicho que usted no lo permitiría. Usted es un hombre bueno. Yo se lo dije.

Mi padre buscó mi mirada al otro de la ventana. «No es culpa de Ziku ser un lisiado», solía decirme cuando era niña. No es culpa mía, me estaba diciendo en aquel momento con la mirada. Metió la mano en el bolsillo derecho del pantalón, como si estuviera buscando unas monedas. Esa vez no encontró monedas, sino un pañuelo con el que intentó secarse el rostro. Ziku lo vio y se acercó un poco más a los pies de mi padre.

–Está llorando. –Ziku se volvió hacia los demás–: ¿Lo veis?, está llorando –repitió señalando a mi padre con un dedo–. Yo se lo dije, jefe, les dije que usted haría todo lo que estuviera en sus manos.

–Sabemos que usted es un hombre bueno, jefe –dijeron a coro los demás–. No lo haga, no los escuche. Solo quieren ganar dinero para ellos. Usted no quiere ganar dinero, usted quiere dárselo a los pobres, no quiere quedárselo para usted.

Dos mujeres que estaban amamantando a sus bebés se arrojaron a sus pies llorando, rogándole que salvara el trabajo de sus maridos. Cuando los niños vieron llorar a sus madres, también se echaron a llorar. No era una protesta; parecía más bien un duelo. No había ira, solo desesperación.

–Aquí no, aquí no, por favor –le dijo mi padre a Ziku casi sin

aliento–. Esta es mi casa. Podemos discutirlo en mi oficina. Si yo... si yo... no es mi dinero. Yo les mantendría el trabajo a todos, pero no depende de mí, no soy yo quien toma las decisiones. O sea... sí, yo tomo las decisiones, pero esta decisión es..., bueno, no es mía. –Se dio cuenta de que estaba divagando e intentó organizar sus pensamientos–. Veréis –dijo volviéndose hacia la multitud–, esto no es como darle dinero a Ziku, no es lo mismo. Nos imponen lo que ellos llaman un *ratmat*,15 ¿sabéis? Tenéis que entender que hay reglas. Tenemos que poner en marcha la economía de mercado. Hay unas pautas que deben seguirse. Si lo hacemos bien, será mejor para todos, para todos nosotros. Estas son unas reformas estructurales. Tenemos que llevar a cabo muchos cambios y hay que modificar la forma de hacer las cosas, no podemos mantener a todo el mundo en su puesto de trabajo, no es posible. Pronto habrá trabajo para cada uno de vosotros, será mejor. Pero ahora no tenemos opción, todos debemos hacer sacrificios, debemos hacerlos y punto. Hay que hacerlo.

Mi padre les prometió a sus jefes que iba a hacerlo, pero nunca lo hizo. Nunca firmó los despidos. Continuó repitiendo que era inevitable llevar a cabo reformas estructurales, pero las evitó todo el tiempo que pudo.

–Es una cuestión política –decía–. Estas son decisiones políticas. Yo solo soy un gestor, un burócrata. Lo único que puedo hacer es retrasar las cosas. Pero no puedo detenerlas.

Se pasaba tardes enteras revisando números, tablas y gráficos, intentando averiguar cómo reducir costes sin despedir a la gente. No estaba orgulloso de los resultados. En parte se sentía molesto, avergonzado incluso, de haber sido incapaz de reunir el valor necesario para cumplir con la tarea que se le había encomendado. Toda su vida había sido muy serio en su trabajo. Mi abuela nos había enseñado a esforzarnos al máximo hasta en los deberes más insignificantes, a tratar de asumir siempre las consecuencias aunque no pudiéramos afrontar las causas. Mi padre no podía admitir aquel fracaso. «Pronto, muy pronto», decía.

Se reunió con el viceministro, luego con el ministro y después con el primer ministro. Todos le repetían la advertencia de Van de Berg: «Una reforma estructural es como ir al dentista: se puede posponer, pero, cuanto más se posponga, más dolorosa acabará siendo». Pero mi padre nunca quiso ser dentista, quería ser otra cosa, aunque nunca tuvo la oportunidad de descubrir qué. Seguía siendo un disidente nato. Era crítico con el capitalismo. Nunca creyó en las reglas que le estaban pidiendo que aplicara. Tampoco tenía mucha fe en el socialismo. Odiaba la autoridad en todas sus formas. Cuando pasó a representar esa autoridad, el papel le disgustaba. Lo que hizo fue no apoyar las reformas estructurales ni tampoco impedirlas. Odiaba tener que

destrozar la vida de la gente, pero también odiaba dejarles el trabajo sucio a los demás.

Al principio, mi padre se había sentido orgulloso de sus ascensos. Después de estar durante años al arbitrio de la buena voluntad de sus superiores y de depender toda la vida de la benevolencia de los funcionarios del Partido estaba encantado con la independencia que creía que le iba a procurar su nuevo empleo. Pronto se dio cuenta de que la independencia tenía sus límites; de que no era tan libre como había imaginado. Quería cambiar las cosas, pero descubrió que tenía poco margen para hacerlo. El mundo ya había adquirido una forma determinada antes de que nadie pudiera entender cuál era esa forma. Los imperativos morales y las convicciones personales importaban muy poco. Descubrió que, aunque nadie le ordenaba qué decir ni adónde ir, tenía que decir algo e ir a alguna parte sin tener siquiera tiempo de reflexionar sobre ello, de estudiar los beneficios y sopesar los riesgos. En el pasado, cuando surgía algún dilema y no lograba vivir acorde con sus compromisos, siempre podía culpar al sistema. Pero, en aquel momento, todo era diferente. El sistema había cambiado. Él no había hecho nada para detener los cambios; los había recibido con los brazos abiertos, los había alentado.

O quizá no. Mi padre pensaba, como muchos de su generación, que la libertad se perdía cuando otros nos dicen qué pensar, qué hacer y dónde ir. Pronto comprendió que la coacción no siempre adopta una forma tan directa. El socialismo le había negado la posibilidad de ser lo que él quería, de cometer errores y aprender de ellos y de explorar el mundo a su manera. El capitalismo le estaba negando esa posibilidad a otros, a la gente que dependía de las decisiones que él tomase, a la gente que trabajaba en el puerto. La lucha de clases no había acabado. Lo estaba viendo. No quería que el mundo siguiera siendo un lugar donde se destruye la solidaridad, donde solo sobrevive el más fuerte y donde el beneficio de algunos conlleva la destrucción de las esperanzas de otros. A diferencia de mi madre, que creía que los seres humanos tienden naturalmente a hacerse daño entre sí, mi padre pensaba que dentro de todos nosotros anida la bondad y que si esta no llega a manifestarse es porque vivimos en sociedades inadecuadas.

El problema era que no sabía cuáles eran las sociedades adecuadas: no podía nombrar ningún ejemplo en el mundo donde las cosas funcionasen. Recelaba de las grandes teorías. «¡Deja de filosofar!», solía advertirme. Él había crecido con las novelas del realismo socialista y con las películas soviéticas que explicaban lo que estaba bien y lo que estaba mal, cómo alcanzar la justicia y cómo lograr la libertad. Admiraba las intenciones, pero dudaba a la hora de apoyar sus fórmulas. El mundo que él quería ver era siempre diferente al mundo en el que vivía. Por eso consideró prometedor el inicio de un

movimiento que rechazaba la situación en que se encontraban las cosas. Pero en cuanto ese movimiento se concretó, en cuanto tuvo sus propios líderes y su propio sistema de restricciones y convenios, y se convirtió en algo cuya existencia se definía meramente por oposición a otra cosa perdió la esperanza. Sabía que todo tenía un precio, pero no estaba dispuesto a pagarlo. La gente que él admiraba eran nihilistas y rebeldes, hombres y mujeres que se pasaron la vida condenando el mundo que les había tocado vivir, pero sin comprometerse con alternativa alguna.

Cuando sus colegas tuvieron que enfrentarse a las mismas decisiones relacionadas con las reformas estructurales se lo tomaron con cinismo. Decían: «Qué más da. Sobrevivimos a los turcos. Sobrevivimos a los fascistas y a los nazis. Sobrevivimos a los soviéticos y a los chinos. Sobreviviremos al Banco Mundial». A mi padre le aterraba la posibilidad de que se olvidase el precio que se había pagado por esa supervivencia. Cuando ya se encontraba a salvo, cuando nuestra familia ya no corría el riesgo de ser asesinada, encarcelada o deportada, le asustaba que, de pronto, él pudiera dejar de recordar lo que era despertarse por la mañana y angustiarse por lo que podía depararle el día. Intentaba recordar el nombre de todas las personas que trabajaban en el puerto, a pesar de que había cientos de ellas.

–Si olvido su nombre, me olvidaré de su vida –decía–. Ya no serán personas; se convertirán en números. Sus aspiraciones y sus miedos dejarán de importarnos. Solo recordaremos las normas y no a aquellos a los que se les aplican. Solo pensaremos en las órdenes y no en el fin que sirven. Probablemente eran en esas órdenes en las que pensaba la Mula mientras espiaba a las familias de sus alumnos. Las mismas que se repetía Haki para sus adentros cuando echaba mano a sus instrumentos de tortura.

La sola idea de ser como ellos, de acatar las normas de la misma manera abstracta y despiadada, bastaba para quitarle el sueño por las noches. Mi padre no compartía los planteamientos de Van de Berg sobre cómo iba a funcionar todo una vez completada la transición. Sabía que se necesitaría algo parecido a una economía de mercado, pero nunca se había planteado la forma en que se llevaría a cabo. Como muchos de su generación, le preocupaba más la libertad de pensamiento, el derecho de manifestación y la posibilidad de vivir conforme a la propia conciencia moral.

Incluso aunque hubiera compartido la teoría, aunque estuviera convencido de las verdades que todo el mundo aceptaba a partir de aquel momento, le habría preocupado creérselas a pie juntillas. Había conocido a demasiadas personas para quienes las teorías estaban por encima de todo; sabía que se podía perjudicar a los demás actuando de buena fe. Los ideales parecían ser diferentes, quizá incluso habría sido

una exageración llamarlos así, tal vez no eran más que normas de prudencia. Aun así, requerían la intervención humana para ponerlas en práctica. En el pasado había sido un hombre inocente. Había sido una víctima. ¿Cómo había podido convertirse de pronto en victimario?

19. NO LLORES

A mediados de la década de 1990, yo tenía mis propios tormentos con los que lidiar. Mis años de adolescencia fueron, en su mayoría, desdichados, algo que se agravaba aún más siempre que mi familia se empeñaba en convencerme de que no tenía motivos para sentirme así. Era como si, para ellos, una solo tuviera derecho a sentirse desgraciada cuando existían unas razones objetivas: si corrías el riesgo de morirte de hambre o de frío, si no tenías donde dormir o vivías rodeada de violencia. Esos eran baremos absolutos. Si estaba en tus manos superar ese baremo, entonces no tenías derecho a protestar; de lo contrario sería un insulto a los menos afortunados. Era un poco como los vales de comida durante el socialismo. Como todo el mundo recibía su parte no podía existir el hambre. Si decías que tenías hambre, te convertías en enemigo del pueblo.

Casi me obligaban a estar agradecida, a demostrar mi satisfacción por gozar de libertad; una libertad que había llegado demasiado tarde para que mis padres pudieran disfrutarla y que por tanto me exigían que ejerciera con una responsabilidad mucho mayor. Si no me solidarizaba con los problemas de mi familia, me regañaban por mi egoísmo, por no importarme el sufrimiento de mis antepasados, por borrar con mi comportamiento despreocupado el recuerdo de su calvario. Yo no me sentía nada libre. Me sentía limitada, sobre todo en invierno. Oscurecía pronto y no me dejaban salir a la calle después de la puesta de sol. «Solo te meterás en problemas», decían mis padres sin preocuparse en especificar a qué tipo de problemas se referían, así como tampoco yo me molestaba en preguntarles cuáles eran.

Los problemas pueden tener muchas formas. Puede atropellarte un coche y matarte, como le pasó a mi compañero de clase Dritan, que una tarde estaba paseando por la playa y lo atropelló un joven que estaba aprendiendo a conducir, él solo, en el Audi de su tío. O puedes desaparecer sin dejar rastro, como Sokrat, el padre de Besa, que era cojo y tenía un bote con el que se dedicaba a transportar a la gente ilegalmente a Italia. Todas las noches los introducía clandestinamente y después se volvía a dormir en su cama, excepto la noche que ya no volvió. Y también están esos pequeños accidentes que pueden ocurrirte, como ir andando por una calle oscura y chocar contra una farola rota o caerte en una alcantarilla cuya tapa alguien había robado por ser de acero. O puedes encontrarte con más de un perro famélico que te acosa y persigue todo el camino a casa. O en lugar de perros

pueden ser borrachos o jóvenes que hacen apuestas sobre cómo reaccionarán las chicas si les silbas. Para mis padres, esos no eran problemas serios. Después de todo estábamos en transición. Solo había que tener paciencia. Y siempre había una cosa que podías hacer para evitar tales desgracias. Quedarte en casa y punto.

Y eso hacía. Me encerraba en mi habitación y me pasaba tardes enteras comiendo pipas de girasol. Si digo que me aburría, corro el riesgo de convertir aquellos momentos en algo interesante por el solo hecho de calificarlos, de describir una maraña de acontecimientos de la que nada era digno de destacarse. El tiempo se convirtió en la eterna repetición de lo mismo. Los clubes a los que solía ir de niña (de poesía, de teatro, de canto, de matemáticas, de ciencias naturales, de música o de ajedrez) desaparecieron de repente en diciembre de 1990. En el instituto, las únicas asignaturas que se tomaban en serio eran las ciencias exactas: Física, Química y Matemáticas. Porque en humanidades se habían añadido asignaturas nuevas, como Economía de Mercado, que sustituyó a la de Materialismo Dialéctico, y en ellas no teníamos ningún libro de texto que estudiar; o bien porque, en otras asignaturas, como Historia y Geografía, los manuales se habían quedado desfasados y seguían describiendo nuestro país como «el faro de la lucha antiimperialista en el mundo». Yo acababa mis deberes enseguida y me dedicaba a pensar cómo matar el tiempo restante. Como ya teníamos teléfono, hablaba un rato con mis amigas, después me metía en la cama a leer novelas, por lo general tiritando debajo de las mantas y a la luz de una vela, porque seguía habiendo cortes de luz y, algunas noches de invierno, el frío era más intenso que la tristeza.

Cada cuarenta y cinco minutos, mi abuela entraba en mi cuarto sin llamar trayéndome un vaso de leche o una fruta. «¿Estás bien?», me preguntaba. Y yo asentía con la cabeza. Mi abuela había oído que existía una enfermedad nueva en Occidente llamada «anorexia», que afectaba a las adolescentes. No tenía ni idea de cómo se propagaba ni por qué, pero había decidido que, si me obligaba a comer a intervalos regulares, estaría a salvo. Cuando negocié cambiar sus refrigerios por mi provisión de pipas de girasol exigió que luego le mostrase las cáscaras. Los intervalos se ampliaron a noventa minutos. Cada vez que se marchaba de la habitación decía por lo bajo y sin venir a cuento: «Somos tan afortunados». Yo suponía que lo decía por el vaso de leche, porque ya no teníamos que hacer cola para comprarla.

Por primera vez habían abierto algunos bares y discotecas. La mayoría pertenecían a organizaciones que se dedicaban al tráfico de emigrantes, al tráfico de drogas o a la trata de mujeres. Tales actividades se consideraban normales y se hablaba de los que estaban metidos en ellas de la misma forma que en el pasado se decía que este o aquel trabajaba en una cooperativa, era empleado de una fábrica,

conductor de autobuses o enfermera en un hospital. A veces se aplicaban etiquetas de distintas épocas a las mismas personas. «Ese tipo, el que va en el BMW de cristales tintados, ese es el hijo de Hafize», murmuraban los vecinos mientras tomaban un sorbo de café en el balcón. «Trabajaba en la fábrica de galletas. Lo despidieron antes de que la planta cerrara definitivamente y se las arregló para cruzar a Suiza. Ahora se dedica a los negocios. A la importación y exportación. Cannabis, cocaína, ese tipo de cosas.»

Mis padres solo me dejaban ir a las discotecas para asistir a fiestas que se celebraban de día; unas fiestas en las que cerraban las cortinas para simular que era de noche, los asistentes colaban ponche y cigarrillos de tapadillo y mis compañeros jugaban a un juego nuevo importado del extranjero que consistía en hacer girar una botella en el suelo como si fuera una ruleta y besar a aquel que la botella apuntase cuando paraba de girar. Me uní al juego y fingí no ver las muecas de los chicos cuando la botella se detuvo apuntándome a mí ni oír sus protestas cuando llegó mi turno de besarlos.

–¡Yo no beso a hombres! –decían los chicos–. ¡No soy gay!

Yo todavía no sabía qué era un gay, pero me dio vergüenza preguntar. No había duda de que yo parecía un chico. Ya no era obligatorio llevar uniforme en el instituto; podíamos hacer lo que quisiéramos. Al contrario de las demás chicas, que se maquillaban en el baño del instituto y acortaban el largo de su falda, yo llevaba pantalones varias tallas más grandes y las camisas a cuadros de mi padre de su época socialista. Mientras las demás se alisaban el pelo y se lo teñían de rubio, yo le pedí al peluquero que me lo cortara bien corto. Mis compañeras se rebelaban contra sus familias imitando a Madonna en «Material Girl», yo me rebelaba contra las cintas y los lazos que me había impuesto la mía convirtiéndome en una chica que parecía sacada de un póster de la Revolución Cultural. En casa cambiaron mi apodo de Brigadista por el de Gavroche. En el instituto dejé de ser Mamuazel para ser la Botijo (*Qypi*, en albanés, que rima con «Ypi»), no tanto por la forma de mi cuerpo, que seguía siendo tan delgado y frágil como siempre, como por la ropa dentro de la que este nadaba.

A veces me preguntaba si las cosas habrían sido diferentes si Elona siguiera todavía allí. De vez en cuando me encontraba a su padre con su nueva esposa y su nuevo hijo, y me daba cuenta de que siempre hacía como que no me veía. Quizá también Elona había empezado a maquillarse en exceso, a usar uñas postizas y minifaldas. Quizá también ella se había teñido el pelo rubio para hacerlo aún más rubio. Quizá a ella la dejasen salir después de caer la noche. Quizá ella hubiese descubierto ya *Crimen y castigo* o *Los hermanos Karamázov*.

Durante el invierno de 1996 vi a Arian, el chico que vivía en mi

calle y que se había fugado con Elona. Los padres de Arian habían ampliado su casa comprando la vivienda contigua, que antes pertenecía a la familia de Marsida, que, a su vez, se había mudado del vecindario y había alquilado un lugar más pequeño al otro lado de la ciudad. Era un poco inquietante verlo allí, de pie en la puerta de la misma casa donde Marsida y yo solíamos refugiarnos cuando éramos niñas cada vez que él mismo aparecía por la calle. Se había dejado el pelo largo, que le llegaba a los hombros, y llevaba una gruesa cadena de oro, una chaqueta de cuero oscura con una calavera en la espalda, pantalones de cuero y unas pesadas botas negras cubiertas de cadenas plateadas. Conducía un enorme Mercedes Benz que había traído de Italia para dejárselo a sus padres. El coche hacía un ruido fuerte y chirriante al arrancar. Ya eran menos los niños que jugaban en la calle, pero, cuando oían el ruido del coche, todos corrían a esconderse en sus casas, igual que hacíamos nosotras en el pasado cada vez que aparecía Arian. A Elona no se la veía por ningún lado. Yo no me atrevía a preguntar.

Echaba de menos a mi amiga. Quería contarle que la mujer a la que le comprábamos las pipas de girasol cerca del colegio había desaparecido y que ahora su puesto lo ocupaba un chico muy mono, de unos diez años, que vendía plátanos y paquetes de cigarrillos. Quería contarle que la tienda *valuta* había cerrado, pero que el sostén rojo que a ella le gustaba ya podía adquirirse en cualquier tienda y que en el mercado de segunda mano podías comprarlo por el precio de dos plátanos o de cinco tazas de pipas de girasol. Quería contarle que, a esas alturas, incluso yo necesitaba un sostén porque, como nos había advertido mi abuela tiempo atrás, me había cambiado el cuerpo y también la mente. Mi abuela también había dicho que empezaríamos a tener lo que ella llamó *des amitiés amoureuses*. Quería preguntarle a Elona si ella había logrado averiguar qué era una *amitié amoureuse*, si era eso lo que ella tenía con Arian o si alguna vez había oído hablar de una cosa mucho más pura, solitaria y dolorosa; algo que los libros llamaban «amor».

En verano, cuando el instituto cerraba, la vida era menos restringida, pero no menos sombría. En junio de 1995, tras una semana siguiendo el mismo ritual, consistente en ir a la playa, volver a casa a almorzar, dormir la siesta y dar el obligado garbeo al atardecer por el paseo marítimo para ver a mis amigas, que cotilleaban mientras lucían sus vestidos de verano nuevos, ocurrió una catástrofe. Mi abuela me había advertido de que solo existía una clase de chicos de los que nunca, bajo ninguna circunstancia, debía enamorarme: los hijos de antiguos agentes del servicio secreto. Aquel verano me pasó dos veces. Me sentía tan culpable que decidí aumentar mis visitas a la mezquita. Me planteé la posibilidad de llevar velo, pero mi familia también me lo

prohibió. Nini dijo que una cosa era la religión y otra, el fanatismo. Como cada vez había más chicas en la mezquita que llevaban velo y yo no quería destacar cambié de religión y me hice budista. Descubrí el budismo una vez que me quedé sin libros que leer y me puse a hojear el viejo diccionario Larousse de mi abuelo. A mis tareas diarias añadí las sesiones de meditación, pero nunca conseguí meditar sin llorar. Me perseguían las historias de la persecución sufrida por mi familia a manos de los agentes del Sigurimi, una obsesión que no solo no me ayudaba a desenamorarme de sus hijos, sino que hacía que mi amor fuera más apasionado.

–Nuestra Leushka se ha convertido en un joven Werther –bromeaba mi padre, que ignoraba la causa de mis lágrimas.

–No llores –me reprochaba Nini–. No se arregla nada con llorar. Si yo me hubiese puesto a llorar, no estaría aquí. Me habría tirado debajo de un tren o habría acabado en un manicomio, como mis primos. Haz algo. Lee otro libro. Aprende otro idioma. Búscate alguna actividad.

Empecé a trabajar como voluntaria en la Cruz Roja y participé en un proyecto en el orfanato local. Todas las mañanas llevábamos a los niños a la playa y ayudábamos a los cuidadores a vigilarlos mientras jugaban en la arena o chapoteaban en el agua.

–Te ayudará a dar otro enfoque a tu vida –me alentó mi madre–. No eres consciente de lo afortunada que eres. Hay mucha gente que lo pasa mal.

–Recuerda que el orfanato no está donde estaba antes –me dijo mi madre el día que empecé mi trabajo como voluntaria en la Cruz Roja–. Devolvieron el antiguo edificio a sus dueños.

Siempre que mi madre decía «sus dueños» se refería a los propietarios anteriores. Para ella, el Estado nunca debía considerarse el dueño de nada, solo una entidad criminal construida a partir de la apropiación violenta del trabajo ajeno. Yo recordaba el apellido de aquellos dueños gracias a los planos de lindes de las propiedades familiares de mi madre esparcidos en el suelo de nuestra casa.

–Estos planos son un incordio –se quejaba mi abuela cuando limpiaba–. Solo sirven para empeorar el asma de Zafo. Es alérgico al polvo. Se lo he dicho mil veces a Doli, mil veces. Los trae del registro de la propiedad y los deja por todos lados. Allá ella si quiere presentarlos en los tribunales. No va a sacar nada en limpio. No son más que líneas trazadas sobre un papel.

Pero el orfanato resultó ser más que unas líneas trazadas sobre un papel. Los propietarios anteriores lograron que el Estado les devolviera el edificio y después lo vendieron a una especie de iglesia. Trasladaron el orfanato a otras instalaciones: tres habitaciones en un edificio

abandonado de dos plantas. Tenía muy poca luz natural, un olor intenso a leche agria y un silencio sobrenatural a la hora de la siesta que solo se rompía con el roer de los ratones en la planta baja. El número de niños abandonados había crecido en los últimos años, desde recién nacidos hasta preescolares. Todos procedían de las inmediaciones y, cuando cumplían seis años y nadie los había adoptado, se los devolvían a los padres que estuvieran dispuestos a aceptarlos o se enviaban a un orfanato para niños mayores en el norte.

Muchos de los cuidadores que yo recordaba haber visto en mis visitas anteriores al orfanato con Elona habían sido despedidos o se habían ido del país. Solo reconocí a una cuidadora, Teta Aspasia, una dicharachera mujer de mediana edad que estaba a cargo de la sala de bebés y que, cuando yo iba con Elona a visitar a su hermana, nos daba agua con azúcar a las dos como premio.

–¡Cómo has crecido! –exclamó al verme–. La pequeña Mimi también creció. Ahora está en otro orfanato, en Shkodra. El padre nunca va a verla. Sus abuelos la visitan de vez en cuando. Habían aprobado su adopción por parte de una pareja canadiense. Pero después decidieron llevarse a los mellizos gitanos. ¿Te acuerdas de los gitanitos en la sala de los bebés, los que tenían a sus padres en la cárcel? Los padres salieron tras una amnistía en 1990, pero fueron acusados de intentar vender a los mellizos nada más salir de prisión. Volvieron directos a la cárcel. Esos niños tienen muy pocas posibilidades de ser adoptados. Es muy difícil colocar a los niños gitanos. Nadie los quiere. La gente te dice: «Por favor, gitanos no; son difíciles de controlar, lo roban todo». Resultó que uno de los mellizos tenía algún tipo de minusvalía, un problema mental, ahora no recuerdo exactamente qué era. Es muy difícil que alguien adopte a un niño con una discapacidad. Los canadienses habían venido varias veces a ver a Mimi y les preguntamos si no les interesaría llevarse a los mellizos. Se lo preguntábamos a todo el mundo; nadie los quería. No nos lo podíamos creer cuando dijeron que sí. Probablemente eran unas personas muy religiosas. La directora pensó que Mimi iba a ser más fácil de colocar, pero sigue estando en Shkodra. Tu amiga, su hermana, también solía mandarle cartas...

–¿Elona? –exclamé–. ¿Usted sabe dónde está? ¿A qué se dedica?

–Hace mucho que no sabemos nada de ella –contestó–. Ahora las cartas tardan mucho en llegar, y eso cuando lo hacen. Llamó un par de veces por teléfono. Sí, sé a que se dedica. Una de las antiguas cuidadoras, que ahora vive en Milán, la vio cerca de una estación de tren. Trabaja. Hace la calle. Ya sabes a lo que me refiero. Ella se marchó cuando el éxodo, con un chico de aquí. Él también trabaja. Anda metido en la trata de mujeres, creo. Probablemente empezó con ella... Ahora tienes que irte, cariño, la camioneta de la Cruz Roja ya

está abajo, están esperando para salir. La camioneta está como nueva. Es una donación de los franceses. Los pequeños están tan contentos. Nunca han visto el mar. Los pobrecitos apenas han estado al aire libre. En este edificio no tenemos jardín. Debes tener cuidado de que no se quemen con el sol. He traído un poco de aceite de oliva de casa. No les quites la ropa al llegar, deberíamos esperar un par de días para eso. Toma, llévate a Ilir. Ya está listo para marchar. Drita irá contigo para ayudarte. –Señaló a una de sus compañeras de trabajo–. Ilir está en el turno de la mañana. Te gustará; es un niño muy dulce. Su mamá es como tu amiga. También se parece un poco a ella, trabaja en lo mismo. Ilir, ven aquí, ven a conocer a Lea. Ella te va a llevar a la playa.

Yo todavía estaba digiriendo las noticias sobre Elona, pero no tuve tiempo de preguntar. Ilir estaba escondido al otro lado de la puerta. Cuando oyó su nombre entró, al principio con paso tímido y, enseguida, con más confianza. Era un niño regordete de unos dos años, con el pelo rizado y grandes ojos marrones.

–Mamá –susurró cuando se acercó, como si estuviera a punto de contarme un gran secreto. Se le iluminó el rostro y se le dilataron las pupilas–. Mamá aquí... Mamá...

–No, no es mamá –le interrumpió Aspasia–. No es mamá, cariño. Mamá sigue en Grecia. Ella es Lea, va a llevarte a la playa. –Se volvió hacia mí–: Me sorprende que aún se acuerde de su madre; el año pasado fue la única vez que la vio; vino a visitarlo todos los días durante más o menos una semana. Aunque manda fotos y nosotros se las mostramos al niño. Pero tú no te pareces a ella, quizá solo por la edad; ¿cuántos años tienes, me lo recuerdas? Ah, quince, sí, es lo que pensaba. Su mamá es un poquito mayor, quizá tenga diecisiete. La misma edad que tu amiga. Como Elona, solo que ella trabaja en Grecia, no en Italia.

Al final de aquel día me enteré de la historia completa de la madre de Ilir, tal como ella se la había contado a las encargadas del orfanato. Su novio la había violado y después la violaron los amigos de su novio. La introdujeron ilegalmente en Grecia al poco tiempo de dar a luz a su bebé, que ella insistió en conservar. Dejó a Ilir en la escalera del orfanato cuando el niño tenía apenas tres semanas, envuelto en una manta, con una caja con ropita de bebé, varias botellas de leche y una carta en la que prometía ir a recogerlo cuando cumpliera seis años. Llamaba por teléfono y escribía con regularidad y enviaba dinero para comprarle regalos. Las cuidadoras estaban seguras de que volvería a buscarlo. Ilir no estaba en la lista de niños en adopción. Él también sabía que su madre iría a recogerlo un día. Cuando me vio le debió de parecer que había llegado el día.

–Ilir va mamá –insistía el pequeño–. Ilir va mamá playa.

–No es mamá, cariño. Vas a ir a la playa con Lea. Ella es Lea, no mamá, mamá está en Grecia. Mamá vendrá pronto. –Aspasia lo corrigió de nuevo. Después se volvió hacia mí–: Debes insistirle en eso. Explícale que no eres su mamá, ¿de acuerdo?, que solo eres una de nosotras. A veces los niños hacen eso; nos llaman «mamá». Tenemos que ser muy firmes. De lo contrario se encariñan contigo y no te dejan ir a casa al final del día. Es muy difícil. Tú trata de explicárselo, ¿de acuerdo? Dile que mamá está en Grecia; que nos dejó dinero para comprarle un regalo para su cumpleaños y para Fin de Año. Eso él lo entiende.

Pero Ilir nunca lo entendió. O quizá nunca lo aceptó. Después de algunas visitas durante las que jugaba con él, le leía cuentos o lo llevaba a la playa se volvió más insistente.

–¡Mamá, aquí! –gritaba nada más verme aparecer–. ¡Vamos, mamá, playa!

Y cuando llegaba el momento de marcharme se aferraba a mi pierna, se tiraba al suelo y daba patadas a las cuidadoras, gritando que me quedara con él o que me lo llevara conmigo.

–Lleva Ilir casa –gritaba–. Mamá, lleva Ilir.

Cada vez se hizo más difícil lidiar con él estando yo presente: se negaba a salir del agua en la playa, a comer o a dormir la siesta. Cuando me iba a marchar me encontraba con que mi bolso había desaparecido o que mis sandalias no estaban donde las había dejado. Podría considerarse un comportamiento normal en un niño pequeño si no fuera porque los bebés del orfanato nunca lloraban y los críos pequeños jamás tenían rabietas. Las cuidadoras me explicaron que el problema era mi presencia, el apego que me tenía. No podía ser que Ilir sufriera de esa manera; era mejor para él que yo me mantuviese fuera de su vista. Me pidieron que dejase de visitar la sala de los niños pequeños y fuese a otra zona del edificio, donde estaban los bebés, pues estos se olvidaban de las personas con más facilidad.

Después se acabó el verano. El tiempo cambió, el proyecto se quedó sin financiación y yo dejé de visitar el orfanato. No sé qué pasó con Ilir ni volví a saber nada más de Elona ni de su hermana. A veces me preguntaba si Elona seguiría haciendo la calle y si Mimi habría encontrado unos padres canadienses. Yo volví a mi habitación, en la que mi abuela entraba sin llamar a intervalos regulares de noventa minutos con un vaso de leche y una fruta. «Somos tan afortunados», decía por lo bajo cada vez que se marchaba de la habitación.

20. COMO EL RESTO DE EUROPA

Al principio iba a ser mi madre la que se presentara como candidata a diputada en las elecciones de 1996. Había sido miembro del partido desde el mismo día de su fundación. Conocía a todo el mundo en los círculos del partido e incluso había sido quien había leído el manifiesto. Lo llamábamos el partido, aunque no era el Partido, sino el Partido Democrático de Albania, el principal opositor de los excomunistas en las elecciones. Pero todos sabían a qué nos referíamos. No había peligro de que mi familia apoyara a los excomunistas. Para nosotros solo existía un partido, igual que solo existía un partido para ellos.

A esas alturas, mi madre llevaba cinco años de actividad política. Había hecho suyo el lema principal del partido, cuya apabullante sencillez ocultaba décadas de aspiraciones frustradas: «Queremos que Albania sea como el resto de Europa». Cuando le preguntaban a mi madre que querían decir con «el resto de Europa», ello lo resumía en pocas palabras: combatir la corrupción, fomentar la libre empresa, defender la propiedad privada, promover la iniciativa personal. En definitiva: libertad.

Sin embargo, mi madre pronto comprendió que limitarse a explicar el lema no bastaba para impulsar una buena candidatura al parlamento. Se necesitaban otras cualidades. Ella tenía carisma en las tribunas, pero perdía la paciencia en las reuniones. Estaba imbuida del fervor del profeta y, aunque en un primer momento sus discursos entusiasmaban a las multitudes, a la larga asustaban a mucha gente. La seriedad con la que asumía sus compromisos la volvía reacia a hacer concesiones. Seguía teniendo la actitud de una estricta profesora de Matemáticas.

Propuso que mi padre ocupara su lugar.

–Es un hombre. Eso ayuda –explicó cuando lo presentó para la candidatura–. Y todo el mundo lo quiere como si fuera una mujer. Eso también ayuda.

En general, mi padre era mucho más popular que mi madre. No había muchos candidatos que pudieran atraer tanto a los trabajadores gitanos que luchaban por mantener su empleo en el puerto, como a las antiguas familias de disidentes que reclamaban las propiedades de sus abuelos. Tenía una buena reputación incluso entre sus oponentes socialistas, porque no los interrumpía en los debates y siempre intentaba exponer sus opiniones sin hacer críticas personales.

–Y también es capaz de dar la batalla –se apresuró a añadir mi madre, como si acabara de ocurrírsele que los modales amables de mi padre pudieran perjudicar sus posibilidades de ser candidato–. Puede luchar contra la corrupción. Hay demasiada corrupción en el país. Necesitamos políticos honrados.

Corrupción era otra de las palabras de moda. Era un término genérico para todo tipo de males, presentes y pasados, personales y políticos, un problema de los seres humanos y un defecto de las instituciones. Era donde convergían la liberalización económica y la reforma política, y fue el punto en el que, en lugar de integrarse de forma armoniosa, como se había prometido, ambas empezaron a pudrirse. Definida a veces como una dejación del deber moral, a veces como un abuso de funciones, la corrupción fue considerada más a menudo como un fracaso de la naturaleza humana tras el intento de transformación socialista. Además era algo extremadamente difícil de combatir. Como la Hidra, por cada cabeza que le cortabas, le crecían dos más. La corrupción tenía su propia lógica, pero nadie intentaba descifrarla, ni mucho menos cuestionar sus premisas. La propia palabra bastaba para explicar el problema.

Al principio, mi padre era reacio a presentarse a las elecciones. Nunca había sido miembro del partido. Le preocupaba que sus ideas fuesen demasiado vagas, incluso controvertidas. No tenía nada claro el asunto de las privatizaciones ni el del libre mercado. No estaba seguro de que el país debiera entrar en la OTAN. Ni siquiera estaba seguro de que la corrupción fuese nuestro mayor problema. No sabía dónde lo situaban sus opiniones, si en la izquierda o en la derecha. Se sentía de «izquierdas» en cuanto a la justicia, pero de «derechas» en cuanto a la libertad.

Mi madre lo corregía. Le decía que en un país que había sido comunista no había izquierda ni derecha, solo «comunistas nostálgicos» y «aspirantes a liberales». Él tampoco encajaba exactamente en la categoría de aspirantes, pero se sentía frustrado con su vida de burócrata. Todos los días volvía del puerto más angustiado y molesto, contando que tal o cual gestión le había salido mal, que había documentos que no tendría que haber firmado. Fue fácil convencerlo, como hizo mi madre, de que, si tanto le preocupaba todo aquello, de que si quería hacer algo útil y frenar lo que le parecía que estaba mal, no debía quedarse de brazos cruzados. Que debía pasar a la acción y que eso significaba participar en política. Le decía que la política era importante, porque no te limitabas a llevar a la práctica las decisiones de los demás, sino que eras tú quien las tomaba. En eso consistía la democracia.

Sin embargo, ningún partido habría podido impedir las reformas estructurales. Estaban intrínsecamente asociadas a lo que se había

dado en llamar, con ingenua autocomplacencia, «el proceso de integración a la familia europea». Puede que en la historia de mi país hayan existido momentos y escenarios en los que la política marcase un antes y un después, en los que ser un militante en lugar de un burócrata supusiera que podías intentar cambiar las reglas actuando en el nivel donde se elaboraban las leyes y no donde se aplicaban. Aquel no era ni uno de esos momentos ni uno de esos lugares. Las reformas estructurales eran tan inevitables como el clima. Se aplicaban en todas partes de la misma forma, porque el pasado había sido un fracaso y nunca supimos cómo moldear el futuro. Ya no había posturas políticas, solo tácticas. Y el cometido de esas tácticas era preparar al Estado para una etapa nueva de libertad y hacer que la gente se sintiera que pertenecía al «resto de Europa».

En aquellos años, el «resto de Europa» era mucho más que un lema de campaña. Representaba un modo de vida concreto, que se imitaba más de lo que se entendía y que se asumía más de lo indispensable. Europa era como un túnel muy largo con una entrada iluminada por luces brillantes y señales destellantes, y con un interior tan oscuro que era imposible percibir lo que ocultaba. Cuando comenzaba el viaje, a nadie se le pasaba por la cabeza preguntarse dónde acabaría aquel túnel, si no se apagarían las luces en mitad del trayecto ni qué habría al otro lado. A nadie se le ocurría llevar linternas, trazar mapas, preguntar si alguien había conseguido atravesar el túnel, si había una sola salida o varias o si todo el mundo salía de la misma manera. Por el contrario, nos metimos en el túnel con paso seguro, confiados en que las luces seguirían encendidas, dando por hecho que habíamos trabajado y esperado todo lo necesario, del mismo modo que habíamos sabido esperar en las largas colas socialistas: sin importarnos el tiempo que nos llevase, sin perder la esperanza.

–Como el resto de Europa –repitió Murat, el imán del barrio, una cálida tarde de mayo cuando lo fuimos a ver para pedirle que apoyase a mi padre en las siguientes elecciones–. Por supuesto, por supuesto que te apoyaremos, Zafo –dijo Murat–. Pero necesitarás dinero. No se puede hacer una campaña sin dinero.

Tras venderles la casa a los padres de Arian, la familia de Murat se había ido del barrio y había alquilado una vivienda cerca del cementerio. Era un piso pequeño y los muebles estaban apilados en su interior como si fueran una barricada. Reconocí las mismas cortinas verdes de poliéster con estampado de flores y mariposas. Habían prescindido de la biblioteca para hacerle sitio a un televisor en color. Varias copias del Corán en diferentes idiomas estaban dispersas por el suelo, así como algunos pares de zapatos envueltos en papel de periódico, pues Murat seguía reparándolos en su tiempo libre.

–El otro día vi una entrevista que le hicieron a Berlusconi –continuó

diciendo–. Ya sabes cómo es Berlusconi. ¡Qué hombre! Se le ve tan en forma. Parece un veinteañero. Siempre sonriendo. Vi una entrevista en la que Berlusconi contaba su vida. Empezó en la construcción. Después tocó música en un crucero. Luego compró un canal de la televisión privada. Hay que probar distintas cosas; nunca se sabe cuál va a funcionar. Eso fue lo que él dijo. Es un empresario. Ahora son otros los que se ocupan de llevarle los negocios y él se ha metido en política. Si sabe cómo ganar dinero, sabrá cómo ganar unas elecciones. Por supuesto que tiene muchos enemigos, la gente es envidiosa, siempre lo ha sido. Pero él puede darse el lujo de ignorarlos; tiene sus propios canales de televisión, sus propios periódicos. Si quieres ganar, necesitas tener dinero. Siempre hace falta dinero. Si no tienes dinero para ti, no puedes dárselo a los demás. ¿Dónde está tu dinero?

–En el bolsillo interior del abrigo de mi padre –le contestó riendo mi padre.

Murat se rió.

–Vas a necesitar un montón de dinero, Zafo, un montón de dinero –continuó–. Yo sé cómo funcionan estas cosas. Lo he visto con los árabes que hicieron las donaciones para la mezquita. –Hizo una pausa y encendió un cigarrillo–. Cuando cerró la fábrica donde trabajaba Flutura –miró hacia donde estaba su esposa–, pensé: ¿qué vamos a hacer? Nos vamos a morir de hambre. Y después pensé: *Allah Querim*.16 Pero Alá ayuda a los que se ayudan. Por suerte, después, las cosas mejoraron. Empezaron a llegar las empresas. Ya sabes lo que quiero decir. Las empresas...

–Xhaxhi Murat, me gustaría hacerle una pregunta –le interrumpí–. ¿Es usted en persona el que canta «Allahuakbar» todas las mañanas y tardes desde el minarete o es una grabación? En el instituto hemos apostado y hay algunos que dicen que es usted el que canta todos los días. Yo digo que es una grabación.

–Es una grabación, Leushka –me contestó–. Es una grabación. Ahora me debes diez mil leks. –Me guiñó un ojo. Después se volvió otra vez hacia mi padre con gesto serio–: Sude, Xhaferri, Populli, Vefa. Las empresas. Tienes que poner algo de dinero para poder sacar más dinero. Nosotros no teníamos dinero para poner. ¿Qué podíamos hacer entonces? Intentamos irnos del país. Estuvimos en el *Vlora*, ¿te acuerdas? Lo único que conseguimos con ese viaje a Italia fue unos cuantos moratones. Fue entonces cuando decidimos vender la casa. A los chicos les daba pena irse de nuestra calle. A nosotros también nos dio mucha tristeza. Teníamos buenos vecinos. Construí esa casa con mis propias manos. Las mismas manos que hicieron todos vuestros zapatos. –Hizo una breve pausa y levantó las manos, como si estuviera sosteniendo todos los zapatos que había hecho–. Hay que sacrificarse. Los Baki, nuestros vecinos, compraron la casa y nos pagaron en

efectivo. Podíamos hacer lo que quisiéramos con ese dinero. Podíamos gastarlo o podíamos... –Pensó un momento–. ¿Cuál es la palabra? Invertirlo. Lo invertimos. No nos quedamos con nada. ¿Qué crees que hace el resto de Europa con el dinero? Lo invierten. Lo invierten para que pueda multiplicarse.

Mi padre pensaba. Tenía una vaga expresión de culpabilidad en el rostro. Hacía poco habíamos hablado en casa de las nuevas empresas. Sude, Xhaferri, Populli, Kamberi, Vefa eran los nombres de las empresas financieras que empezaron a aparecer entre 1994 y 1995, prometiendo altos tipos de interés por los ahorros. En el apogeo de su actividad, más de dos tercios de la población participaban en inversiones que suponían la mitad del PIB del país. Algunas de esas empresas construían hoteles, restaurantes, discotecas y centros comerciales. Pero mi familia era reacia a invertir el efectivo que guardábamos en casa.

Murat expulsó el humo, apagó el cigarrillo que sostenía entre los dedos y encendió otro.

–Zafo, escúchame –dijo con expresión seria–. No puedes guardar todos tus ahorros en el bolsillo de un abrigo. Los tiempos han cambiado. Tienes que invertirlo. Como el resto de Europa. ¿A qué esperas? Nosotros habíamos puesto todos nuestros ahorros en Kamberi, pero solo nos daban un diez por ciento al mes, así que sacamos el dinero y lo invertimos en Populli, que te da el treinta por ciento. Después descubrimos Sude, que cada mes nos ha estado duplicando los ahorros. O más. Por supuesto que no vamos retirando todo el dinero, sino que lo dejamos ahí para que crezca. Como hacen en el resto de Europa. Tienes que ahorrar e invertir. Ahorrar e invertir para que el dinero se multiplique.

Mi padre sonreía y asentía con la cabeza. Siempre que en casa salía a relucir el tema de las empresas financieras, mis padres acababan discutiendo. Mi madre decía que teníamos que olvidarnos del bolsillo del abrigo e invertir nuestros ahorros en esas empresas. El resto de la familia era reticente.

–No entiendo cómo puedes depositar cien mil leks en una empresa –decía mi padre– y recibir el doble de esa cantidad en un par de meses. Me recuerda a apostar.

–Podríamos probar con una pequeña suma –le respondía mi madre– y ver qué pasa. Podemos ir poco a poco. No digo que tengamos que vender la casa ni nada por el estilo.

–Pero ¿de dónde sale todo el dinero? –insistía mi padre–. Aquí no hay fábricas, aquí no se produce nada.

–Que tú no estés acostumbrado no significa que haya algo sucio –le replicaba mi madre–. Las empresas también hacen sus inversiones. Tienen restaurantes, discotecas, hoteles. El dinero circula. Los que se

fueron envían de vuelta remesas de dinero desde Italia y Grecia, un montón de emigrantes ayudan a sus padres. La mayor parte procede de un trabajo honrado. De ahí es de donde viene el dinero. Ellos se lo mandan a sus padres, los padres lo depositan en las empresas y estas lo guardan todo junto, lo invierten y le pagan los intereses a la gente. Y, si lo necesitas, porque tienes que comprar algo o lo que sea, te lo devuelven o te prestan dinero. No es física nuclear. Tú tienes un título universitario. ¿Qué es lo que no entiendes?

–Lo que yo no entiendo –intervino mi abuela– es qué pasa si todo el mundo pide que le devuelvan el dinero al mismo tiempo. ¿Cómo hace la empresa para pagarles a todos?

Este último comentario resultaba especialmente irritante para mi madre.

–¿Por qué toda la gente va a querer sacar el dinero al mismo tiempo? –respondía ella–. ¿Por qué iban a querer recuperarlo todo? No puedes gastártelo todo de una vez. ¿Por qué prefieres guardar el dinero debajo del colchón en lugar de en una empresa?

–¿Por qué guardas el dinero en el bolsillo del abrigo de tu padre? –le preguntó también Murat a mi padre–. A nosotros nos va muy bien ahora. Puede que un día podamos volver a comprar nuestra casa. *Positive thinking* –«Pensamiento positivo», dijo en inglés–. Como el resto de Europa. A nosotros nunca nos enseñaron *positive thinking*; hazme caso, ese es nuestro problema.

Al final ganó el *positive thinking*. No vendimos nuestra casa, pero sí que «invertimos» la mayor parte de nuestros ahorros en una de las empresas, en Populli, cuyo nombre completo era Demokracia Popullore (Democracia Popular). Mi abuela nunca logró aprendérselo, siempre confundía el nombre de la empresa con el del Fronti Demokratik (Frente Democrático), la oficina del ayuntamiento donde nos entregaban los vales de comida antes de 1990.

–¿Has ido al Frente Democrático a retirar nuestros intereses? –le preguntó a mi padre al final del primer trimestre, cuando él volvió de las oficinas de Populli tras cobrar el interés de los ahorros que había depositado.

–Sí, he ido –contestó–. Está todo en mi bolsillo.

El *positive thinking* también ganó en lo referente a la elección de mi padre como diputado. Obtuvo más del sesenta por ciento de los votos. Ese fue el único éxito que cosechó durante su corta carrera como político. El resto de los meses que pasó en el parlamento fueron un fracaso sin paliativos. Pronto descubrió que no tenía ni el instinto implacable de un líder ni la calculada paciencia de un asesor. Carecía de disciplina de partido. Dudaba a la hora de tomar decisiones, pero no estaba dispuesto a respaldar las de los demás. No tenía la ambición de dirigir nada ni tampoco la voluntad de ser dirigido por nadie.

Fue una época maldita para convertirse en diputado. Las elecciones que ganó mi padre fueron unas de las más polémicas de la historia del país. La oposición socialista acusó de fraude al gobierno en funciones. No reconocieron el resultado y nunca llegaron a ocupar sus escaños en el parlamento. El país estaba plagado de observadores internacionales, mediadores diplomáticos y asesores políticos.

También estaba plagado de expertos financieros especializados en divulgar nombres técnicos para aquellos problemas que consideraban que necesitaban una solución urgente: *mercados emergentes*, *confianza inversionista*, *estructuras de gobernanza*, *transparencia para luchar contra la corrupción*, *reformas transitorias*. El único término técnico que no consiguieron popularizar fue el apropiado para designar a las «empresas» a las que la inmensa mayoría de mis compatriotas había confiado sus ahorros: *estafa piramidal*. Estos entramados piramidales empezaron a surgir a principios de la década de 1990 para contrarrestar el subdesarrollo del sector financiero del país y en un contexto de mercado de crédito informal que estaba basado en los vínculos familiares y se alimentaba de las remesas de dinero que enviaban los emigrantes. Después de que las Naciones Unidas levantaran las sanciones a la antigua Yugoslavia en 1995, disminuyó el contrabando y aumentó el número de personas con dinero en efectivo, lo que implicaba que las empresas dedicadas a la estafa piramidal podían prometer tipos de interés cada vez más altos a cambio de los depósitos. Las elecciones de 1996 agravaron el problema: varias de esas empresas reforzaron su imagen de legalidad haciendo donaciones a la campaña del Partido Democrático en el gobierno, algo que no solo las ayudó a mejorar su perfil, sino que contribuyó a incrementar el entusiasmo generalizado por invertir y obtener beneficios «como el resto de Europa».

Pocos meses después se descubrió que aquellos entramados piramidales eran incapaces de afrontar el pago de los altos intereses que habían prometido. Todas se declararon insolventes. Más de la mitad de la población, incluida mi familia, perdió todos sus ahorros. La gente acusó al gobierno de estar en connivencia con los propietarios de las empresas y salió a la calle para exigir la devolución de su dinero. Las manifestaciones, que comenzaron en el sur con el fuerte apoyo de las bases tradicionales del Partido Socialista, pronto se extendieron al resto del país. Se produjeron saqueos, asaltos a cuarteles del ejército por parte de civiles y una oleada de emigración sin precedentes. Más de dos mil personas perdieron la vida. Los libros de historia registran aquellos acontecimientos como la guerra civil de Albania. A nosotros nos basta con mencionar el año: 1997.

21. 1997

¿Cómo se escribe sobre una guerra civil? A continuación se recoge lo que escribí en mi diario entre enero y abril de 1997.

1 de enero de 1997

No sé por qué la gente siempre intenta convencerme de que el Año Nuevo es el comienzo de una vida nueva. Si hasta las luces del árbol son recicladas. Incluso los fuegos artificiales son los mismos del año pasado.

9 de enero

Tuvimos examen de Electrotécnica.[17] Saqué un diez.

14 de enero

El instituto no sirve para nada. No me gusta. Pero es el final del trimestre y ya estoy en el último año. Tengo que centrarme en las notas. Me he pasado todo el día estudiando Matemáticas y Física.

27 de enero

Sude quebró.[18] El gobierno ha congelado las cuentas de todas las demás empresas. Hay manifestaciones en el sur. Echo de menos a K. Creo que me estoy enamorando de él. Pero él no me hace caso.

7 de febrero

Ha anochecido y estoy en la cama escuchando el último álbum de Metallica. Seguro que vendrá alguien a quejarse de que la música está muy alta.

10 de febrero

¡Quebró Gjallica![19] La gente está exigiendo la devolución de su dinero. Ha habido algunos disturbios en Vlora.[20] Los manifestantes piden la dimisión del gobierno.

13 de febrero

Organizamos un espectáculo en el instituto con la Mula por San Valentín. Vinieron invitados de la embajada francesa, no entendí por qué. K. iba con un chándal, como si todo le diera igual. Me preguntó qué piensa mi padre de la situación política. Le dije que había presentado una moción en el parlamento para pedir la dimisión del gobierno. El padre de K. está muerto. Murió en circunstancias

sospechosas a principios de la década de 1990. Era un agente del Sigurimi. Qué fastidio.

14 de febrero

[Una carta de amor muy larga dirigida a K., que él nunca recibirá ni nunca sabrá que le escribí.]

15 de febrero

Ganamos el concurso de debate nacional patrocinado por Soros. La ponencia era «Las sociedades abiertas requieren fronteras abiertas».

24 de febrero

Hoy he participado en la Olimpíada de Física. Miré los problemas, estuve allí tres horas y después escribí un poema sobre el aburrimiento.

25 de febrero

La situación política sigue siendo tensa. Los estudiantes de Vlora están en huelga de hambre. La moción que *babi* presentó junto con otros trece diputados salió publicada en todos los periódicos. Causó un gran revuelo. Su partido los acusó de ser unos «rojos oportunistas».

El 9 de marzo se votará en el parlamento la investidura de Berisha[21] como presidente. Ayer se reunió la Unión Europea y le declaró su apoyo. *Babi* dice que los firmantes de la moción se han declarado proeuropeos, lo cual los coloca en una posición difícil. Puesto que la UE apoya a Berisha, considerarán que una oposición abierta a su presidencia es un elemento «desestabilizador». Le dije que era un cobarde si votaba a favor de Berisha. Me contestó que la política es complicada.

Creo que las personas deberían hacer lo que piensan que es correcto, y no lo que les dictan las circunstancias.

26 de febrero

Hoy no he hecho los deberes. En el instituto hemos organizado un boicot para mañana y nadie asistirá a clase en solidaridad con la huelga de hambre de los estudiantes de Vlora. Todo el mundo está entusiasmado con la idea de faltar a clase.

27 de febrero

El director no puso ninguna objeción al boicot, pero dijo que para evitar repercusiones disciplinarias sobre su persona debemos presentar una petición firmada por todo el instituto. Redactamos lo siguiente: «En solidaridad con los estudiantes de Vlora, aunque desmarcándonos de los actos de violencia de las últimas semanas, declaramos que

boicotearemos las clases de forma indefinida». No todos firmaron.

Cuando volví a casa por la tarde, el secretario de la liga juvenil del Partido Democrático me llamó para preguntarme si yo sabía quién había organizado el paro. Le dije que yo no sabía nada, que había sido una medida espontánea y que no había ningún líder. Después dijo que, si lo que queríamos era tomarnos unas vacaciones extra, ellos podían ocuparse de arreglarlo, pero que lo que habíamos hecho era muy desafortunado. Le respondí que no solo se había hecho para tener unos días libres. Me preguntó si sabía el nombre de alguno de los organizadores. Contesté que era cosa de todo el instituto. Entonces me preguntó si había más jóvenes como yo, cercanos al partido, que pudieran convencer a los demás de volver a clase. Le dije que yo no tenía pensado convencer a nadie para que volviera al instituto. Me preguntó: «¿Por qué estás tan empeñada en esa protesta? Tu madre está en el partido, tu padre es diputado, tu partido está en el gobierno; cuando el primer ministro dimita, ¿qué vas a comer, tu propia mierda?». No le di ningún nombre. ¿Tengo pinta de espía o qué?

28 de febrero

K. estaba molesto porque el artículo sobre los boicots del instituto salió publicado en la página cinco del *Koha Jonë*;22 dijo que tendría que haber salido en la página dos. Casi nunca me hace caso, pero hoy tuvimos una charla agradable. Bromeó diciendo que el ochenta por ciento de los que van al instituto no sabe hablar bien el albanés, que un diez por ciento sí lo habla bien, pero no lee los periódicos, y que un cinco por ciento lee los periódicos, pero no entiende lo que lee. Es simpático como amigo. Creo que no ha sido una buena idea enamorarme de él. Es un tipo raro.

Ha habido más llamadas de la liga juvenil para presionarme para que apoye al partido en el instituto. ¿Qué sentido tiene? Han perdido el poder; no pueden aferrarse a algo que pende de un hilo.

1 de marzo

Han muerto nueve personas en Vlora durante los enfrentamientos con la policía. Anoche llamaron por teléfono a *babi* a la una de la madrugada para convocarlo a una sesión extraordinaria del parlamento por la mañana. Ha habido más disturbios en otras ciudades. Muchas carreteras que van hacia el sur están bloqueadas con barricadas. Dicen que está a punto de estallar una «guerra civil». No entiendo quién se va a enfrentar a quién. Todo el mundo ha perdido sus ahorros. Hicimos bien en no vender nuestra casa. Mami dijo que puedo ir al instituto y quedarme fuera con todos los demás a modo de protesta, pero que me mantenga callada y no ande provocando revueltas. He visto a K. También me encontré con Besa. Iba a una

fiesta en una casa. El boicot al instituto está genial. Los compañeros podemos pasar mucho tiempo juntos.

2 de marzo, 20.00

Es raro. El primer ministro ha dimitido. Berisha ha organizado una mesa de negociación con todos los partidos. Ayer los socialistas acordaron un nuevo gobierno encabezado por los demócratas. Hoy se retiraron del acuerdo. El sur del país es un caos. En Saranda y Himarë,[23] cinco arsenales sufrieron ataques y volaron un polvorín naval. Todos los presos que cumplían condena por asesinato se fugaron de la cárcel.

2 de marzo, 22.00

Dejé de escribir para ver las noticias. *Babi* regresó del parlamento y después volvió a irse. Llamó cuando iba de camino a Tirana para advertirme de que no saliera de casa. Dijo que no era seguro, que los que estaban furiosos con él podían tomar represalias contra mí. El presidente ha declarado el estado de emergencia y ha otorgado poderes a los militares. Lo de un gobierno militar suena horrible. Queda prohibido salir en grupos de más de cuatro personas, hay toque de queda, no se puede organizar ninguna actividad, ni siquiera cultural, y los soldados están autorizados para abrir fuego si ven que alguien infringe la ley. Los habitantes de Vlora han convocado una marcha hasta Tirana para derrocar al gobierno. Todos son susurros a mi alrededor. Hoy recibí una llamada de unos periodistas italianos que había conocido en el instituto. Todo lo que pude decirles es «È grave». Tengo miedo. Aunque por aquí está todo tranquilo. Quizá sean las palabras las que me dan miedo. *Gobierno militar*. *Estado de emergencia*. Son aterradoras.

3 de marzo

Esta mañana hemos visto la farsa de la elección presidencial por televisión. De los 118 diputados del Partido Democrático, 113 votaron a favor, 1 en contra y 4 se abstuvieron. *Babi* estaba entre esos cuatro. Esta mañana incendiaron las oficinas del *Koha Jonë* y un periodista ha desaparecido. No creo que el ejército sea lo bastante fuerte para acabar con los rebeldes. Anoche, a las dos de la madrugada, los estudiantes de Vlora abandonaron la huelga de hambre. No sabían con quién negociar. Unos grupos descontrolados han asaltado cuarteles militares, robado armas y saqueado tiendas. Nuestros tanques son muy viejos. No creo ni que funcionen.

Tengo miedo. *Babi* me ha prohibido categóricamente salir de casa y dice que, si encuentra la forma de hacerlo, me enviará a Italia. Ha oído que existen becas universitarias para alumnos con buenas

calificaciones. Bashkim Gazidede, el general en jefe, anunció hoy el cierre de colegios e institutos. Da la impresión de no tener ni idea de qué hacer. Se ha decretado el toque de queda entre las ocho de la tarde y las siete de la mañana. Las tiendas cierran a las tres de la tarde. Durrës está muy tranquila. Quizá esté bien marcharse. Echaré de menos esta ciudad. Todo se ha hecho añicos. No quiero irme.

4 de marzo, 13.40

Mami acaba de volver de una reunión del partido. Ha dicho que el partido está haciendo una lista de gente para repartir armas y para que puedan defenderse en caso de necesitarlo. *Babi* dice que él no quiere un arma en casa. Que, de todas formas, no la usaría. Mami dice que puede servir como elemento disuasorio. Dice que ella sí que la usaría. Hoy se han visto coches con matrícula de Vlora por las calles de Durrës. El gobierno ha enviado tanques al sur del país. Parece que los tanques todavía funcionan. Los manifestantes han huido a las montañas y todos los periodistas han sido evacuados en helicóptero. No sé qué vamos a hacer si las protestas llegan a Durrës. Aquí está todo bien. En casa juego al ajedrez y a las cartas. No quiero marcharme. Quiero terminar el instituto.

5 de marzo

Echo de menos a K. Quiero verlo antes de irme. No quiero marcharme. Marcharse hace que se olviden las cosas. Hace que se olviden las personas.

7 de marzo, 12.30

El presidente dijo que, si la gente entrega las armas, habrá un gobierno de coalición y una amnistía en cuarenta y ocho horas. Ayer hubo una mesa de negociación entre los partidos. Me pareció que había un ambiente civilizado en el parlamento. Siguen sin dejarme salir de casa. Solo a mí. Todos los demás pueden hacerlo. Mis compañeros del instituto siguen reuniéndose fuera de las horas del toque de queda. No sé por qué a mí no me dejan. No lo entiendo.

7 de marzo, 20.40

Los expertos europeos aconsejaron redactar una nueva constitución y celebrar nuevas elecciones. No dijeron nada sobre si el gobierno puede recurrir a cualquier medio para reprimir las revueltas.

8 de marzo

Se ha declarado un armisticio durante cuarenta y ocho horas. Los rebeldes han tomado Gjirokastra.[24] Hay un montón de delegaciones yendo y viniendo.

9 de marzo

Está mejorando la situación. Ayer hubo otra mesa de negociaciones y los partidos acordaron formar un gobierno de coalición, convocar elecciones en junio y conceder la amnistía a los que entreguen las armas en el plazo de una semana. Quizá no tenga que marcharme del país. Esta tarde me han dejado salir. Pronto acabará el estado de emergencia y volverán a abrir el instituto. Estoy tan feliz. La situación se estaba haciendo insoportable. Hemos estado muy cerca de iniciar una guerra. Echo de menos a K. Espero que me vaya bien en los exámenes. Estoy deseando que empiecen las clases. *Babi* está muy nervioso. No se puede hablar con él. Me da pena que su paso por la política haya sido tan corto. No sé si volverá a presentarse en las próximas elecciones. Supongo que dependerá de cómo reestructuren el partido.

10 de marzo

Estoy tan aburrida. Llevo diez días sin ver a K. Diez días.

11 de marzo

A pesar del acuerdo entre partidos, a pesar del gobierno técnico con un primer ministro socialista, a pesar de todos los esfuerzos «bilaterales» para resolver la crisis, las protestas continúan. Acabo de oír en las noticias que algunas ciudades del norte, Shkodra, Kukës y Tropoja, han caído en manos de los insurgentes. El parlamento ha aprobado una amnistía para las personas que entreguen las armas. No creo que con eso se detengan los saqueos.

13 de marzo

Las lágrimas no me dejan ver. Estoy en mi habitación. Lo único que oigo aparte de mis propios sollozos es el estruendo de las ametralladoras. Ni siquiera sé de dónde procede. Lo oigo por todas partes. Nadie pensó que los disturbios llegarían hasta aquí. Ayer oímos varias explosiones aquí y allá, y ruido de helicópteros, pero no les dimos mucha importancia. Corrían rumores de que los disturbios habían llegado a Tirana y supusimos que los ruidos eran ecos lejanos que provenían de allí. Después me senté junto a la ventana de la cocina y vi gente corriendo por todas partes. Todos los hombres de nuestra calle subían colina arriba portando armas: algunos tenían kaláshnikovs; otros, pistolas; otros más llevaban unas rudimentarias bombas de barril. Vi a nuestro vecino Ismail, que es muy mayor y camina con bastón. Iba arrastrando con gran esfuerzo un enorme objeto metálico sobre una carretilla de madera. Dijo que era un cohete RS-82 de alcance medio. Lo arrastraba haciendo muchísimo ruido. La gente lo felicitaba: «Ismail, eso es genial, también tendrás un

lanzacohetes, ¿no?». Ismail contestó que no, pero que quizá alguien encontrara uno. «Nunca se sabe cuándo puedes necesitar un cohete», dijo.

Más tarde surgió el rumor de un nuevo éxodo; corrió la voz de que los barcos que estaban en el puerto estaban dispuestos a llevar a la gente a Italia. Algunos consiguieron subir al ferri de pasajeros *Adriática*, abrieron fuego y obligaron al capitán a zarpar. Fui a mi habitación y encontré a Nini temblando. Me dijo que *babi* está atrapado en el parlamento, que había disturbios y que el parlamento está en llamas. La línea telefónica está cortada. Mi abuela estaba muy pálida.

Mami está en la playa con Lani, fueron esta mañana antes de que la situación se descontrolara. Todavía no han vuelto. Me eché a llorar. En ese momento llegó Besa y dijo que iba al puerto con su madre a ver si podían encontrar un barco para marcharse. La madre de Besa le preguntó a mi abuela si me dejaba ir con ellas, pero ella se negó. Me puse a llorar aún más. Entonces abrí la boca para decir que quería ir con ellas, pero no pude emitir ningún sonido. Volví a intentarlo. Y nada. No podía decir nada.

Me quedé sin voz. No he vuelto a intentarlo. No sé si podré volver a hablar. No quiero probar, por si acaso no me sale la voz. Hay tanto ruido fuera. Solo se oyen los kaláshnikovs. Donika vino a estar con Nini. No entiendo por qué todo el mundo me pide que hable, que use la voz. ¿Y si no me sale? No quiero ponerla a prueba. Nini ha dicho que, cuando vuelva *babi*, me mandarán al médico. Basta con que me insistan en que hable para que se me salten las lágrimas. No puedo dejar de llorar. Intento contener las lágrimas, pero no puedo. No puedo hablar. No sé qué hacer. Ahora estoy sola y quiero intentarlo, pero ¿y si no me sale la voz? ¿Y si la he perdido para siempre? Si lloro, quizá la recupere.

14 de marzo, 9.50

Solo oigo ametralladoras. Mami y Lani se fueron ayer a Italia. Un hombre vino a decírnoslo. Estaban en la playa, vieron un barco que amarró en el muelle y saltaron dentro. El hombre que nos lo contó también estaba en el muelle con su familia, pero decidió no irse porque la gente que estaba a bordo tenía kaláshnikovs y estaban disparando. Mami trató de convencerlo diciéndole que no solo estaban disparando en el barco, sino también por toda la ciudad y, si se quedaban ahí, por lo menos podrían escapar a Italia, pero el hombre le contestó que su familia estaba demasiado asustada para permanecer a bordo. El hombre nos dijo que era probable que mi madre y mi hermano estuvieran en un campamento de refugiados en Bari. Pero no sé si lo habrán logrado, porque todavía no han llamado. No sé cómo

habrán pagado el pasaje, pues no llevaban dinero encima. Puede que no los dejen salir del campamento. Los mantendrán allí dos semanas y los mandarán de vuelta. El teléfono ha empezado a funcionar de nuevo. Después ha vuelto a cortarse la línea. Creo que ahora funciona otra vez, pero no ha llamado nadie. Las calles están bloqueadas, aunque supongo que, si hubiese habido algún muerto en el parlamento, la televisión habría informado de ello, así que doy por hecho que *babi* se encuentra bien.

Pero sigo sin poder hablar. No creo que me haya vuelto la voz. No sé si la recuperaré algún día. Nini dice que debo intentar hablar para no darle un susto a *babi* cuando regrese a casa. Me dio un Valium. Dijo que eso me ayudaría. No sirvió para nada. Entonces me dio otro. Sigo sin poder hablar. No lo he intentado, pero ¿y si lo pruebo y se me ha ido la voz para siempre? Nini dice que la situación no es tan grave. Que tengo que ser fuerte, que tengo que sacar fuerzas de algún lado. No sé cuándo considerará que la situación es realmente grave. Me he quedado sin voz. Tengo mucho sueño.

14 de marzo, 15.30

El ruido de los kaláshnikovs se parece al de los fuegos artificiales de Fin de Año. No para nunca, sigue y sigue y sigue. Día y noche. ¿Quién lo habría imaginado? El estado de emergencia ha provocado el efecto contrario al deseado. Se habla de traer tropas de la OTAN. Me preocupa que eso solo sirva para empeorar las cosas, que provoque un baño de sangre. Como las fuerzas de paz en Bosnia. Ya verás. Nini tiene razón, será mejor que me acostumbre a todo esto. Y lo intento. Me sube un escalofrío por la espalda cuando me acuerdo de ayer, de la gente corriendo de un lado a otro, de los coches pasando a toda velocidad, de los disparos en la calle. Hoy ha sido un poco mejor. Creo que ya estoy llevando mejor la situación. Ayer fue como si todos se hubiesen vuelto locos al mismo tiempo y hubieran decidido destrozarlo todo.

Babi logró volver de Tirana. Dijo que el puerto está totalmente arrasado. Han quemado todas las oficinas. Quedan muy pocas tiendas enteras y los propietarios las defienden con kaláshnikovs. Solo oigo disparos. El país está en manos de gánsteres. Es una anarquía total. Ya nadie habla de soluciones políticas. Ya no se trata de socialistas contra demócratas. Ahora los poderes políticos han perdido el poder por completo. Nadie entiende nada. Es como el suicidio de un país entero. Justo cuando parecía que las cosas empezaban a mejorar, todo se ha derrumbado. Ahora que nos estamos despeñando en grupo por un precipicio, ya no hay vuelta atrás. Es mucho peor que en 1990. Al menos entonces había esperanza en la democracia. Ahora no tenemos nada, solo una maldición.

14 de marzo, 17.00

No puedo soportar esto. Prefiero salir y recibir un balazo que quedarme aquí sentada. No tengo a nadie con quien hablar. Siempre pensé que, si se desataba una guerra, yo me comportaría con entereza. Nunca pensé que me pasaría el día llorando. Es por la espera. La espera me asfixia.

Nini ha dicho que aleje mi cama de la ventana. Tenemos un montón de balazos de kaláshnikovs en el alféizar. No sé de dónde vienen, pero, si los disparos no proceden de muy lejos y conservan la mayor parte de su velocidad, pueden matarte. Eso me ha dicho. Y que mueva la cama.

14 de marzo, 18.00

Esos disparos. Es como si me estallaran en la cabeza. No puedo dejar de llorar. Cada vez que trato de hablar, lo único que consigo es llorar.

15 de marzo

Nini me dio más tranquilizantes. Acabo de despertarme. Me siento un poco mejor. No sé si las cosas están realmente mal o si es mi imaginación la que las empeora. Ahora que Besa también se ha marchado, ya no tengo a nadie con quien hablar. De todas formas tampoco puedo hablar. Hoy he oído menos disparos. Parece ser que habrá una fuerza policial internacional. Quiero volver al instituto.

15 de marzo, 12.30

Pensé en suicidarme, pero sentí pena por Nini. Solo me duró quince minutos. Tengo que encontrar un libro nuevo para leer.

15 de marzo, 20.50

La tarde estuvo bien. Mami llamó por primera vez a primera hora de la tarde. Están en un campamento de refugiados en Bari. *Babi* está furioso con ella. Dijo que no tendría que haberse ido sin avisarlo. Nini habló con ella y después le pasó el teléfono a *babi*, pero él no quiso ponerse, sino que se limitó a pasarme el teléfono a mí, pero no pude decir nada. No lo intenté, pero no creo que pudiera hablar. Creo que todavía no he recuperado la voz. Mami dijo que vio el barco y se subió. Que estaba tratando de salvar a Lani. Nini le dijo que una madre no se lleva a un hijo y deja al otro atrás. *Babi* jura que no volverá a dirigirle la palabra nunca más.

16 de marzo

Hoy salí a la calle. Salí de casa cuando Nini estaba durmiendo. No podía aguantar más. Pensé que, si me matan, ¿qué? Fui calle arriba hasta la cima de la colina para ver el antiguo Palacio Real. No queda nada. Las barandillas están rotas. Han robado los azulejos. Han arrancado todas las flores. Se han llevado las lámparas de araña.

Parece que el techo se va a caer de un momento a otro. Estando allí intenté gritar y me salió la voz. Yo sabía que no la había perdido, solo que no quería usarla. Todo estaba muy vacío. Completamente vacío. No quedaba ningún mueble.

He empezado a leer *Guerra y paz*. Hay un montón de personajes. Al final es como si los conocieras. Quizá sea mejor pasar el tiempo con personajes de ficción que echando de menos a personas de verdad a las que ya no volveré a ver. He dejado de pensar en el instituto. He dejado de pensar en K.

17 de marzo

Flamur se ha matado. Estaba manipulando una Tokarev TT-33 y pensó que no estaba cargada. Su madre estaba delante. Apretó el gatillo y quedaba una bala dentro. Solo una. La gente que estaba en la calle dijo que habían oído una explosión, pero yo no oí nada. Hay tantas explosiones. Solo oí gritar a Shpresa, un rugido seco, como el de un animal. Salió a la calle tirándose del pelo y se lo arrancó. No paraba de repetir que alguien tenía que entrar y cubrir a su hijo. Era lo único que decía. «Entrad y cubridlo.»

18 de marzo

Es tan divertido salir con *babi*. Hoy fuimos a hacer la compra juntos. Eso sí, habla mucho. También se encuentra con tanta gente que tardas horas en hacer las cosas. Hoy había gente en la calle. Parece que la situación ha mejorado un poco. Creo que todo irá bien. Debo tener valor. Nini es tan valiente, no sé cómo lo hace. Hay un cuco atrapado dentro de casa. Podemos oírlo cantar, pero lo hemos buscado por todos lados y no lo encontramos. Nini dice que traen mala suerte.

19 de marzo

Hoy hablé con mami por teléfono. Dice que pronto dejarán el campamento. Ha encontrado trabajo en Roma cuidando a una anciana que está paralítica. Mami dice que va a solicitar asilo político. Le dan comida, alojamiento y medio millón de liras y Lani puede quedarse con ella. Dice que quizá, después de un tiempo, encontrará trabajo como profesora de Matemáticas. Entonces presentará los papeles para la ciudadanía y solicitará la reunificación familiar. No tiene ni idea. No ve la televisión. Yo vi un programa sobre los albaneses en Italia. Lo más probable es que consiga un hombre antes que la ciudadanía. *Babi* sigue sin querer hablar con ella.

20 de marzo

Anoche no pude escribir. Tuvimos un apagón a las cinco de la tarde y la luz no ha vuelto hasta esta mañana. Luego se ha ido otra vez, pero

acabo de encontrar una vela. Ayer no había nadie por la calle. El puerto está lleno de gente que se quiere ir. Había muchísimo viento, parecía que la casa iba a salir volando. No sé adónde pretendía ir toda esa gente con el viento que hacía. Terminé *Guerra y paz*. Parece ser que Turguénev escribió que contenía cosas insoportables y otras maravillosas, pero que predominaban las maravillosas. Yo no he encontrado nada que fuera insoportable. Cuando estaba cerca del final no podía soltar el libro. *Babi* dice que, si mami vuelve algún día, la llevará ante los tribunales. Dice que nunca la perdonará. Todavía hay disturbios en la calle. Me explota la cabeza. Es como si tuviera algo dentro, pero no sé qué es. Noto mucho ruido dentro de la cabeza. Hay mucho ruido fuera. No hay gente por las calles, pero hay un ruido insoportable. Los disparos no cesan jamás.

25 de marzo

No creo que se retomen las clases este año. No tengo ni idea de lo que pasará con mis exámenes finales. Lo mismo sucede con el inicio de la universidad. Ni siquiera he decidido qué quiero estudiar. Pronto esto se llenará de soldados extranjeros: italianos, griegos, españoles, polacos. Las fuerzas internacionales de paz. Supongo que será bueno para la economía, será bueno para la prostitución.

29 de marzo

Anoche se hundió cerca de Otranto un barco que había partido de Vlora rumbo a Italia. Llevaba unas cien personas a bordo y fue embestido por una embarcación militar italiana que estaba patrullando las aguas. Los italianos hicieron una maniobra para intentar detener el barco y este volcó. Hay cerca de ochenta cadáveres dispersos por el mar, todavía los siguen buscando, la mayoría mujeres y niños, incluso bebés de tres meses. Nuestro primer ministro había firmado un acuerdo con Romano Prodi el día anterior por el que aceptaba que se recurriera a la fuerza para asegurar el control de las aguas territoriales italianas, incluyendo que se embistiera a las embarcaciones para obligarlas a dar la vuelta. He dejado de tomar Valium, ahora tomo valeriana, se supone que es más suave.

6 de abril

Al ministro de Educación se le ha ocurrido una idea ridícula llamada «escolarización a través de la televisión». No van a reabrir los colegios. Es muy peligroso. Van a impartir la educación por televisión, así «nadie perderá clases». No sé qué va a pasar con los exámenes finales. Quizá también los hagan por televisión.

22. LOS FILÓSOFOS NO HAN HECHO MÁS QUE INTERPRETAR EL MUNDO, PERO DE LO QUE SE TRATA ES DE TRANSFORMARLO

Las escuelas e institutos permanecieron cerrados hasta finales de junio de 1997, fecha en la que abrieron durante unos días para que los alumnos del último curso, como yo, pudieran hacer los exámenes. Las fuerzas internacionales de paz habían llegado unas semanas antes para intentar estabilizar el país. En realidad no pretendían detener la violencia, sino ayudar al Estado a recuperar el monopolio de esta. Había soldados extranjeros por todas partes, vestidos todos con el correspondiente uniforme verde y el casco gris; solo se diferenciaban por las banderas que llevaban cosidas en las mangas. Aquella Operación Alba estaba dirigida por Italia; era la segunda vez desde la Segunda Guerra Mundial que los soldados transalpinos pisaban suelo albanés en una misión «civilizadora».

Pronto se celebrarían nuevas elecciones, además de un referéndum para decidir si el país seguiría siendo una república o si se restauraría la monarquía. Los descendientes del rey, aquel mismo rey Zog cuyos poderes se transfirieron brevemente a mi bisabuelo cuando el país se convirtió en un protectorado fascista, regresaron para intentar gestionar el descalabro del país. Tras huir de Albania llevándose el oro del banco nacional en 1939, contrataron un espacio publicitario en la televisión para hacer campaña a favor de la monarquía. Todas las noches, a través de una pantalla divida en dos, se mostraban imágenes de una Albania en llamas junto a fotos de lugares emblemáticos de Oslo, Copenhague y Estocolmo. Debajo de las fotos y en letras azules podía leerse: NORUEGA: MONARQUÍA CONSTITUCIONAL; DINAMARCA: MONARQUÍA CONSTITUCIONAL; SUECIA: MONARQUÍA CONSTITUCIONAL.

Cada vez que el anuncio aparecía en la televisión, el humor de mi abuela cambiaba en el acto. Aquello la enfurecía incluso más que el estruendo de los kaláshnikovs al otro lado de la ventana.

–¡Zog! –bufaba–. No me habléis de Zog. Yo estuve en su boda. ¡Zog! ¿Qué es toda esta locura? ¡No me lo puedo creer!

Los comentarios de mi padre tenían menos carga emocional, pero eran igual de desconcertantes.

–Suecia –decía mi padre cuando veía el anuncio–, Olof Palme. ¿Has oído hablar de Olof Palme, Leushka? Era un buen hombre. Deberías leer sobre él. Era un socialdemócrata. Uno de verdad. Te hubiera gustado. Olof Palme era un buen hombre.

Años después aprendí más cosas sobre Olof Palme, sobre sus críticas feroces tanto a los Estados Unidos como a la Unión Soviética, su defensa de la descolonización y su asesinato. Fue entonces cuando me di cuenta de que, a lo largo de toda su vida, mi padre solo había admirado a políticos que ya estaban muertos.

La noche antes de mi último examen, el de Física, me senté delante de un atlas para intentar memorizar las capitales del mundo. Me resultaba difícil concentrarme y volver a repasar la asignatura. Estaba exhausta. Había estado estudiando sin parar todas las noches durante meses, igual que lo habría hecho todos los días si el instituto hubiera estado abierto. Por la noche se oían menos disparos de kaláshnikovs. Incluso se escuchaban perros ladrando o el canto de algún que otro grillo en el jardín. Los cortes de luz se volvieron más previsibles: o bien tenías electricidad toda la noche o, si se cortaba, ya no volvería hasta la mañana. Llegada la medianoche ya lo sabías. A oscuras, la vida casi parecía volver a la normalidad, menos cuando mi abuela se agitaba en sueños y después se despertaba para advertirme de que me iba a enfermar si seguía estudiando tanto. Eso sí era raro: nunca antes me había dicho que dejara de leer.

En el instituto nos informaron de que seguramente los resultados de los exámenes no afectarían nuestra calificación. Lo más probable era que la nota final fuera una media de las calificaciones del alumno durante el curso. Pero yo no podía dejar de estudiar. Quería estar preparada para cualquier eventualidad. No había ninguna garantía de que fuera a haber exámenes ni de que la información que nos proporcionaban no volviera a cambiar. Quizá tuviera que repetir el curso. O quizá se acabasen para siempre las clases sin haberme aprendido nunca las capitales del mundo.

El día del examen final, mi profesor, Kujtim, abrió el sobre que contenía las preguntas enviadas por el Ministerio de Educación. Se hizo un solemne silencio en el pabellón deportivo del instituto, donde se habían colocado pupitres individuales a un metro de distancia unos de otros para evitar que copiásemos. Leyó en voz alta lo que llamábamos las «premisas del examen» con la gravedad propia de esas circunstancias. Su tono me hizo pensar que, a pesar de lo extraordinario de la situación, había hecho muy bien al haberme preparado en serio el examen. Leyó en voz alta: «Un transbordador espacial que vuela hacia la Tierra con una velocidad V emite unas señales luminosas en la misma dirección en la que vuela. ¿Cuál...?».

Antes de que Kujtim terminase de leer la pregunta entró el director en el pabellón de deportes. Kujtim se quitó las gafas y esperó. Los dos se dijeron algo al oído; después, el director asintió con la cabeza y se marchó. Kujtim miró por la ventana, tosió, tragó saliva y, sin volver a ponerse las gafas, empezó a leer desde el principio: «Un transbordador

espacial que vuela hacia la Tierra con una velocidad V emite unas señales luminosas en la misma dirección en la que vuela. ¿Cuál es la velocidad de los fotones en relación con la Tierra?».

Cuando terminó de dictar las preguntas se volvió hacia la pizarra y la llenó de gráficos y ecuaciones. Después se volvió hacia nosotros rodeado de una nube de polvo de tiza y, sosteniendo el folio cerca de la cara para tapársela como si fuese un escudo, dijo:

–Aquí tenéis las respuestas. Nadie va a suspender. Los que tengan una calificación prevista de seis deben copiar solo dos respuestas. Los que tengan una calificación prevista de ocho, deben copiar tres. Y si es de diez, deben copiar las cuatro. No tratéis de contestarlas vosotros mismos. El director ha recibido una llamada anónima que ha dicho que hay una bomba en el instituto y que va a explotar dentro de dos horas. Le dijeron dos horas. La policía ya está buscándola, pero no han encontrado nada. Puede que sea una broma de algún amigo vuestro. Mantened la calma. Pero debéis acabar el examen lo antes posible.

Aquel fue mi último examen. El instituto no voló por los aires; fue una falsa alarma. Cuando volví a casa y conté lo ocurrido, mi padre se rió a carcajadas, una risa delirante que acompañaba golpeando la mesa con la mano abierta una y otra vez y limpiándose las lágrimas que le corrían por las mejillas.

–¡Una bomba! –gritaba–. ¡Una bomba! ¡Te dije que durmieras, Leushka! ¡Te dije que sería una formalidad! ¡Una bomba! ¡Es genial! ¡Una bomba! ¡Y os dejaron seguir con el examen! ¡Magistral! ¡Genial!

Por la tarde empezó a preocuparme que el vaporoso vestido color turquesa que me había comprado para la fiesta de final de curso fuera demasiado largo y que no pudiera encontrar una modista que me lo acortara en tan poco tiempo.

–Te queda muy por encima de la rodilla –me dijo mi abuela cuando me lo probé–. Ya sabes que yo tengo cortinas en los ojos –añadió a modo de disculpa refiriéndose a sus cataratas–. No puedo hacer nada.

Mi madre era especialista en hacer esos pequeños arreglos en la ropa. Me fastidiaba que no estuviera allí. Yo siempre iba con pantalones al instituto y quería que aquella fuese una ocasión especial. Mi padre levantó la mirada al techo con su habitual aire de impotencia, pero con un toque de pena en el rostro. Al menos tuvo el detalle de no comentar que el vestido ya era demasiado corto.

Al día siguiente festejamos nuestra fiesta de graduación en un romántico hotel junto a la playa llamado Hotel California. Pertenecía a la principal mafia local, la misma que había hecho entrar a mi madre ilegalmente en Italia y que controlaba la mayoría de las armas robadas. El Hotel California estaba rodeado de pistoleros que cada tanto disparaban al aire para demostrar a las mafias rivales que el hotel se encontraba bien custodiado y para contribuir a la atmósfera

festiva que reinaba en el salón principal, siguiendo la antigua tradición balcánica de disparar al aire durante las bodas. La fiesta parecía realmente una boda: los chicos llevaban traje y corbata, y todas las chicas, menos yo, fueron de vestido largo. Los camareros sirvieron *meze* todo el día y el baile continuó hasta cerca de las cuatro de la tarde, cuando entraron los pistoleros para decirnos que estaba a punto de empezar el toque de queda. Como canción de despedida pusieron «Hotel California» y todos cantamos «Welcome to the Hotel California! Such a lovely place, such a lovely face!», con las armas apuntándonos mientras recogíamos nuestras cosas y abandonábamos el salón.

–Lo odio –dijo una chica de mi clase cuando salimos a la calle–. ¡Odio este calor! Mira cómo se me ha estropeado el maquillaje, está todo corrido, parezco una muerta cubierta de barro.

Ahora, cuando pienso en la parte final del instituto recuerdo que sentí un gran alivio al aprobar el examen tan fácilmente, pero también un gran enfado por haber desperdiciado tantas noches preparándolo. Ahora, aquel esfuerzo constante por mantener en orden una parte de mi vida, pese a lo que sucedía a mi alrededor, me parece una especie particular de patología.

Tuve que asumir muchas cosas durante aquellos meses. Asumí que mi padre permanecería encerrado en el parlamento sin saber cuándo regresaría a casa, si es que lograba. Asumí las entusiastas explicaciones de mi madre sobre la evolución de su permiso de trabajo italiano y sus ridículos pretextos de que no le importaba nada limpiar los baños de desconocidos durante un tiempo porque eso la ayudaba a olvidar la política. Asumí que me había quedado sin voz y que desde ese momento en adelante quizá tuviera que comunicarme por escrito. Asumí que Flamur, mi amigo de la infancia, que una vez había matado un gato delante de mí, se había matado delante de su madre manipulando una Tokarev TT-33. Asumí el repiqueteo de las balas de los kaláshnikovs en el alféizar de mi ventana. Aprendí a dormir escuchándolo. Asumí que habían puesto una bomba durante mi examen y que la fiesta de final de curso estuviera rodeada de hombres armados.

Aprendí a vivir con una sensación de precariedad constante. Asumí la insignificancia de acciones cotidianas como comer, leer o dormir cuando no sabes si podrás volver a hacerlo al día siguiente. Asumí el anonimato de todas las tragedias que se desplegaban delante de mí y cómo, de repente, resultaba inútil averiguar qué tipo de muerte había sufrido un vecino o un pariente: intencionada o accidental, en soledad o rodeado de su familia, violenta o tranquila, ridícula o digna.

Asumí las diferentes explicaciones sobre las causas de esto o aquello: que la comunidad internacional nos había advertido de tal o cual decisión; que hacía tiempo que la historia de los Balcanes era una

bomba de relojería; que había que tener en cuenta las divisiones étnicas y religiosas que imperaban en este rincón del mundo, así como el legado del socialismo. Asumí las historias que oía en los medios de comunicación extranjeros: que la guerra civil albanesa no se debía al colapso de un sistema financiero defectuoso, sino a las antiguas enemistades entre los diferentes grupos étnicos, los ghegs del norte y los tosks del sur. Lo acepté, pese a ser una explicación absurda, pese a no saber ni yo misma a qué grupo pertenecía, si a ambos o a ninguno. Lo asumí, pese a que mi madre era gheg y mi padre tosk, y pese a que durante su vida matrimonial lo único que había importado eran sus diferencias políticas y de clase, nunca el acento con el que hablaban. Lo asumí, como todos los demás, igual que asumí la hoja de ruta liberal que habíamos seguido como si fuese una vocación religiosa, igual que asumí que su desarrollo solo podía verse afectado por factores externos (como el atraso de las normas que regían a nuestra comunidad) y nunca por sus propias contradicciones.

Asumí que la historia se repite. Recuerdo pensar: ¿es esto lo que vivieron mis padres? ¿Es esto lo que querían que viviera yo? ¿Es así como se pierde la esperanza, volviéndose indiferente a la categorización, a los matices, a establecer distinciones, a juzgar la credibilidad de las diferentes interpretaciones? ¿Volviéndose indiferente a la verdad?

Era como retroceder a 1990. Era el mismo caos, la misma sensación de incertidumbre, el mismo hundimiento del Estado, el mismo desastre económico. Pero con una diferencia. En 1990 no teníamos nada más que esperanza. En 1997 también la perdimos. El futuro era muy negro. Y, sin embargo, yo tenía que actuar como si aún existiera un futuro y tenía que tomar decisiones que me implicasen en él. Tenía que decidir qué quería ser de mayor y escoger qué quería estudiar en la universidad. La elección me resultaba terriblemente difícil. Me costaba muchísimo evaluar las opciones, imaginarme en un tipo de vida u otro y pensar cómo sería mi futuro en cada una de las posibilidades. Me resultaba imposible sopesar áreas de estudio por separado, como Derecho, Medicina, Economía, Física, Ingeniería, sobre qué trataba cada carrera y qué significaba especializarse en ella. No dejaba de darle vueltas a cuál era su interés, su utilidad y si tenían algo en común. Me planteaba su papel a la hora de ayudarnos a comprender esto que llamamos historia y que concebimos como algo más que una secuencia caótica de personajes y de acontecimientos, a la que atribuimos un significado, un hilo conductor y la posibilidad de aprender del pasado para usar ese conocimiento con el fin de construir el futuro. No sabía qué elegir. Era un mar de dudas.

Pero las dudas me ayudaron a decidir. Anuncié el resultado de mi elección una noche mientras comíamos unas aceitunas. Mi padre se quedó horrorizado.

–¿Filosofía? –dijo–. ¿Filosofía, como la Mula?

–¿La Mula? –repetí sorprendida de que hubiera mencionado a mi profesora.

–Filosofía. Marxismo –insistió–. Eso fue lo que estudió la Mula. Lo mismo. Hasta Marx sabía que no servía para nada. ¿Sabes lo que dijo Marx? Dijo que los filósofos no han hecho más que interpretar el mundo de diversas maneras, pero de lo que se trata es de transformarlo. Lo dijo en las *Tesis sobre Feuerbach*. ¿Quieres ser como la Mula? No hay muchas verdades en la obra de Marx, pero esa puede ser una de ellas.

Mi padre recitó las once *Tesis sobre Feuerbach* como si estuviera recitando una sura del Corán o un pasaje de la Biblia. No codiciarás los bienes ajenos. No estudiarás Filosofía.

–Jamás he oído esa frase –le contesté–. Además sí que se puede transformar el mundo estudiando Filosofía –añadí masticando una aceituna.

–Eso es lo que dice Marx –respondió mi padre–. La filosofía está muerta. Los filósofos inventan teorías, una después de otra, pero todas se contradicen entre sí. No hay forma de saber quién tiene o no razón. Tienes que estudiar una ciencia exacta, algo que pueda verificarse o desmentirse, como Química o Física. O elegir una carrera que te sirva para mejorar la vida de las personas, como médica o abogada, o en realidad cualquier otra cosa.

–Claro que hay una forma de saberlo –objeté, todavía pensando en la frase que había citado mi padre.

Me miró desconcertado.

–Dijiste que no se trata de interpretar el mundo, sino de transformarlo. Quizá lo que quiso decir Marx es que la teoría filosófica que transforme el mundo de una forma adecuada es la correcta –farfullé moviendo la lengua dentro de la boca para intentar deshacerme del hueso de la aceituna.

–Ya estás hablando como una marxista –dijo mi padre–. Ellos creen que saben cuál es la forma adecuada.

Aquella segunda alusión a Marx era más alarmante que la primera. Siempre que mis padres decían «este o aquel era marxista» o «este o aquel sigue siendo marxista» querían decir un sinfín de cosas que iban desde «este o aquel es estúpido», pasando por «no se puede confiar en él», hasta «este o aquel es un criminal». Que te llamaran «marxista» nunca significaba nada bueno.

–¡La filosofía no es una profesión! –exclamó mi padre–. A lo más que llegarás es a profesora de instituto y tendrás que explicar la historia

del Partido a unos adolescentes apáticos.

–¿De qué partido? –pregunté mordisqueando otra aceituna–. Ya no existe el Partido. Ya no se estudia la historia del Partido.

–Da igual, sea lo que sea que enseñe la Mula hoy en día –rectificó.

–No he sido yo la que ha sacado el tema de Marx –dije subiendo un poco la voz–. Has sido tú. Eso es todo lo que sabes de filosofía. Estás obsesionado con el marxismo. Quizá el marxismo esté muerto. –A partir de ahí empezó a fallarme la voz–. La filosofía es mucho más que eso. Yo no sé nada de marxismo. Pero puedo ver cómo os ha arruinado la vida. Y...

–Y hubiera arruinado la tuya también si hubieses nacido unos años antes –me interrumpió mi padre.

–Ya está bastante arruinada tal como está. No creo que el marxismo vaya a empeorarla.

Mi abuela se levantó de la mesa para recoger los platos de la cena y entonces se volvió hacia mi padre como si acabase de recordar algo.

–Tú no pudiste estudiar lo que querías en la universidad –le dijo con tono tranquilo–. ¿Por qué quieres que tu hija pase por lo mismo? ¿Qué sentido tiene causarle a tu hija el mismo daño del que te has lamentado toda tu vida?

Su tono de voz era totalmente opuesto al contenido de sus palabras. Hablaba desprovista de todo entusiasmo, como si estuviese ayudando a diagnosticar una enfermedad en lugar de estar discutiendo unas opciones de futuro. Decidí permanecer en silencio.

–No lo entiendo –dijo mi padre a punto de perder los nervios–. Aquí nunca se ha estudiado nada de filosofía en los colegios. Ni siquiera a Marx. ¿Cómo voy a pedirle a la gente que me preste dinero para que ella vaya a estudiar? ¿A estudiar qué? FI-LO-SO-FÍ-A. La gente va a pensar que nos hemos vuelto locos. ¿Qué sabe ella de filosofía? –Su voz estaba llena de ira.

Aquella noche hicimos un pacto. Me prometieron que me dejarían estudiar Filosofía y yo prometí mantenerme lejos de Marx. Mi padre me dejó marchar. Abandoné Albania y crucé el Adriático. Dije adiós a mi padre y a mi abuela mientras el barco se alejaba de la costa rumbo a Italia navegando sobre miles de cadáveres de ahogados, de cuerpos que un día albergaron almas más esperanzadas que la mía, pero que tuvieron un destino menos afortunado. Nunca he regresado.

EPÍLOGO

Todos los años empiezo mi curso sobre Marx en la London School of Economics diciendo a mis alumnos que mucha gente piensa que el socialismo es una teoría sobre las relaciones materiales, la lucha de clases o la justicia económica, pero que, en realidad, trata de algo mucho más fundamental. El socialismo, les digo, es sobre todo una teoría de la libertad humana, de cómo entender el progreso a través de la historia, de cómo nos adaptamos a las circunstancias, pero también de cómo intentamos superarlas. No solo se nos priva de libertad cuando otros nos dicen qué tenemos que decir, dónde tenemos que ir o cómo debemos comportarnos. Una sociedad que presume de permitir a sus ciudadanos desarrollar su potencial humano, pero que no cambia las estructuras que impiden que todos progresen, es igual de opresora. Y sin embargo, pese a todas las restricciones, los seres humanos nunca perdemos nuestra libertad interior: la libertad de hacer lo correcto.

Mi padre y mi abuela no vivieron para ver el resultado de mis estudios. Tras abandonar su carrera como diputado, mi padre fue pasando de una empresa privada a otra, achacando sus múltiples despidos a su escaso dominio del inglés y, cada vez más, a sus pésimos conocimientos de informática. Para facilitar su búsqueda de empleo, la familia se mudó a un apartamento en la capital, cerca del antiguo Jardín Botánico, en la actualidad una de las zonas con mayores niveles de contaminación del país. Su asma empeoró. Una noche de verano, poco antes de su sexagésimo cumpleaños, sufrió un grave ataque de asma. Corrió hacia la ventana y la abrió para poder respirar, pero quedó envuelto en una nube de monóxido de carbono y polvo. Cuando llegó la ambulancia estaba muerto.

Mi madre se encontraba en Italia cuando pasó. Mis padres se habían reconciliado, pero ella seguía trabajando allí temporalmente, cuidando ancianos o limpiando casas para ayudar a saldar algunas de las deudas más recientes mientras sus hermanos en Albania seguían luchando por recuperar las propiedades confiscadas. Esos esfuerzos que Nini siempre calificó de una «pérdida de tiempo» dieron su fruto pocos meses después de fallecer mi abuela, que murió poco después que mi padre. Un promotor inmobiliario árabe nos compró una gran extensión de terreno costero y nuestra suerte cambió de la noche a la mañana.

Ya no tuve que contar los últimos centavos para llegar a la siguiente mensualidad de la beca. Pude disfrutar comiendo fuera y bebiendo hasta tarde en los bares mientras discutía de política con mis nuevos

amigos de la universidad. Muchos de esos amigos se declaraban socialistas: es decir, socialistas occidentales. Hablaban de Rosa Luxemburgo, León Trotski, Salvador Allende o Ernesto «Che» Guevara como si fuesen santos laicos. Me daba la impresión de que, al igual que le sucedía a mi padre, los únicos revolucionarios que consideraban dignos de admiración eran los que habían sido asesinados. Sus rostros se exhibían en pósteres, camisetas y tazas igual que lo hacían las fotos de Enver Hoxha en el salón de las casas albanesas cuando yo era niña. Cuando se lo comenté a mis amigos quisieron saber más acerca de mi país. Pero no consideraron que mis historias de la década de 1980 en Albania fueran en absoluto relevantes para sus creencias políticas. Que me apropiara de la etiqueta de socialista para describir mis experiencias y, al mismo tiempo, asimilarlas a su compromiso político era algo que a veces les parecía una provocación sospechosa a mis amigos universitarios. Solíamos ir a un gran concierto al aire libre en Roma que se celebraba todos los Primeros de Mayo y yo no podía evitar que aquello me recordase a los desfiles del Día de los Trabajadores de mi niñez. «Lo que vosotros teníais no era un verdadero socialismo», me decían casi sin poder disimular su irritación.

Mis historias sobre el socialismo en Albania y mis referencias a los demás países socialistas que nos habían servido de modelo eran, en el mejor de los casos, toleradas como los típicos comentarios bochornosos de una extranjera que aún estaba aprendiendo a integrarse. La Unión Soviética, China, la República Democrática Alemana, Yugoslavia, Vietnam, Cuba: tampoco había nada socialista en ellos. Todos eran considerados los merecidos perdedores de una batalla histórica a la que todavía no se habían sumado los verdaderos y auténticos portadores de ese título. El socialismo de mis compañeros universitarios era claro, brillante y con futuro. El mío era confuso, sangriento y pertenecía al pasado.

Y, sin embargo, el futuro al que aspiraban, así como el futuro que en su momento encarnaron los estados socialistas, se inspiraba en los mismos libros, en las mismas críticas a la sociedad y en los mismos personajes históricos. Pero, para mi sorpresa, lo consideraban una desafortunada coincidencia. Todo lo que había salido mal en mi lado del mundo se debía a la crueldad de nuestros líderes o a la naturaleza particularmente atrasada de nuestras instituciones. Creían que no había nada que aprender de aquello. Que no existía peligro de repetir los mismos errores ni razón alguna para reflexionar sobre lo que se había logrado y por qué se había destruido. Su socialismo se caracterizaba por el triunfo de la libertad y de la justicia; el mío, por su fracaso. Su socialismo lo impulsarían las personas adecuadas, los motivos adecuados, en circunstancias adecuadas y con la combinación

adecuada de teoría y práctica. Con mi socialismo solo podía hacerse una cosa: olvidarlo.

Pero yo era reacia a olvidar. No porque sintiera nostalgia. No porque tuviera idealizada mi infancia. No porque estuvieran tan arraigados en mí los conceptos con los que crecí que me resultara imposible desembarazarme de ellos. Sino que si había una lección que aprender de la historia de mi familia y de mi país era que nunca se eligen las circunstancias bajo las que se desarrolla la historia. Es muy fácil decir: «Lo que vosotros teníais no era lo verdadero»; la frase puede aplicarse al socialismo, al liberalismo, a la Iglesia católica, al islam o a cualquier otro híbrido compuesto de ideas y realidad. Así se quita peso a la responsabilidad individual. Dejamos de ser cómplices de las tragedias morales creadas en nombre de las grandes ideas y ya no es preciso reflexionar, pedir disculpas ni aprender.

«Estamos organizando un grupo de lectura dedicado a *El capital*», me comentó un día un amigo. «Si te apuntas, aprenderás lo que es el verdadero socialismo.» Y así lo hice. Cuando leí las primeras páginas del prólogo me sentí un poco como si estuviese oyendo hablar a alguien en francés: un idioma extranjero que me habían enseñado de niña, pero que rara vez practicaba. Recordaba muchas de las palabras claves –*capitalistas*, *trabajadores*, *terratenientes*, *valor*, *beneficio*– y resonaban en mi cabeza con la voz y las formulaciones simplificadas de mi profesora Nora, que las adaptaba para escolares. A los individuos, escribió Marx en las páginas introductorias, «se les considera solo como la personificación de categorías económicas, como la encarnación de determinadas relaciones e intereses de clase». Pero para mí, detrás de cada personificación de una categoría económica había una persona real de carne y hueso. Detrás del capitalista y del terrateniente estaban mis bisabuelos; detrás de los trabajadores estaban los gitanos que trabajaban en el puerto; detrás de los campesinos estaban las personas con las que mi abuela faenó en el campo cuando la enviaron allí después de que metieron a mi abuelo en la cárcel, personas de las que ella hablaba con condescendencia. Era imposible acabar de leer un párrafo y empezar el siguiente así como así.

A mi madre le cuesta entender por qué enseño marxismo e investigo sobre Marx, por qué escribo artículos sobre la dictadura del proletariado. A veces lee mis artículos y le parecen desconcertantes. Ha aprendido a sortear las preguntas incómodas de nuestros parientes. ¿Creo de verdad que esas ideas son convincentes? ¿O factibles? ¿Cómo es posible? La mayoría de las veces, mi madre se guarda sus críticas para sí misma. Solo en una ocasión me comentó que un primo dijo que mi abuelo no había pasado quince años encerrado en la cárcel para que yo me marchara de Albania y me dedicase a defender el

socialismo. Las dos soltamos unas risas incómodas y después hicimos una pausa y cambiamos de tema. Aquello me hizo sentir como si yo fuera cómplice de un asesinato, como si estudiar las ideas de un sistema que destruyó tantas vidas en mi familia ya bastara para convertirme en la persona responsable de apretar el gatillo. Yo sabía que eso era lo que mi madre pensaba en el fondo. Siempre quise explicárselo, pero no sabía por dónde empezar. Pensaba que aclararlo me iba a llevar un libro entero.

Este es ese libro. Al principio iba a ser un libro filosófico sobre la superposición de las ideas de libertad en las tradiciones liberal y socialista. Pero cuando comencé a escribir, igual que cuando empecé a leer *Das Kapital*, las ideas se convirtieron en personas; en las personas que me hicieron ser quien soy. Se amaban y se peleaban, tenían diferentes conceptos de sí mismos y de sus obligaciones para con los demás. Eran, como escribe Marx, el producto de relaciones sociales de las que no eran responsables, pero, a pesar de ello, intentaron superarlas. Creyeron que lo habían logrado. No obstante, cuando sus aspiraciones se hicieron realidad, sus sueños se convirtieron para mí en desencanto. Vivíamos en el mismo lugar, pero en mundos diferentes. Esos mundos se superpusieron durante un breve período y, al hacerlo, vimos las cosas con ojos diferentes. Para mi familia, el socialismo era sinónimo de negación: la negación de lo que querían ser, de su derecho a cometer errores y a aprender de ellos, de explorar el mundo a su manera. Para mí, el liberalismo era sinónimo de promesas incumplidas, de destrucción de la solidaridad, del derecho a heredar privilegios, de hacer la vista gorda ante la injusticia.

En cierto modo he vuelto al punto de partida. Una vez que has visto cómo cambia un sistema no resulta muy difícil creer que puede volver a hacerlo. Algunos consideran un deber moral combatir el cinismo y la apatía política; para mí es más bien una deuda que siento que tengo con las personas del pasado que lo sacrificaron todo, porque esas personas no eran apáticas, esas personas no eran cínicas, esas personas no creían que las cosas acabarían arreglándose solas con el paso del tiempo. Si yo no hago nada, sus esfuerzos habrán sido en vano, sus vidas no habrán tenido sentido.

Mi mundo está tan lejos de la libertad como aquel del que mis padres intentaron escapar. Ambos distan mucho de ese ideal. Pero sus fracasos adoptaron formas muy diferentes y, si no hacemos un esfuerzo por entenderlos, continuaremos divididos para siempre. He escrito mi historia para explicar, para reconciliar y para continuar la lucha.

AGRADECIMIENTOS

La mayor parte de este libro fue escrita dentro de un armario en Berlín durante la pandemia de la covid-19. Aquel lugar resultó ser perfecto para esconderme de los niños que tenía que educar en casa (mis hijos) y para reflexionar sobre las palabras de mi abuela: «Cuando nos resulta difícil ver con claridad el futuro hay que pensar qué podemos aprender del pasado». Gracias a mi madre, Doli, y a mi hermano, Lani, por haberse prestado a revisar ese pasado conmigo, por dejarme compartir su historia con mis palabras y por decir siempre la verdad.

Gracias a mi editora, Casiana Ionita, por ser la primera persona en preguntarme si alguna vez había pensado en hacer llegar mis escritos académicos a un público más amplio, y a mi agente literaria, Sarah Chalfant, por haberme infundido la confianza necesaria para emprender un proyecto que acabó siendo muy diferente a lo previsto inicialmente. Sin la inteligencia de ellas dos, sus preguntas, comentarios, paciencia y buen humor, este libro no existiría.

Gracias a Alane Mason, de Norton, y a Edward Kirke, de Penguin, por sus excelentes sugerencias durante la revisión y corrección del manuscrito, y a los diferentes equipos que, con talento y pasión extraordinarios, convirtieron este libro en una realidad tangible: Sarah Chalfant, Emma Smith y Rebecca Nagel, de la Wylie Agency; Casiana Ionita, Edward Kirke, Sarah Day, Richard Duguid, Thi Dinh, Ania Gordon, Olga Kominiek, Ingrid Matts y Corina Romonti, de Penguin Press; y Alane Mason, Mo Crist, Bonnie Thompson, Beth Steidle, Jessica Murphy y Sarahmay Wilkinson, de Norton.

Gracias a Chris Armstrong, Rainer Forst, Bob Goodin, Stefan Gosepath, Chandran Kukathas, Tamara Jugov, Catherine Lu, Valentina Nicolini, Claus Offe, David Owen, Mario Reale, Paola Rodano y David Runciman por sus valiosos comentarios sobre los primeros borradores del libro y por su constante apoyo y amistad.

Gracias a mis amigos de Albania, y del «otro» lado del Telón de Acero en general, que compartieron conmigo su infancia, me ayudaron a reconstruir acontecimientos y recuerdos y me hicieron elogios y críticas en su justa medida. Les estoy especialmente agradecida a Uran Ferizi y a Shqiponja Telhaj (¡mis correctores no oficiales!), así como a Odeta Barbullushi, Migena Bregu, Eris Duro, Borana Lushaj, Xhoana Papakostandini y al «Pionero Secreto» por sus excelentes comentarios sobre el manuscrito y por sus inestimables enfoques comparativos de

índole tanto geográfica como política.

Gracias también a Joni Baboci, Tsveti Georgieva, Anila Kadija, Bledar Kurti, Viliem Kurtulaj, Gjyze Magrini, Adlej Pici, Roland Qafoku, Fatos Rosa, Flora Sula y a Neritan Sejamini por ayudarme en diferentes aspectos del proyecto y por enviarme material desde Tirana en cuanto se lo pedí, incluso durante la época del confinamiento.

Gracias a mis maravillosos colegas y a mis brillantes alumnos de la London School of Economics por todo su apoyo y por tantas y tan estimulantes conversaciones sobre la libertad; a todos los miembros del coloquio de Frankfurt sobre la creación de los sistemas y órdenes normativos por haber supuesto un excelente debate inicial sobre mis ideas para este libro; así como al Leverhulme Trust y a la Fundación Humboldt por financiar la investigación que me permitió escribir estas páginas.

Gracias a mi familia: Jonathan (¡otro corrector extraoficial!), Arbien, Rubin, Hana, Doli, Lani y Noana, por compartir todos los tormentos y alegrías de este libro y por todo lo demás.

Mi padre, Zafo, y mi abuela, Nini, han estado conmigo todo el tiempo. A Zafo ya se le habría ocurrido un chiste que hacer en este preciso instante, probablemente sobre el hecho de que yo me declare marxista y que, sin embargo, diga «gracias» tantas veces. Nini me enseñó a vivir y a pensar sobre la vida. No hay día en que no la eche de menos. El libro está dedicado a su memoria.

[←1]

«¡Por fin has aparecido! ¡Llevamos dos horas esperándote! ¡Tu madre ya ha vuelto! ¡Papá fue a buscarte al colegio! ¡Tu hermano no deja de llorar!»

[←2]

Der Erlkönig, poema de Johann Wolfgang von Goethe conocido en español como «El rey de los elfos». *(N. de la T.)*

[←3]

«¿Quién cabalga a través de la noche y el viento? / Es un padre llevando a su hijo.»

[←4]

Byrek significa «pastel» en albanés y es una especie de empanada de masa muy fina que suele contener carne, verduras o también queso fresco de cabra. *(N. de la T.)*

[←5]
«Me darás tu palabra de honor.»

[←6]

En Oriente Próximo y el este del Mediterráneo, el *meze* es una selección de platos pequeños a modo de aperitivo. *(N. de la T.)*

[←7]

«Si acabo de caer, / la culpa es de Voltaire; / si de bruces me doy, / es culpa de Rousseau.»

[←8]
Término cariñoso para «papá» en albanés.

[←9]

«Cada vez somos más libres / Ya no es un sueño y ya no estamos solos. / Cada vez estamos más unidos. / Dame una mano y verás que vuelas. / Juntos... uníos, uníos, Europa.»

[←10]

Pronunciación errónea de la palabra inglesa *sponsor*, que significa «patrocinador». *(N. de la T.)*

[←11]
«¡Esto no es ningún juguete! ¡Solo piensas en ti misma!»

[←12]
«Tu padre está enfadado.»

[←13]

«En el nombre de Alá, el clemente, el misericordioso. / Alá es un Uno e Indivisible. / A Alá acudimos todos en busca de apoyo. / No engendró ni fue engendrado. / No hay nadie semejante a Él.»

[←14]

Pasta hilada o cabello de ángel que también da nombre a dulces y postres. *(N. de la T.)*

[←15]

Pronunciación errónea de la palabra inglesa *roadmap*, que significa «hoja de ruta». El término que él usa incorrectamente, *ratmat*, no existe, pero, al estar compuesta por *rat* + *mat*, podría traducirse como «alfombrilla para ratas». *(N. de la T.)*

[←16]
«Alá es el más generoso.»

[←17]

Asignatura obligatoria en los institutos de enseñanza secundaria, centrada en las máquinas y en la ingeniería, un remanente del plan de estudios de orientación soviética.

[←18]

Sude fue una de las primeras empresas financieras con un entramado piramidal en derrumbarse.

[←19]

Otra empresa de entramado piramidal, cuya estafa se extendió principalmente en el sur del país.

[←20]
Ciudad del sur del país, tradicionalmente de izquierdas.

[←21]

Sali Berisha (1944), cardiólogo y exmiembro del Partido Comunista, fue uno de los líderes históricos del movimiento estudiantil que derrocó al socialismo en los años noventa. Era el presidente del Partido Democrático de Albania, que estaba en el gobierno en el momento en que se produjeron estos hechos y del que mi padre era diputado.

[←22]
Periódico de izquierdas crítico con el gobierno.

[←23]
Ciudades del sur, tradicionalmente de izquierdas.

[←24]

Ciudad de izquierdas situada en el sur del país, lugar de nacimiento de Enver Hoxha.

Título de la edición original:
Free. Coming of Age at the End of History

Edición en formato digital: abril de 2023

© imagen de cubierta, tomada de la edición original

© de la traducción, Cecilia Ceriani, 2023

© Lea Uypi, 2021

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2023
Pau Claris 172, Principal 2ª
08037 Barcelona

ISBN: 978-84-339-1861-1

Composición digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es